

La Criollita

Chantre



VICTOR
DOMINGO
SILVA

1055
SICV
102
Spencer

La Criollita

Segunda Parte y final de

9/191-27

«El Mestizo Alejo»

230089

C.4



9/13-33

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Editorial Zig-Zag - Santiago de Chile

LIBRARY OF THE
MICHIGAN

Jornada primera

¡Qué despertar tan triste el de la naturaleza esta mañana de final de estío, en la arruinada ciudad y sus contornos! A la pálida vislumbre de la madrugada (cielo azulenco, en el que se empequeñecen las estrellas), se ven circular farolillos y linternas frente a masas de sombras oscuras y pesadas, de entre las que salen medrosos murmullos, suspiros profundos y, a veces, el alarido tardío de alguna vieja que sigue temiendo y agorando nuevos y más grandes estragos. Hombres de probado temple, los colonos se reponen pronto, parte por un esfuerzo de voluntad propio de los caracteres viriles, parte por la influencia mística de los actos religiosos, que organiza el clero, bajo la presencia del jefe de la Diócesis.

El Gobernador-Almirante, que, a raíz de la "victoria" de Longuén, se despidió pomposamente de la ciudad y se dirigió con oficiales, tropas y pertrechos al campo de operaciones, se encuentra a muchas leguas al sur de la ciudad. Y tampoco se halla en ella el Corregidor Irizar, totalmente absorbido por el comando de la división del norte, a la que no dejan descansar las asechanzas de los indios pehuenches.

Los jefes de la guarnición entre tanto (viejos militares, como el gran capitán, don Juan de Zúñiga, el hidalgo de hierro), obligados a la máxima cautela ante un enemigo que saben diestro y audaz, se apresuran a restaurar las obras de defensa, a poner a salvo las municiones, a volver a su sitio la desmontada artillería y a rodear y recoger, sin dilación alguna, la caballada que se ha dispersado por las vegas y faldeos de las inmediaciones.

Por su parte, el Alcalde de Ciudad (mientras la gente de toga se da a echar el guante a los presos que se han evadido de la cárcel y empiezan a desmandarse) empéñase personalmente en resolver el problema de las subsistencias, y a la verdad, procede con discreción, pues ya se sabe lo difícil que es contener a un pueblo agujoneado por el hambre. Se comienza por restaurar los hornos y el Ayuntamiento se incauta de toda la harina existente en bodegas y tahonas. Como se da en correr el rumor de que se repetirá, con mayor violencia, el fenómeno sísmico, el Obispo organiza una solemne procesión de desagravio en la que se hace figurar, alzadas en lujosas andas, a todas las imágenes que se han salvado de la catástrofe y a la que se pone término conjurándose al mar grave y perentoriamente, en nombre del Dios Uno y Trino que adora la Cristiandad, para que no vuelva a desmandarse. ¿Cómo no ha de obedecer?

Don Fray Dionisio Cimbrón S. S. Ilustrísima, se ha adelantado hasta casi mojarse las venerables plantas en la resaca, y allí, de pie y vuelto de espaldas a aquella otra ola humana en que resaltan las llamas trémulas de cirios y bujías y de la cual se destacan las santas imágenes, rígidas e imponentes sobre su pedestal de flores, ha levantado su báculo para dirigirse a las olas del golfo, algo soliviantadas todavía.

Hay sin duda algo de trágico en la actitud de aquel pueblo que, apenas en salvo, el hogar deshecho, perdidos sus intereses, agobiado de duelos y miserias, obedece al llamado de sus pastores, pone el hombro a los altares portátiles, y batiendo el incensario o cargando el cirio, chapotea, y sigue cayendo y levantando. detrás del Obispo y sus acólitos cuyos paramentos refulgen al sol, detrás de la compañía de caballeros (un poco desastrados) que portan el estandarte real y por entre una doble barrera de casas destripadas, de paredes y techumbres como con horrendas caries, de muebles inválidos y mercancías averiadas... y sigue, sin dejar de rezar en voz alta y de golpearse el pecho con fervor profundo, para ir al fin hasta la orilla del mar — caprichoso y endiablado elemento — a escuchar la severa admonición episcopal con que se le llama al orden.

“Nos — ha dicho S. Ilmo. — *por la gracia de Dios, y de*

la Santa Sede Apostólica, Obispo de La Imperial, por la autoridad de la Santa e Indivisible Trinidad, en virtud de la Santa Cruz, armado del báculo de la fe, íntimo, ordeno y conjuro por primera, por segunda y por tercera vez, a las aguas de este mar de La Concepción a que vuelvan inmediata y definitivamente a su primitivo estado de quietud permaneciendo dentro de sus naturales fronteras y no repitiendo por ninguna causa ni motivo su obra de devastación y destrucción.

"Y si por consejos de Satanás y los perversos espíritus que le sirven, no obedeciesen a estas advertencias y continuasen en sus estragos, en nombre de Dios, Nuestro Señor y en virtud de los poderes recibidos de nuestra Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, yo las apostrofo y lanzo sobre ellas la sentencia de maldición y de anatema que ha de perdurar por los siglos de los siglos".

Entre el tumulto de los fieles impelidos por el miedo a aferrarse a la esperanza en Dios, no le es difícil al ex-campanero fugitivo mezclarse y confundirse y pasar hasta cierto punto inadvertido. Se diría que se lo tragó la tierra y que ahora al estremecerse, lo devuelve. Yuyito no es de los que se muestran menos piadosos y contritos. Se le oye rezar, aunando su voz a la del coro de beatos y beatas que no avanzan sin prosternarse delante de cada una de las andas, se le ve menudear los golpes de pecho y besar el pavimento de las iglesias... Seguramente mientras ora, cabizbajo y compungido, está atisbando de reojo la expresión de los que le rodean y urdiendo las supercherías con que espera salvarse cuando, ya pasada la hora del pánico, se repare en él y se le pidan cuentas.

Por más que se esfuerza no logra percibir entre las devotas la figura de Doña María Francisca. ¿Estará enferma? ¿Se habrá, como la Chiñura Sabel, recluso en el Convento? El recuerdía perfectamente haber visto llegar hasta la ermita de la Virgen a su Keneral cargando a la niña en los hombros, desvanecida aún. Recuerda haberle visto depositarla cuidadosamente en tierra a las puertas mismas del santuario sobre su poncho extendido y haberle oído decir: "¡Agua! ¡Juan Yuyo! ¡Trae agua!". El corrió al arroyo cercano, pero, segundos después, cuando volvía con el agua en su guámparo de cuerno, oyó un grito agudo que rasgaba el silencio como el canto de la huala, y ya no

encontró si no a su Keneral, solo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y allá a lo lejos, en la tiniebla espesa que los árboles cernían sobre el camino, alcanzó a ver perderse, disolverse como un fantasma, la sombra blanca de una mujer que huía...

—¡Síguela, Yuyo, síguela! No la desampares... ¡Ya nos volveremos a ver!

El apretó a correr tras ella; pero la sombra, como si fuera realmente un fantasma, había desaparecido misteriosamente.

Por eso se hace ahora todo ojos y todo oídos y no descansará mientras no sepa, como lo deduce al fin de la conversación de dos devotas en el atrio de la Catedral, que doña María Francisca se halla de nuevo entre los suyos, en su casa, pero enferma de suma gravedad.

Tambien sabe el indiecillo que la familia del Corregidor, ha sido de las más prontas en sobreponerse al pánico de los primeros momentos, y se ha restituído ya a la sólida construcción de piedra y adobones que la inveterada prosopopeya criolla califica, desenfadadamente, de Palacio. Aguza aún más el tímpano Juan Yuyo, y en la noche, desliziándose sin ser advertido por entre los grupos de murmuradoras feligresas, escucha y almacena.

—¿Será posible, misiá Chayo? ¿No ha oído usted decir nada de lo que ocurre en casa de los de Irizar?

—¿Con la niña María Francisca, querrá Ud. decir?

—Usted lo ha dicho, misiá Chayo.

—¿Y qué es lo que se cuenta?

—Pues, poca cosa. Que la noche del terremoto, mientras la niña rezaba en la capilla de Las Trinitarias junto a los restos de la finadita misiá Isabel de Vivar...

—Sí... sí... ¿qué?

—Se le apareció de repente...

—¡No me diga! ¿El Rabudo? ¡Horror!...

—¡Dios nos pille confesadas; Misiá Chayo!

—¿Y qué pasó? Yo no he sabido nada, porque como mi marido anda por el sur con Su Excelencia, no he podido preocuparme de otra cosa...

—Dicen que el Demonio tomó el rostro y la figura del Mestizo Alejo, y que aprovechándose del desmayo que su espantosa presencia provocó en la pobrecilla, pretendió raptársela...

—¿Es posible?

—¡Y tan posible!

—Alcanzó a sacarla fuera del Convento, pero ella volvió en sí, y logró zafarse del Maldito cruzándole la cara con un crucifijo que llevaba al cuello y gritándole: ¡*Vade retro, Satanás!* y refugiándose en la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe.

—¡Jesús, María y José!

—El diablo se hizo humo — humo de azufre y brea — la joven, rezando a gritos e implorando el favor de la Santísima Virgen y de Nuestro Señor, logró volver a la ciudad y dar con la puerta de su casa...

—¿Estaba muy oscuro?

—No es que estuviese muy oscuro. Es que María Francisca, con el miedo y el asco y la angustia de verse en brazos del Maldito, se trastornó...

—¡Ay, hija! Y no es para menos... ¡Mire usted que abrazarla a una el Rey de los Infiernos!

—Y ha sido un milagro que haya llegado al Palacio sin tropezar ni hacerse daño... La viuda de Carulla, que es su aya, grande amiga mía...

—Y también mía.

—Me ha dicho que María Francisca no traía en la ropa ni en el calzado vestigios de haber tocado la tierra... Y eso que aquella noche, ya lo recordará usted, las calles no eran más que un fango.

—Indudablemente la ha salvado la Virgen, y es ella la que se ha encargado de conducirla a casa... No se comprende de otro modo. Y diga usted ¿sigue mejor la niña? O desvaría siempre...

—A ratos cree y asegura que era Alejo en persona el que se le apareció... Pregunta por su padrino y pide que le avisen de la proximidad del peligro... Después entra de nuevo en desvarío y ya no se le oyen si no frases sin sentido, despropósitos que hacen llorar a la señora de Irizar, a la dueña, a la servidumbre y aún a ese diablo de negrilla.

—¿La Mocha?

—La esclava de María Francisca, que todos teníamos por un animalucho incapaz de condolerse de nada.

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña! ¿Y ha pedido confesor?

—Sí; pero aun no ha sido posible al sacerdote — el Padre Abdulio, que es su director espiritual — recibirla en el

Santo Tribunal de la penitencia, porque sólo por momentos recobra el juicio, reconoce a los suyos, y se da cuenta de lo que pasa a su rededor.

Florecen piadosos epifonemas en las desdentadas bocas, se oye un crujir de cuentas de rosarios y las interlocutoras, felices de haber podido, respectivamente, contar y escuchar tan sabrosas novedades, meten los dedos en la pila del agua bendita, se santiguan y se separan, despidiéndose con un "si Dios lo quiere", hasta mejor ocasión. Yuyito, que ha tenido que hacer esfuerzos para no soltar el trapo, sonríe por lo bajo y, hurtándole el cuerpo a Maese Pascual, el sacristán, endereza hacia otro corrillo de devotas...

No tarda en circular de un extremo a otro de la ciudad la noticia del fallecimiento de la señora de Vivar. Su empingorotada parentela — a cuyos ojos la desgracia de la prima Isabel tuvo siempre algo de infamante — dispone que todas las ceremonias fúnebres se realicen en el recinto del Convento y con la mayor solemnidad posible: misa cantada de cuerpo presente, oficiada por el propio señor Obispo e ilustrada por un sermón especial del príncipe de los oradores sagrados de la época, el Rvdo. Padre Abdulio (S. J.) ¿Qué oportunidad mejor puede presentarse al elocuente sacerdote para demostrar y lucir sus relevantes cualidades, ganando gloria para la Compañía y celebrando las grandezas de la Iglesia Católica?

Durante muchos años se ha recordado en Chile aquel sermón (desgraciadamente extraviado con motivo de la expulsión de los Padres de la Compañía). ¡Qué triunfo oratorio el del jesuita! Sin las manidas referencias a los malignos poderes y a los castigos eternos, nada más que por virtud de ese don extraordinario que permite transmitir a los demás las propias emociones, él logra hacer estremecerse hasta las entrañas a la muchedumbre de los fieles y sacudirse a hombres y mujeres en los hipos de un llanto incontenible. Es aquello como un temporal de sollozos y de lágrimas. El dedo de Dios ha caído al fin sobre los pecadores de La Concepción y de todo el Reino. ¿Cómo se ha podido ser tan ciego y tan sordo para no comprender el objeto que la Divina Providencia persigue al desencadenar sobre esta tierra tanta calamidad?

No desperdicia naturalmente, la oportunidad de refe-

rirse en términos apologéticos a la Orden de las Trinitarias, cuya historia traza a grandes y vivas pinceladas, haciendo resaltar la acción de varones tan preclaros, dilectos hijos de la Iglesia, como San Juan de Mata y Félix de Valois "cuyos nombres, con el de San Agustín, San Francisco y San Ignacio de Loyola, brillan y brillarán como faros en noche tempestuosa en el vasto horizonte de los siglos".

Y ya suelto el trazo a todo viento, como un águila caudal, en las ráfagas de su vehemencia tribunicia, el Padre Abdulio (S. J.) no vacila en abrir la vena del elogio en homenaje a la noble dama "mártir, primero, como cautiva de un guerrero bárbaro; mártir después como canonesa extrañada de esa sociedad que, en su juventud, había embellecido y entregada a una vida de piedad, de recogimiento y sacrificio; y mártir siempre, como madre de ese desventurado, tan tristemente célebre que viene deshonrando con sus crímenes el nombre cristiano que se le ha dado y la preclara sangre española a que debe la mitad de su existencia". Y, en un crescendo barroco, el elocuente jesuita alude a la dulce Rosa de Lima, por cuya justa canonización se está trabajando con entusiasmo a la sazón, para manifestar que "en aquella criatura que se sepulta en hábitos de la Orden Trinitaria y siempre arrollada en torno a la cintura el cilicio que llevó hasta la hora de su muerte — alma de dolor y abnegación entre todas privilegiada — debe verse, sin soberbia ninguna pero con los ojos de la esperanza puestos en la Iglesia, a la futura Santa Isabel de La Concepción!".

El orador, sudoroso del esfuerzo y visiblemente emocionado aún, baja del púlpito. Sigue el oficio de difuntos, resuenan puras voces monjiles en el coro, canta Monseñor, campanillean los acólitos, sacerdotes compungidos aspergen e inciensan el féretro cerrado que ocupa el centro de la nave profusamente iluminada. Y luego, tras el último latín, la negra fosa cuadrangular que se traga, dentro de su urna de madera, aquel cuerpo macerado por toda una vida de dolor y de piedad.

*
* *

El jinete misterioso va, entretanto, como el ángel re-

belde, rodando por un abismo de tinieblas. Nada le queda ya: su madre muerta; y la bien amada, objeto de la sola adoración de su vida, más alta, más inasible cada vez. No puede apartar de sus ojos la visión de aquella escena única, que no espera volver a vivir; ve el cuerpo yacente, rígido, esquelético, amortajado en sus propios hábitos humildes, entre cuatro cirios llorosos; la ve a "ella" y se ve a sí mismo, sin más testigos que las imágenes de los santos, erguidas en sus peanas como por un alarde de estabilidad o volcadas de espaldas, con los brazos hacia lo alto, en medio de la penumbra fría y pávida de la capilla... Se ve hablando, suspirando, reteniendo por las manos a la dulce y piadosa criatura, bebiendo su aliento, rozándole la casta frente con los labios encendidos... Y luego, lo tremendo, lo aplastante, lo brutal para su pobre corazón que soñaba y esperaba: aquel grito de "¡vete!" "¡vete!" repetido como una puñalada, conjuro de maldición, sentencia de muerte pronunciada por la más divina boca de la tierra.

Se ve de nuevo sobrecogido por los rumores de gente que invadía el convento, echándose a cuestras su divina carga, abrir de un puntapié la puerta del pasillo, internarse por él a ciegas, a ciegas correr y encontrarse de pronto en el camino por donde acababa de llegar y luego junto a la ermita de la Virgen de Guadalupe... Y se ve recostándola, fatigado ya del esfuerzo, casi al pie de la imagen, sobre su macuñ de finísimo tejido indiano, nombrándola, casi arrullándola, mientras su fiel corneta baja a saltos hasta el arroyo próximo... ¡Qué escena! La recuerda y la recordará toda la vida. Al encontrarse por la primera vez solo ¡solo! con ella, con el objeto único de todas sus ansias, de todas sus ambiciones, de todos sus desvelos, en mitad de la noche cómplice, entre la ciudad que le odia y la montaña que le atrae, Alejo el mestizo, Alejo el réprobo, deja de nombrarla... Deja de nombrarla porque la emoción, apretándole la garganta, le hace enmudecer. Y sin pensarlo ya, incapaz de dominar su impulso de idolatría, coge con ambas manos la adorable cabeza y, como si cometiese un crimen o como si ganase una batalla, imprime en los suyos inconscientes sus maldecidos labios de rebelde. Hay como una fruición sádica en aquel beso

robado a la dulce boca virginal que no puede defenderse ni negarse!

Vuelta en sí como a un conjuro, la joven criolla no reconoce, pero adivina en la penumbra, a Alejo. No ve más que confusamente un bulto; pero comprende quién es aquel hombre que está junto a ella, una rodilla hincada en tierra, y sin atreverse apenas a mirarla.

—¿Tú?... — le pregunta con voz ahogada, cómo si tuviese la impresión de que sueña. — ¿Tú? — Repite, sintiendo en el ambiente, como si le rozara la piel, el ardoroso aliento del caudillo bárbaro.

Pero antes de que el mozo alcance a contestarla se ha puesto en pie con ímpetu irreflexivo y echado a correr, por la colina abajo, tomando, por casualidad o por instinto, la dirección de la ciudad.

—¡A mí, cristianos! ¡Socorro! ¡Socorro!... — grita hasta desgarrarse la garganta mientras se desliza, más que escapa, como una sonámbula, por entre los altibajos del camino.

Su voz, trémula de angustia, naufraga en la soledad y en el vacío. Consciente de la situación, Alejo comprende que está en su mano atrapar a la dulce fugitiva, quebrantarla, vencerla, hacerla suya... Pero es más alta, mucho más alta y más noble su ambición. Una vez más, renunciando a la posesión brutal, se niega a detenerla o a seguirla. Y, cristiano sincero, encomienda una vez más a la protección de la Virgen el alma de la que ya no existe y de la que acaba de fugarse maldiciéndolo... Después se echa a la espalda la corneta, y arreando con chs! chs! enérgicos al mampato del indiecillo, que no quiere dejar en manos enemigas, emprende el camino de regreso.

Pero ¿cómo y por qué la sacó de la Capilla de las Trianitarias — se pregunta — para dejarla irse? ¿Qué se proponía? ¿Por qué no huyó solo, ya que habrían sido para él muchísimo menores los riesgos de verse sorprendido? ¿Hubo en su impulso la intención de un rapto? No, no. Indudablemente fué aquel un acto fulminante de la subconsciencia, y la reacción tuvo que sobrevenir, casi en seguida... Y todavía ahora, al evocar la escena, él siente que rezuma en sus labios el sabor de aquella boca, capullo virginal de que bebió el aliento cuando acababa de escupirle al rostro las peores y más crueles injurias... ¡Ah! ¡cómo,

con qué fuerza, no pudiendo odiarla a "ella", odia desde entonces a esa casta abominable, a esos huinkas desalmados cuya sangre querría extraerse, gota a gota, de las venas! Pero, ya que no puede arrancarse la que en él bulle,— ¡por el Dios de los cristianos y por los dioses de los indios lo jura! — valdría menos que un perro si no consagrarse el resto de su vida a derramar sangre española...

Vuela, espoleada por la fiebre, su imaginación, y casi tan rápido como ella, mientras arrea al mampato, vuela el noble *Pillán*, que es sin duda el primero de los caballos de su ejército. Incapaz de dominar sus ímpetus de ira, Alejo se muerde las falanges maldiciendo de la educación a que se le ha sometido entre los blancos y que es la causa única de que él no cargue ahora consigo, cautiva de sus brazos de guerrero, a aquélla cuya pérdida haría llorar lágrimas de sangre al enemigo. ¡Oh, y cómo admira ahora a todos sus antecesores, los grandes caudillos de la epopeya de los Aucas, dirigiendo personalmente los asaltos, los saqueos, las matanzas y pegando siempre su mejor zarpazo sobre la más hermosa de las hembras, para saborear en el espanto de sus ojos y en el grito de náufraga de su virginidad desgarrada, el más salvaje y sublime de los triunfos!

Largo es el camino. Tiene que atravesar ríos, esteros, médanos, trumaos; subir cuestras; franquear quebradas y mallines; saltar por sobre el mar inerte de los gruesos troncos caídos al través del camino, hacer cortadas violentas por en medio de matorrales que para cualquier otro equivaldrían a un laberinto. Y galopa, galopa, impaciente por llegar con las luces del alba al campamento y tocar personalmente la diana. El caballejo del corneta se rezaga por fin y él prefiere que se tome el huelgo que le acomode, seguro de que el cansado bruto no tardará en llegar a la querencia.

Al ritmo del galope de su caballo de guerra, Alejo piensa que reunirá a su linco, que arengará a sus conas y que acaso aquella misma noche caerá al fin sobre La Concepción. Y le parece ver los bastiones agrietados, los taludes deshechos, y a los soldados del Rey más inclinados a salvar su alma que a defender sus vidas e intereses. Y animando a su cabalgadura con cariñosos gritos y leves palmoteos en el cuello, traspasa decidido la frontera seña-

ladā por los grandes ríos, y se interna cada vez más en la montaña, donde espera encontrar a sus dos mil hombres de pelea, encendidos en sus mismos arrestos de venganza y prestos a seguirlo a la victoria o a la muerte.

*

* *

En realidad, absorbidos por atenciones perentorias e inmediatas, los vecinos no han parado mientes en la presencia de Juan Yuyo que, entrometido como siempre, ha ido de un lado para otro mezclado a la muchedumbre. Sólo cuando pretende entrar a reanudar sus funciones en la sacristía y en el campanario es cuando las cosas se le ponen de punta. Maese Pascual, su superior jerárquico — que le paga ojeriza por ojeriza — se niega a darle su venia y, procediendo con inquina muy propia de un beato, en vez de llevar la cuestión a conocimiento de los elementos eclesiásticos conduce al bribonzuelo, casi de la oreja, a presencia de la autoridad militar representada, en defecto de más altas personalidades, por el viejo y férreo Capitán don Juan de Zúñiga Arista.

—¿A qué me traéis este indiecillo, Maese Pascual? — pregunta sin gran interés, y atusándose, como tiene por costumbre, la blanca perilla veterana.

—Es más malo y peligroso que un chingue, señor Capitán, — responde Maese Pascual. — ¿No le reconoce Vuesa Merced? Era el monaguillo de la Catedral, y se le toleraba, por espíritu cristiano, a pesar de sus diabluras; pero se ha escapado ya dos veces para correr a enrolarse en las hordas salvajes del mestizo Alejo, a quien Dios y los ángeles confundan. Juraría yo por el ánima de mi madre— a quien el Señor en gloria tengā — que no pasa de ser un miserable espía.

—¡Ah, ya! — exclama, intrigado al fin, el viejo militar. — ¿Con que éste es el famoso Juan Yuyo, el hombre de confianza de ese guacho canalla? ¡Hombre! Y ven acá, acércate...! Pero ¿de lagartijas como ésta está hecho el ejército de Alejo?

Juan Yuyo, encorvado, la cabeza caída sobre un hombro mirando al suelo con aire de fingida humildad, parece aún más desmirriado y más enteco.

—Yo no siendo espía, — murmura con voz de sumisión y miedo.— A mí robándome yanaconas desertados... Yo decir a mapuches entregarse, hacer paz con los gristianos.

Y viendo que se le presta atención, no falta nada más para que se le suelte la endiablada lengua al indiecillo, quien acaba por pedir que le lleven ante Monseñor Cimbrón, porque tiene una cosa muy importante que comunicarle.

—¿Tú a Monseñor ¡Vamos! Que se te ha contagiado en poco tiempo la soberbia de tu General... ¡Hablar a solas con el señor Obispo! Pues, no pides poca cosa, arrapiezo!

Y junto con decir esto, — arranques de hombre de cuartel que el sacristán celebra servilmente — el terrible Capitán Zúñiga llama a un soldado y le ordena que lleve al rapazuelo a la cárcel, donde deberá ocupar un calabozo mientras se le substancia el proceso respectivo.

—¡Chiñorcito! ¡Chiñorcito!... — exclama entonces Juan Yuyo cayendo de rodillas y juntando las manos. — No importa matándome, no importa ahorcándome... Pero yo teniendo que decir cosa muy importante...

Se interrumpe para dar paso a los sollozos que le ahogan y secarse las lágrimas que le surcan el tostado rostro. Los presentes empiezan a ponerse serios.

—Santa Virgen Nuestra Chiñura Guadalupe aparecióme noche temblor, junto a ermita rodeada luz, cantando ankelitos... Santa Virgen Guadalupe Chiñura muy linda, corona de oro, manto azul bordado de plata, decirme...

Vuelve a interrumpirse, como al efecto afásico de la emoción, aunque en realidad sea para juzgar la reacción que sus palabras provocan entre los oyentes. Ya sabe lo que para muchos de ellos significa oír que se menciona a la Madre del Altísimo.

—Yo kurando por salvación mi ánima, Santa Virgen Guadalupe decirme: "Juan Yuyo, corre, corre La Concesión decir a vecinos cambiar sitio ciudá porque donde estando ahora destruirla indios y salida mar!". Yo besando tierra rodillas — continúa el hueñi con voz siempre temblorosa— contestarle: "¡Madrecita Guadalupe: yo corriendo Concesión hablar gristianos! pero ellos creyendo yo desertor y queriendo castigarme..." — "Anda, anda, Yuyito sin miedo, con mi amparo no pasarte nada". Yo querer besarle el

manto azul más limpio que el cielo; pero Santa Virgen desaparecido.

Habla el indiecillo con acento al parecer tan emocionado, con tan agudos trémolos de llanto, y su actitud,— las manos en alto, los ojos entornados y hechos un manantial de lágrimas, el rostro compungido, — es de tan profunda sinceridad, que los presentes llegan a sentirse conmovidos. Atusándose perilla y bigotes carraspea el bravo veterano de tres guerras y dice con voz entera aunque algo enfática:

—Bueno. Eso se lo dirás al Tribunal encargado de juzgarte. Por ahora, como precaución y para escarmiento de indios badalagues ¡a chirona!

Y a rastras, entre juramentos y protestas, se ve a Juan Yuyo con dirección a la cárcel conducido por dos corchetes. Aun en el calabozo sigue el taimado monaguillo contando a grandes voces cómo ha sido el milagro de la aparición de la Virgen y por qué necesita él ver a Monseñor con la mayor premura.

—Tiene razón el infeliz, — comentan algunos espíritus. — Si nuestra Santísima Madre le ha dado una orden, no se procede cuerdamente al impedirsele que le dé cumplimiento. Por algo está allí esa ermita a la entrada de la ciudad, en lo alto de la colina, como su mejor centinela. ¿No estaba probado que se le había aparecido un santo en figura de criatura anunciándole el terremoto al chico leñador del portugués Brantes?

Desde aquel momento quedan formados en La Concepción dos bandos: uno encabezado por Maese Pascual, que no cree maldita una cosa de toda la historia del campanerito; y el otro de los que — no sin base y lógica — afirman que nada es imposible ni absurdo para la voluntad de Dios, y que de los humildes es el reino de los cielos. No poco provechoso es esto para el taimado y socarrón del campanero corneta. ¿Qué más puede pedir si no que se apasione alrededor suyo el ánimo público? La aparición de la Virgen en el camino de la ermita, asegurada y jurada por un muchacho indio, creída y puesta en duda y negada por los más, hace pasar a segundo término la victoria de Lonquén, la muerte de doña Isabel de Vivar, la enfermedad de doña María Francisca del Valle, y hasta el terremoto con salida de mar que acaba de azotar la ciudad. Consultado,

como hombre de letras y experiencia, el Padre Rosales, Rector de los Jesuítas, se limita a mover la cabeza y sonreír.

Los adversarios del "milagro" no tardan en recordar los turbios antecedentes del reo, sus mentiras sempiternas, sus intriguillas y chismorreos, el robo de la corneta y el asalto y despojo al Alférez de la Riva. Se recuerda la aseveración de cierto yanacona, quien habría afirmado, bajo juramento, haber visto a Juan Yuyo en compañía del mestizo Alejo por las orillas del Bio-Bío, la tarde misma del fracaso de los indios en Lonquén, llevando en la mano una corneta nueva.

Los del otro partido arguyen que nada de esto está probado, que es conocida la enemistad del sacristán a su ex acólito, que el robo de la corneta puede ser una fantasía —el reo lo niega— y que, en cuanto al asalto y despojo denunciado por el Alférez de la Riva, la verdad es que todavía el oficial no ha conseguido explicar satisfactoriamente por qué motivo y con qué objeto andaba a tales horas por detrás de las tapias del Convento de las Monjas Trinitarias... Se espera, precisamente, la llegada del Alférez para hacerlo citar como testigo y carearlo con el reo. En cuanto a éste, se limita a seguir pidiendo entre gimoteos que lo conduzcan a presencia de Monseñor Cimbrón.

*
* *

Intensa pero fugaz fué la impresión de regocijo con que en casa de los Irizar vieron llegar a doña María Francisca: tan profundo era el espanto y la angustia reflejados en su rostro y ademanes. La señora de Irizar y la digna viuda de Carulla se abalanzaron a ella, ansiosas de averiguar si le había ocurrido algo... Sin responderles, la joven volvió la mirada hacía la puerta por donde acababa de entrar y exclamó con un acento de miedo que partía el alma:

- ¡Cerradla! ¡Cerradla bien! ¡No lo dejéis que entre!
- ¿Qué dices, hija mía?
- Viene siguiéndome...
- Pero, ¿quién?
- ¡El!

Y selló sus labios en seguida y ya nadie pudo sacarla de su mutismo.

—Estás mal, hija mía. Debes reposar y cuidarte...

Se dejó conducir a su dormitorio sin hacer la menor resistencia. Y ahí, de rodillas junto al lecho, hundió la cabeza entre los cobertores, sacudida por los sollozos. Ya La Mocha, acompañada de una sirvienta, había salido en busca de Maese Quiñones, el físico, la más alta reputación médica de la localidad...

—Acuéstate, hija mía. Estás helada... le insinuó con cariño la Señora de Irizar.

—No será nada, madrina. Tantas emociones... Ya sabréis...

—Sí... Doña Isabel ha muerto... Ya están las monjas de nuevo en el Convento... ¡Oh, qué noche! ¡Qué noche! Y Martín lejos, sin saber nada, y yo sin poder comunicarle nada...

Doña María Francisca, como si tratase de reconstruir algún recuerdo que se le escapaba, se pasó la mano por los ojos, y volvió a abrirlos para quedarse mirando un punto vago en el vacío. Después dijo:

—Veréis como esto no será nada.

Pero a pesar de su entereza moral se vió obligada a guardar cama. Estaba mal, sentíase dolorida y extenuada y, alternativamente, ramalazos de fiebre y escalofrío hicieronle imposible sostenerse en pie. Llamado con premura Maese Quiñones diagnosticó doctoralmente "calenturas malignas".

Como malignas deben de serlo porque a la enferma se la ve estremecerse convulsivamente, a su pesar y, perdido a ratos el conocimiento, óyesela desvariar penosamente. Empiezan a circular entre los de la casa, cuchicheadas con misterio, las palabras "tabardillo" y "chavalongo" seguidas de la nomenclatura terapéutica respectiva. La señora del Corregidor afligese especialmente por la ausencia de su marido; la digna viuda de Carulla, por su parte, sin perder un ápice de la puntilliosidad propia de toda dueña que se respeta prepara el arsenal de utensilios indispensables a la farmacopea de aquellos venerables y remotos días; a la negrilla, compungida por el estado de su amita, le han dejado de blanquear los ojos y los dientes...

Noche de delirio para la enferma y de angustia y des-

velo para toda la familia. Porque no se sabe cuándo desvaría más: si en los instantes en que, perdido el conocimiento, habla como en sueños, o cuando, dándose cuenta de la realidad, hace preguntas y se refiere a cosas que a los demás parecen más hijas de la locura que del juicio. Se inquieta por la ausencia de su padrino, pretende que vayan a su encuentro y asegura que un gran peligro amenaza a la ciudad casi destruida: un ataque por sorpresa de las hordas de Alejo. Ella lo sabe por el mismo caudillo que ha estado en el Convento mientras ella oraba junto a los restos de la finada Doña Isabel y que pretendió llevársela consigo a la montaña. Esto es, precisamente, lo que estiman inverosímil los que la rodean, y lo que les hace temer por su equilibrio mental.

Pronto la casa se va llenando de visitas. Todas las relaciones sociales de los Irizar — que no son pocas, como puede presumirse — se descuelgan en palacio, ávidas de tranquilizar a la dueña de la casa y más ávidas aún de curiosear y de enterarse... Naturalmente, abunda el mujeriego que tiene siempre más tiempo y es más novelero. Por cierto que — no hay para qué decirlo — menudean las recomendaciones de tal o cual tratamiento “que curará a la niña como por mano de santo y la pondrá buena en veinticuatro horas”. Todas diagnostican a ojo con un aplomo y una seguridad que indignarían a Maese Quiñones si no lo hiciesen sonreír. El hombre ya tiene experiencia y sabe demasiado que, para hacer prevalecer su opinión, tendrá siempre que prescindir del empirismo casero. Si dejase obrar él a aquellas piadosas amigas, despacharían a la paciente para el otro barrio, y se quedarían tan orondas. Lo curioso es que cada cual defiende la eficacia de su tratamiento citando casos que parecen increíbles de puro extraordinarios...

Tiene la enferma largos momentos de lucidez, que es como decir de quietud. La temperatura desciende; el cuerpo entra en sosiego; los ojos miran con expresión normal, plácidos y graves; la verbosidad se aplaca y a los labios, como el amanecer de un bello día, se asoma una sonrisa. Entonces pide que corran las cortinas de la ventana-balcón que da hacia el lado del mar. A pesar de que acaba el otoño de efectuar su sigilosa entrada, hace un tiempo tibio y sereno, y doña María Francisca siente cómo se le ali-

via de pesadumbre el ánimo delante de ese horizonte azul en cuyo primer término se destaca, centinela de armas, el Morro con su castillo de almenas y troneras... En uno de estos intervalos de relativa paz pide que llamen a su director espiritual porque desea confesar.

—¿Tal mal te sientes, hija mía?

—No — responde ella dulcemente — precisamente porque me siento bien es por lo que quiero recurrir al Santo Tribunal.

Acude el Padre Abdulio; pero su visita es infructuosa. Doña María Francisca ha vuelto a entrar en período delirante y no reconoce ni a sus íntimos. Habla otra vez sin término ni medida, y llora, y se acurruca en el lecho como un niño que ve fantasmas en la obscuridad de su alcoba, y tan pronto suplica piedad como vocifera amenazas. La obsesión de su delirio es la persecución que sobre ella ejerce un monstruo — demonio, brujo, fiera o bandido — que, a intento de raptársela, quiere cogerla por los cabellos... Cunde en la casa la consternación. Maese Quiñones sigue asegurando que no deben alarmarse, que toda esa excitación pasará con la fiebre. Pero la verdad es que su ciencia y su experiencia se han estrellado ruidosamente contra el mal y que la enfermedad continúa su curso avasallador como si no tuviese delante, armas en ristre, a todo el protomedicato de La Concepción.

En uno de estos momentos de lucidez, Doña María Francisca se hace relatar los funerales de Doña Isabel y dispone, en honor a "La Guadalupe", rezar un trisagio para el ánima de la difunta.

No puede la joven olvidar a la buena y dulce amiga, doña Isabel, cuyos restos alcanzó a velar, pero a cuyos funerales no le fué dado asistir. Se hace repetir una vez y otra los detalles de la ceremonia y no queda conforme mientras no se le demuestra que se despidió a la difunta con todas las fórmulas del rito católico y se cumplieron para con ella todos los deberes que señalan la religión y la amistad. Existe en La Concepción una Hermandad — la de Nuestra Señora de Guadalupe — formada en su mayoría por hijas de familia, algunas de las cuales, bellas, linajudas y ricas como Doña María Francisca tienen en ellas, sin pretenderlo un ascendiente incontestable. Sin distinción de clases las hermanas de la Guadalupe se disputan el puesto

en torno al lecho de la enferma y procuran, con mimos y regalos o con la simple charla, agasajarla y distraerla. Por ellas más que por la discreta viuda de Carulla, sabe doña María Francisca todo lo que ocurre en la ciudad...

A un grupo de las tales le pregunta ella (cierto día de tregua en la fiebre y el desvario) si les complacería rezar allí mismo un trisagio a la memoria de Doña Isabel y por el descanso de su alma. Todas aprueban por aclamación la idea, y en la tarde siguiente, dirigida por el Padre Abdulio, se realiza en la alcoba la solemne oración colectiva. La Hermandad en pleno con sus hábitos tradicionales, colgado al cuello el escapulario con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y el rosario girando entre las manos, invade el aposento lleno de luces y de flores, y a la voz grave del sacerdote que inicia:

—Santo, santo, santo ¡Señor Dios de los Ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria...

Responde a coro con su acento cristalino:

—*Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.*

Están allí la señora de Irizar y algunas — las más íntimas — de sus venerables amigas; la viuda de Carulla; la servidumbre libre y los esclavos de la casa incluso la negrilla, a la que nada ni nadie osaría hacerla retirarse de los pies de su ama. Y doña María Francisca, dominando su desasosiego, les sonríe a todos... No sabe ella misma que, antes de algunas horas, quizás si antes de algunos minutos, estará de nuevo pidiendo a gritos que acudan a defenderla y mirando, con los ojos desorbitados por el espanto, algo que nadie ve porque no existe en la penumbra que los muebles arrojan sobre los rincones... Y repite, mientras tanto, el coro de devotas:

—Ángeles y serafines dicen: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

No tardan en llegar noticias concretas del próximo arribo de las autoridades, seguida de gran parte de las fuerzas a sus órdenes. Efectivamente, pasados algunos días S. E. el Gobernador y S. S. el Corregidor son recibidos entre plácemes por la sociedad y el pueblo, que aún para fiestas, ni ellos tampoco pueden pretender que se les hagan. Esa misma tarde hay en palacio reunión de notables, en la que — como se comprende — no puede dejar de con-

currir S. S. Ilustrísima el Obispo ni los Superiores de todos los conventos establecidos en la Diócesis. Y a partir de aquel día se suceden sin interrupción las reuniones nocturnas en Palacio, a donde, con pretexto de imponerse de la salud de Doña María Francisca, les es más fácil a los palaciegos franquearse la entrada hasta el sillón del Gobernador, que es lo que a ellos interesa.

El capellán Zúñiga y el Alcalde de Ciudad, señor de Elosu tienen la satisfacción de ver aprobadas todas las medidas que adoptaron para contrarrestar los efectos del cataclismo. Monseñor Cimbrón es también muy felicitado por el celo con que procedió a organizar sus huestes revelando una profunda comprensión de los deberes propios de su alta y sagrada investidura. De los asuntos oficiales se deriva la conversación a otros más familiares y se recuerda la versión del indiecillo campanero y, mientras unos la comentan con incredulidad y aún con sorna, otros, acaso los más, muéstranse inclinados a tomarla en serio. ¿Por qué no puede ser? ¿Sería el primer caso? ¿Es tan extraño, tan inverosímil que la Reina de los cielos se muestra viva en su imagen a una criatura humilde? ¿No resalta a la vista, después de todo, que la ciudad está mal emplazada y que es razonable pensar en buscar un sitio más adecuado para reconstruirla?

A este punto de la controversia, entra a terciar en ella, como por derecho propio, el Alférez de la Riva y Pazos de Obregón. Habla alto y su tono es despectivo.

—Dejaos, por favor, de tiquismiquis y razonad como personas que no han perdido el juicio. ¿Quién hay en todo el Reino bastante cándido para dar oídos a un bellaco de tan ruin calaña? A cualquiera otro, podría pasar; pero nunca a ese granuja, aborto de su raza, a quién no tiene el Diablo por donde desecharlo... ¿O es que habéis olvidado ya de quién se trata?

Y como si no se diese cuenta de la sonrisilla irónica que asoma a todos los labios y que va acentuándose a medida que habla, alude el elegante joven a la terrible noche en que una pandilla de desalmados indios, instigados por ese granujilla, lo cogieron de sorpresa — conste que de sorpresa — y lo robaron, con las agravantes de nocturnidad y alevosía...

De las apariciones milagrosas salta la plática a otros hechos sobrenaturales que sería explicable poner en duda

si no fuese por que están acreditados por las más altas autoridades de la Iglesia. Y aun cuando se halle presente el señor de Irizar, pasa por fin a servir de principal incentivo de la conversación la especie — ya difundida en la ciudad — de que la enfermedad de doña María Francisca es de naturaleza demoníaca y de que la perturbación mental que se le ha observado no es más que obra de los espíritus satánicos. Todos, como a una consigna, miran al R. P. Abdulio, confesor y director espiritual de la joven.

—Esa afirmación es muy grave — dice sin abandonar el tono persuasivo, habitual en él, de su voz de apóstol familiar —. Tan grave — añade — que casi, casi la calificaría de temeraria. Reparad, señores, que la ciencia médica no ha dicho aun su última palabra, y que en cuanto a la Religión, no ha pronunciado ni la primera.

—No se trata de afirmación, sino de conjeturas — replica otro de los presentes —. Dicen que la joven divaga, desvaría, que a menudo pierde el dominio de sus facultades y habla, como si los tuviese presentes, a personajes invisibles.

—Eso es verdad; pero el físico dice que no se trata sino de visiones propias de la fiebre que le quema la sangre — arguye don Martín de Irizar, no poco molesto del sesgo que va tomando la conversación.

—Que el demonio no descansa y en todo trata de meter su rabo, es cosa que nadie se atreverá a negar. Algo igual, o muy parecido, es lo que creo haber escuchado en alguno de sus hermosísimos sermones del Rev. Padre Abdulio.

—¿Quién osará desconocerlo? — dice el aludido —. La vida entera de la Humanidad no es más que una perpetua batalla entre los malos y los buenos espíritus. ¿Por qué de sangres igualmente limpias y de educaciones semejantes salen criaturas de sentir, de pensar y de obrar tan opuestos? ¿Y no tenemos un ejemplo en el mismo Alejo, soldado distinguido, valiente, mimado, triunfador en todas las lides, transformado de la noche a la mañana en el más encarnizado enemigo de los que le arrancaron a la vida salvaje para hacerlo cristiano?

—Habéis nombrado a Alejo. Y acaso ignoráis que, según los dichos de los corrillos, es precisamente su figura la que ha tomado el demonio para penetrar en la ciudad, introducirse en el Convento de las Trinitarias y sorprender allí a doña María Francisca en los momentos en que oraba junto al cadáver de doña Isabel de Vivar.

—¿Qué dice ella?

—Ella dice que era Alejo.

—Pero resulta inconciliable su afirmación con la realidad. Porque el día del terremoto Alejo tenía que estar forzosamente a muchas leguas de La Concepción. Y porque, además, aun admitiendo tanta audacia en un hombre como Alejo, se hace difícil pensar que él haya podido saber — ¿dónde? ¿cómo? ¿por quién? — que su madre acababa de morir y que doña María Francisca velaba sus restos en la capilla de las Trinitarias.

Tan animada y sustanciosa plática se ve de pronto suspendida por la presencia de un oficial que solicita hablar con S. E. El Almirante lo hace sentar a su lado y en seguida el militar da cuenta de que, aprovechando el retiro de las fuerzas de penetración, Inaquepu ha reanudado de sorpresa sus incursiones por los campos del Ñuble y del Itata, y hay fundados temores de que el mestizo Alejo no pierda la oportunidad de hacer otro tanto en la región de más allá del Bío-Bío, dejada casi en absoluta indefensión.

Violentemente se desvía entonces la corriente de las conversaciones. Se deja en paz al demonio y a sus posibles andanzas por entre la progenie adánica, y se encara la situación que ha venido a denunciar el recién llegado. Zúñiga es de los primeros en hablar de que hay que lanzarse al campo sin pérdida de tiempo. De la misma opinión son el Corregidor de Irizar y la mayoría de los jefes y oficiales presentes en la reunión, los capitanes Molina, Roa, Aguilera, del Pozo, Galeazo, Chavarria... Sólo a don Andrés de la Riva y Pazos de Obregón se le ve guardar silencio, como si aguardase la ocasión propicia para exponer su modo personal de considerar el asunto.

Entre el elemento civil y el eclesiástico se acogen con manifiesta frialdad las iniciativas de los militares. Ellos preferirían no sólo que las fuerzas de la guarnición permaneciesen dentro de las murallas fortificadas, sino que se acordase el envío de nuevas fuerzas, desde la capital o desde donde fuere. Persisten en ellos los efectos del pánico suscitado por el terremoto y toda medida de seguridad les parece escasa. Don Andrés se suma a los grupos de paisanos y se muestra entusiasta partidario de la actitud defensiva... Uno de los presente — un antiguo magistrado convertido en poderoso terrateniente, atormentado por la avaricia tanto como por la gota — se permite decir en son de amenaza que, si no se les dan las garantías debidas, él y

muchos de los principales vecinos se ausentarán de La Concepción y correrán a refugiarse en sus estancias del valle del Maule o sencillamente lo enajenarán todo para irse a residir a Santiago, o a Lima, o a la Corte.

Aquello es demasiado fuerte para el temperamento aragonés de un probado hombre de guerra como S. E. Apenas hace pausa el viejo pelucón, se pone en pie y, requiriendo el bastón de mando, con visibles esfuerzos por contenerse dentro de la dignidad del cargo, le replica. Jamás, ni ante la noticia de descalabros de sus hombres o de desmanes de los indios, se le ha visto tan fuera de sí. De ordinario afable, suave, casi cortesano, el Almirante, como Júpiter Olímpico, truena y relampaguea ahora, increpando a sus subordinados y llegando a preguntarles «si será posible que esté en su ánimo el hacerse acreedores al calificativo de malos vasallos de Su Majestad». (Al decir lo cual levanta el bastón en la misma medida que dobla la cerviz).

—En su servicio estamos aquí — dice — y en su servicio, que es el de nuestra santa Religión, debemos hallarnos dispuestos siempre a los mayores sacrificios. Ya tengo bastante de sufrido y vivido como para creerme con derecho al reposo, y aquí me ven vuestas mercedes, entretanto, restándole horas al sueño y regalos a la mesa por asegurar a S. M. el dominio de esta tierra donde han caído, bajo el rencor del bárbaro, tantos de sus mejores capitanes. No me hablen vuestas mercedes de marcharse, que eso no es digno del nombre de españoles. Si hubiesen huído, a buen seguro no conquistan Méjico Hernán Cortés ni el Perú Francisco Pizarro, ni funda Pedro de Valdivia, para gloria de España, en este rincón del mundo, las ciudades que, después de un siglo, queréis vosotros abandonar. Os ruego, pues, dejar a vuestro Gobernador y a los jefes militares de la plaza, el honor y cuidado de vuestra defensa y de la de vuestras vidas y vuestros intereses.

Un ruidoso batir de palmas celebra la severa alocución del Almirante. Los pusilánimes han sido vencidos y la reunión se disuelve entre comentarios tan discretos como favorables a la primera autoridad.

*

*

*

Con solemne empaque, ataviado como para una fiesta, comparece el alferez a presencia del Tribunal Militar en-

cargado de juzgar al indígena Juan Huenul (alias Juan Yuyo) a quien se acusa de los delitos de fuga, desertión y espionaje en servicio del enemigo, con las agravantes de robo de efectos bélicos y asalto y despojo a un oficial del Ejército, de noche, en cuadrilla y despoblado.

Puede suponerse el estado de ánimo en que va el gallardo caballero, convencido, más que nunca, de que hay por encima de los hombres una justicia que da a cada cual lo suyo y que no yerra jamás. El sabía — y cómo no iba a saberlo — que tendría que llegarle la oportunidad de castigar el crimen de ese indiecillo repugnante.

Hay que decir, sin embargo, que no las tiene todas consigo y que a la satisfacción de la venganza se contrapone en su ánimo el temor de que, al ser careado con el reo, éste, llano a confesar, diga toda la verdad... ¿Y entonces? Pero, afortunadamente — sigue divagando el chapetón — como ese bellaco se tiene demasiado bien ganada su fama de enredoso y embustero, a él, a don Andrés, le será fácil salvarse con una rotunda negativa, aunque para ello se vea obligado a perjurar.

—Mi buen tío el canónigo me arreglará estas cuentas con el cielo... — piensa, encogiéndose de hombros.

Después de las fórmulas de estilo, pasa a prestar declaración, y ciertamente no es parco en pormenores. Relata una vez más el episodio y dice que no podría precisar el número de los asaltantes, pero que supone que no bajaba de cincuenta. Los miembros del Tribunal sonríen, disimuladamente, para sus bigotes.

—¿No alcanzó el testigo a reconocer a ninguno? — le pregunta el Presidente.

—Yo no entiendo esta endemoniada jerga de los indios. Lo que juro una vez más, por la salvación de mi alma, es que la pandilla era capitaneada por ese intrigantuelo a quien llaman Juan Yuyo.

—Sírvasse decir el testigo, perentoriamente, sin ambages, ¿qué es lo que motivaba su presencia a aquella hora detrás de las tapias del Convento de las Trinitarias?

—Le consta a todo el mundo que es en mí un hábito el de salir por las tardes de paseo, sin objetivo fijo, por vía de ejercicio. Algunas veces me encamino a la playa del mar, otras tomo por el río arriba, o subo a alguna de las colinas que rodean la ciudad y llego hasta la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. En aquella ocasión, es verdad, me retardé un poco más de lo conveniente, y los cri-

minales — que ya seguramente habían premeditado el golpe — me cogieron completamente de sorpresa.

La explicación es satisfactoria, y los jueces no tienen nada que objetar. El Presidente ordena al Secretario que haga llamar al otro testigo y, mientras tanto, ruega al alférez se sirva pasar a la antecámara. Precedido de un corchete entra a la sala del Tribunal un indio de servicio. Es un hombre de unos cuarenta años, de recias crines negras cortadas a la altura del cuello: un tipo neto de su raza, de nariz ancha, pómulos salientes y poderosos maxilares. Hay algo en él, sin embargo, que no inspira simpatía y es la mirada huidiza de sus ojos estrábicos. El mapuche, aun para morir, mira de frente, lo que no ocurre con este yanacón que viene a deponer, no se sabe si en contra o en favor del prisionero. Va descalzo, pisa menudo, es algo patizambo y viste cotona y bragas de burda balleta de Castilla.

—¿Cómo te llamas?

—Misqui — responde con voz melosa, en abierta contradicción con su robusta estampa.

—¿Desde cuándo estás entre cristianos?

—Desde mis primeros años. No conocí a mi padre, que murió en la guerra.

—¿Sabes leer?

—Sí, Su Señoría Ilustrísima.

—¿Dónde te lo enseñaron?

—En la Misión de los Padres de la Compañía, en San Bartolomé de Chillán. Fui allí llevado con mi madre, que entró al servicio de la Misión.

—¿Qué tienes que decir a propósito de este sumario?

—Lo que he dicho otras veces a mi amo el Capitán don Fernando del Pozo, y a quienes me han querido oír: que la tarde de la batalla de Lonquén, horas después de la retirada de los indios, yo he visto al mestizo Alejo y a Juan Yuyo en las orillas del Bío-Bío. Los he seguido y espiado largo rato, y hasta he disparado al capitanejo un flechazo que desgraciadamente erré. Lo peor es que no me quedaba otra saeta.

—¿Qué hacías tú en esos parajes?

—Acababa de vadear el río, viniendo del sur, de Puren, a donde había ido con un mensaje de mi amo. Y me tocó ver desfilar a los indios que huían en demanda de su campamento.

—¿Tú eres cristiano?

—Sí, S. S., por la gracia de Dios.

—¿Juras por la Cruz de Nuestro Señor que es verdad todo lo que has manifestado y lo que vas a manifestar?

—Lo juro — dice el yanacona, levantando la vista y enseñando el pulgar cruzado sobre el índice.

—¿Por qué quisiste matar a Alejo?

Vacila el indio, apenas un instante, y luego dice con toda la firmeza de expresión que le permite su atiplado acento:

—Porque sabía que libraba a los cristianos de su peor enemigo.

—¿Nada más que por eso?

—Y porque Alejo, después del sitio de La Concepción, derribó por tierra, de un hachazo, a su Teniente Huenchullán.

—Y eso a ti ¿qué te importa?

—Huenchullán era hermano de mi madre.

—¿Qué fué lo que observaste aquella tarde?

—Juan Yuyo llevaba una corneta nueva y yo lo vi entregar a Alejo un envoltorio del que éste extrajo una carta, que no alcanzó a leer porque se hacía ya de noche. Yo me vine corriendo a La Concepción, di cuenta de lo que había visto y de aquí salió una partida en persecución del caudillojo.

—Esa es la verdad — dice uno de los vocales al oído del Presidente del Consejo de Guerra.

Hay una pausa. El Presidente piensa que los testimonios rendidos son sobremanera interesantes y que se impone, de inmediato, un careo.

El secretario, entretanto, escribe rápido haciendo crujir la de ganso sobre la tersa lámina de papel de oficio... Ya carraspea dispuesto a leer con la engolada voz propia de la gente de toga, cuando, pidiendo permiso para entrar y quedándose respetuosamente de pie y a la distancia, el Alguacil Mayor da cuenta al Tribunal de que le es imposible hacer comparecer al reo...

—¿Qué dices?

—Lo que he dicho a S. S.: el Alcalde de la cárcel acaba de comunicarme que, al ir a sacar de la prisión al interesante personaje, se ha encontrado el calabozo vacío.

Jornada segunda

Alborea apenas tras de la Cordillera cuando el Toqui avista el campamento de su linco. Truena aun con intermitencias el Antuco; resopla fuego a grandes bocanadas; se empenacha de humo; burdos vellones de color de pizarra que se disuelven en el viento. Viene del Oriente un acre y penetrante hedor a azufre. La tierra no acaba de aquietarse... Alejo, demasiado absorbido por las visiones de su mundo interior, se desentiende del encanto radioso de aquel amanecer en la montaña, en que se confunde el prestigio de la naciente luz solar con el resplandor de fragua de los cráteres.

Hijo de la montaña, sin embargo, hecho a advertir al primer vistazo cualquier detalle que importe mínima mutación en su medio ambiente habitual, no escapa a su ojo el de los insectos que en negra y zumbadora nube vuelan del oriente hacia la costa, huyendo, sin dudas, de los efectos del sulfuro quemado, con que los fumiga el volcán, ni el más triste y penoso de las "pigdas" o colibríes, cuyos cadáveres va viendo a cada instante tendidos en mitad del camino. Sería pueril compararlos a flores arrancadas a los árboles por las rachas otoñales. Bañados por la claridad creciente, más bien parecen joyas, pues sus plumajes maravillosos brillan con visos de pedrería que van del azul de añil y de cobalto al verde, al granate, al amatista, al amarillo de oro o de naranja. Alejo hace por no aplastarlos, preguntándose si los habrá muerto el tóxico sutil de los gases meteóricos, o si los picaflores, lo

mismo que los hombres, sentirán, allá en sus corazoncillos diminutos, el pánico mortal de los terremotos.

En la ribera misma del Laja tira la brida a *Pillán* y se apea. No es que sienta el deseo de contemplar el lento deslizarse de aquella ancha masa de agua en cuya ondeante superficie rebotan, como cintarazos, destellos de ocre, de plata y bermellón. No es que anhele entretenerse en escuchar una vez más el largo y repetido trueno de los saltos — tantas veces oído — que ha sido su canción de cuna. El retinto gotea espumajeándole el belfo y los ijares, envueito todo él en una bruma tenue; y en el aire fresco de la mañana se eleva de sus ollares, con el ritmo respiratorio, una doble columna de vapor: Alejo lo golpea cariñosamente en el cuello y aflojándole la montura, la levanta una y otra vez dejando al aire el «chañi» para refrescar al animal los lomos. *Pillán*, agradecido, relincha al viento de las praderas y se sacude con brío haciendo tintinear la lujosa platería de sus arreos. Sólo después de un rato, cuando ve a su caballo enjuto y descansado, le aprieta Alejo las cinchas nuevamente y se decide a lanzarse al vado. El río viene grande, crecido; la helada corriente revienta en olas contra el pecho de *Pillán*, cuyos firmes cascacos de caballo montañés, herrados en plata, hacen resonar, sin dar una sola resbalada, las redondas piedras del lecho. El jinete lo anima con breves interjecciones dichas a media voz: «¡Ah, manco! Ah, manco!», tensas las bridas y los pies fuera de los estribos hasta que ya en la otra margen, puede clavar espuelas y seguir al galope.

Lo primero en divisar es la caballada de su ejército, pastando libremente, desparramada en un llano húmedo y vegoso de alta y profusa vegetación espontánea. Todavía no bien tranquilizadas, se ve a las bestias alarmarse de cuando en cuando con los espasmódicos ruidos y estremecimientos de la tierra, erguir la cabeza y, con una extraña chispa en los ojos, tender las orejas por un certero instinto del peligro, hacia el oriente. Van reconociéndose con *Pillán* enarcan el cuello y relinchan de alegría. Su grito poderoso no desentona, en la atmósfera fragante y diáfana, de los mil rumores de la naturaleza esperezada: chillido impertinente de los tregles en las lagunillas, graznido pasajero de las bandurrias en lo alto, cuchicheo de los pastizales, vago estruendo de las aguas despeñadas en la lejanía, gorjeo desenfrenado de los pájaros y, en el misterio de los ramajes sombríos, el martilleo persistente de los

pícamaderos: Detiéndose de súbito en mitad del camino, échase la corneta a la cara y lanza el toque anunciador del día. Bien sabe él que su reche lo reconocerá en seguida. Minutos después se encuentra en medio del campamento, donde ya todo el linco se halla en pie, aguardándole.

—Dejadme reposar — dice el Ñanku a sus ayudantes. — No he dado una pestañada desde ayer a estas horas.

—¿Qué piensas hacer? — le pregunta Quintralef.

—Marchar en seguida sobre La Concepción. Hay que aprovechar la desmoralización de esa gente y la ruina de la ciudad y gran parte de sus defensas. Creo que Inaqueupu hará otro tanto con respecto a Chillán, que ha empezado a repoblarse.

Los dos hermanos miranse a la cara y se mantienen en silencio. Ñanku, que se cae de sueño, no repara en ello.

—Antes que te duermas, hermano — le dice Loncoluan — te hemos de dar una noticia que alegrará tu corazón.

—Habla.

—Millaray y Llanquiray, con diferencia de días, han dado a luz. Eres padre de un varón y de una hembra.

—¡Oh, qué alegría!

Siéntese el caudillo, en realidad, invadido como de una oleada de satisfacción, casi de orgullo, que le hace abrir fraternalmente los brazos y estrechar en ellos a sus bizarros ayudantes. Si no le tumbase la fatiga seguiría viaje.

—Llegó ayer tarde un werke, de parte de nuestro padre, a darnos la noticia — dice Quintralef.

—¡Voy a dormir el más hermoso de los sueños de mi vida! Mandad un werke a decir que yo parto sin demora.

Se tiende en su netantu, los mozos salen del toldo de campaña y antes de unos minutos, Ñanku parece más inerte que el tronco — primitiva almohada de los mapuches — en que apoya su recia cabeza de caudillo.

Sueña dormido lo mismo que soñaba despierto, a todas horas. Sigilosamente marchaba con sus dos mil hombres sobre La Concepción, y — mientras Inaqueupu hacía otro tanto al frente de los suyos con Chillán — se apoderaba de la orgullosa capital del sur, pasaba a cuchillo a su guarnición, reducía a la servidumbre al paisanaje masculino — como base de futuras operaciones de canje y rescate — y repartía a las mujeres entre lo más florido de sus conas. Sólo se respetaba el Convento de Las Trinitarias, de donde salía doña María Francisca para ir a ha-

bitar, como reina y señora, el Palacio de Gobierno. El no procedía, pues, como Lautaro, que prendió fuego a la ciudad desolada y no se retiró sin contemplar la humareda que surgía del último de sus escombros: él se establecía en la ciudad intacta, que estaba destinada a ser la capital de su futuro imperio...

¡Visiones, hermosas pero vanas visiones de durmiente, que junto con abrir los párpados, habrá de vez desvanecidas y deshechas! Porque está engañado, desgraciadamente, con respecto al estado de ánimo de los suyos, y de desengañarlo se encargarán sus propios lev-toquis, a quienes, teniendo en medio a Quintralef y Loncoluan, encuentra al despertar severamente congregados a su alrededor. Es preciso que no se haga ilusiones, porque no hay que contar con los indios para nada. Ellos, como los blancos, ven en el fenómeno sísmico de la noche anterior una manifestación adversa — una protesta y un castigo — de parte de los altos espíritus que gobiernan a su arbitrio el mundo y disponen del destino de los hombres. A su juicio, el gran *Pillán*, y sobre todo *Cherruve* — dios del fuego y morador de los volcanes — están descontentos con el pueblo mapuche, se oponen a la prosecución de la guerra y esa crisis de la tierra que tiembla como loca y deja escapar de sus entrañas humo, fuego y escorias encendidas, entre estampidos de truenos y fulguraciones de relámpagos, no son sino signos inequívocos de su voluntad incontrastable.

A Alejo, que no se espera semejante contrariedad, le es difícil disimular el desagrado. Se contiene, sin embargo, y para no desahogarse en improprios ni echarlo todo a rodar, toma su quitra, la carga, la enciende con aparente calma y no habla sino después de haberla aspirado, con delectación, hasta tres veces.

—Pero vosotros — pregunta — ¿qué decís a todo esto?

—Nosotros no tenemos otra ley que la tradición de los mayores — dice, reposada y firmemente, Quintralef —. Eso es lo que creemos todos, porque así nos lo han enseñado, porque así viene trasmitiéndose de padres a hijos desde los tiempos de los aucas, nuestros lejanos antepasados.

—¿De modo que...

—No se puede contar con las tropas para una nueva campaña ofensiva, al menos mientras perduren los efectos del fenómeno.

—¿Prefieren esperar al enemigo en sus casas?

—No precisamente eso. Lo que quieren es esperar al enemigo en pie de guerra.

—¿La guerra defensiva, entonces?

—Tú lo has dicho.

—Entonces — dice el Toqui lanzando una bocanada de humo y sin abandonar su postura tranquila y en cierto modo displicente — yo estoy demás entre vosotros. Yo no puedo seguir mandando a soldados que no quieren combatir.

Tan graves declaraciones impresionan violentamente al auditorio de oficiales. Alzanse voces de fervorosa adhesión a la persona y autoridad del Toqui, pronunciadas en un tono enérgico que no admite dudas respecto a su sinceridad. Pero Nanku mantiene irrevocable su decisión de alejarse aquella misma tarde, dividido su linco en dos grandes legiones de mil hombres cada una — que entrega respectivamente a Quintralef y Loncoluan — toma el camino del rehue de Huenquelao. Como transacción, ha consentido en no desprenderse aún de la insignia de mando, la que seguirá pendiente de su cuello hasta que un nuevo coyau no resuelva sobre la situación creada. No podría negarse que va descorazonado. Es la hora triste, la hora de abandono y orfandad que padecen alguna vez todos los conductores de pueblos, caudillos, apóstoles, reformadores. Todo le es adverso. Todo, hasta la naturaleza, parece conspirar en contra suya. Su gente, la raza con la que él ha querido confundirse en un solo culto de libertad y en una sola aspiración de grandeza, no lo comprende, se niega a seguirle. Puede en ella más que su salvaje amor a la libertad, más que su genio batallador, más que su codicia, en fin, el misterioso influjo de sus supersticiones ancestrales: el fenómeno le ha anonadado. Y entonces, como nunca, ve claras y patentes las dificultades de su gigantesca empresa.

—El — piensa — no sabe más que pelear. La guerra es para él un deporte, un gran deporte, por el que elimina el remanente de sus energías físicas de hombre primitivo. La guerra es la caza al huinka, al blanco, irreconciliable enemigo, la satisfacción del desquite, la represalia al máximo, la rapiña, el saqueo, la matanza, el rapto. . . Pero no ve más lejos ni más alto. Antes de la llegada de los conquistadores, y aún ahora mismo, se pelean entre ellos, por malquerencias de razas, de tribus, de rehues, y se hacen malocas brutales cuyo objetivo principal es el robo de mujeres y ganados. ¿Habrá en toda esa muchedumbre abigarrada, de elementos divergentes el embrión de

un pueblo, el germen siquiera de una gran nación como la que él sueña? ¡Ah!, magnífico Imperio de los Aucas, qué vagos se ven ahora tus contornos, perdidos entre la bruma — sangre, hierro y oro — de ensueños fracasados y de ilusiones claudicantes!

Así, al paso de su caballo, caídas las riendas sobre el arzón, sin apremio alguno, y casi ajeno a la realidad circundante, es como, ya bien avanzada la noche, llega Alejo a las puertas de su buta-ruca y escucha estremecido, al apearse, un llanto de cachorrillos que buscan instintivamente el manantial de la vida. Aquel vagido inconfundible, que no es más que el ritmo de su propia sangre en otras venas, le hace pensar en las responsabilidades de la paternidad y, abatido como está, se pregunta (por primera vez y acaso por la última) si no habrá sido una locura fatal la suya, si no es absurdo ese salto atrás que él ha dado y que lo hace sentirse ahora como en medio de un menuco traidor, de fondo negro y cenagoso bajo la superficie florecida de nenúfares.

Las pacientes («coñalu») ya casi restablecidas, le esperan con ansiedad no disimulada y lo saludan con la mejor de sus sonrisas, como si fuese un rayo de sol el que entra en ese instante al «catruntucun». No es ciertamente, suntuoso aquel interior de casa rural, en el que las influencias de la arquitectura exótica ha borrado casi todo recuerdo de casa indiana. Se observa sin dificultad, a primera vista, la relativa cultura de su dueño, quien a pesar de la agitación febril de su vida de caudillo, se ha dado tiempo para hacer que sus compañeras aprecien las ventajas del bienestar doméstico.

La primera en saludarlo y correr a recibirlo es su vieja y cariñosa llalla, que ha hecho de «elputrave» y que, ni para abrazarle, tira el cigarrillo de «chala con cuyo fragante humo se ha estado solazando. También se hallan allí, casi recostadas en sus almohadones de tejido de lana, Juana y Rosario, las cautivas, que han venido desde sus rucas a hacer compañía a las pacientes.

Alejo, el Ngen Toqui de los mapuches rebeldes, el guerrero temido y odiado, tiene ante ese regalo de los dioses que le hacen sus mujeres esa actitud cortada y algo zurda que los padres adoptan en ocasiones semejantes. No sabe si pedir a los recién nacidos para hacerles arrumacos — lo que cree una obligación — o limitarse a besar a sus madres, que les dan el pecho.

—¿No ha venido a veros vuestro padre? — pregunta co-

mo para salir por algún lado después de estrechar la mano a las cautivas.

—Padre está enfadado contigo — le responde Millaray.

—Y con nosotras — agrega Yanquiray.

—¿Enfadado? ¿Y por qué?

—Para un mapuche de pura cepa como él — interviene la Papay — es inadmisibile que se innove en las costumbres transmitidas desde las primeras generaciones. Ya sabes que la creencia de los viejos es que el embarazo, como enfermedad infecciosa, contamina las habitaciones, los muebles y vestidos, y por eso se impone el retiro de la parturienta a un sitio aislado. Se puso furioso cuando le dijimos que tú habías hecho regresar a casa a tus mujeres.

—¡Pobre Huenquelao! ¿Y qué fué lo que dijo?

—Pues que la culpa era suya por haber consentido en que sus hijas se casasen con un hombre pervertido por las costumbres de los huinkas.

Alejo ríe de buena gana y las mujeres huinkas también rien. Encuentran graciosa la terquedad del viejo negándose hasta acudir a conocer a sus nietos porque se ha infringido el tratamiento tradicional — bastante inhumano, ciertamente — que entre los mapuches se da a las mujeres en el período en que de mayor cuidado y atención han menester.

—¿De modo — pregunta Alejo — que también estará molesto porque no os apresuráis a dejar el lecho y a volver a vuestros quehaceres de casa?

—Seguramente.

—Me ha preguntado con intención — dice la Papay — si fué así como yo te crié a ti, y si tú tendrás pensado sacar alfeñiques en vez de hombres para la guerra y mujeres para el trabajo, como deben ser y han sido siempre los hijos de los mapuches.

—Y mi suegra ¿estará de acuerdo con él?

—Ya lo creo. Está sintiendo que no sea ésta su casa para poner las cosas en su sitio.

—Lo que es yo no lo siento. Cada pájaro en su nido.

Y como, al observar a las cautivas, más que en detalle material alguno, en la demacración de los rostros y en la perezosa languidez de las actitudes, ha sospechado él que pronto tendrá la Papay que volver a ejercer sus funciones de «elputrave», les dice con intención, en castellano:

—Veo con satisfacción que mis cuñados no han perdido el tiempo.

Ellas, llevándose instintivamente las manos a la cin-

tura, se miran a la cara, que un tardío rubor colorea. La vieja sirve de intérprete a las mujeres de Alejo. Y todos a coro se echan a reír.

Hasta ese instante, el más eficaz sedante o analgésico para sus inquietudes íntimas — desencanto amargo sobre la pasión que sigue desbordándose — lo ha tenido Alejo en sus preocupaciones de caudillo militar y de jefe de familia. Pero ahora, al verse de nuevo en el rehue en donde ha dormido su primer sueño de desertor y renegado, se le hace tiránica la necesidad de saber lo que ocurre en La Concepción, qué determinación ha tomado doña María Francisca, qué funerales se habrán hecho a su pobre y santa madre... Cierto es que Yuyito — as de mensajeros y de espías — está operando en la ciudad; pero, ¿sospecha él mismo la recepción que va a brindársele? ¿Y si al hueñi, a pesar de todas sus argucias, lo atrapan como a una rata? Además no es verosímil que el corneta alcance a averiguar en pocos días algo de mediana importancia. Resuelve entonces valerse de los servicios de la llalla, a quien informa de la muerte de su antigua ama, la cautiva del cacique. Nada sabía ella y llora con desconsuelo recordando, entre sollozos, a la «Chañura Sabel». Y sólo en esa ocasión se decide a referir a Alejo la entrevista que ha celebrado con la enferma.

—Veo que eres discreta cuando quieres, Papay — la dice Ñanku.

—El que no sabe guardar un secreto merece que le corten la lengua — replica la anciana sentenciosamente.

—Por el cariño que me tienes y que le tuviste a la difunta, ¿te atreverías a llevar una carta a la persona que yo te indique, en La Concepción?

—A La Concepción y a donde tú me ordenes. Si esa persona está en la tierra, ten por seguro que yo daré con ella y le transmitiré tu encargo.

—¿Sea quien fuere?

—Sea quien fuere. Muerta la Chañura Sabel tú no tienes otra madre que yo.

Al día siguiente se aleja del rehue la mejor de las espías del Toquí y, a campo traviesa, tomando valientemente por atajos y desechos, sólo de ella conocidos — al bra-

zo la pilhua de frutas y flores silvestres — endereza rumbo hacia La Concepción. Lleva una carta. ¿Habrá necesidad de decir para quién?

La mira alejarse nuevamente, caminito adelante, llevando auestas como un glorioso contrabando, el signo de todas las esperanzas del que fué su hijo de leche y es ahora el caudillo de su raza, vengador furioso de los dolores de su pueblo. Asciende luego a lo alto de la colina que es su reposorio y miradero habitual. Es más tiránico que nunca en él el deseo de estar solo, de mantenerse ajeno a los menesteres de orden familiar. Y como la temperatura de aquel atardecer de otoño es deliciosa, prefiere permanecer allí, sin más compañía que la de uno de sus perros que se ha obstinado en seguirle todo el día.

¿Conseguirá la llalla, con toda su astucia de vieja y de india casi bruja, poner esa carta en manos de aquélla a quien va dirigida? ¿Y cómo la recibirá ella: con indiferencia, con indignación, con desprecio, haciendo mofa? ¿Y si llegase, en su enojo, a denunciar como espía a la Papay y los huinkas, con su eterna idea del escarmiento, les llevase a atentar contra la vida de la pobre?

—¡No, no! — piensa Alejo — María Francisca no será capaz de eso. Rechazará el mensaje, regañará a la mensajera, la hará expulsar de su vista... Pero no querrá hacer nada que pueda tener tan terrible consecuencia para quien es ya mi única madre. Y si así ocurriese, si a la llalla me la aprehendieran para seguirle causa de espionaje, yo no titubearía en enviar parlamentarios al señor de Irizar ofreciéndole condiciones de rescate.

Se hace la noche en la montaña y Alejo asiste una vez más a ese espectáculo ya, por la costumbre, impreso en su retina: la luz que se desvanece, el viento que se aquieta, la tiniebla que abandona sus guaridas, el gran silencio que se impone como si viniese de lo alto... a tiempo que del fondo inconmensurable del firmamento surge la esplendorosa pedrería de los astros, y abajo, se inicia ese como concierto clandestino de hojas y ramas que chirrían; de arroyuelos que gorgotean entre los pedregullos; de pájaros que pían como si orasen, al recogerse al nido; de sapos que dan la serenata; de ovejas extraviadas que buscan, balando, su redil; de perros que ladran, alarmados, a las sombras que ven galopar entre la sombra.

Como no sopla el puelche, no hace frío, y la tierra guarda y devuelve el generoso calor que recibió del sol durante tantas horas. Es ya entrado el otoño, pero aun —

como los de un rey, que hubiese sido realmente magnífico — flotan en la montaña los vestigios del verano. El campo huele bien, y Alejo, montañés de cepa, criado en un rehue indígena hasta los diez años, distingue fácilmente, entre los infinitos olores que le trae el más leve vientecillo, entre la fragancia penetrante del guaguan, del boldo, del chequén o del romero, entre el vaho como de incienso que le llega desde el nevado follaje de los ulmos, gratos a las melíferas abejas, el aroma de los inmensos trigales ya maduros que ha visto amarillear durante el día.

Tiéndese de espalda sobre su macuñ desplegado, cruzando las manos por bajo de la cabeza, y se entrega a soñar y a meditar... Frente a él, allá abajo, en la dirección del océano, suave y puro hasta hacerle recordar el fanal de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, brilla el lucero — el llepun, que su padre le enseñó a querer — y, encima, casi vertical, entre un millar de estrellas cuyo nombre ignora, la Cruz del Sur con sus cuatro clavos luminosos: la constelación que le indicaba entre piadosas leyendas de milagrería, la trémula mano de su santa y cariñosa madre. ¡Tantos soles! ¡Tantos mundos! Recuerda las lecciones objetivas de su preceptor y amigo, el buen padre Rogelio, cuando, desde el patio desolado del colegio, se empeñaba en darle una noción general del mapa celeste y le hacía, mirando a lo alto, pronunciar nombres que ahora le sería imposible repetir...

¡Cuánto tiempo y qué diversidad de aventuras, desde entonces! El niño mestizo que hasta se pensó, un momento, en consagrar al servicio de la Iglesia, es ahora el gran caudillo de los indígenas rebeldes: ya no tiene madre, ni nadie, entre los blancos, lo recuerda sino para maldecirlo; del padre Rogelio no se ha vuelto a tener noticia alguna desde que partió para internarse entre las tribus del extremo sur, y él, Alejo, que ya no es Alejo sino Ñanku, *el Aguilucho*, marido de dos mujeres que lo adoran, acaba de afianzarse con dos nuevas raíces en la montaña de los suyos: son esas raíces sus dos hijos, a los que pondrá nombres de guerreros como el que lleva él y a los que educará en el odio a la raza y a la ley de los invasores.

¡Qué empresa tan larga y tan difícil es la que se decidió a afrontar! Con dolor de su alma ha debido convenirse de que los más formidables enemigos de su pueblo no son esos extranjeros de tan lejos venidos, tan poderosos y a los que, a pesar de todo, está seguro de llegar a

vencer: el peor de los obstáculos para la realización de su obra se la presentan los indios mismos en la ignorancia de sus espíritus primarios, en la sujeción tradicional a tanta superstición absurda, en la inestabilidad de sus sentimientos, en sus extrañas y violentas reacciones... Y recuerda una vez más a Lautaro — modelo de caudillos — abandonado y aún hostilizado por su propia gente a raíz de sus primeros y gloriosos triunfos militares, y a Caupolicán — ese coloso — víctima de la incalificable felonía de uno de los suyos. ¿Será esa la suerte que a él le espera? ¿No se allanará nunca la barrera que lo separa moralmente de ese pueblo a cuyos destinos se encuentra ligado, por juramento, hasta la muerte, pero al que, para crear y organizar el imperio con que sueña, tendrá que empezar por educar, tratando al rojo el metal espúreo de sus instintos primitivos? Su último y más terrible desengaño lo ha recibido de los sacerdotes de la tribu: sin tomar en serio sus ritos ni sus prácticas, pero convencido de su evidente influencia sobre la mentalidad indígena quiso ganárselos a su causa. Empeño inútil, porque precisamente es de orden religioso la creencia mapuche de que las erupciones volcánicas y los terremotos no son más que demostración de ira y desagrado de los espíritus del fuego y los abismos. Piensa en el enojo de sus suegros a quienes ha ofendido gravemente, a pesar suyo, con sus innovaciones de carácter doméstico y éntranle unos deseos locos de reír... Se incorpora a medias para encender su quitra, y no ve, en el rehue ya dormido, más que una que otra luz reveladora de la vigilia del trabajo o la tertulia; pero en cambio a la distancia, hasta muy lejos en una y otra dirección, en faldeos y colinas, ve arder fogatas que se ocultan momentáneamente para volver a trazarse en la pizarra de la noche sus misteriosos mensajes. Y sonríe complacido porque aun sus órdenes se cumplen, porque, aun atemorizado por sus dioses, el pueblo hecho soldado le obedece. Se dice una vez más que aun queda mucho que esperar de ese ejército que es creación suya; advierte que todavía no ha cumplido a Inaqueupu su promesa de ir a visitarle oficialmente como el mejor de sus aliados, y fija el pensamiento en la visión vaga, trágica y gloriosa, de la noche del terremoto en La Concepción, bendice el nombre de aquélla a quien espera hacer emperatriz de su pueblo como es ahora reina de su corazón.

Desvariando con aquel sentimiento que le llena el alma, viénensele sin esfuerzo a la memoria versos de su poema.

ma favorito, y los repite en voz baja, confidencialmente, como si hablase sólo para «ella»:

*¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿qué verso sin amor dará contento?*

*...los contentos, los gustos, los cuidados
son, si no son de amor, como pintados.*

Y ya no pesimista como antes sino saludando a las esperanzas que ahora vuelan en hombros de la anciana Papay, envuélvese como en una túnica imperial, en su macuñ espléndido y emprende el camino de regreso. Allá abajo, en la más amplia y cómoda de las butarucas del rehue, brilla, como presidiendo el sueño del porvenir simbolizado en dos cunas que mecen dulces manos maternales, la luz de una lámpara de aceite y crepita la lumbre de una chimenea. No lejos de aquella luz arden otras dos, que corresponden a las rucas de sus ayudantes de campo. Habitudo desde niño a orientarse en la sombra, Nanku percibe, más sorprendido que alarmado, bultos que se mueven sigilosamente en dirección de ambas viviendas, que están casi juntas. Casi a un tiempo, con esa rapidez fulminante de la imaginación, piensa que si aquellos bultos respondiesen a algo insólito, ya estarían ladrando todos los perros del rehue.

—¿Serán animales? ¿Ovejas, terneros o potrillos que han franqueado la puerta del corral? ¿O es que las cautivas blancas se la están pegando a sus maridos? ¡Chit!, le hace casi sin voz al perro que le acompaña y que parece dispuesto a dar la alarma.

Y casi tendido por tierra, avanza, con los ojos clavados en aquellas misteriosas sombras andariegas. De pronto se detiene y respira. Ha conocido, sin lugar a duda, a sus ayudantes de campo. Incapaces de sobrellevar la vida celibataria, agujoneado el deseo por la propia mansedumbre de la noche en la montaña, los mozos, con temeridad notoria, se han escurrido clandestinamente del campamento... Entonces Alejo, consciente de su inmensa responsabilidad, corre hasta su casa, besa a sus mujeres y a sus hijos, ensilla su caballo y parte a ponerse al frente de su linco, que ni siquiera sabe que ha sido abandonado.

Con la misteriosa fuga de Juan Yuyo, parecería indudable la victoria de sus enemigos. No es así, sin embargo. Porque encariñados con la idea de lo maravilloso, los que

tomaron en serio sus aseveraciones, suponen ahora que, disgustaba la Virgen por el trato injusto que se ha dado a su pequeño protegido, le ha ayudado a evadirse, o más bien dicho, lo ha extraído ella misma de su calabozo. ¿Se quiere una prueba palmaria, incontestable? El carcelero jura haber dejado al reo en reclusión, la noche víspera como de costumbre, y a la mañana siguiente, éste ha desaparecido "sin que se note en parte alguna del calabozo, ni en puertas, techos, pisos, paredes, ni ventanas la menor demostración de violencia. Cerraduras y barrotes están intactos. ¿Forado? Ni soñarlo, Juan Yuyo no ha podido salir de su prisión, si no con la ayuda de un agente sobrenatural.

—¿Qué dice el carcelero?

—Cree y afirma lo mismo. Dice que el muchacho estaba muy tranquilo, y que no hacía más que rezar. Precisamente, al hacer en el calabozo la última inspección, recuerda que el indiecillo le dijo haber escuchado a Nuestra Señora durante la oración, estas palabras u otras semejantes: "Duérmete, Juan Yuyo. No pases pena, porque no te ocurrirá nada malo. Los vecinos de La Concepción tendrán que arrepentirse de su incredulidad, y apresurarse a hacer hasta su ermita una procesión de desagravio".

Estas expresiones hacen correr un escalofrío, por el sistema nervioso de la mayoría de los oyentes. S. E. no se pronuncia, como si esperase oír, precisamente, la autorizada y grave opinión de Monseñor. El Capitán Zúñiga, reniega, una vez más, de estos endemoniados indios que no valen ni el cuarto de hora que uno emplea en comentar lo que hacen:

—¿Qué clase de hombre es ese carcelero? — pregunta.

—Es un viejo servidor, un hombre probado como serio.

—Pues, no debe medir mucho su caletre, cuando se ha dejado embaucar por una cucaracha como el tal Juan Yuyo.

—¿Cree usted Capitán, que es él quien lo ha dejado fugarse? ¡Sería un delito demasiado grave!

—Yo no afirmo, ni niego nada. Lo que me parece es que de una jaula bien cerrada no se escapa ningún pájaro.

Toma, entonces la palabra, persuadido, sin prosopopeya ni solemnidad ninguna, el Padre Diego de Rosales, y dice casi sonriendo:

—Hacéis muy bien, Capitán, en no negar ni afirmar

nada, ya que no somos todos más que unas miserables criaturas, cuyo destino está por completo en manos del que nos dió el aliento vital. Tampoco yo, con los elementos de juicio llegados a mí, me atrevo a afirmar ni negar nada; sólo pienso que por intrigante y entrometido que quieran hacer al monaguillo ese, no es más que un infeliz ignorante, y se hace difícil suponer que sea invención suya, aquello del cambio de emplazamiento de la ciudad. ¿Qué idea puede tener de estas cosas un campanerito casi sin doctrina y que, fuera de tocar las campanas y apagar los cirios, sólo sabrá jugar en la calle y robar en los huertos de la vecindad?

—No me negará su paternidad que eso de abandonar la ciudad para reconstruirla junto al Bio-Bio, es una idea que ya se ha discutido...

—Y que tiene — apunta otro — tantos partidarios como enemigos.

—Y, ¿quién osaría negar la posibilidad de que Nuestra Señora y Madre Amantísima hubiese elegido ese medio para demostrarnos su cariño, advirtiéndonos de el peligro que nos amenaza y de cómo evitarlo?

—Nada es negado a su poder, ni nada supera a su bondad —, agrega, a modo de corolario, Fray Dionisio Cimbrón.

—Me inclino ante la opinión de S. Ilustrísima, y de su Paternidad — dice, el Capitán Zúñiga—. No soy más que un soldado, no he hecho en la vida más que pelear por mi religión y por mi Rey, y en materias tan delicadas como ésta de la intervención de los poderes celestiales, no hago si no lo que me corresponde hacer, como cristiano viejo: creer en lo que es artículo de fe.

—Hacéis bien, por cierto, Capitán.

—Y esperemos ahora que el sumario instaurado, como es de regla, para esclarecer la misteriosa desaparición del granujilla ese—, manifiesta el Corregidor—, habrá de decir la última palabra.

—Por él sabremos si le afecta al carcelero alguna responsabilidad.

—¡Yo voto por la afirmativa! — dice imperiosamente el Alferez de la Riva, a quien se ha visto hacer esfuerzos inauditos para no terciar en el debate, y como si fuese aquél un tribunal en pleno...

Estimulado por el tema, grato a su piadoso espíritu, Monseñor aprovecha la oportunidad para referir algunos episodios edificantes de la tradición criolla. Don Fray Dionisio, es un archivo de sabrosas e interesantes tradiciones de esa índole. Y a propósito de la bravura indomable de los araucanos, recuerda el caso — relativamente reciente y cuya veracidad será fácil comprobar — de la conversión al cristianismo de uno de los más terribles caciques araucanos.

—Fué cuando la ruina de las siete ciudades — dice Monseñor — a principios del siglo. Osorno, como recordareis, cayó de las primeras, sitiada, asaltada, saqueada y finalmente, destruida, por millares de indios. Había allí un Convento de Monjas Agustinas, entre las que sobresalía por su rara belleza y encumbrada piedad una Hermana: Sor Francisca Ramirez, hija de la misma ciudad. Tocóle como presa de guerra al cacique Pillanco, que se había distinguido, precisamente, por su ferocidad. Desde los primeros momentos, en lugar de aturdirse, Sor Francisca se entregó fervientemente a la oración, y, ya en la ruca del jefe indio, al primer ademán que éste hizo de aproximarsele, logró contenerlo con su actitud, levantando en alto un pequeño crucifijo de plata. Debía de estar sobrenaturalmente hermosa, algo de superior a la tierra, hubo de descubrir aquel salvaje en su gesto y sus palabras: lo cierto fué que renunció a la posesión de su presa, respetó su honor y su pureza, y, acompañada de una respetable escolta, la hizo conducir a esta ciudad de La Concepción. Sor Francisca Ramirez permaneció aquí algunos días, mientras preparaba su viaje a la capital y antes de partir, recibió la visita del cacique Pillanco, quien, abandonando, con su nombre indígena, sus creencias paganas, su familia y sus tierras, declaró que quería hacerse cristiano y vivir y morir en el servicio de la Iglesia Católica. Se fué a Santiago, siguiendo a Sor Francisca, que ingresó en las Clarisas; allí se cristianó con el nombre de Agustín se adoctrinó, y, humilde y obediente hasta sus últimos días, dió ejemplo de devoción a los feligreses y murió en la paz del Señor, pocos años después que su virtuosa protectora, a los veinte de su maravillosa conversión. Ambas sepulturas están en el templo de las Clarisas y sus epitafios dan testimonio de este rasgo hermosísimo de la Divina Voluntad.

—He oído en Santiago repetir esta tradición — dice S. E.— por cierto, que es una de las más bellas que he escuchado entre las de este Reino.

—Bella por extraordinaria—, dice el P. Abdulio — porque no es lo más corriente que el salvaje se apropie tan tierna y profundamente del sentimiento cristiano.

—Y si no, allí tenéis a ese maldito guacho del mestizo Alejo — exclama, con su habitual dureza el Capitán Zúñiga. — De poco le ha servido la doctrina...

—Permitidme, Capitán — le replica el Padre Abdulio— Alejo continúa manteniendo incólumes los principios religiosos que debe a su madre y a sus maestros. De otro modo no se explicaría el respeto de sus hombres por las misiones que aun ejercen su acción más allá del Bío-Bío, y a las que nadie ataca ni defiende. Lo que es verdad, hay que decirlo.

—Aviados estamos — insinúa el Canonigo de Pazos. Quiere decir que, por lo menos, antes de aplastar de un mazazo la cabeza a uno de los nuestros, Alejo se cuidará de velar por la salvación de su alma.

Ha dicho esto en tono perfectamente natural, los dedos entrecortados a la altura del ombligo, haciendo molinete con los pulgares sobre la curva de la felicidad, algo excesiva en él. Pero no sería raro que el Reverendo hubiese puesto en el comentario, a modo de pimienta o sal, su grano de ironía.

A esta altura de la conversación una noticia, traída por uno de los familiares de S. Iltma, viene a dejar helados de espanto todos los ánimos: una mano sacrílega se ha robado la custodia de oro y el copón, también de oro, guardados en el sagrario del templo metropolitano. ¿Para qué decir que ni uno solo de los oyentes deja de culpar al fugitivo? Se ve en el hecho la huella de un ladrón familiarizado con el local y recintos donde se depositaban los sagrados objetos. Y, ¿quién si no el campanero y monaguillo de la Catedral, que ya en ocasión pasada se sustrajo del cuartel, una corneta y al que se ha sindicado siempre de raterillo y pillastre?

Y mientras unos, acongojados, piensan que ha sido execrable o poluta la Casa de Dios, a consecuencia de aquel hecho temerario e inaudito, prepáranse otros a burlarse de los que llegaron a tomar en serio las paparruchas

milagrosas del indiecillo y los demás, encendidos en justo furor, se dispone a tomar la represalia en la persona de los indios de servicio — ralea despreciable que no se puede manejar, sino a fuerza de látigo — sin perjuicio de tratar de arrancar al ladronzuelo infame, de entre las propias barbas de su infame protector y jefe. Pero, ¡cosa extraordinaria!, los inclinados a lo maravilloso no acaban, por eso, de desengañarse. No se atreven a insistir en su hipótesis en voz alta; pero si se les permite hablar, preguntarian si la desaparición, inexplicable, de esos valiosos objetos destinados al culto, no podría ser un medio más de que se ha valido la Santísima Reina de los Cielos, para manifestar su descontento y, junto con ello, su inagotable buena voluntad en favor de los feligreses de La Concepción...

El sentimiento de aquella selecta tertulia en la que están representados todos los poderes, da la medida de la consternación general. Y todo el mundo piensa y se repite que eso no puede quedar sin sanción, que hay que hacer algo, que el crimen del pequeño facineroso indio, obliga a todos, clero, ejército y paisanos, a una acción enérgica e inmediata. Está probado que la lenidad no conduce más que al abuso, y que si en vez de perdonársele la primera en nombre de no sé qué consideración, al tal Juan Yuyo, se le hubiese colgado en el Arbol de la Justicia, no se tendría ahora que estar lamentando un caso tan horrible como aquel robo sacrilego, tan horrible y tan hiriente para la majestad de Nuestra Santa Madre Iglesia. Atusándose la perilla cana, don Juan de Zúñiga se limita a sonreír.

A medida que pasan los días sin que aparezcan síntomas de cura, la murmuración se hace más intensa al rededor de la dolencia que tiene postrada en el lecho a la ahijada y pupila del Corregidor. Ya ha ganado mucho terreno la corriente de los que estiman que andan las potencias infernales metidas por en medio y que la ciencia de Maese Quiñones, está, como quien dice, majando en hierro frío. Por prudencia, casi no se toca el tema en las tertulias de Palacio; pero, cuchicheando, se asegura que el propio confesor de la joven, el ardoroso y elocuente Padre Abdulio, ha declarado a Monseñor que sería llegado el momento de pensar en aplicar alguno de los grandes medios con que cuenta la Iglesia para expulsar a Satanás, cuando

se ha hecho parásito de una alma creyente y se empeña en perderla.

No hay necesidad de decir que, en seguida, influida por la tertulia palaciega — que resume lo más culto y prestigioso de la sociedad — la opinión pública se divide también en dos: los que temían y ahora creen endemoniada a doña María Francisca y propugnan el exorcismo a corto plazo, y los que estiman temerario semejante juicio y afirman que lo que sufre la joven no pasa de ser un desorden nervioso, provocado por un golpe de emociones demasiado violento. “Que se la deje en paz — dicen — y curará sola. Pero si seguís martillando, si que concluiréis por volverla loca. Vosotros seréis los responsables”.

Entre éstos — por las razones que sin esfuerzo se adivinan — figuran, en primer término, los señores de Pazos y de la Riva. Aun es muy temprano para que ellos planteen categóricamente sus aspiraciones; pero, con todo, no dejan de comprender el peligro que, para esas aspiraciones representa el sesgo que se está dando a la enfermedad de la riquísima heredera. No, no hay que dar pábulo a semejante ridiculez. Hay que combatirla con toda clase de armas. ¿El exorcismo? ¡Mucho menos! Eso sería remachar el clavo, y no dejar buena a la pobre niña, sino para la Casa de Salud o — lo que fuera más grave todavía — para la celda del Convento.

El Canónigo lleva su ardor hasta obtener una entrevista a solas con el Corregidor de Irizar y — sin dejarle, por cierto, un intersticio por donde pudiera pasar la luz— se permite, en nombre de la vieja y no interrumpida amistad que los une, advertirle el grave daño que se está infiriendo al porvenir de esa inocente criatura al atribuirle, como temerariamente lo hacen, de que se halla poseída del demonio. Eso es muy delicado, según lo establecen los más ilustres entre los Santos Padres de la Iglesia. No se concibe cómo el Padre Abdulio ha podido permitir que cunda de este modo una habladuría que no aprovecha a nadie y que afecta tan en serio la paz de hogares y personas respetables...

—Eso es cuenta del Padre Confesor, que no mía. Doctores. tiene la Iglesia...

—Si, pero vos sois, don Martín, moral y civilmente responsable del porvenir de esa criatura, que por algo ha sido puesta bajo vuestra guarda.

—¿Y qué creéis que yo pueda hacer?

—Pues, combatir la murmuración hasta donde os sea dado. Exigir a Maese Quiñones que certifique la salud mental de vuestra púpila. Llamar a que lo asesoren otros físico y certifiquen lo mismo. E impedir, sobre todo, y desde luego, que se siga fraguando el propósito descabellado de practicar con ella un exorcismo. En esta empresa santa, Señor Corregidor, contad conmigo. Conmigo y con muchos sacerdotes que, como yo, estiman una iniquidad lo que se pretende hacer con esa hermosa, cuanto angelical criatura.

Don Martín de Irizar, se despide del macizo canónigo, que de allí mismo se dirige a visitar al Rector de los Jesuitas, mientras él, no poco preocupado, llama a su mujer. Precisamente, en ese instante está en casa el Padre Abdulio, afligidísimo también porque doña María Francisca pasa a la sazón por un mal trance y Maese Quiñones ha insinuado la conveniencia de recurrir al auxilio de otro físico más con quien asesorarse. La joven después de una crisis de llanto y de accesos epileptiformes, acaba de quedar desvanecida en su lecho, y son ineficaces todos los antiespasmódicos empleados por el médico. Por un instante el aya y la esclavilla han llegado a imaginar algo atroz y han proferido en gritos y alaridos bastantes como para alarmar toda la casa. Maese Quiñones, vista la manifiesta debilidad de la enferma, se niega a volver a sangrarla, y se limita, por el momento, a procurar una reacción del organismo por medio de aplicaciones cáusticas. Con la enfermedad de doña Francisca, se ha metido por la puerta del pesado y amplio caserón, la sombra de una tristeza infinita.

Aquella noche, en la tertulia de Palacio, vuelve a tocarse, en primer término, el tema del robo sacrilego. La autoridad eclesiástica ha dispuesto rogativas especiales por la pronta restitución de los sagrados objetos; y el Gobernador, por su parte, sin que ello signifique entrometerse con los golillas de la audiencia, da al pregón un bando por el que, a la vuelta de varios importantes gerundios, se pone a precio la cabeza de indio Juan Huenul alias Juan Yuyo, y se ofrecen mil pesos de oro y plata al que lo traiga, vivo o muerto, y lo entregue para su condigno juzgamiento. Porque, claro está, nadie vacila en señalar como el

autor acaso único, del sacrilego acto, al trompeta de órdenes del mestizo Alejo, a quien Dios haría bien en empujar juntos al infierno. La mayoría se muestra optimista respecto al resultado de las medidas adoptadas y cree, más que posible, seguro, que la codicia hará que el ladronzuelo caiga en manos del verdugo, arrastrado por algunos de sus propios hermanos de raza y compañeros de fechorías. Pero se ha hablado demasiado ya de eso, y hábilmente desviada, la conversación se distrae en el tema de los mitos y supersticiones que la tradición recoge y transmite, en todas las épocas y en todos los países. Lo de Satanás y sus trapisondas es para todos artículo de fe. No hay quien no tenga un caso que citar a propósito del Maldito, al que se le han visto los cuernos, las uñas y el rabo y del que se ha aspirado el repugnante olor a azufre. Pero no se admite la creencia en los brujos, corriendo en los países de Europa lo mismo que entre los pueblos del Nuevo Mundo. No se cree en ellos; pero, al mencionárseles, se baja la voz con algo de temor o de respeto como si se tratase de evitar el ofenderlos, e igual ocurre cuando se habla del buque fantasma de los indios de sur, el *Caleuche*, submarino tripulado por enanos mágicos; o cuando se enumeran los estragos que el salvaje atribuye al *Gualicho*, espíritu del mal o a ese errante espectro de los caminos, el *Witrannahue*, que sale al encuentro de los viajeros y, montándose a la grupa de sus cabalgaduras, se hace forzoso huésped de las rucas.

—Ya es ocioso, y en cierto modo, indigno de católicos, —dice el Señor Obispo— el ocupar el tiempo en comentar estos absurdos, impuro fruto de la ignorancia de los bárbaros.

—Absurdos serán, y yo no he de contradecir a persona tan sabia como Su Ilustre,— dice el Alcalde de la ciudad—. Pero algo de verdad tiene que haber en todo ello cuando creencias semejantes las sustentan pueblos que no han tenido jamás el menor contacto. Brujos y hechiceros han habido en Europa, y aquí me los he encontrado en todas partes, y de ellos hablan los negros a quien se presta a escucharles.

—Todo es obra del Demonio, créamelo vuestra merced. Bien hace la Iglesia en condenar la magia en todas sus manifestaciones.

—Y bien ha hecho la Santa Inquisición en poner sobre la pira, sin distinción de sexos, a brujos y hechiceros.

—Nunca conseguirá acabar con ellos.

—¡Mala peste! Como la de los herejes y judíos, — apunta, aprovechando feliz la coyuntura, el indomable Capitán Zúñiga.

Y de las prácticas de brujería, fulminadas y castigadas draconianamente por la religión, se pasa a hablar de los exorcismos y otros procedimientos autorizados por la Iglesia para combatir la acción de los demonios. Lo cual quiere decir que, sin nombrar a doña María Francisca, se alude al caso de la joven y se procura analizarlo y resolverlo, empíricamente unos, premunidos los otros de vasta y maciza ciencia teológica.

Cansado de tanta monserga, el Padre Abdulio se mantiene en silencio. Ni siquiera sonríe, ni le hacen pestañear los ex abruptos de muchos de aquellos hombres de guerra tan cargados de consejas como ayunos de erudición. Pero, al retirarse el Padre Rector, se apresura a ponerse a su lado y, ya una vez solos, le pide parecer para el pensamiento de proceder a la exorcización de la enferma: a su juicio, está en lo cierto el vulgo al afirmar que Satanás ha hecho presa en el alma de aquella criatura, a la que nada falta para ser considerada como un ser privilegiado, y seguramente, el Señor quiere dar, con la celebración de un acto semejante, estímulo a la edificación de las almas e incentivo al sentimiento religioso. El Rector lo escucha atento y deferente.

—Es de alabar tu celo — le dice después — y de envidiar tu amor. Dios te los conserve hasta el fin de tus días. Pero, hijo mío, preciso es que, con la autoridad de los años, no de mi jerarquía, te advierto que si hay cosas en que toda cautela se hace poca, una de ellas, es ésta de las poseídas y los exorcismos. Ven.

Lo conduce a la Biblioteca — recinto infranqueable para la mayoría de los enclaustrados—y, sacando de los anaqueles dos o tres libros, se los pasa al fervoroso ignaciano, a tiempo que le dice, en tono paternal desprovisto de toda afectación:

—Léelos, hijo mío, y luego me dirás lo que piensas.

Aquellos libros no son, sino crónicas auténticas de la antigüedad clásica y de los tiempos medios, biografías de Padres de la Iglesia y de doctos y santos varones, monjes y beatos que han tenido que reñir con el Maldito, batallas peores que las de Jacob con el Angel en medio de las sombras. Ha hecho bien el Padre Rosales en prevenirlo, porque se ve claro que no es aquél un enemigo despreciable. Y al Padre Abdulio lee con espanto la historia todavía reciente, pues data apenas de veinticinco años atrás — del pobre cura Urbano Grandier, acusado de demonismo y brujería por las monjas ursulinas, en Saint Pierre de Loudon, y aprehendido, procesado, puesto en el tormento y, finalmente, ajusticiado — a garrote y a fuego — por monjes convertidos en verdugos.

A pesar de todo, a pesar de esta expiación horrenda, el Demonio no renunciaba a sus víctimas. Sor Juana, la Superiora de las Ursulinas, y muchas de las Hermanas de la orden, continuaron sujetas al Demonio y uno tras otro, fueron desfilando ante ellas los exorcistas — el Padre Lactancio, capuchino; el Padre Surin, jesuita de gran santidad; el Padre Resses — y acabando por dar hospedaje, a pesar suyo, el espíritu del mal que, a fuerza de infinitos trabajos, extraían del cuerpo de la poseída. Los demonios cedían, pues, al exorcismo, aunque no de buena gana; pero fatalmente — cosa muy propia de espíritus salidos del averno—, iban a tomar posesión del exorcizador...

Pocas veces, como en el curso de esta lectura, ha debido pasar el fervoroso jesuita por emociones tan hondas y violentas. Ruda prueba es la que ha tenido que soportar su sensibilidad. Escalofríos, sudores, acelerado latir del corazón, vértigos..., un miedo y un horror próximos al paroxismo. Prima en él, sobre todo otro sentimiento, el de la justicia, luz de Dios, y le parece que, después de Nuestro Señor Jesucristo, clavado y escarnecido en lo alto del madero, nadie ha podido padecer como aquel pobre cura Grandier, fulminado a la vez por todas las furias demoníacas de un convento de mujeres, agotado, torturado y vuelto a azotar y torturar hasta más allá de la agonía..., sin haber logrado, una sola vez siquiera, provocar en sus acusadores ni en sus verdugos el más leve impulso de misericordia.

El Padre Abdulio es inteligente y comprende en seguida. Al cerrar el libro, para hacer sus oraciones y entregarse al sueño, ya tiene resuelto desistir de su propósito. Esta determinación vuelve la paz a su espíritu y le permite dormirse santamente. No ocurriría lo mismo si supiese que aquel mismo día, mientras él visitaba a la enferma y le prodigaba sus consuelos espirituales, el Canónigo, de visita en la casa de la Compañía, ha celebrado con el Rector una conferencia de horas, después de las cuales, se le ha visto salir con la rechoncha cara como un sol.

*
* *

Como una ola mayor arrolla y disuelve la más pequeña que se le anticipó, así la noticia de nuevos y afortunados golpes de mano, asestados por Inaqueupu en la zona del noroeste, desvía bruscamente las preocupaciones del vecindario. Olvidada del robo sacrilego en la Catedral y de si la dolencia de doña María Francisca, tiene o no tiene que ver con los poderes infernales, la gente se alarma ante la presencia de soldados y paisanos fugitivos, de cuyos labios salen historias tremendas de malones con saqueo e incendio de ganados arreados por millares de cabezas, de Jefes de guarnición acribillados a lanzazos, de mujeres violadas y de niños pasados a cuchillo.

Precisamente ocurre esto cuando, ya lista las tropas, el Gobernador tiene dispuesto que vuelva el Corregidor con su división a la zona amagada, mientras — por tener que ir él a instalarse accidentalmente en la capital— envía al sur, por el lado de la costa, un destacamento destinado a reforzar la división que allí actúa a las órdenes del Capitán de la Carrera.

Los eternos timoratos aprovechan la coyuntura para ponerse en salvo y, sabedores de que Inaqueupu — como es su táctica habitual — ha ido a refugiarse con su botín a los valles de la Cordillera, abandonan casi clandestinamente la ciudad y se dirigen por el camino del litoral, al partido de Maule, que está bajo la autoridad del bizarro hidalgo don Luis González de Medina, y donde ellos se creen más seguros que en La Concepción misma, aun no reconstruida y siempre amenazada. El Almirante, en

cambio, consciente de su responsabilidad, determina aplazar su partida a la Capital. Más que a los halagos inherentes a su cargo y a su situación social preeminente, aspira él a acrecentar su fama guerrera en defensa de las armas reales y, sobre todo, el efecto y el respeto de que se ve rodeado en una ciudad que conoció floreciente y hoy se halla en un estado de profundo abatimiento.

Porque entre el elemento eclesiástico, ha nacido la iniciativa de organizar un acto de desagravio y súplicas a la Divina Providencia, acto que consistiría en una peregrinación solemne hasta la ermita de la Colina del Remitorio, donde se alza la imagen de la Virgen de Guadalupe. En realidad, la idea ha sido de doña María Francisca que divaga a menudo con la esperanza de cumplir ese voto y que ha hablado de ello confidencialmente al Padre Abdulio. Ella divisa desde su alcoba el santuario clavado en la cima como una atalaya de los cielos y por la noche entreteniéndose contemplando el suave y tibio resplandor de las luces del ara, en el que se le antoja ver la ternura de una mirada maternal que llega desde la lejanía... El aya y la esclava han tenido que ir ya dos veces a llevar y encender bujías a los pies de la sagrada efigie.

Ella, que tuvo siempre un temperamento generoso, no pretende impetrar el favor de Nuestra Señora, sólo para su propio bienestar. Está siempre recordando a su amiga doña Isabel, tan pura y venerable como malaventurada, y piensa que bien merece su ánima la plegaria pública y colectiva de aquella población que fué su cuna. Además, es justo rogar por la suerte de la ciudad misma, por su porvenir, y por el éxito de las armas españolas, en la tarea de pacificación en que se encuentran empeñadas. Y con tal fuego habla de esto, en sus momentos lúcidos, al padre jesuíta, que éste le promete hacer suyo aquel propósito y atraerse a su realización la cooperación de todo el clero de la ciudad, desde Monseñor Cimbrón al más humilde de los párrocos y coadjutores. El padre Abdulio piensa — y no sin razón — que si atendiendo a esa rogativa general, la Virgen devuelve la salud a doña María Francisca, ya no habrá que volver a pensar en someter a su penitente a la tortura de una exorcización... Y, dinámico, multiplicando su pasmosa actividad personal consigue poner en movimiento parroquias, cofradías y conventos, hacer interesarse en la ceremonia a las autoridades civiles y militares

y dejar en fin, todo preparado para que se realice el acto, con la mayor solemnidad, en la tarde del próximo domingo. La ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, hermoseada por prolijas manos de devotas, arrancados los chorros de cerote, lavados los ladrillos, sacudido el polvo del ara y de la urna, bruñidos los candelabros y blandones, renovado el aceite de las lámparas y toda ella recubierta de flores, estará de gala aquella tarde para recoger el coro lastimero de millares de voces, ¡Misericordia! ¡Misericordia!, que es como pedir el abrigo y el pan que falta en los hogares y la paz y el amor que han huído de las almas.

Y no dejaba de ser interesante en cierto modo, el motivo del viaje a Santiago que, en homenaje a la devoción de los pencones, ha aplazado S. E. Tratábase de celebrar dignamente en la capital, un magno acontecimiento político relacionado con la corona: la designación para la Regencia de Flandes, del Príncipe don Juan José de Austria, en reemplazo del Archiduque Leopoldo y, más que eso todavía, las brillantes victorias militares obtenidas por el flamante mandatario, sobre las armas francesas en torno a las murallas de Valenciennes. Aliado a Condé, el Príncipe Regente, ha arrollado a las huestes del Vizconde de Turenna y del Mariscal de Laferté, que ha caído prisionero después de ver sucumbir, a millares, lo más granado de su caballería.

Fácil le es al Almirante justificar a los ojos de sus gobernados la oportunidad de su ausencia. Y si las capitales, por lejanas que sean, deben sumarse al regocijo de la Corte por los sucesos felices que son orgullo y prez de la Corona y del Imperio, pocas veces ha podido Santiago del Nuevo Extremo, estar tan obligado como ahora. El sol de las Españas sigue sin eclipsarse. Como el gran don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, este otro bastardo de idéntico nombre hace también refulgir la gloria como un sol sobre los blasones de las más poderosa dinastía del mundo.

Desde La Concepción, que organiza su fiesta religiosa, el Almirante prepara el programa de la de Santiago, que tiene que ser suntuosa, espectacular, magnificante. El contraste es un poco duro y resalta demasiado a la vista. Aquí está la pequeña ciudad y puerto, factoría y fortaleza, avanzada sobre el gran río que separa la Colonia del dominio infranqueable de los bárbaros, y allí la opulenta y veleido-

sa metrópoli del Reino, frívola, indolente, en medio del regalo de las haciendas y las chacras... Aquí la población amagada siempre por el enemigo, tratando de aprovecharse de sus ruinas, buscando en su Virgen-centinela un tónico espiritual; allá la noble capital que ya no necesita defenderse, llena de gente ociosa y charlatana, que gastará muchos pesos en pólvora para celebrar las gestas de la Casa Reinante, mientras están impagos de sus soldadas las tropas que dan guerra a los infieles. ¿Para qué decir que hay cierto Alférez de salón, que está fuera de sí con la visión que ya se anticipa, de las fiestas oficiales de Santiago? Averigua, inquieta, intriga, y él y su tío don Beltrán resplandecen cuando, por fin, se imponen de que S. E. ha resuelto llevar consigo una comitiva no muy numerosa, pero sí, bien selecta, y que en esa comitiva hace figurar, como su gonfaloniero, a don Andrés de la Riva y Pazos de Obregón.

Acaso piensa el fatuo que, cuando regrese de la capital, cargado de oropel y de anécdotas, habrá llegado la oportunidad de pedir al Señor de Irizar, por intermedio del Gobernador, la mano de su bellísima ahijada... Bellísima, y riquísima, además.

Jornada tercera

—¡Mari, mari, Papay!

Este saludo brotado de pronto, como de debajo de la tierra, sobresalta uno poco a la anciana india, que, a pesar de su excelente vista, no ha divisado a nadie en el camino. Detrás de unos matojos de retama, surge entonces la figura andrajosa de un indio, que ya no es un niño pero que tampoco alcanza a ser un mozo.

—¡Yuyo! ¿Tú? ¿De dónde sales? — le pregunta. — ¿Y por qué “pionco”? — agrega al punto, observando que el muchacho viene casi desnudo.

Ambos se apartan del camino y siguen en interesante coloquio, recurriendo a ratos, a su idioma natural, a ratos a su pintoresco chapurreado.

—Huyendo de la ciudad, Papay — le explica el indiecillo. Esta vez los huinkas no han querido creerme y me metieron en la cárcel. Creo que lo habría pasado mal si no logro escaparme del calabozo, por entre los barrotes del ventanuco.

—¿Cuándo ha sido?

—Anoche.

—Y por eso caminas con tanta precaución. Haces bien.

—Yo viendo a todo el mundo, y nadie viéndome a mí.

Y dí: ¿tú yendo a La Consesión?

—Como siempre, a vender y comprar.

—Ten cuidado. Los huinkas están con la mosca en la oreja.

—Gracias por el aviso. No me descuidaré. ¿Y qué me cuentas de nuevo?

—Murió Chiñura Sabel.

—Sí, ya lo sabía por Ñanku.

—Niña María Fransica muy enferma. Parece... Dicen algunos que tienen el demonio... Está en cama y no puede levantarse... Pero, ¿te sonríes?

Efectivamente, la Papay muestra en una sonrisa de triunfo, su dentadura todavía intacta.

—Yo llevo el remedio, — dice. —No olvides manifestarlo así a tu General, en cuanto lo veas. Pero ¿por qué vas así desnudo? Hace mucho frío, mucho frío.

—La ropa la hice cuérda para descolgarme a tierra.

—Pero cúbrete. ¡Toma!

Extrae de la cesta un trozo de tela de lana y lo pasa al corneta; pero éste se niega a recibirlo, aunque en realidad la temperatura se hace penetrante. La brisa cordillerana, el puelche, aprieta con rigor. Juan Yuyo, sin embargo, que sabe que se le hará de noche en medio del bosque, se obstina en seguir viaje, sin más que el rudimentario taparrabos y dice todavía, con jactancia, golpeando recio, con ambas manos en el tórax:

—¡El mejor abrigo es éste! Mira: si llevas algo de carner y me convidas, te lo agradeceré.

Papay, la anciana le regala con un puñado de harina y con un sorbo de muday.

—Que te vaya bien, Juan Yuyo. Encontrarás a Alejo en el rehue. Millaray y Yanquiray ya han dado a luz...

—¡Que te vaya bien, Papay!

Como un huemul ha partido y corre por los matorrales el indiecillo, ignorante de que a esa misma hora se está discutiendo en la ciudad si será o no verdad que la Santa Virgen le habló para mandarles con él un mensaje a los feligreses de La Concepción...

*
*
*

Los preparativos de la función religiosa que se organiza bajo la diligente dirección del Padre Abdulio han hecho deferir la exorcización de que se ha venido hablando. La Cofradía de la Virgen de Guadalupe y la Hermanos de la Vera Cruz se convierten, como es natural, en los más

fervientes colaboradores del jesuita. Algunas hermanas van a visitar a la joven para recibir su inspiración, otras se encargan de recoger subsidios para la adquisición de bujías y para el arreglo de la ermita, de las andas o pasos y de los pequeños altares con cruces que se han levantado a ambos lados del camino, que conduce al Santuario; y otros, en fin, han tomado a su cargo la labor de propaganda, que no es la menos importante.

Se dirá en lo alto, en la plazoleta, frente a la imagen misma, una solemne misa de campaña. Será oficiada por Monseñor Cimbrón, cantada por las mejores voces de la orden mercedaria y en ella harán acto de presencia, con sus uniformes de gala y armados de todas armas, los cuerpos de la guarnición. El sermón de estilo estará, como se presume, a cargo del P. Abdulio. Se calcula que más de tres mil personas tomarán velas y acompañarán las andas, desde los respectivos templos hasta la ermita y viceversa. Estas serán cargadas en hombros (y a mucho honor), por los vecinos de mejor posición y mayor prestigio de la localidad. S. E. el Gobernador y Capitán General del Reino, Almirante don Pedro Porter y Casanate, vestido con el blanco hábito de Caballero de Santiago, quién llevará a su derecha, portando el Estandarte Real, al Capitán don Juan de Zúñiga Arista y a su izquierda, el gonfaloniero de las armas de S. E., el Alférez don Andrés de la Riva y Pazos de Obregón.

Doña María Francisca que, en un principio, ante los preparativos de la fiesta, pareció reaccionar notablemente, ha vuelto a decaer. Siéntese muy débil y a pesar suyo, ha debido renunciar a la idea de sumarse a la romería, para limitarse a contemplar el acto desde el balcón del palacio. No tiene apetito, cuéستale verdadedros esfuerzos probar unos bocados, fáltanle las fuerzas hasta para hablar — salvo durante los accesos histéricos; — su hermoso rostro, pálido ahora, con palidez de agonía, se hace transparente y fino, y sus ojos toman un brillo vago, como si fuesen los de una criatura que ya no pertenece a la tierra.

En estas circunstancias — la víspera del día fijado para la magna fiesta — se ve transitar por la calle a la vieja mercachifle indígena, la Papay, con su atado de telas de colores y su cesta de flores y frutos silvestres.

—¡Hierbas pa remedio! — grita. — ¡Flores y frutas llevo! ¡Tejidos mapuches!

Media hora después, todos los que la oyen, recuerdan que ha sido ella quién curó, con la infusión de una planta misteriosa, a doña Isabel de Vivar, postrada en cama también, por efecto de una grave afección cardíaca. El más comedido la llama y le pregunta si no tendría, entre las que vende, alguna hierba capaz de curar de su extraña enfermedad a la ahijada del Corregidor.

—Yo no sé, — dice ella. — Sólo para hacer el bien vengo aquí. Soy una pobre vieja; pero, a lo mejor, lo que no ha conseguido el médico, lo consigo yo...

Y sigue calle abajo pregonando a grito herido sus mercancías, como si no la interesase poco ni mucho verse a solas con la niña de los de Irizar.

—¡Tejidos! ¡Llevo tejidos! ¡Flores y hierbas para toda enfermedad!

De pronto se siente cogida de una punta del mantón o choñe que, al estilo mapuche, le cubre todo el cuerpo, dejándole libres los desnudos brazos. Se vuelve, y ve a la Mocha que la mira con unos ojos muy tristes.

—¿Qué quieres, carita de hollín?

—De casa de mi amo, que te sirvas acudir, porque necesitan comprarte unas hierbas.

—¿Y quién es tu amo?

—Pues... ¿quién ha de ser? El Corregidor.

—¿Me conduces tú allí?

—Te conduzco yo.

Bien sabe la Papay quién es y de dónde viene esa carita de hollín; pero quiere llevar a los límites sus precauciones, ya que de su discreción depende el éxito de las gestiones secretas que la traen a La Concepción. En el camino va tirando de la lengua a la negrita, a quién no hay necesidad de rogar para que cuente todo lo que sabe respecto a la enfermedad de su amita.

—Sería lindo — le dice — que la curases tú esta misma tarde para que pudiese ella asistir a la romería de mañana..

—¿Hay una romería?

—Sí, a la ermita de la Virgen, que se ve allá arriba, sobre la Colina del Remitorio. Fiesta hermosa, creo que no ha habido jamás en La Concepción, como se espera que será la de mañana.

—Y ¿para qué es la romería?

—Para rogar a Nuestra Señora de Guadalupe por la salud de mi amita.

Han llegado frente al Palacio y la Papay es introducida en él. La señora del Corregidor se le apersona en seguida y le pregunta:

—Tú eres la Papay ¿verdad? La que lograste levantar de la cama a la finada doña Isabel de Vívar...

—Yo soy, sí, la Papay. Existen en la montaña las plantas más maravillosas y yo he aprendido a aplicarlas a todas las dolencias humanas... ¿Quién es el enfermo aquí?

—La enferma es nuestra ahijada, doña María Francisca del Valle, a quién queremos como a las niñas de nuestros ojos. Nada ha podido contra su mal la ciencia de los médicos cristianos. A ver, Papay, si tú consigues ser más afortunada.

—Pueda ser. Yo no aseguro nada. Sólo confío en El que todo lo puede... ¿Dónde está tu ahijada?

—Pasa a verla. Se negaba a recibirte; pero al fin ha consentido en dejarte pasar, recordando el bien que hiciste a doña Isabel de Vívar...

—Yo hago siempre todo el bien que puedo.

Así, precedida por la Señora de Irizar y seguida del aya y de la esclava de doña María Francisca, entra en la alcoba de la enferma la mensajera de Nanku: de Nanku, a quién ella misma ha llamado "la última esperanza de la raza mapuché". La joven, con estupor semejante al de ciertos estados de demencia, se obstina en su mutismo y en su indiferencia para todo lo que no esté relacionado con su idea fija: a ella la persigue Satanás; ella ha estado en brazos del Réprobo y esto le acarreará la condenación eterna... Un gran peligro sigue amenazando a La Concepción, nuevas catástrofes, temblores de tierra, marejadas sísmicas y una nueva gigantesca irrupción de las hordas bárbaras por el oriente y por el sur... Calamidad de la que ella sola es responsable, por hallarse en pecado mortal, y no le queda otro remedio que hacer penitencia hasta morir. Padece, pues, obsesión persecutoria, la más peligrosa de las formas del delirio sistematizado. Lo cierto es que si ha fracasado con ella la terapéutica fisiológica no ha sido más feliz la espiritual. En la derrota por

lo menos, son colegas y afines Maese Quiñones y el Rvdo. Padre Abdulio.

—¿Cómo estás, chifurita? Me han dicho que estás mal.

—Mal, y sin esperanzas de estar bien.

—¡Oh! Yo te traigo de mis montañas una hierba milagrosa que te curará en seguida... Las flores las tomarás en infusión por la mañana, las hojas durante todo el día, las raíces por la noche... Entre los míos, he curado con ella muchos casos como el tuyo... Pero, déjame observar-te...

Se acerca a ella con aire resuelto, la toma por una muñeca, luego por la otra, aproxima su rostro marchito el de la joven, que obedece pasivamente, y le dice, bajo, muy bajito, casi sin despegar los labios:

—¡Alégrate, yo te traigo el secreto de la vida!

Y, mirando a las presentes, pronuncia en voz alta y clara estas palabras:

—Me comprometo, al precio de mi cabeza, a devolver a esta joven la salud. Pero, tendréis que hacer exactamente lo que yo os mande.

Recelosa de las brujerías de la gente indiana, la señora de Irizar sigue con la vista todos los movimientos de la vieja herbolaria: la digna viuda de Carulla teme no sé qué tragedia a la sola idea de que su niña se halle en manos de aquélla que le parece una bruja, con las orejas, los brazos y el pecho cubiertos de tanta sonora y maciza platería. La Papay, entre tanto, ha extraído de la cesta una planta, fresca todavía, cuajada de racimos de flores de un suave matiz violeta y dice, arrancando las hojas, a la señora de Irizar:

—Haz con esto una infusión y tráemela en seguida.

Dirigiéndose a la dueña, le entrega las flores y la dice:

—A ti te toca hacer lo mismo con esto. Y no tardes, ¿eh?, no tardes.

Y volviéndose a la negrita le da las raíces y una instrucción análoga.

—Debéis de tener cuidado — dice finalmente a las tres — de que no se mezclen los líquidos. El secreto de la medicación está en eso.

Ellas no se deciden a salir. Pero la enferma, con

acento henchido de esa imperiosa ternura inapelable de las niñas mimadas, les dice:

—¿Qué esperáis? ¿No me habéis traído vosotras a la Papay? Id y volved en seguida.

—Con la una volverá la esperanza, con la otra la alegría y con la otra, el cariño a la vida, — dice la vieja.

Apenas salen las tres — madrina, dueña y esclava, — la Papay, acercándose de nuevo a la paciente, pone en sus manos un papel plegado, que hasta ese instante ha mantenido oculto, y le dice al oído:

—Esta es la verdadera medicina que te traigo. Guárdala y léela muchas veces. Ella pondrá en tu corazón la paz porque suspiras.

Ha suspirado, en efecto, doña María Francisca, cohibida a un tiempo por el miedo y por la felicidad de tener en las manos algo que viene de las de él... ¡Una carta! ¡Un mensaje! Luego, ¿no la ha olvidado? Luego, ¿no la desprecia por haberle injuriado? Luego, ¿la quiere, piensa en ella todavía?...

—¿Te ha mandado él... que me veas? — pregunta.

—El, quién delira por ti. Y yo le he jurado que te vería y que te entregaría este mensaje, aunque para ello me expusiese al peligro de perder la vida.

—¿Mucho le quieres?

—Muerta Chiñura Sabel, yo soy su única madre.

Siéntese ruido de pasos y doña María Francisca, aparentemente tranquila, guarda el papel bajo los edredones y sonríe... Sonríe al ver entrar muy agitadas, cada una con una taza humeante en las manos, a las que la intriga de Papay acaba de improvisar enfermeras.

—No confundáis, por favor, — dice la anciana india

Y una después de otra, con estudiada meticulosidad, sirve y hace beber a la paciente tres vasos de la misteriosa infusión, en la que la imaginación supersticiosa de la dueña se inclina a ver un filtro de alquimista o de hechicera.

—Dejad estos jarros al sereno, — les dice, — y luego, ya sabéis: un vaso de la infusión de hojas, con el primer rayo del sol; un vaso de la de flores, a mediodía; y al obscurecer, el vaso de las de raíces.

—¿Y luego? — pregunta la Corregidora.

—Luego, nada más — responde con aplomo la anciana

— porque ya esta hermosa criatura habrá vuelto a su ser y estará mejor que vosotras y que yo.

Miran entonces todas a la paciente y observan que se ha quedado dormida, con el incomparable abandono de un niño en el regazo materno y vagando en los labios una sonrisa de expresión celeste. Rocio de sudor hace arroyitos en su frente y bajo sus párpados cerrados, de profusa pestaña, despunta el rosicler de la salud. Su respiración tiene el ritmo sonoro, inconfundible, de los sueños tranquilos y profundos.

—Dejémosla dormir, — dice la india.

La dueña corre las cortinas de la ventana y todos salen, en puntillas, de la habitación.

—¿Sabías tú lo que le iba a pasar? — pregunta a la anciana la señora de Irizar.

—¡Ya lo creo! Dormirá mucho, tanto más cuanto menos haya dormido en estos días... Pero, no hay que alarmarse. Con el despertar empezará la mejoría.

—¿Cuánto se te debe?

—¿A mí? Yo soy la que debería pagar...

—¿Qué dices?

—Vale más que todo, la satisfacción de haber llegado a tiempo de devolver la salud a la que ha sido la mejor amiga de chiñura Sabel.

Y al decir esto, recoge la Papay su lío de telas y su pilhua, se despide y, conducida por la Mocha hasta la puerta, pronto se la vuelve a ver hollando con sus pies descalzos las calles sin pavimentos y repitiendo su pregón:

—¡Tejidos! ¡Tejidos mapuches llevo! ¡Hierbas silvestres para todos los males..., hasta para el mal de amor!

*

* * *

A efectos del suave, pero eficaz narcótico contenido en la infusión de hierbas indígenas, la paciente duerme sin interrupción, hasta la media noche. Extrañada del silencio profundo que la rodea, llama a sus servidores — que velan en el cuarto contiguo — y no sale de la sorpresa al hacérsele saber que ha completado las diez horas de sueño. Le dicen que, aparte el médico y el confesor, han estado a verla muchas personas a propósito de la fiesta preparada para el día siguiente:

—Pero alguien ha estado conmigo ¿no es verdad? ¿O es que yo he soñado?

—Sí, la Papay, la vieja yerbatera que con unas tisanas te ha hecho dormir...

Ella sonríe entonces; recordándolo todo. Hace cambiar la bujía de la mesa de noche y ordena a sus servidas que se recojan a sus habitaciones; se siente, en realidad, tan bien, que ya sabe que no tendrá necesidad de molestar a nadie. Lo que desea — como se comprende — es estar sola, sin más testigos que las imágenes queridas.

“¡Perdón! — comienza Alejo. — Perdón, mil veces perdón, desde el fondo de mi alma, por no haber sabido dominar el impulso inconsciente, que en aquel momento único me llevó a cometer una locura.

“Te vi de bruces en el suelo, perdido el conocimiento y oía cerca, muy cerca, rumor de gente que volvía al convento. Esperar, era entregarme; quedarme, era morir; dejarte allí, era superior a mis fuerzas.

“Y te alcé en mis brazos y te llevé a cuestras, hasta la ermita para depositarte, como prenda sagrada, a los pies de la Virgen de Guadalupe.

“¡Maldito de mí para siempre, y maldita mi casta, si una vez siquiera me hubiese asaltado, al tenerte en mis brazos o al estar junto a ti, un pensamiento impuro!

“Acababas de injuriarme; acababas de humillarme, de vejarme en mi persona y en mi raza. Estabas a merced de mi voluntad. en medio de la noche, a un paso de esta selva que me ha amparado como a un pájaro sin nido. Era el momento en que coincidían en un punto radioso mis sueños de amor y de venganza... Y te dejé partir.

“Te dejé partir, una vez más, porque — sábelo bien y no lo olvides — por encima de mi ambición y mi deseo. por encima aún de mi salvaje odio a los de tu raza, está mi adoración por ti, está el amor con que tú, por ser quién eres, por obra de tu gracia y tu belleza, llenas mi corazón.

“No importa que te rías al leer estas líneas. Demasiado sé que no soy para ti más que el rebelde — traidor a su raza y a su iglesia, dices tú, aunque demasiado sabes que no es cierto — el ser despreciable que, a todos sus crímenes, agrega el de poner en ti los ojos y atreverse a escribirte...

*“¡Pobre de este amor mío, profundo y de por vida!
¡Pobre de esta pasión tan castigada! Con dolor — no
con amargura ni rencor — tengo que reprocharte que seas
tú, criatura adorable, tú misma, con tus manos de ángel,
quien ha roto el único puente tendido sobre el abismo de
negrura y horror, por donde ruedo.*

*“¿Qué quieres que haga yo? Pudiendo atajarme mien-
tras me precipitaba, no sólo no lo hiciste, sino que me
empujaste, a fin de que ya no tuviese remisión. ¡Marica
Francisca! La más cruel y más bella de las criaturas de
Dios... Nada soy para pretenderte; ya lo sé; pero, al par-
tir, lejos, al sur, acaso a la otra banda de la cordillera,
donde iré arrojando la semilla de la rebelión, buscando
alianzas para formar el futuro gran Imperio de los Aucas
con que aplastaré la soberbia castellana, permíteme que
te diga que te sigo amando... con una sola diferencia;
que hará ahora la desesperación, lo que antes estaba la-
brando la esperanza.*

*“Ni siquiera me atrevo a rogarte que me contestes.
Pero si te queda un resto de piedad en ese corazón, de don-
de has expulsado mi imagen, pronuncia una sola pala-
bra; “espero” y ya sabré, ya sabrá el Ngen Toqui araucano,
tu adorador de siempre a quién tendrá algún día que
brindar con la diadema de Emperatriz de las Aucas!”*

La carta se le desliza de las manos... Siéntese ven-
cida, incapaz de proseguir luchando, no contra aquel ene-
migo tan poco temible, sino contra su propio sentimiento.
¡Y qué pasión la suya, para perdonarle todo el rigor de
su injusticia y seguir rindiéndose a sus plantas! Y evoca,
ya sin miedo, probando en esa evocación una dulzura de-
liciosa, la noche de la capilla del convento, aquel idilio ar-
diente como un cirio sagrado, junto a la muerte misma.
¡Por qué lo repudió! ¡Por qué lo rechazó! ¡Por qué no lo
dejó partir llevándose siquiera, a la grupa de su caballo
de guerra, la esperanza! Y luego..., aquel sueño largo y
tenebroso del que no vino a despertar, sino al pie del ara
del santuario, frente a sus ojos que la quemaban, al arrullo
de sus palabras de amor que la llamaban a la vida! ¡Qué
corazón aquél que, más fuerte que la tentación de la im-
punidad, más fuerte que la complicitad nocturna, más
fuerte que su propio amor, sofocó la fiebre del deseo, la

dejó partir y se quedó contando por sus latidos, el ritmo de los pasos de la que volvía a huírle!

Y con espanto delicioso, estremeciéndose a un tiempo deslumbrada y horrorizada, piensa en que es verdad que Alejo, en vez de conducirla hasta la ermita, pudo haber consumado el rapto, internándose con ella en la montaña... ¡No, no hay pecado, no puede haber pecado en ese amor todo hecho de casta admiración, de respeto casi infantil, de abnegación y de ternura! Ni tampoco en el suyo, tan callado, tan íntimo, que no lo conoce sino ella, que no lo confesó nunca a nadie ni siquiera a aquélla por quién sabe que la vida no suele ser, para los buenos, más que una dolorosa vía crucis...

Reclinada en los blancos edredones de cisne, juntas las pálidas manos de afilados dedos, en ademán de oración, clava los ojos en un punto vago del cielo fásico, mirando sin mirar y atenta sólo a las visiones queridas que vienen a hacer la ronda en torno suyo. Recoge luego la carta, vuelve a leerla, musitando las sílabas, y concluye por llevarla a sus labios, para luego, lentamente, como forzada a ello por una fuerza misteriosa, hacerla arder en la llama de la vela...

Y así, soñando pero no desvariando, en ese delirio del amor que da la vida en vez de arrebatarse el juicio, sonriendo a la esperanza que llega con la luz del alba, la encuentra la negrilla, que entra sin hacer ruido. Acércase al lecho, la saluda con el blancor de los ojos y los dientes, y la recuerda que es la hora de tomar la poción medicinal, según las instrucciones de la anciana india. Casi en seguida, entra también la respetable dueña y no oculta su alegría — naturalmente, en términos muy comedidos — al enterarse de que la salud de su niña hace progresos.

—Quisiera levantarme — dice doña María Francisca. — Aunque fuese para quedarme en la habitación...

—Me parece muy pronto, preciosa. ¿Por qué no esperamos a que venga Maese Quiñones?

—Pasadme mis vestidos. Veréis como no me hace daño...

—Sea lo que tú quieras — dice al fin la dueña, vencida como siempre, por la terquedad mimosa de la criollita. — Pero eso no es motivo para que olvidemos nuestras oraciones matinales.

Cumplido este deber, se hace vestir. Desayuna con apetito y luego da en conversar de la solemne rogativa con misa, procesión y romería, que se celebrará en la tarde. La dueña le comunica de que el Palacio de Gobierno, lo mismo que las principales casas sitas en las calles por donde desfilará la multitud, presentan además de las banderas que son de rigor, reposteros con las armas de familia, y coronas, y festones de verde matizado de flores. Y la Mocha agrega que ella ha ido de una carrera hasta la ermita y que el santuario está precioso, resplandeciente de limpio y ataviado.

Las compañeras de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe son las primeras en acudir a visitarla. Cuando llegan, ya está Doña María Francisca recostada en su cómodo sillón de brazos — importación directa de la Península—y deja las manos entre las de su madrina, a quien sólo de verla tan animada y tan serena, se le han llenado de lágrimas los ojos.

—¡Oh! Y Martín..., y los chicos, ¡qué contentos van a estar cuando te vean así, libre de cuidado!

Aun no cansadas de hablar y de escuchar, pero jurando que les escasea el tiempo de una manera horrible, se marchan las jóvenes devotas, inquietas como pajarillos. Por cierto que ellas se bastan y se sobran para echar a correr por toda la población la buena nueva de que Doña María Francisca ha entrado en un periodo de franca mejoría, merced al fervor con que se ha venido consagrando al culto de Nuestra Señora de Guadalupe.

Casi a un tiempo llegan el sacerdote y el físico. Este se muestra satisfechísimo, y hace constar que si fracasó en la medicación, acertó por lo menos en el pronóstico. El dijo que pasaría todo en cuanto se mitigase la fiebre, y eso y no otra cosa es precisamente, lo que ha ocurrido. El padre Abdulio, dejándolo pontificar, sonríe sutilmente. El respeta la ciencia en general, pero se le da el caso de que no cree más que hasta cierto punto en la ciencia de Maese Quiñones. Ambos escuchan los prodigiosos efectos de las hierbas indígenas; y ambos, cada uno por su razón, se quedan mirándose a las caras y no arriesgan el menor comentario...

El jesuita informa, sin escatimar pormenores, de la organización de la fiesta. Enumera, menciona, detalla instituciones y personas con admirable prolijidad: el orden de

precedencia en la procesión y en la misa de campaña, cuántas cofradías de hombres y cuántas de mujeres concurrirán, quiénes van a cantar, quiénes van a cargar ástas o aquellas andas... El éxito, — según él, brillante, acaso sin precedentes, — se halla del todo asegurado.

—Padre: —le pregunta ella — ¿querriais oírme en confesión?

—Si no estás fatigada...

—No, padre. Y hoy es ún día apropiado para arreglar cuentas con el cielo.

—Estarán algo atrasadillas...

Quedan solos, ella se arrodilla en su reclinatorio y el sacerdote se dispone a oír.

—Puedes seguir en tu sillón, hija mía.

—Perdón, Padre. Para hablar con el Señor, preferiría aún estar con las rodillas en el suelo.

Y ella, creyente a la manera de su siglo, encendida en una fe de cristiano primitivo, vuelca el alma ante el Santo Tribunal, se confía por entero al sacerdote, mostrándole hasta los resquicios de su conciencia atormentada. Detiéndose, de repente, vacilante, como si buscase la expresión precisa, o como si temiese incurrir en el enojo del que escucha. El confesor la anima dulcemente.

—Sigue, hija mía. Sigue.

Y relata sus inocentes pasatiempos de niña mimada a quien persiguen los homenajes callejeros, y aquel primer asomo de interés por el soldado gallardo y diestro que, en los lances de armas, se conquista siempre las más altas y preciadas recompensas, y sus sonrisas al pasar, y aquellos como diálogos luminosos que iban del balcón de palacio a la torre-atalaya del castillo... Y luego, la amistad, hecha cariño filial de parte suya, con doña Isabel de Vivar; sus confidencias, aquellas relaciones tan extrañas con el hijo convertido en Jefe de las tribus rebeldes. Y la noche del ferremoto, al fin, aquel episodio que no repite, porque ya lo ha referido tantas veces, consiguiendo sólo el que se la tenga por loca...

—¿Insistes en que era él?

—Insisto, padre, y como veís, estoy serena. Insisto, porque creo que os he sido injusta hasta la crueldad con él, y es lo que os pido a vos, que me resolváis con vuestras luces. Yo estaba fuera de mí aquella noche terrible... Comprended, padre. Creí ser yo la culpable de la catástrofe

con que el cielo castigaba a la ciudad..., y lo injurié, lo insulté, lo vejé, sin respeto siquiera por los restos de su santa madre que yacían, entre flores y luces, y a cuyo lado acababa yo de estar en oración.

Hay una pausa. Esa pausa está, para ella, llena de ansiedad; para él, de piedad e inteligencia.

—Tú lo amas — dice.

—Sí, padre — responde la contrita, inclinando la gentil cabeza como en demanda de perdón.

—Es necesario combatir ese sentimiento, hija mía; desarraigarlo por imposible, por absurdo. ¿No lo ves claro, hija mía?

—Sí, padre, sí...

—El, menos que nadie debió ocupar tu corazón.

—Sí, padre, todo lo comprendo... Aquella noche, impulsada por el horror de la catástrofe y por el miedo de estar condenándome, yo ofrecí al Señor consagrarme perpetuamente a su servicio, tomando los votos en algún monasterio. Quiero que me digáis, padre, si estoy obligada con aquella promesa.

—Nadie debe profesar si no es por vocación y si no se siente atraída con toda su alma por la vida de reclusión y piedad que impone el claustro.

—Es mi caso, padre.

—Desde luego, te excuso de cumplir esa promesa.

—Gracias, padre. Porque esa lucha, y no otra cosa, es lo que me ha tenido a punto de sucumbir, como lo habéis visto. Os prometo que seguiré luchando; que, a condición de que me prestéis ayuda, no haré sino lo que vos mandéis.

—Es lo que te corresponde. ¿Nada más tienes que decirme?

—El me ha escrito...

—Ya adivino. La india herbolaria ha servido de correo.

—Sí, padre, vos lo habéis dicho.

—¿Qué has hecho de la carta?

—Me quemaba las manos, y la he pegado fuego. Ved las pavesas en la mesa de noche.

—Has hecho bien.

—¿No me dais, padre, algún consuelo?

—No has pecado mortalmente, hija mía, por fortuna para ti y para todos. A lo sumo, por vuestra falta de experiencia, has incurrido en imprudencia temeraria

—¡Oh! No sabéis de qué peso me aliviáis.

—Pero, para darte mi absolución, tienes antes que pro-

meterme dos cosas...

—Decídlas, padre.

—Primero, que no volverás a recibir a esa india entrometida.

—No la recibiré.

—Y que, esta tarde, mientras dure la ceremonia de esta fiesta que se hace por ti y para ti, pasarás en oración.

—Os lo prometo, padre. Y os prometo todavía más, y vos no me negaréis esta gracia... Iré hasta la ermita — por mis pies si puedo — o en litera, cargada a hombros de mis servidores, si las fuerzas no me acompañasen. Y pondré mi corazón, con todo su arrepentimiento, a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe.

—Dios te lo tomará en cuenta, tenlo por seguro.

—No me abandonéis; estad conmigo y, con la voluntad de Dios y de su Santísima Madre, venceré.

Al salir, el sacerdote se encuentra aún el zaguán casi obstruido por los sirvientes de la casa que, en grupo desordenado, rodean a la Papay, exigiéndole que les venda plantas de esas con que acaba de curar a la niña María Francisca. A la vista del Padre Abdulio, todos se reportan y le abren paso respetuosamente.

—¿Qué es lo que queréis con esta india? — pregunta.

—Prende pasar a saludar a niña María Francisca — responde el más viejo del concurso.

—Pero vosotros no me dejáis, aunque aseguráis que la he curado.

—Hacéis bien, — dice el sacerdote a los criados.

Y encarándose abiertamente con la vieja, que ya le sonreía esperando de él un apoyo a sus pretensiones, la conmina a marcharse sin pérdida de tiempo, y no sólo de la casa, sino de la ciudad. Como la ve iniciar un ademán de protesta, tómalala suave, pero firmemente de un brazo y la lleva afuera como a remolque.

—Anda, anda, y no vuelvas, vieja lechuza, — le va diciendo al oído. — Si trajeses hierbas y otras zarandajas, nada tendría que advertirte. Pero traes cartas, ¿me oyes vieja zurcidora?, y este es oficio peligroso... Vete, si estimas tu pellejo, y que no vuelva yo a verte en estos trotes,

porque te denunciaré en el acto y a fe, que tendrás que pasarlo mal.

Sin esperar a que se lo repitan, la Papay toma el camino de regreso.

* * *

Difícil es que sacerdote alguno en alguna ocasión, haya superado en fervor, en obstinación, en celo, al Rvdo. Padre Abdulio, puesto a la tarea de organizar la solemne procesión ideada, entre las imaginaciones de la fiebre, por doña María Francisca. Tanta y tan inteligente actividad mueve el jesuita, de tal modo habla, tales puertas golpea, que la devota población ya trabajada por los sobresaltos de la guerra de rebelión y por los locos terrores de la catástrofe sísmica, se deja abrasar en el mismo sentimiento, proclamando que no habrá esperanza de paz en las almas mientras no se rinda a los cielos, en la persona de la más respetable de sus criaturas, un tributo de gratitud y desagravio.

Y aquel día, — uno de esos domingos plácidos y transparentes de la costa del Pacífico austral que engañan como ciertas inocentes caritas de quince años — La Concepción se despuebla. Se despuebla, en dirección de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, erguida, en su humildad de rústico santuario, en lo alto de la colina, a la que dió su nombre.

Despueblase la ciudad tras de las andas que portan las Santas Imágenes de los templos, tras de la gran Cruz de la Catedral que avanza bajo el palio con sus dos lanzas de hierro y sus rayos de bronce emergiendo como un sol de sus cuatro ángulos centrales... Una potente ráfaga mística empuja — casi podría decirse que azota — a un mismo tiempo los hábitos de todas las órdenes religiosas, los uniformes de todas las milicias, los mantos y mantillas de las damas, las capas de los hidalgos, los estandartes y pendones, distintivos de realeza, nobleza o autoridad, las banderas y reposteros de las casas, y hasta se diría que las velas de las barcas pescadoras, las blusas burdas de obreros y menestrales y las pañoletas llenas de colorines de las mujeres del pueblo. Es el contagio místico lanzado al viento, como una simiente prodigiosa, por la acción y

la palabra de un pastor de almas, encendido en la fe de su misión.

Doña María Francisca, sin fuerzas para ascender a pie hasta la ermita junto con la muchedumbre de los fieles no se resigna, con todo, a permanecer en casa, y sus padrinos no creen tener derecho a privarla de participar de una fiesta religiosa, cuya iniciativa, precisamente, le pertenece. Y la joven ocupa una litera y hace que la conduzcan sus sirvientes, cuesta arriba, por el camino que va recorriendo la procesión, hasta la pequeña plazoleta que da frente a la ermita. A lo largo del trayecto se ha ido deteniendo, para orar, al pie de cada uno de los altares, levantados de trecho en trecho, a uno y otro lado del camino. Es el cumplimiento de una promesa que ha hecho confidencialmente a la Virgen, sintiendo no estar en su cabal salud para haber efectuado la ascensión de rodillas... A ella le ha horrorizado sencillamente, la noticia del sacrilegio, y confía en el milagro que devolverá los objetos desaparecidos. Por eso ruega, por eso se humilla y mortifica. Sus oraciones, con las de la multitud de feligreses que, como ella, suben hacia la ermita de la Guadalupe, vuelan entre las espirales de humo oloroso del incienso y las voces de los sacerdotes que entonan los cánticos litúrgicos. Llévanla en la litera sus servidores, como los devotos principales cargan, las andas de sus santos predilectos. Salúdanla los fieles expresándole, más con el gesto que con la voz, su deseo de verla siempre así. Sus amigas y compañeras de la cofradía de la Guadalupe, rodean la litera como bullidoras abejas la colmena, obligándola a sacar la pálida cabeza para sonreír y agradecer a todos, tanta solicitud.

La inmensa procesión avanza, ascendiendo lentamente, haciendo altos, entre batidas de aspersores e incensarios y nevada de flores y espigas, a cargo de niños con túnicas de velo y alas de ángel... Bajo el cielo de un azul purísimo, sobre la mancha verde oscura de los campos — hierbas vivaces, arbustos achaparrados y, en la línea del horizonte, grandes bosques seculares — destácase el colorido de los trajes talares, de los paramentos rituales, casullas, estolas, manipulos..., la profusión de seda y abalorios de las imágenes erguidas en sus peanas, entre flores y cirios; pasos soberbios como tronos; el flamear de banderas y estandartes, con el alarde de sus signos y

blasones al viento; el brillo bélico de las armaduras y uniformes militares, el jaez de los caballos — la platería de los frenos, la gualdrapa entretejida con hilos de metal — y, finalmente, el hormigueo de las velas encendidas en millares de manos de hombres y mujeres del pueblo, en su mayor parte, gente de sangre cruzada, zambos, mestizos, y no pocos indios cristianizados... *Faeminae a viris separato, orantes prosequantur.*

De pronto, desde lo alto de la colina, de la plazoleta a donde ya toca la cabeza de la procesión, llega una voz, penetrante como un clamor que estremece al aire diáfano de aquel mediodía excepcional:

— ¡Milagro! Está allí la custodia... ¡La Santa Virgen nos la ha devuelto! ¡Milagro! ¡Milagro!

Y un solo escalofrío recorre toda aquella muchedumbre de fieles... Y pronto no se ve, en el largo y serpeante camino, sino hombres y mujeres de rodillas, puestos los ojos en las imágenes, golpeándose el pecho y contestando con la sola palabra ¡Milagro! a las voces de ¡Aleluya! de los sacerdotes...

En efecto, la custodia y el copón de oro intactos, como si nadie los hubiese movido del sitio en que siempre estuvieron, resplandecen como un ascua a los rayos del sol cenital, a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe, morena y serrana, como su gloriosa homónima la de Extremadura. Estrecha se hace la plazoleta para contener el gentío ávido de asistir a la misa de campaña y escuchar el último sermón del Rvdo. Padre Abdulio. Es en realidad, el jesuita un orador; un artista de la tribuna sagrada. La aparición inesperada y milagrosa de las prendas robadas al tesoro de la Catedral, ha debido subvertir por completo el orden de las ideas fundamentales de su pieza oratoria. Pero esto, lejos de ser para él un inconveniente insuperable, le sirve como de nuevo incentivo y acicate que, estimulando su imaginación, arranca de su garganta la cascada de frases musicales en que se ve chispear el iris del tropo luminoso y certero. El orador expone a grandes rasgos a su auditorio el portentoso hecho que toda la ciudad ha presenciado. "La mano de Satanás guió la del ladrón que profanó el Sagrario de la Catedral, para cometer su crimen; pero la de la Santa Virgen movió su corazón al arrepentimiento y empujó sus pasos hasta hacerlo venir a devolver, depositándolos de nuevo en sagrado,

a los pies de su propia imagen, en la advocación de la Guadalupe, los objetos que tentaron la codicia de aquel desventurado..."

Por gradaciones sucesivas y sin un solo instante de decaimiento, llega al pasaje que esperaba todo el mundo; al del panegírico de la Virgen en la advocación de la Guadalupe. Hace el orador la historia de aquella imagen, sobre cuya aparición hay tantas leyendas contradictorias y que permaneció por tantos años oculta a los ojos de los fieles. Enumera los milagros, a todas luces auténticos, que ha hecho en beneficio de sus hijos predilectos y concluye recordando, para hacer su apología, al insigne varón, espejo de hidalgos valerosos y vasallos leales, trágicamente muerto en Tucapel. El junto con emplazar la ciudad en las márgenes del Andalién y frente al mar, junto con proveerla del Arbol de Justicia y pedir para ella a S. M., el Rey, el escudo con sus armas y el título de "muy noble y muy leal" — que no será jamás desmentido — le dió a guisa de centinela augusta, erigiéndola en la más alta de las colinas que la circunda. esa efigie de Nuestra Madre Amantísima, copia de la Guadalupe, a cuyos pies iban a orar, de niños, los grandes capitanes extremeños, los Cortés y los Pizarros, los Almagros y los Valdivias, a quiénes la Corona debe la posesión de la mitad de un mundo.

Está el elocuente sacerdote en una de sus horas más felices, y todos, desde Monseñor Cimbrón y S. E. el Gobernador Almirante hasta el más modesto de los feligreses de la Diócesis, se preparan a felicitarlo. Sólo una alma, entre tantas, a pesar de lo que le admira y respeta, ha permanecido casi indiferente: doña María Francisca. Durante todo el sacrificio — y el acto no ha podido ser más grandioso, como que ha oficiado el propio Jefe de la Diócesis, — ella no ha conseguido evitar el distraerse, dejar volar la imaginación, y ha orado, sí, pero maquinalmente, repitiendo con la conciencia flotante las frases de su devocionario. Las antifonas la han hecho soñar, evadirse a un mundo remoto, a un reino vago y exótico que no es el cielo ni la tierra... Y escuchando, sin oír, al Padre Abdulio, ha pensado que si el ladrón sacrilego es, como se asegura, el indiecillo corneta, el restitutor de lo robado no ha podido ser sino él. el mestizo Alejo. Y se complace en seguirle en el pensamiento, y se lo figura allá, en la mon-

taña brava, a caballo, al frente de su ejército que le obedece a ciegas, obligando a Juan Yuyo a confesar su delito y a ir a depositar las prendas robadas en el altar de la Guadalupe. Y vuelve a verse como en aquella noche inolvidable — ella también, prenda raptada en una iglesia, puesta en recinto sagrado — ebria de felicidad, loca de miedo, escapar de los brazos potentes que la aprisionaban, sobreponiéndose al influjo avasallador de aquellos ojos, sentirse más fuerte que sí misma, y, en un arranque que todavía no se explica, contrariar, acaso para siempre, su destino.

Parabienes y muy cordiales, merece y recibe el Padre Abdulio, y no sólo como orador elocuentísimo, sino como organizador. Aquella solemne procesión — acto público de gratitud y desagravio — por salirse de los estrechos límites urbanos, ha sido más bien una grandiosa romería. Todo ha resultado, según sus previsiones. El programa se ha cumplido más que con corrección, con brillantez. Ni un detalle molesto, ni un roce de esos que, aunque parezcan baldíos o sean justificados, bastan para ensombrecer el conjunto y restar atractivo, al cuadro general. De todas las bocas no salen más que frases de satisfacción y elogio para el infatigable jesuita. Pero...

No se contaba con la huésped. Y ésta se presenta en la insidiosa forma de una nube, que desde el horizonte sube y crece hasta llenar el firmamento, latigueada por el viento del norte, que hace cabrillar las aguas de la bahía y abanica las ramas de los árboles. Antes que aquel ejército de paz y de piedad alcance siquiera a medio organizar la retirada, en mitad del campo y, en donde es imposible guarecerse y poner a cubierto palios, altares y efigies, se desata la lluvia..., pero, una de esas lluvias características de la zona austral, copiosa, torrenciales, frenéticas, que rebotan en tierra, levantando burbujas. El cielo, de gris; se ha puesto negro. Relampaguea hacia el lado de la cordillera y los truenos — thalcas como se decía en Chile por aquella época — retumban casi encima de las cabezas despavoridas. La primera resolución es la de aguantar impertérritos, a cielo abierto, aquel chubasco inoportuno. Pero, el chubasco se hace temporal, y no se suspende, ni siquiera merma. Ya están todos empapados: insignias y paramentos hechos una sopa, velas y cirios apagados, el camino es ya un fangal, y los que fueron arro-

vos, son ahora torrentes que descienden cerro abajo por surcos y quebradas. Como un rebaño que ha perdido de pronto la confianza en sus pastores, la grey católica inicia la desbandada, poco a poco, sin gritos ni aspavientos, pero decididamente en demanda de la ciudad. Es un número del programa, un número atroz, en el que nadie pensó. Y pues, los elementos meteóricos se empeñan en seguir haciendo oposición, no hay más remedio que afrontarlos en forma práctica: se despachan al galope jinetes que vayan a la ciudad y dispongan el envío de carruajes en que volverá la gente principal, y de carretas que cargarán con el inmenso material, con todo el atrezzo, estropeado ya, que se empleó en la magnífica función.

Tan inesperado fin de fiesta no amengua la piedad ni la devoción de los penquistas. Tras los comentarios con que se desahogan — exclamaciones, consideraciones, perogrulladas — se enternecen celebrando el milagro de la pérdida y devolución de la custodia y el copón de la Catedral. Nadie ha visto al muchacho indio cometer el robo, nadie tampoco lo ha visto confesar su delito ni mucho menos, presenciado el acto de restitución de los objetos que se dicen robados. Pero nadie duda de que sea así, como lo ha dicho y repetido el Padre Abdulio, desde el púlpito. Sin embargo, no es esa la verdad, la verdad dista mucho de ser esa... La verdad es algo que nadie tiene interés en revelar, algo que está oculto y quedará oculto para siempre.

71

* * *

A aquella misma hora, en un claro, como una llanada, en medio de la selva araucana, un hombre contempla con desencanto el campamento de su ejército, del que ya bien poco le queda que esperar. Es Alejo que ha decidido, al fin, ir a ponerse en contacto con el Toqui Inaqueupu, antes de partir al sur. Y si ha vuelto junto a la reche, es sólo porque aguarda allí a los espías y mensajeros destacados en La Concepción, precisamente a los más adictos y más fieles, — la Papay y Juan Yuyo — y porque necesita elegir al escuadrón que ha de acompañarle en su visita al gran jefe pehuenche. Tendrá que ser gente de primer orden, que lo siga por inspiración, no por obediencia a un

mandato. Que sus cuñados continúen, si les place, al frente del linco entregado a la inacción... El no quiere más que un puñado de leales que le ayuden a demostrar a su aliado, lo que han llegado a ser, bajo el hacha de Ñanku, los guerreros de Arauco.

Werkes llegados del norte le han hecho conocer las brillantes arremetidas que acaba de realizar Inaqueupu en la extensión de la zona que él mismo se ha asignado como palenque de su acción de guerra. No ha tenido siquiera necesidad de irse contra Chillán, repoblada recientemente, porque ante la visión de la ciudad deshecha por la catástrofe, las familias, y tras ellas, el pobrerío, volvieron a emigrar hacia el norte, a las hospitalarias riberas del Maule. Lo curioso del caso es que, por lo que se rumorea, — Inaqueupu — sin saberlo él ni sus huestes — ha maloqueado en una de las estancias que fueron de propiedad de Doña Isabel de Vivar y que ahora pertenecen, aunque estén intervenidas por la justicia, a su hijo único.

Natural sentimiento de emulación le hace entonces esconder la herida que abrió en su ánimo la negativa supersticiosa del ejército a secundar el ataque contra La Concepción.

—Seguramente — piensa — no ha sido tan violento el terremoto en las estribaciones de la cordillera que son los reales de Inaqueupu. O es que, como montañeses irreducibles, no están sojuzgados por el terror al mito de los espíritus que producen a su sabor los cataclismos.

Y recuerda Alejo la consulta que hizo a propósito allí en el rehue, a los boquivuyes y dunguves de la tribu y, a la que éstos graves y altivos personajes respondieron que, efectivamente, el terremoto debía considerarse como una señal de descontento de los dioses — en especial de Cherruve, morador de los volcanes—y que, lo mejor sería, para evitar males mayores, aplazar por algún tiempo las operaciones.

Se irá, pues, al sur, a donde no han alcanzado los efectos del sismo, a probar si entre las tribus arribanas, logra estimular el espíritu bélico fortuitamente bastardeado entre los suyos. Se siente con ímpetus hasta para trasmontar la Cordillera y reclutar soldados entre los ariscos puelches que no se sienten seguros, más que en las altas cuencas de las serranías, y entre los ásperos tehuelches, jinetes nómades como los tártaros que navegan, más que

galopan, por las estepas patagónicas y que no proponen ni aceptan alianza con ninguna tribu.

Cada vez es más profundo el silencio en el campamento, más apagados, más distanciados y débiles los ladridos de los perros, y hasta las hogueras, extinguiéndose una tras otra, parece que invitasen al descanso y al sueño. Y he aquí que el bronco mugido de una bocina de cuerno, venido de lejos, de la parte del norte, sacude la modorra naciente bajo la obscuridad. Alejo responde, con la corneta, sin tardanza...

—¡Uno de los nuestros que llega! — ha dicho la bocina del centinela.

—¡Bienvenido! — ha contestado el caudillo.

El que llega es nada menos que un importantísimo personaje, el mismo Juan Yuyo. A pesar del hambre, y la fatiga y el frío — tres compañeros de viaje bien poco deseables — se cuadra militarmente junto al Toqui y se lleva la diestra a la altura de la frente.

—¡A la orden, mi Keneral!

—¡Juan Yuyo!

Alejo se apea del caballo y va a abrazarlo. Realmente desde antes de resolverse a enviar a la ciudad a su vieja nodriza, ya estaba temiendo por la suerte de ese fiel muchacho, a pesar de que tenía plena confianza en su astucia, en su desparpajo y en sus extraordinarios dotes de simulación.

—Vamos a mi tienda, — le dice. — Allí comerás algo y beberás, porque traes una cara de hambre que no puedes con ella. Y te abrigo, bribón, porque esos perros huinkas no te han dejado ni el zamarro.

Toma por las bridas a Pillán y devuelve a Juan Yuyo su corneta. El hueñi le acaricia como una madre a su criatura.

—¿Y mi mampato? — pregunta, recordando su leal y esforzado caballejo enano.

—Quedó rezagado; pero encontró en seguida la que-rencia. ¿Temes algo por él?

—Es que los conas, mi Keneral, me amenazaron como siempre, que degollándolo para comérselo al asador.

Y luego, en su pintoresca jerga, seguro de que se le escuchará con interés, cuenta todo lo que sabe...

—Ante todo — le pregunta Alejo — ¿por qué vienes así, pionko?

—Porque no podía venir de otra manera.

Y refiere, con desenfado, que esta vez no han surtido efecto ninguno los soberanos embustes que urdió para volver a colarse entre los cristianos, ni las farsas mímicas a que se entregó con la intención de ganarse el ánimo del beaterío. No le creyeron — por más que juró y lloró — que le hubiese hablado la Santísima Virgen mientras oraba en la ermita, al pie de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe...

—¿Eso les dijiste?

—Eso...

Y el diablo del corneta, sin dejar de mascar ni de sorber, le da a su Keneral todos los pormenores de aquella comedia que estuvo a punto de hacerse drama y que terminó en sainete. El vió la cosa mala — supo que andaba por medio cierto yanacona, acaso el mismo que les tiró el flechazo la otra tarde a las orillas del Bío-Bío, y que afilaba el arma en contra suya don Andrés de la Riva, que no lo podía perdonar — y entonces decidió escapar. Por eso viene desnudo: su ropa hecha jirones y trenzada, le sirvió de sogá.

—Esto que traigo a la espalda, regalándomelo la Papay...

—¿La Papay?

—Sí; entrármela ayer camino Consesión. Y pedirme decir a mi Keneral que no pasando cuidado, que ella llevando medicina güena para niña María Francisca.

—¿Qué dices? ¿Está enferma?

—Muy enferma, mi Keneral.

—Cuenta, cuenta...

Cuenta, en efecto, el indiecillo todo lo que logró averiguar: que por la misma joven se sabe ya en la ciudad del audaz paso dado por él al introducirse en el Convento de las Trinitarias; que doña María Francisca ha estado con "la cabeza perdida" al decir que los beatos que frecuentan la Catedral; que ella asegura que ha sido el Maldito el que ha ido a sorprenderla, la noche del terremoto, en la soñedad de la capilla.

—¿Y mi madre, Yuyito? ¿Asististe a su entierro?

—Chiñura Sabel haciéndole misa misma capilla convento. ¡Acompañamiento lindo! Todos diciendo chiñura

Sabel ser una santa... Patiru Abdulio decir sermón, haciendo llorar la kente...

—Y di, Yuyito. ¿Nunca pudiste hablar con “ella”? ¿Acercátele? ¿Verla siquiera?

—No, mi Keneral. Pobre Juan Yuyo, ahora pasar casi todo tiempo calabozo...

—Te has escapado de una buena — le dice Nanku, sin poder evitar una sonrisa.

Y agrega:

—En compensación voy a contarte una cosa. Mañana partiremos al norte, a entrevistarnos con Inaqueupu.

—¡Lindo, mi Keneral! — exclama el corneta, con entusiasmo digno del motivo a que se debe.

Y sin titubeos, a sabiendas de que su protector y jefe escuchará con agrado hasta los menores detalles de cualquier episodio relacionado con sus sentimientos hacia doña María Francisca, le cuenta cómo logró entrevistarse en más de una ocasión con la negrilla esclava y cómo ésta — que simpatiza con Alejo desde la noche aquella en que los indios la llevaron prisionera al campamento del caudillo rebelde — lo puso al tanto de las idas y venidas del reverendo Canónigo y su almibarado sobrino, el Alférez don Andrés de la Riva.

—Alférez declarando mi contra, queriendo ruyinarme, — dice Yuyito con tono vindicativo. — Pero chasco que le dimos y palos que le asestamos, no quitárselos nadie...

Lo que el corneta no sabe ni puede, en consecuencia, referir a su jefe es que, su Rvda. ha conseguido atraer a su causa al Padre Abdulio. El jesuita no es insensible a la adulación — flaquezas muy humanas — y así, el tío como el sobrino cada vez y cuando viene el caso, se desbordan en frases rimbombantes y fogosos aspavientos para la elocuencia insuperable de este astro de la oratoria sagrada, lamentando que no esté difundiendo sus rayos en un firmamento más vasto: en la corte de Madrid, por ejemplo, o siquiera en la Capital del Virreinato.

En realidad, a pesar de que es un secreto a voces, la decisión de profesar de la hermosísima criolla, estos señores, bajo el incentivo del cuantioso patrimonio de que ella entrará en posesión a su mayor edad, insisten en apartarla de la vida del claustro. Conversando con el Co-regidor, el Canónigo le ha dicho que es sacrílego tomar

los hábitos sin sentir la vocación, y como aquél le objeta que existe por medio un juramento — el de la noche de la catástrofe — el ilustre prelado se reviste de toda su autoridad sacerdotal para persuadirlo de que doña María Francisca está exenta de su cumplimiento, y esto, por la sencilla razón de que lo ha proferido en un raptó de terror, en un explicable, aunque instantánea, fuga de la conciencia moral...

Observando de reojo el ceño sombrío de su General, Yuyito corta de pronto la cháchara para decir:

—La Mocha asegurando que doña María Francisca llorar y rezar mucho...

—Basta: — dice el Toqui,— no necesito saber más.

—Una cosa más, mi Keneral. Presos conversando mucho de enfermedad niña María Francisca. Diciendo que tiene demonios y que haber haciendo "machitun" para sacandolos... Patiru Abdulio preparando procesión grandaza ermita Guadalupe cuando yo escaparme...

Alármase profundamente Alejo ante la noticia de aquello que su corneta llama ingenuamente "machitun" y que no puede ser sino la ceremonia del exorcismo que el cielo se propone poner en práctica con la adorada enferma. ¡Ah!, no es escaso el caudal de informaciones que le ha traído el indiecillo; pero no puede, no, bastar a su amorosa impaciencia de todo punto insaciable. Resuelve dormirse, e invita a hacerlo también a su servidor; pero su pensamiento inquieto sigue los pasos de su otra espía, de la incomparable Papay, y a cada instante le parece oír crujir sus plantas en el suelo humedecido de rocío.

La salud ha vuelto, pues, decididamente al cuerpo y alma de doña María Francisca del Valle, lo cual se agradece en exclusivo a la bondad de la Santísima Virgen. Nadie se acuerda para nada de las infusiones de hierbas misteriosas de la vieja india. Sólo se piensa en la solemne procesión; en que todo el mundo vió a la joven escuchar la misa con los brazos abiertos asistida y sostenida por sus servidores... A partir de aquel día memorable, María Francisca les parece otra, y es otra, en realidad: han vuelto a florecer en sus mejillas las rosas que desde el principio del mundo han cantado los poetas; se la ve sonreír, se la oye cantar, no escatima las salidas a la calle cuando hace buen tiempo... Su gran placer es el mirar al mar desde los balcones de Palacio, distraerse contemplando la bahía, alegre siempre

con el movimiento de embarcaciones de pesca, con el griterío y revoloteo de los pájaros marinos, con el hormigueo de la playa. ¿Es que sueña como las princesas de los cuentos de hadas, en el Príncipe Azul que ha de llegar en alguno de esos barcos que fondean a pocas brazas de la orilla, procedentes de Valparaíso o del Callao, o de más lejos aún, de Panamá, de Montevideo o de Cádiz? Sueña, sí. Pero en vano se tratará de adivinar qué imagen es la que preside sus sueños... Lo que se podría, sí, asegurar es que, en ningún caso, su Príncipe Azul, ha de llegar a ser cierto gallardo Alférez que — antes de marcharse al norte, a la capital, en el séquito de S. E.— no ha olvidado pasear la calle frente a los balcones de palacio o pasarse las horas muertas instalado entre las almenas del castillo.



Jornada cuarta

No insistiría en sus demostraciones el amartelado chapetón, si supiese que no puede la criolla amarlo como él desearía que lo amasen. No puede, no: sencillamente, porque sigue amando, a pesar de todo, a quien no debería amar. Ya ha curado de su obsesión y su delirio. Ya huyeron las espantables visiones de su fiebre. Ya no teme a las amenazas del abismo. Cesaron definitivamente las alucinaciones.

Pero persiste, igual que antes, irreductible como antes, el conflicto moral planteado por aquel amor. Ella ama, con toda la ilusión y la ternura de sus veinte años en flor, al hombre más odiado y maldecido entre los suyos: aquel hombre, a medias blanco, a medias indio, aunque cristiano, es el enemigo temible de su gente y de su raza. Y aquel hombre la ama, también con fervor, con desesperación como se lo ha dicho y lo ha probado. Y se repite a sí misma mentalmente, invadida de una emoción inexplicablemente deliciosa:

—Te dejé partir, una vez más, porque — sábelo bien y no lo olvides — por encima de mi ambición y mi deseo, por encima aún de mi salvaje odio a los de tu raza, está mi admiración por ti. está el amor conque tú, por ser quien eres, por obra de tu gracia y tu belleza, llenas mi corazón.

Aunque temblándole la mano, quema la carta en la llama de la bujía, la recuerda siempre y podría reproducirla letra a letra. Los rasgos varoniles y seguros de aquella letra se dijera que fulguran en su imaginación. ¿Cómo,

pues, luchar? ¿Cómo oponerse? ¿Cómo resistir? Es inútil empeño el de leer libros piadosos... Es inútil recluirse, con su clavicordio, en la soledad de la cuadra. De los renglones que negrean, como de las cuerdas que vibran, salta el nombre de Alejo, y ella escucha su voz y ve, a pesar suyo, la mirada de aquellos ojos verdes que la acarician persiguiéndola. Trata de distraerse, de charlar, de entretenerse en menesteres frívolos. Recibe visitas y las hace, acude a las reuniones, pasa horas enteras en el jardín de las Trinitarias. Todo en vano.

Y aunque ya ha logrado combatir victoriosamente la idea del pecado mortal en que, según ella, vivía encenagada, consulta uno y otro día a su director espiritual temerosa de no hacer bastante por emanciparse del imperio de aquel sentimiento avasallador. Razonable y humano el Padre Abdulio la inclina suavemente, ya que no al enclaustramiento—, que sin una fuerte y decidida vocación, sería impropio — a repartir su vida entre las prácticas piadosas y el aliciente a nuevas esperanzas, a nuevas ilusiones menos incompatibles con la realidad...

—El ocio, hija mía, la inactividad—, dice el jesuita— desatan la imaginación. Y la imaginación y la sensibilidad, sobre todo, sin uno hacer nada. Por lo demás eres una niña todavía, y yo estoy seguro de que sin violentarte mucho, vas, a conseguir, y pronto, la paz del corazón y del espíritu.

Pero no es así. A medida que va sintiéndose como renovada al soplo eufórico de la convalecencia, que los glóbulos rojos de la sangre le fluyen al rostro por bajo de la piel tersa y trasparente, que los ojos adquieren el esplendor incomparable de la salud, doña María Francisca se da cuenta — con alegría y con miedo, al mismo tiempo— de que, lejos de amortiguarse la pasión amorosa se ha adueñado de su alma. Ya no se desespera ni quiere morir... Pero es porque toda ella, todo su ser—espíritu, potencias, sentidos,— todo lo que ha vivido y respirado en el aire del mar y de la montaña, todo está lleno de ese amor..., de ese amor que puede ser absurdo, insensato, condenado a la desventura, pero no criminal.

¿Criminal? No. Alejo es cristiano como ella, y noble por las dos líneas de su sangre: su madre, como su padre, pertenecía a la aristocracia de su raza. ¿Que se ha revelado contra los que le quisieron tener por hermano? ¿Que hace armas contra su Rey y los súbditos leales a su Rey? Ha-

brá que preguntar quien tiene en esta culpa la parte principal. Alejo fué un brillante soldado, un paladín, y de una adhesión insospechable mientras no lo precipitaron a la desertión y al alzamiento las bajas y sórdidas pasiones de los que, por no admirarlo, preferían odiarlo y preterirlo. Alejo ha dado pruebas, y no sólo una vez, de la alta calidad de sus sentimientos... De otro modo, ¿se habría retirado de junto a los muros de La Concepción, a ruego de su madre? ¿Habría concedido a sus prisioneros, sin condición alguna, la libertad y la vida? ¿Habría temido ella misma, como él ya se lo ha dicho, sola y desmayada en sus brazos, en medio de la noche, su mejor garantía en el amor de Alejo?

Así divaga a solas la lindísima criolla, incapaz ya de continuar resistiendo a la imperiosa dulzura del que, siendo el primero, habrá de ser el último amor de su vida. No lo estimulará, ciertamente; no faltará a la promesa que hizo a su confesor de cortar con Alejo toda comunicación; no le escribirá, y si él llegase a hacerlo, se guardará muy bien de contestarle... Pero que no le exijan otra cosa, porque no podría obedecer. Es aquello más fuerte que la voluntad. ¿Cómo arrancarse su nombre y su imagen de la mente? ¿Cómo no recordarlo a cada instante y con cualquier motivo? ¿Cómo olvidar que, a no mediar la fatalidad de esa guerra, el abismo de ese odio de razas, no habría nada ni nadie que pudiese atajarles en el camino de la felicidad? Ambos jóvenes, bellos, nobles, ricos, cristianos, ambos rendidos a la sugestión de un amor que venció todos los rigores, ¿qué hogar ni qué familia podría fundarse bajo mejores auspicios?

Resuelta a seguir las recomendaciones de su confesor, en cuanto se refieren a ciertas prácticas de higiene mental, percátase sin grande esfuerzo de que no bastan a llenar sus ocios ni la oración, ni las lecturas, ni la música, ni las labores de bordado y de tejido. Y discurre, entonces, a la vista de las bandas de granujas que vagabundean a toda hora por calles y plazas, fundar de su propio peculio, un asilo destinado a recoger y educar a los niños que deja huérfanos la guerra. Esta fundación se llamaría "Santa Isabel", en memoria de su amiga inolvidable y prosperaría a la sombra del convento de las Trinitarias.

Comunica su pensamiento al Padre Abdulio y luego a

las Hermanas de la Guadalupe. ¿Será necesario decir que de una y otra parte obtiene de inmediato, la más franca aprobación? La Madre Superiora de las Trinitarias, muéstrase encantada con esta obra que, una vez en marcha, aumentaría la importancia y los recursos ordinarios de su Casa. La autoridad episcopal sanciona, a su vez, favorablemente, el piadoso proyecto de la criollita. Y como no hay varillita de virtud ni lámpara maravillosa comparable al dinero, muy pronto se da a los curiosos pencones el vulgar pero atrayente espectáculo de una nueva construcción: carpinteros y albañiles trabajando de sol a sol, no tardan mucho en emplazar contigua al Convento de Las Trinitarias un hermoso y amplio edificio que servirá, al mismo tiempo que de albergue, de escuela y de taller. Se enseñará allí a los asilados, las primeras letras, la doctrina cristiana y oficios manuales, como la cestería, el tejido, el bordado, la costura, la alfarería y otros. Y, según expresa disposición de su fundadora, tendrán el mismo derecho a los beneficios del establecimiento, todos los niños sin padres, cualesquiera que sean su sexo y su raza o la condición social en que nacieron.

Ponen una nota de actividad y de energía en la modorriente población el ir y venir de los obreros, el golpear de los martillos, el ruido estridente de las sierras, el chirriar de las garlopas, el traqueteo de las carretas que traen los ladrillos y las tejas... hasta que un día, en el vértice de un tijeral aparece, alegremente batida al viento, una bandera que declara terminado el esqueleto de la construcción. Es una etapa que, aunque se trate de una casa santa, no puede dejar de celebrarse con holgorio general.

*
* *

Es la hora del baño matutino en el campamento del ejército mapuche. Al rayar el sol en los hielos de los más altos picos de la cordillera ha sonado la diana, y los conas, antes de rodear los caballos, parten de carrera al río que descienden, sin movimiento aparente, entre una doble mancha de quilas y coligües. Junto con ellos se ha esperezado la montaña, y del profundo seno de los bosques, caliente aún con el sueño de la fauna, surgen silbidos y aleteos, chirridos de escurrimientos entre la fronda, de chapoteos

en el agua, de patas trepadoras que se van hincando en las agrietadas cortezas de los troncos... Como a oleadas sale, por entre los árboles, más penetrante que el olor de las flores y del humus, un vaho caliente de madriguera, de nido y de cubil.

Totalmente desnudos, cambiando chanzas y golpes, ágiles y diestros como coipos, los soldados se arrojan al agua, se zabullen, bucean, nadan, improvisan campeonatos y torneos. Como siempre el ejercicio deportivo no es más que una parodia pacífica — o acaso, una iniciación — de los trabajos de la guerra. Después del baño, Alejo, mezclado a ellos como es su costumbre, coge de repente en un grupo ciertas referencias que le llaman la atención. Para la oreja disimuladamente y sus sospechas se confirman: se trata de su corneta y se corre el rumor de que la cabeza de Juan Yuyo ha sido puesta a precio por la autoridad española. El asunto es grave, como que se sindicaba al muchacho nada menos que de un acto sacrilego: de robo de la custodia y el copón de oro, pertenecientes al tesoro de la Catedral.

—¿Oyes tú lo que dicen? — pregunta Ñanku a su trompeta.

—Sí, mi Keneral, — contesta el hueñi, sin darle al asunto demasiada importancia.

—¿Y qué respondes a eso?

—¡Psh! Yo no robando nada — afirma, encogiéndose de hombros.

Pero Alejo, sincero creyente, está escandalizado. Aunque cree conocer a sus soldados y, especialmente, a aquél que es casi un hijo adoptivo para él, le parece imposible que Juan Yuyo haya llevado a tal extremo su temeridad. Por otra parte, aunque no ignora que el ex campanero es el intrigantuelo más completo que se ha echado a la cara en todos los días de su vida, considéralo incapaz de sostener ante él, una mentira.

—Decidme la verdad, Juan Yuyo. No quisiera castigarte, pero seré implacable contigo si me mientes. ¿Eres o no el autor del delito que te imputan los huinkas?

—No, mi Keneral. Kurándolo por lo más sagrau.

—No jures nada. Dime la verdad.

Juan Yuyo, llevado de su irresistible sentido de lo cómico, innato en él, imaginándose los espavientos de su viejo enemigo, el sacristán al descubrir el robo, tiene la mala

idea de sonreírse... Alejo, que está pendiente de él, interpreta ese gesto casi como una confesión, y se deja arrebatarse de un estallido de cólera.

—¡Perro! Tú eres el ladrón... Yo te enseñaré a que robes en las iglesias y a que luego pretendas engañarme...

—¡No, mi Keneral! — grita, asustado ya, el pobrecillo corneta, a tiempo que, de un solo revés de su fornido brazo, el caudillo le hace rodar lejos y dar con su cuerpo en tierra.

—¡No, mi Keneral! — repite —. ¡Yo no robando ahora! Yo escapando desnudo...

Atadlo contra un árbol, y dadle de azotes, a cuero pelado, sin misericordia, hasta que cante...

Los soldados que están próximos, cogen al corneta, que clama y patalea en vano; desnudándolo y arrancándole de un tirón su chamal y su poncho, quitándole la corneta y el cuchillo y se disponen a ejecutar con el mayor rigor el castigo ordenado por el Toqui.

—¡Por Liosito, mi Keneral! ¡Mi amito! ¡Yo no robando nada!...

Pero Alejo ya ha vuelto la espalda y, encendiendo su quitra, se va a explicar el caso a Quintralef y Loncoluán, que aun no lo conocen, sino a medias.

Y el pobre Yuyo, tan pícaro como simpático y leal, tendrá que resignarse a la terrible felpa si en ese mismo instante no se viese venir, a un paso ágil y elástico, impropio de sus largos años, a la anciana Papay.

—Mari, mari, Papay. ¡Bienvenida! Ocurre que ese perro innoble, al que hemos permitido venir a rascarse la ana entre nosotros...

—¡Juan Yuyo!

—El mismo. Se ha manchado con un robo sacrilego y el muy bellaco tiene la temeridad hasta de negármelo a mí...

—Yo no robando nada... — repite como una cantinela el infeliz, sintiendo ya por anticipado en la atezada piel de sus espaldas los zurriagazos de los conas.

—¡Soltadlo! ¡Soltadlo, por favor! No debéis cometer tal injusticia...

—¿Qué?

—¡Por la memoria de tu santa madre, te lo juro, Nanku! Las prendas perdidas han aparecido ya, ayer se han encontrado en la ermita junto a la Virgen de Guadalupe y los cristianos dicen que ha sido un milagro de la Santa Señora.

—Soltadlo, que se vista, y traédmelo,— dice Nanku a los soldados — ¿Y qué es lo que tú piensas? — pregunta a la Papay.

—¡Psh! Qué sé yo... Que lo diga Juan Yuyo.

El hueñi, ya de nuevo vestido, ha recuperado su corneta y su arma. Apenado y triste; pero, en el fondo, satisfecho, se acerca al tribunal improvisado que forman el Toqui, los ayudantes de campo y la Papay.

—¿Has oído?

—Sí, mi Keneral.

—¿Y qué dices a eso?

—Que sacristán, nokado por mi fuga, escondiendo custodia y copón de oro para culparme. Yo no robando prenda Iglesia..., ¡nunca, mi Keneral!

—¿Nunca te has comido las hostias?

—Recortes no más. Vino sí, rico vino decir misa... Todos monáguillos tomando.

Y ríe, mostrando en una risa franca, olvidado de su dolor y de su miedo, la blanca dentadura.

—Ven acá, Juan Yuyo, y dame tu mano. Te has librado de una buena.

El indiecillo, enternecido, aprieta la mano que poco antes le golpeó y, a guisa de consuelo, exclama:

—¡Sacristán canalla! Cuando tomamos Concepción, dejármelo a mí, mi Keneral... No perdonándolo..., ¡por esta!...

Y, de venganza, Juan Yuyo hace en el suelo una cruz con la punta de su cuchillo de combate. Envaina después el corvo y, ya sin pizca de rencor, corre a palmotear y a acariciar a su mampato, que ha tornado hacia él la fuerte cabezota, como reconociéndolo.

Sin pérdida de tiempo recibe el Toqui, en entrevista confidencial, a la recién llegada. Nadie, ni el entrometido del corneta, logra averiguar nada de lo que se dice y escucha. Pero horas más tarde la Papay continúa viaje en dirección al rehñe, y Alejo, llamando a sus lev-toquis les comunica que dentro de las veinticuatro horas ha determinado hacer al fin, a su grande aliado del Nuble, la visita que por causas ya conocidas se hubo de aplazar. Le acompañarán los mismos cien soldados seleccionados a las órdenes inmediatas de Loncohuán y el ejército seguirá sobre las armas en el propio campamento, bajo el comando único y directo de Quintralef, a quien recomienda muy es-

pecialmente, no descuidar los servicios de espionaje y de señales, a fin de conocer a ciencia cierta la posición y adivinar, si es posible, la intención del enemigo.

*
* *

Dos días más tarde, los jefes rebeldes toman contacto en un paraje próximo a Tomeco, cuna y tumba del ilustre general Butapichún. Audaz, artero, decidido — y después de todo afortunado — Butapichún fué, durante un cuarto de siglo la pesadilla de los gobernadores y el azote de los tercios españoles. Cansado, agotado, más por la edad que por los trabajos de la guerra — a la que se consagró desde muchacho — vino a morir al paraje donde había nacido (1), y sus admiradores, que eran legión, le hicieron funerales dignos de un rey y sepultaron sus restos bajo un túmulo de piedra y barro. Al pie de este monumento, celebran su primera y última entrevista los dos únicos jefes indígenas que en aquellos momentos pasean por campos y poblados la bandera de rebelión. Inaqueupu llega entonces al apogeo de su gloria guerrera. Ha maloqueado con fruto, de la Cordillera al mar, en toda la zona comprendida entre el Maule por el norte, y el Bío-Bío y el Laja por el sur. Ha limpiado de cabalares y vacunos las famosas Dehesas del Rey y derrotado con pérdida de vidas, a todas las partidas lanzadas en su persecución. Ha saqueado y destruído la ciudad de Chillán (que empezaba a repoblarse cuando sobrevino el terremoto) y retirándose después, tranquilamente, a sus inaccesibles reductos de la montaña, entre pehuenes. Ahora vuelve a las andadas. Como no cuenta con los medios de asegurarse el buen suceso en las asedios a poblaciones y fortalezas, se contenta con asaltar haciendas, hacer cautivos y arrear ganado.

Todo eso le es referido a Ñanku por el propio Inaqueupu, apenas terminadas las frases del ritual de urbanidad — si es posible emplear esa palabra — y como una insinuación a que su aliado proceda en forma idéntica. Alejo se limita a decirle que lo mejor de su campaña está aún por hacer y, ante la expresión de perplejidad de su interlocutor, ordena por medio de un toque de corneta, acer-

(1) Como Lautaro y como Alejo, Butapichún fué desertor de las filas españolas.

carse a Loncoluán que, a la cabeza de su escuadrón y a igual de las tropas de Inaqueupu, se ha mantenido a la distancia. Remata el caballo junto a ellos el lev-toqui y levanta la diestra hasta tocar con la punta de los dedos su rojo trarilonco. Alejo le imparte, lacónicamente, algunas órdenes y Loncoluán y el corneta se alejan a galope. Se oye un toque, breve y enérgico; los jinetes se arquean sobre el cuello de los caballos y éstos toman casi a escape por la abierta pampilla con rumbo directo al punto en que se realiza la entrevista. Ululan los indios su avavan y sostienen horizontalmente en alto, por sobre las cabezas, las ferradas lanzas. Es como un torrente desencadenado. Inaqueupu llega acaso hasta pensar en un golpe traicionero de su aliado... Sin embargo, nada deja revelar en su semblante, hasta que, a un segundo toque de corneta, todo el escuadrón, se detiene a un mismo tiempo y en una misma línea, y vuelve grupas, envuelto en un nubarrón de polvo dorado. Por media hora aun se prolonga aquel alarde de equitación: avances, giros y evoluciones en filas de a dos, de a cuatro, de a ocho, en pelotón: saltos de vallas, zanjás y barrancos; ejercicios de lanza (recogerla del suelo a la carrera, ensartar pequeños objetos puestos como blanco, etc.), carreras con el cuerpo oculto tras el caballo, agarrados a las crines, y apeándose y montando sobre la marcha, como el más diestro acróbata. El jefe pehuenche, guerrero de verdad, aplaude entusiasmado.

—Te los cedo, si te sirven — le dice Alejo—. Soy pobre aún, y no tengo otro presente que ofrecerte.

Y como Inaqueupu rehusase diciéndole que no habrá con qué pagar jinetes y caballos de esa calidad, le expresa que le trae como regalo, en modesta retribución del suyo, una colección de tejidos hechos todos en el rehue de su suegro Huenquelao. Bien sabe Alejo el favor de que tales artículos gozan entre los pehuenches, hábiles comerciantes, excelentes soldados, pero muy poco dados a la industria casera.

—Elige, de mis conas, los que quieras para que los dediques a instructores,— le dice Ñanku, sin fanfarronería.

—Ya veremos, — le replica su aliado—.

—Escúchame primero lo que voy a decirte.

—Demasiado tarde he venido a saber — le dice en tono de explicación — que sin querer hacerte daño, te lo

hemos inferido. Nadie entre nosotros sabía que formaba parte de la testamentaria de tu señora madre, y que te pertenecería, en consecuencia, la estancia de la «Rinconada de las Vegas», que es una de las más hermosas de las llamadas de engorda de la Cordillera y de donde nos sacamos unas dos mil cabezas de ganado mayor. Son tuyas, y no se irán de aquí mis soldados sin llevárselas.

—Está bien, — replica Alejo—. Tanto como la explicación te agradezco la restitución, porque, de no devolverme ustedes algo de lo mío, de los españoles es bien poco lo que tengo que esperar.

—Ya es bien sabido que a generoso nadie la gana al gran caudillo mapuche. Pero no es esto, tampoco, lo más importante que te tenía que decir.

—Te escucho, — dice Alejo, adoptando la actitud del hombre a quien interesa realmente una confidencia.

Y sólo entonces cree Inaqueupu llegada la ocasión de desnudar su pensamiento ante el jefe de los mapuches.

—Bien has visto el entusiasmo con que mi gente ha guerreado, — le dice—. Verdad es que el fruto no ha sido tampoco muy mezquino. Pero debo comunicarte, a ti tan sólo y bajo juramento de guardar secreto, un gran proyecto que vengo delineando y que, de resultarnos bien, nos dará más gloria y más provecho que todas las campañas de Arauco.

—Tú dirás,

—Tú sabes que los huinkas han fundado también ciudades al otro lado de la Cordillera. Algunas de ellas son casi tan pobladas y tan ricas como Santiago mismo. Pero quizás no te has fijado que quedan aisladas durante casi todo el invierno porque la nieve obstruye los boquetes de la Cordillera. Frente a Santiago está Mendoza, linda ciudad poblada por comerciantes y estancieros y con escasa guarnición. Excuso decirte lo que significaría para nosotros meternos con nuestra gente por algunos de estos pasos que no se cierran ni en todo el rigor de la estación, tomar derecho al norte con la tolerancia de los puelches (a quienes participáramos del botín) y caer de improviso sobre aquella ciudad, como el león sobre su presa indefensa.

—Muy bien me parece tu proyecto — dice Nanku — y si tú sigues cooperando a mis planes con la eficacia que has demostrado hasta la fecha, yo no tendré el menor inconveniente.

niente en traspasar contigo la Cordillera, al frente de dos mil hombres semejantes a los que acabas de admitir. Perc...

—Habla.

—Yo tengo con los míos un compromiso de honor. Bien sabes que no hace muchos días en un grandioso ngiliatún, yo y ellos, invocando la sombra de mi difunto padre, hemos vuelto a jurar que ni ellos ni yo tendríamos otra preocupación en la vida que la de acabar con la invasión, destruyendo hasta la última de sus ciudades y fuertes, y matando hasta el último de sus hombres.

—¿Y a qué, si no a eso, vamos a Mendoza?

—Pero tendrá que ser después. Ayúdame tú, ¡oh, hermano Inaqueupu! Ayúdame con tus lanzas, ya harto reconocidas por potentes; unámonos para asaltar a Yumbel, Buena Esperanza, Conuco, Chepe, Santa Juana; para incomunicar a Chillán y La Concepción y cortarles recursos, arrasando todas las haciendas de la zona... Levantemos en armas todos los mapus hasta el límite de las islas del sur. Considera, ¡oh, Inaqueupu!, que de todas las ciudades fundadas por el invasor en el corazón de Arauco, quiero decirte al sur del Nuvucutún y el Bío-Bío, no queda en pie más que Valdivia. Asestemos, pues antes de aventurarnos a la otra banda, el último golpe, el golpe de gracia a la dominación extranjera, fuerte todavía, a pesar nuestro entre el Bío-Bío, el Ñuble y el Itata.

—Considera tú que pierdes una magnífica oportunidad de ganar, de una sola vez, fama y fortuna. Y casi sin peligro.

—No lo desconozco. Por eso, como habrás visto, no rehusé, sino que te pido solamente plazo para entrar contigo en la aventura, que me parece, desde luego, magnífica.

—Yo quería hacer la tentativa el próximo invierno.

—Déjala para el otro. Con tu auxilio y el de algún poderoso jefe de los del Malleco, del Cautín y aún del Tén, habré arrojado a los huinkas de La Concepción y de Valdivia. Con mi ayuda, los arrojarás tú de Chillán, y conseguiremos que el Maule sea un límite infranqueable para los intrusos. Entonces trasmontaremos los Andes sigilosamente por frente a tus dominios, caeremos, no sólo sobre Mendoza, sino también, a ser posible, sobre San Juan y Tucumán, fundadas en tierras de los calchaquies.

—Y no dudes que la empresa nos valdría un botín

superior al que juntaríamos aquí en diez años de emboscadas y malocas.

—Entonces ¿convenido?

—Convenido.

—¡Por la sombra de Butapichún, cuyo rastros hollamos!

—¡Y por la sombra de Lientur, cuya sagacidad y audacia le hicieron ganarse el apodo de *El duende*, con que aún lo recuerda el enemigo!

Unense en estrecho abrazo los dos jefes, sellando, ante el mejor de los testigos — el sol que en ese instante se inclina al occidente — aquel solemne pacto ofensivo y defensivo. Y los conas de ambos bandos, al divisarlos como un solo cuerpo al pie de aquella tumba venerable, los aclaman largo rato, quitándose con gesto rápido los trariloncos y sacudiéndolos en alto. Invitados por Inaqueupu, Ñanku, Loncoluán y sus soldados pasan al campamento del ejército pehuenche, donde se les tiene preparado un suculento festín. Ha atardecido ya; sobre los cerros de la costa descompónese la luz en largos ramalazos rosa y oro; prontó empezarán a despuntar, en el limpio cielo de mayo, las primeras estrellas; sopla un vientecillo refrescante que hace olear, como con escalofrío, las malezas y los yuyos retostados por los soles del verano.

Mientras la soldadesca bebe y devora hasta el hartazgo, los dos grandes jefes de la rebelión discurren sobre la prosecución de las operaciones de guerra y estudian el punto y la fecha en que convendría asestar el próximo golpe a los señores huinkas. Alejo prueba una amargura inmensa el pensar que su ejército no es ya más que la sombra del que él logró crear y lanzar enardecido sobre Lā Concepción. No puede ni debe confesar a su aliado la verdadera situación de las fuerzas de su mando. Inaqueupu, por lo demás, ni la sospecha. Por el contrario, deslumbrado por la corrección y maestría con que se ha conducido el escuadrón de Loncoluán, piensa ya no dejar alejarse a su huésped sin recordarle el ofrecimiento que le hizo de proveerle de instructores.

—Pero cien son demasiados — dice después de formular su petición. — Con cincuenta de los mejores bastaría. Es hermoso lo que has hecho. Ñanku hermano, y debes sentirte satisfecho del fruto rendido por tus hombres.

Ñanku, recordando que en realidad es casi un Gene-

ral sin tropa, sonríe, más que para agradecer tan halagadoras expresiones, para disimular su desolación. Está a punto de decir a su aliado:

—Mira: marchemos en seguida sobre Mendoza; pero no me exijas más hombres que los que ves delante. No cuento con otros.

Pero le detiene un último prurito de amor propio. Y comprende, después de todo, que Inaqueupu no le invita sólo a él con su escolta, sino que quiere y busca para asegurarse el buen éxito de la campaña — que abarca en su ambición, por lo menos, tres ciudades ultraandinas — la cooperación de todo el ejército mapuche.

Después del festín, y antes de reunir la caballada que ramonea dispersa por los campos, Loncoluán, por orden de Alejo, hace formar a su escuadrón, a toques de corneta, en una larga fila, dando frente al sitio que el Toqui ocupa en compañía de Inaqueupu. Los hace numerarse y luego, con voz recia y vibrante, les dice que, por convenir así a la suerte de las armas araucanas, ha resuelto, de acuerdo con su aliado, que la mitad de ellos se quede entre los pehuenches, encargada de la instrucción militar de los soldados de Inaqueupu.

—Los números pares se marcharán conmigo; los impares permanecerán cumpliendo con su deber al servicio de nuestro ilustre aliado y digno sucesor de Butapichún. Y ahora, Loncoluán, ordénales que monten y despedámonos con el canto de guerra.

Suena de nuevo la corneta; los conas corren a rodear los caballos, y no tardan en volver y presentarse armados como antes y dijérase que listos para entrar en combate. La tropa de Inaqueupu, valiente, decidida, pero ajena a toda disciplina de cuartel, vuelve a quedarse como embozada ante la precisión y expedición de movimientos demostrada por los hombres del sur. Les parece que hasta los caballos, con ser iguales a los suyos, participan de la apostura marcial y arrogante de los jinetes.

Es tarde ya, más de la medianoche. A un toque de corneta, en la izquierda las riendas y la diestra sosteniendo la larga lanza puesta en ristre, el escuadrón en masa, todos los soldados, así los que van a partir, como los que se quedan, rompen a una voz con el «Peñí, ca, peñí» que como innovación en las costumbres militares indígenas, acaba de maravillar a Inaqueupu y a sus hombres.

*¡Peñi, ca, peñi!
Acui may dungu...*

ante la inesperada — e inapelable — disposición de su caudillo. Unos envían en aquel salvaje ull de combate un tierno adiós a los nativos mapús de ultra Bio-Bio, de los que no pensaban separarse; otros celebran la proximidad del regreso.

*...Que monten a caballo los sublevados
y marchen de cara contra el fuego,
¡Hermanos, oh, hermanos!*

Parten por fin, entre clamorosos avavanes, los cincuenta más afortunados, que no se cuidan de ocultar su alborozo. Van felices, además, porque arrear hacia su rehue, los dos mil caballares y vacunos maloqueados por Inaqueupu en la Rinconada de las Vegas. Sólo a Nanku se le ve como apesadumbrado, taciturno y grave, ante su ayudante y su trompeta de órdenes. La noche es oscura y hace frío. Pero más negra que el vacío del espacio entoldado de nubes, le parece su porvenir, — rebelado contra los unos, desobedecido por los otros — y más penetrante el frío de su alma huérfana, falta de la ternura del cariño materno, que desde el fondo del claustro veló siempre por él, y repudiado y desdeñado por aquella a quién tiene que seguir considerando como la más alta e inalcanzable aspiración de su vida.

¿Estará enferma todavía? ¿No es raro y singular que hallándose postrada en el lecho, desahuciada casi, se levantara de la noche a la mañana para participar en la peregrinación a la ermita? ¿Nunca recibirá contestación al mensaje? ¿Será posible que tenga que partir lejos, ausentarse por los confines del sur, traspasar los montes y caer en las llanadas salvajes de la Patagonia, sin que sepa siquiera si ella lo ha perdonado o lo maldice? En los serpenteos de camino, muchas veces le toca — y él lo sabe demasiado bien — quedar dando la cara en la dirección de la ciudad, en línea recta al mar... Y entonces se imagina verla, bajo los cortinajes de su lecho, la gentil cabeza sobre los muelles edredones de cisne, flojos los castos brazos por el reposo del sueño, sonriendo vagamente a la

visión de un caudillo, que jinete en su caballo de guerra, desfila por la montaña brava al frente de su legión de bárbaros desnudos...

El plan de campaña contra las ciudades de la región ultraandina había sido magistralmente ideado por Inaqueupu. El secreto de su éxito consistía en el aislamiento y desamparo en que quedaban con respecto a la Capital del Reino, cerrados por las nieves el paso de Uspallata y los más próximos y conocidos boquetes, y sólo abiertos los puertos ofrecidos por la cordillera a sus ojos de aguilucho y a los de sus soldados. Villas y pueblos ricos, centros de atracción, de una vida rural activa, aunque incipiente, estaban mal guarnecidos y de seguro que en Santiago no llegarían a conocer la tragedia de su caída y de su ruina sino por los fugitivos que alcanzasen a ponerse a salvo y llegar allí con la noticia.

La imposibilidad de ser acompañado inmediatamente por Alejo, obliga al jefe pehuenche a aplazar la iniciación de las operaciones, que había fijado para los meses más rigurosos del invierno. Mientras tanto, para no dar descanso al enemigo, reanuda sus depredaciones por las comarcas del Nuble, saquea haciendas, arrea ganados y retiene prisioneros y cautivas. Los que huyeron de La Concepción por creerse más seguros en sus estancias del Maule, se sienten amagados por las malocas de Inaqueupu y, con mujeres, niños y sirvientes, vuelven a guarecerse al amparo de las fortalezas de la capital del Sur.

Desgraciadamente para los audaces proyectos del grande aliado de Alejo, la deslealtad — fruto de la codicia — de los indios puelches, precipita los acontecimientos y, haciendo fracasar la tentativa, la reduce a las proporciones de una comedia bufa. Para estimularlos e incitarlos, los ha hecho participar en esa guerra de asaltos y escaramuzas y les ha convidado generosamente del botín cogido: prendas de vestir, especialmente (porque los puelches hallábanse en un estado de profunda miseria) caballos, ganado mayor y menor, toneles de aguardiente y sacos de trigo y otros granos. Però, impuestos de que la expedición contra Mendoza no se realizaría hasta el inwier-

no del próximo año, conciben el propósito de prescindir de sus aliados e inspiradores, a conquistar ellos solos la gloria y el provecho de la atrevida empresa.

Empresa que sería relativamente fácil para tropas como las de Ñanku, seriamente organizadas, y aún, como las de Inaqueupu, avezadas a la táctica de la guerrilla y la sorpresa, con buenos caballos y elementos bélicos de primer orden; pero que en manos de los puelches habría de significar sólo uno de los episodios más pintorescos de la vida colonial de Chile. Las tribus con que se ha entendido Inaqueupu son las de los caciques don Bartolo y don Juanillo, que en el hecho de adoptar nombres cristianos, revelan ya cierto servilismo poco prometedor. A pesar de las demostraciones de amistad, y aún de gratitud, que hacen a sus hermanos los pehuenches, ni siquiera aguardan la época propicia y aún en plena canícula, se les ve descolgarse hacia el noroeste en demanda de los pajonales y llanos de gramilla, que les separan de las ciudades codiciadas.

Es de suponer que ni don Bartolo ni don Juanillo hayan poseído grandes dotes militares. Por lo menos, en esta ocasión no han conseguido, ni lo más elemental, que es mantener secreto su objetivo. Sea como fuere, el caso es que, simultáneamente en Santiago y en Mendoza, se reciben informaciones — exageradas como siempre — de la terrible expedición de los puelches y el Corregidor y Justicia Mayor de la Provincia de Cuyo, ni corto ni perezoso, se traslada a la capital del Reino en busca de consejo y recursos con qué afrontar al enemigo. El Gobernador, que se halla ocasionalmente allí, no lo desampara. Le ayuda hasta donde le es posible, dada la penuria de las rentas fiscales y los gastos que traen aparejados la eterna guerra de Arauco, la defensa de los campos y ciudades sureñas y la obra de recolonización más allá del Bío-Bío. Don Melchor de Carvajal y Saravia, bravo hidalgo de gran temple y carácter ejecutivo, no tarda en traspasar la cordillera y, sin alarmarse demasiado con las cifras y datos que se dan acerca del ejército puelche, procede a guarnecer de artillería a la ciudad, recoge y hace restaurar todo el armamento disponible, transforma la iglesia matriz en una fortaleza, insta a estancieros y mercaderes a la defensa de sus intereses y sus vidas, pónese en comunicación con San Juan y Tucumán — amagadas

a su vez por los indios calchaquíes — y despacha sigilosamente exploradores a la región fronteriza de la cordillera, donde habitan los puelches.

El 11 de julio de 1657 — hallándose el Corregidor en San Juan, empeñado en expulsar lo más lejos a los señores calchaquíes — un soldado español, fugitivo y maltrecho, arriba a la estancia de Juan Moyano, próxima a Mendoza, y comunica que los maloca, puelches y pehuenches, desprendida de los contrafuerte de la cordillera, avanza como una ola por la tierra llana y que se encuentra a no más de quince leguas hacia el sur. La alarma cunde en la ciudad. El Teniente Corregidor envía un chasque a Carvajal y Saravaj y éste, sin desconcertarse, se restituye con sus fuerzas a Mendoza. Casi sin dar ni tomar descanso, continúa al sur y, en diez días, sobreponiéndose a las fatigas de ásperas jornadas y a los rigores del clima — vientos y nevascas — llega con sus selectos hombres a las orillas del río Atuel, donde han acampado los flamantes expedicionarios.

La sorpresa de los mendocinos es inmensa. En vez de los millares de mocetones fornidos, montados en magníficos caballos, bien armados y equipados, dan con un campamento mísero, que más bien parece una toldería de gitanos, en número no superior a quinientos. Aquello, más que un ejército en campaña, parece una vasta compañía de titiriteros ambulantes. Se ve revueltos a hombres y mujeres vestidos y tocados de la más estrafalaria manera, aprovechando, según su capricho, las ropas que les han obsequiado los pehuenches: uno se ha calado encima de la carne viva, el peto de una armadura casi nueva; las hēmbbras han cambiado su tradicional choñe o túnica de lana burda, por faldas y guardainfantes de seda; otros no llevan más prenda que botas y sombreros, y hasta hay una pareja que se ha repartido los despojos de un jesuita, llevando ella la negra sotana a guisa de bata y tocándose él, muy orondo, con el sombrero de teja o teatino.

¿Dónde están los temibles araucanos, los pehuenches, que bajo el mando de Inaqueupu, tienen aterrorizada a toda una región. los famosos lanceros moluches del mestizo Alejo? ¿Lo habrán engañado, o acaso esa toldería de indios astrosos no tenga nada que ver con la expedición contra Mendoza? Porque ¿qué se puede temer de esos infelices, vestidos como para un carnaval grotesco, mal ar-

mados, flacos y canijos como sus perros y sus rocines de iiañes hundidos y huesos en punta bajo la pelambre sarnosa?

Sin más trámites, Carvajal y Saravia hace aprehender a los cabecillas. Ni don Bortolo ni don Juanillo oponen resistencia. Causan risa con su facha carnavalesca: sombrero de plumas sobre la recia crin, calzas de seda, zapatillas con hebilla de plata y un sable sin vaina terciado bajo el poncho raído. Declaran que, efectivamente, iban avanzando con el ánimo de asaltar y tomarse a Mendoza, pero que han sido inducido a ello, instigados y aún forzados, por los indios araucanos, en especial por los de los pinos o pehuenches. Sonríe el Corregidor a la vista de aquellas tropas mixtas y de semejantes jefes, pensando que nada es tan fácil como asustarse de un espantapájaros. El "ejército" de don Bartolo y don Juanillo apesta a hambre, a roña y a miseria. El año ha sido seco y a aquellos antiguos señores del suelo les ha sido forzoso resignarse a ver extinguirse sus rebaños o tener que comerse los antes que caigan extenuados sobre la tierra erial. Muertas las bestias — a excepción de esos caballejos llenos de garrapatas, que no perdonan las quiscas del camino — los puelches, han tenido que disputar a los chimangos y a sus propios perros, la posesión de un lagarto, de un roedor o de un peludo. Los guanacos burlan los tiros de sus flechas. Los pájaros se han internado hacia la cordillera, en busca de los sabrosos piñones y las agridulces manzanas montañosas, y las aves corredoras — perdices, codornices, martinetas — se han deslizado hacia abajo, hacia las vastas pampas fecundadas por la lluvia, ricas en gramíneas, y aún, más allá de los pastizales, donde ya despunta, a grandes trechos, la mancha de oro y esmeralda de las sementeras en sazón.

Una horda de esta especie no puede causar miedo a nadie, mucho menos a hombres aguerridos como son los que siguen al Corregidor. Sin embargo, los extraños y heteróclitos despojos con que los indios se cubren, revelan que no son del todo inofensivos, y el capitán de Carvajal y Saravia los hostiga a preguntas, hasta hacerles confesar que, en efecto, han cometido algunas pequeñas fechorías: el asalto con robo y homicidio a la casa de tal o cual colono, o el degüello de algún "patiru" demasiado confiado de la lealtad indígena.

—¿No vienen araucanos con vosotros?

—Todos somos puelches. Obligados por nosotros, los araucanos se han vuelto.

Poco satisfecho, el Corregidor hace registrar la toldería y va interrogando, uno por uno, a los indios ya dormidos y reconociéndolos a la luz de un candil. Los caciques han mentido. Entre la tropa encuentran varios soldados, en cuyas facciones y dialecto, descubren que son de las tribus del otro lado de la cordillera. Entonces hace esposar a don Bartolo y a don Juanillo y, al día siguiente, de madrugada, arrea a latigazos, como lo haría con una recua de mulos, a aquellas terribles huestes invasoras..., ya muy mermadas por las misteriosas deserciones realizadas al amparo de las sombras.

Don Bartolo y alguno de sus secuaces mueren poco después, en la prisión, dicen algunos que por mano de verdugo y otros, que de enfermedad natural... Don Juanillo, con otra rueda de prisioneros, es enviado a Lima para su juzgamiento; pero desde Santiago se escapa y al poco tiempo aparece de nuevo, capitaneando partidas de bandoleros, igualmente famélicos y amagando con ellos las estancias de la Provincia de Cuyo, cercanas a la cordillera. Perseguido y aprehendido, se le somete a proceso sumarísimo y se le condena a la horca. Naturalmente, se dispone que un fraile, tan hábil como versado en ciencia canónica, le haga abjurar públicamente todos sus errores de doctrina religiosa y política y le obligue a reconocer la autoridad indiscutible de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y el derecho no menos indiscutible de S. M. el Rey de España y Emperador de las Indias a adueñarse de hombres, tierras y mares en el Nuevo Mundo, le suministre las aguas bautismales y le rece las oraciones de los moribundos: hecho lo cual, se le suspende de la única rama del Arbol de Justicia. Don Juanillo, pues, si no yerran los teólogos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

*
*
*

Insaciable en el terreno del holgorio y del festejo, la muy noble y muy leal ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, Hurí del Huelén y Perla del Mapocho, secunda con

toda su alma al Señor Gobernador en su noble afán de celebrar, desde este rincón de los dominios ultramarinos de España, acontecimientos tan importantes como la asunción del gobierno de Flandes, por don Juan José de Austria y la brillante jornada de Las Dunas. El programa aunque poco novedoso, tiene la virtud de entusiasmar al vecindario, sin distinción de clases sociales, y tanto en preparación como su desarrollo, evitan muchos bostezos. No importa que, desde la fundación de la ciudad, por el genial hidalgo extremeño, vengan repitiéndose las solemnes procesiones con paseo del Estandarte Real, los torneos con carreras de cañas y sortijas, los saraos en Palacio, las corridas de toros, las funciones de títeres y, para regalo especial del soberano pueblo, las noches de fuegos artificiales... Demás está decir que en todos estos actos — especialmente en las tertulias palaciegas — tiene amplia oportunidad de lucir su gallardía o su elegancia, nuestro antiguo conocido, el Alferez don Andrés de la Riva. Orgullo es del Alferez, desde que aprendió a afirmarse en la montura, recorrer las calles principales al paso de su caballo braceador. Peor para ella si a alguna linda curiosa se le ocurre asomar los negros ojazos por entre los visillos del balcón.

Aunque sea inverosímil, es la verdad que el petimetre, llevado de su invencible prurito de blasonar; ha pretendido divulgar la leyenda de un fantástico duelo a arma blanca, sostenido con el capitanejo bárbaro y del cual él, naturalmente, resultó victorioso pues hizo ponerse en fuga a su adversario. Y como prueba documental, muestra aquel cuchillo corvo y laboreado, que el caudillo de los araucanos dejó clavado, en son de burla, en el tronco de un árbol, la noche del encuentro de Lonquén. Si lo oyese Juan Yuyo, volvería a echar las tripas riendo...

Con el buen tiempo, la vida social se despierta y las familias no desperdician la oportunidad que se les ofrece de festejar, como él se lo merece, a la persona del Gobernador, ya que los azares de la guerra lo han mantenido casi todo el tiempo lejos de la metrópoli, que es su sede. El Almirante, que ha dado pruebas de conocer a fondo la aguja de marear, tiene un tacto especial para hacerse estimar y respetar de todos, salvando con facilidad de viejo

lobo de mar, los escollos y corriente formados por los chismes y murmuraciones de corrillo. (1). Más grande y populosa que La Concepción, naturalmente y con mayor prestancia la ciudad de Santiago no pasa de ser, sin embargo, un aldeón como aquel otro, de vida regulada por los toques de las campanas parroquiales, sesteador y chascarrillero, con muy pocas escuelas, sin impresas ni teatros, pero sí con chinganas, reñideros de gallos y casas de juego, de las que se cuentan historias no siempre edificantes...

¿Qué extraño, pues, que la victoriosa campaña contra "los vándalos de Los Andes" sea también celebrada en todas formas, e hiperbólicamente, en la Catedral? Al Corregidor Carvajal, que llega allí bastante maltratado de salud y obtiene, al efecto, una merecida licencia, se le hace objeto de homenajes ruidosos, saludándose en él a una de las más puras glorias de las armas castellanas. En el Colegio de Jesuitas o Carolino — con presencia especial de S. E. el Gobernador Pórtter Casanate — se le ofrece una función de teatro, en la que se representa un auto de fe, precedido de la correspondiente "loa" dedicada por el poeta — un padre de la Compañía — al Salvador de la Provincia de Cuyo. En la pieza, modelo de su género, los personajes interpretados por aventajados alumnos del establecimiento, se encargan de ensalzar las virtudes militares del esclarecido varón, hinchando el ditirambo hasta los límites peligrosos del ridículo, pues se ve desfilar nada menos que a Ciro, Alejandro, César, y al mismo don Juan de Austria, quienes indican, por boca de la fama, el sitio, que entre los inmortales, corresponde al vencedor de los puelches.

Como de la frontera llegan noticias tranquilizadoras, o más bien dicho, como no llegan de allí noticias alarmantes, el Gobernador (con gran contentamiento de los palatinos) resuelve prolongar aún por algún tiempo su permanencia en la Capital. El invierno ha sido benigno y breve, y S. E. se siente como rejuvenecido en cuanto al clarearse los horizontes, ve ralea en las cumbres de Los Andes, la piel de armiño de la nieve y despuntar en las huertas, la invasión rosa y lila de las flores de durazno.

(1) Debe recordarse, a propósito, la resistencia que ciertos elementos burocráticos santiaguinos opusieron en un principio al Almirante designado por el Virrey, no por el Rey, para reemplazar al infeliz Gobernador-consorte.

No ha disfrutado antes, ni ya volverá a disfrutar el caballeroso veterano, en todo el curso de su agitado gobierno, un período más simpático y amable. Creyente y practicante a macha martillo y, como buen aragonés, devoto fervoroso de "La Pilarica", reúne el magnate, por lo demás, todas las condiciones necesarias para congraciarse con su medio social y en su época.

Lo mismo que en La Concepción, la médula de las tertulias de Palacio es la tradición de la vida colonial. Los viejos se saben y repiten al dedillo las crónicas de los principales episodios de la Conquista y la colonización, desde los hechos heroicos de una Inés de Suárez y de un Pedro de Valdivia; la rebelión y ajusticiamiento de Sancho de la Hoz y Juan Romero, hasta la espantosa tragedia de la Catedral, recinto sagrado, que hubo que bendecir de nuevo, porque allí cayeron, en plena hora de la misa, fulminados por el cuchillo de su yerno enloquecido, el gran soldado Pedro de Miranda, su mujer y su hija, ambas en avanzado período de embarazo. Y lo mismo que en La Concepción, los asuntos piadosos gozan de gran predicamento. En ellos, como es natural, se deja llevar la voz cantante a las dignidades de la Catedral y a tal cual Padre Jesuíta o Mercedario de virtud y saber reconocidos.

Desde hace años está acéfala la Diócesis, servida con singular acierto durante más de una década, por el ilustre agustino, don Fray Gaspar de Villarroel, a quien, civiles lo mismo que eclesiásticos, recuerdan siempre con unánimes expresiones de alabanza.

Atraído por algún tardío y leve remezón — resabio de la última catástrofe — suele acudir a los labios el tema de los terremotos, que alimenta y anima la tertulia. Se repasa minuciosamente la cronología sísmica, y se llega a la conclusión de que el más espantoso de todos, ha sido el de diez años antes — el del 13 de mayo — cuyos efectos se hicieron sentir principalmente en Santiago. Más de alguno de los presentes ha sido testigo y partícipe de aquellas escenas de horror. No falta quien las relate por centésima vez, haciendo especial hincapié en el milagro de aquel Cristo de los Agustinos (¡donación de La Quintrala!) que, pasada la violencia del fenómeno, apareció con la corona de espina, como un dogal trágico al rededor del cuello que manaba sangre.

Se recuerda a pasados Gobernadores — a unos por

ineptos, a otros por excelentes — sin que se llegue a acuerdo en las opiniones respecto al fin siniestro de funcionarios como don Martín de Mujica, por ejemplo, del que se dijo y aún se repite, que murió envenenado por un pariente que pensaba heredarlo. Se le cita entre los buenos, como al Marqués de Baidés, así como entre los peores, a don Antonio de Acuña y Cabrera y su malvada esposa, doña Juana de Salazar y Palavisino. Bien aprovechan los cortesanos la ocasión para batir el incensario en torno de S. E., calificándolo de “arbitro de la paz y de la guerra” y deseándole largos años de vida y de Gobierno.

La llegada y lectura de ciertos pliegos produce una honda preocupación en el ánimo de S. E. Interrogado con tacto por alguno de los de su círculo, cuenta que casi junto con noticias favorables para las armas castellananas en la frontera portuguesa, se le ha comunicado un desastre naval lamentable, ocurrido frente a Las Canarias: de una flota de galeones que volvían de ultramar, cargados de oro para las Arcas Reales, y que ha sido atacada en aguas de Tenerife por la escuadra enemiga del Almirante Black, tres navíos con cuarenta y ocho millones de pesos oro, pasaron a poder de los ingleses y los otros tres, fueron quemados y hundidos con otros tantos millones de moneda sellada, auténtica y legítima... Esto da ocasión a hablar de los piratas, de esos demonios de los mares, de quienes S. E. no niega haber sido cautivo y estado a punto de ser víctima. Por complacerles, no por jactancia, el Almirante relata entonces sus cruceros por los mares del Trópico, sus andanzas de marino y de soldado en Méjico, Venezuela y Las Antillas, hasta venir a dar, en servicio de S. M. a este rincón del mundo, poblado por la más tenaz y belicosa de las razas indígenas del hemisferio occidental.

El tiempo mejora cada vez más y la vida, ante una naturaleza privilegiada como la que rodea a la Capital, se hace un encanto. Comienza a apretar el calor, y ya se ven por las calles, los burritos con su carga de nieve cordillerana, que servirá después para los ricos helados y los frescos sorbetes de la mesa de magnates civiles, militares y eclesiásticos. Sopla una brisilla simpática y en ella vienen como bocanadas de aroma campesinos en los que el olfato sutil podría ya distinguir la fragancia exquisita de las primeras frutillas. El verano se viene decididamente. Las calles se llenan de vendedores de bebidas refrescantes. Pa-

san, vestidos de blanco, jinetes en sus blancos caballos ojizarcos, los harmeros de tostada y les hacen competencia de a pie, junto a su canasta, en la que amarillea la dorada mercancía, los del mote con caldo de huesillos. En la recova se renueva a cada mañana, el surtido de flores y verduras... Llegan, en manadas, los primeros pavos destinados a las cenas de navidad. Y un buen día, el señor Juez de Aguas y Riegos se acerca sigiloso al Señor Alcalde de Ciudad, para comunicarle que el Mapocho, muy turbio, viene aumentando paulatinamente su caudal y que no sería raro que saliese con alguna colegialada de las suyas.

En efecto, el río (que no lo mermaban como ahora los pueblos y las fincas rústicas ribereñas) crece y se hincha bajo el influjo misterioso de la estación y parece dispuesto a jugarles a los empingorotados señores santiaguinos una de esas diabluras que obligaron a éstos, a pesar de su parsimonia y su desidia, a amordazarlo con los tajamares y a ponerle ese collar, que se llamó "Puente de Cal y Cantoto", obra, según dicen, del áspero Corregidor Zañartu con la cooperación de Satanás.

A pesar de estos augurios, el ansia de aire y de luz echa a los santiaguinos fuera de sus fríos y severos caserones. Se ven calesas cargadas de alegres paseantes desfilar hacia las afueras y todas las tardes, la Cañada, donde reverdecen gloriosamente los álamos, las encinas y los robles, atrae el concurso de las familias "de copete" que se dan allí cita para charlar, cuchichearse las novedades del día y observarse a hurtadillas. Lejos, del lado del cerro, las nodrizas y las niñeras — negras o "chinas" casi en su totalidad — distraen la murria de los crios, testimonio viviente de la fecundidad de una raza que se ha defendido victoriosamente contra la despoblación... Y en las cuerdas del centro de la Avenida, oscilan en una y otra dirección, damas y caballeros, diciéndose con los ojos, lo que normas sociales demasiado rigurosas impiden expresar con la palabra... Muchos jóvenes, militares lo mismo que paisanos, prefieren hacer la ronda a caballo, flechando a sus predilectas desde lo alto de sus soberbios "braceadores". Inútil decir que, entre éstos, siluetea muy a menudo don Andrés, que sigue explotando la leyenda de sus atrevidos lances de armas más allá de la frontera. ¿Será necesario insinuar en qué forma ha sido dado a conocer por él entre sus relaciones santiaguinas cierto terrífico episodio noc-

turno ocurrido tras de las tapias de un convento? Quién lo hizo espiar y atacar a mansalva fué, naturalmente, un rival desafortunado... Pero él ¡vive Dios! a cintarazo limpio, no cejó hasta tender por tierra media docena o dos de aquellos desalmados.

En La Concepción, entretanto, sigue desarrollándose la vida con toda la apacibilidad propia de los centros lugareños. Nada se sabe de Alejo. Sé le creyó vencido, se le cree ahora fugitivo, sin hombres, sin prestigio ni ascendiente alguno entre los suyos. De un lado, el Corregidor de Irizar y del otro, el Capitán de la Carrera, continúan su obra de penetración y avance al norte y al sur del Bio-Bío, reponiendo fuertes y aún, tratando de repoblar ciudades. Por las calles, especialmente en los días de feria vuelven a verse pulular indios e indias con su mercancía a costas. ¿Habrás, entretanto, alguno que sea espía del caudillo rebelde? ¡Quién sabe! Lo que puede asegurarse, es que no han vuelto ni la vieja Papay, ni el pícaro Juan Yuyo.

Doña María Francisca — dicese que para poder prestar más asidua atención a su Asilo de Huérfanos de la Guerra, pero en realidad, porque se le aconseja el propio desasosiego de su espíritu — se ha recluso voluntariamente en el convento de las Trinitarias. Dijérase que cada vida va encauzándose por donde la conduce la pasión, que es también algo fatal. Jefe de la plaza ha vuelto a ser el implacable don Juan de Zúñiga Arista y, como quiera que él, es un hombre a quién no engañan las apariencias, se guarda de dormirse en la santa confianza que sirve de almohada a sus convecinos. No: él no descansa, ni descansará jamás. El vigila, respondiéndolo al espionaje con el acecho y a la arteria con la astucia. Desde que, en el curso del sumario seguido al campanerillo, oyó a Misqui su declaración, le interesó aquel hombre, le intrigaron sus pasos, su voz, sus actitudes y se propuso observarlo, casi seguro de tener que utilizarlo alguna vez. Y frecuentemente se ve ahora al yanacona, con el paso manudo y algo femenino de sus pies en ángulo, subir los escalones que conducen al despacho del noble, cuanto orgulloso veterano de tres guerras.

Este apacible charco de las ranas sufre también, a lo mejor, los efectos de la caída de una caña. Cuando

ya se la empezaba a olvidar, pónese de nuevo en plena actualidad, como una sombra salida de ultratumba, la venerable figura de doña Isabel de Vivar. Procédese un día a la apertura del testamento de la canonesa, guardado bajo siete llaves, en el bufete del Escribano Público, y no hay para qué decir que la comidilla del escándalo en el curso de toda aquella temporada y en la siguiente entran a constituirla los incidentes a que este acto da lugar. Aparte, unos legados de beneficencia y obras pías,— capellanías para huérfanos de familia venidas a menos, un hermoso bocado para las Monjas Trinitarias y respectivamente para cada uno de los conventos establecidos en La Concepción, misas por el descanso de su alma, etc. — la noble dama declara que toda su fortuna debe ser puesta en manos de su hijo Alejo de Vivar, a quien instituye como su heredero universal. Como se comprende, la parentela, sorprendida y despechada, no tarda en reaccionar. Son muchos, además, los codiciosos, y la discreción del Escribano no les había permitido conocer la existencia de semejante testamento... Muévase la curia eclesiástica, — entre la que se cuentan no pocos presuntos herederos — y un hormigueo mucho mayor suscitase entre la ávida fauna del papel sellado. Los comentarios saltan como chispas, los chismes, los cuchicheos, las protestas corren y pasan de una boca a otra. Unos aplauden en secreto la resolución de la difunta, otros la desaprueban sin reserva. Se dijera que todo el mundo esperaba, por lo menos, una migaja de aquella cuantiosísima fortuna. Todos opinan, todos dictaminan, unos en un sentido, otros en otro, y en un solo punto están de acuerdo: en que por fas o por nefas, ni una hilacha de todos aquellos bienes debe ni puede ir a parar a manos del facineroso de Alejo..., horror y terror de la cristiandad pencona. Finalmente, bien aconsejados y asesorados, los ilustres y orgullosos miembros colaterales del árbol genealógico de los de Vivar y Castro, inician una querrela en forma, y el Tribunal competente, dándole lugar, como primera medida, notifica a los albaceas y designa depositario de los bienes muebles e inmuebles a que los querellantes se refieren... Sacerdotes, militares, doctores, licenciados, simples minis-

triles, hasta gente de la chusma, suben y bajan, entran y salen por las puertas del Palacio de Gobierno, y amagan los estrados de la Real Audiencia.





Jornada quinta

De los cincuenta hombres con que regresó al campamento, Alejo extrae los diez que, sobre contarse entre los más decididos, diestros y valientes, se hallan libres de lazos familiares. Y con ellos, después de despedirse solemnemente del resto del ejército, que deja a cargo de Quintralef y Loncoluán, sigue en dirección al Sur. Junto con poner pie en tierra se ha dado cuenta de que las deserciones iniciadas la noche del terremoto, siguen en proporción no interrumpida.

—Eso es cuenta vuestra — dice a sus cuñados. — Yo no tengo tiempo ni voluntad de ocuparme en este asunto.

Con todo, en la alocución de despedida, recomienda a oficiales y soldados mantener viva la llama del sentimiento bélico y no abandonar un instante la estricta disciplina que de él han recibido como principio inquebrantable. Les dice que deben ver en Loncoluán y Quintralef, sus representantes directos, que él se separa sólo momentáneamente de ellos, porque así lo exigen las necesidades de la guerra, que le impone asegurar nuevas alianzas y que al menor amago de peligro, lo llamen y correrá a ponerse al frente de sus antiguas huestes para dar a los huinkas, una nueva formidable lección.

Parte entre aclamaciones estentóreas de la soldadesca, que agita en el aire sus trariloncos, y seguido de sus fieles llega, al final de aquella jornada, a descansar en su rehue y al abrigo de su ruca. De madrugada, después del baño de hombres y caballos en el río, apenas hecho el mufío de harina tostada y la libación de agridulce muday,

repletos los llafañes y listas y bruñidas las armas, despréndese el Toqui de los brazos de sus mujeres y de su antigua nodriza, besa a los pequeños que duermen, y continúa enfilando siempre al sur.

Aparte su corneta, que es un mozalbete y que no ha querido cambiar por un caballo de buena alzada su famoso mampato, todos los soldados son hombres en la flor de la edad, de aventajada estatura, atléticos, de tez cobriza y mirada penetrante, magníficos jinetes y tan diestros en la lanza como en el lazo y en la flecha. Uno es su fiel werke Alcamán, que se ha negado a quedarse; los otros tienen nombres altisonantes y sugestivos como el anterior: Butanamun, Collitraru, Melilonco, Tralcacura, Vicol... (1).

Reducido al mínimún, ahora sí que es verdad que su ejército vale mucho más por la calidad que por el número. Con amarga ironía piensa el caudillo en esto, diciéndose que, sea por lo que sea, se halla otra vez en el punto de partida y tiene que empezar de nuevo. Alcamán le ha confirmado gran parte de los informes que le trajo la Pipay sobre los últimos acontecimientos de la crónica social de La Concepción. Está seguro de que su carta, con la voluntad de Dios, es la que ha favorecido el milagro de la curación de doña María Francisca, y nadie le convencerá jamás de lo contrario. Su regocijo es grande... Pero no hay duda de que será mucho mayor si ese malhadado Padre Abdulio no se hubiese interpuesto inoportunamente. Como una estrella misteriosa, visible sólo para él, brilla sobre su cabeza la esperanza, y si algo hay que le hace menos largo y áspero el camino, es el presentimiento de que pronto (no sabe cómo ni por dónde) van a llegarle unas letras de mano femenina, finas como una caricia, trémulas como una lágrima, ardientes como un beso de amor.

Los indios de las tribus arribanas no tienen los mismos motivos de orden moral para repugnar la guerra ofensiva; pero, a partir de la gran revuelta que acabó con el régimen de los Salazares, se disfruta de una paz tan completa, se hace sentir tan poco la presencia del conquis-

(1) Pie grande; traro colorado; cuatro cabezas; piedra del trueno; culebra roja.

tador, que los úlmenes, cortésmente deferentes con el Toqui mestizo, mueven la cabeza perplejos y se encogen de hombros al oírle hablar de juntas de guerra y preparativos para entrar en campaña. La tradicional hospitalidad araucana se ejercita ampliamente con Alejo y su escolfa. Los mapuches, grandes aficionados al lujo, que es demostración de riqueza y poderío, no escatiman su admiración por los atavíos con que el Toqui se presenta a su vista: celebran también los hermosos arreos de *Pillán*, cuya lucente platería cascabelea a cada escarceo del brioso retinto, y no muestran menos complacencia ante la buena estampa de los conas del séquito. En cuanto a Yuyito, sencillamente los deslumbra con sus tocatas. Pero no les tienta ni halaga abandonar el grato sosiego en que viven desde tiempo atrás. Se diría que el exceso de bienestar los ha apoltronado.

De todas las villas y ciudades fundadas por el extranjero en los mapus araucanos — recuerdan al viajero — ya no existen sino Valdivia en el litoral del sur, y hacia el norte La Concepción, que queda como Chillán, más allá del gran río Bío-Bío, y que por consiguiente, no ocupa ni un palmo de suelo a los mapuches. Hace más de cincuenta años, en los tiempos heroicos de Paillamach, han desaparecido Osorno, Villarrica, la Imperial, Cañete, Angol, Arauco, Santa Cruz de Coya, algunas de ellas condenadas a no resucitar jamás; otras vueltas a fundar para ser nuevamente abandonadas y destruidas. ¿A qué pues, y contra quién hacer la guerra? El huinka ha sido arrojado al otro lado del Gran Río y ni siquiera están en pie las plazas fuertes de avanzada como Angol — des poblada con arreglo al parlamento de Quillén hace ya quince años — como Nacimiento y San Carlos de Purén. En cambio, que vea el ilustre Toqui Ñanku como, con la paz, prosperan y florecen los campos, cómo el ganado engorda en los potreros y cómo se puede traficar con los colonos de Valdivia y Chiloé, y con los tehuelches nómades de las pampas orientales, cazadores que entregan finas pieles y plumas a cambio de frutos y semillas que no saben o no quieren cultivar. Efectivamente, con más pujanza que antes de conocer el arado español y cereales como el trigo, la avena y la cebada, vuelve la tierra a embellecerse y a enriquecer al indio. Es al empezar el otoño y Alejo, ad-

mirando, a pesar suyo, las faenas de la cosecha, en un lado las de siega y en otro las de trilla o acarreo, las verdes pampillas y los faldeos salpicados por la mancha multicolor de caballares y bovinos, los caminos animados por el tránsito de carretas y tropillas, la abundancia en las rucas y las buenas trazas de hombres y mujeres, no puede menos de convenir en que la paz ha sido una bendición.

Los viejos caciques sonrien al oírle expresarse así, y en vano los objeta Alejo, que todo eso, con ser muy hermoso, no podrá durar mucho, que él conoce a los huinkas lo suficiente para poder asegurar que no se trata sino de una tregua tolerada por ellos a la fuerza, es decir, porque es lo único que pueden aconsejarle la escasez de recursos y el abandono en que los tiene la Corona. La soberbia ingénita en el bárbaro, les induce a creer que el extranjero intruso, convencido al fin de la imposibilidad de someter al auca a su dominio, se ha dado por satisfecho con lo que ha logrado realizar en el espacio de un siglo.

—¡No los conocéis bastante! ¡No los conocéis como los conozco yo! — dice a voz en cuello el impetuoso mestizo. — Han sojuzgado imperios inmensos, poderosos, mil veces más poblados que nuestros libres y lejanos mapus. ¿Y creéis que van a contentarse con haber echado raíces en los valles que encontraron poblados por los indios mansos? ¿Qué tienen bastante con la media docena de ciudades que por allí han fundado y con haber reducido a la esclavitud a esos infelices? ¿Los suponéis capaces de resignarse a la pérdida de las siete ciudades que acabáis de nombrar, después de haber logrado enclavarlas en el territorio araucano? ¡Ilusión! ¡Ilusión que puede costarnos demasiado cara! Como estáis viéndome en este instante al lado vuestro, tened por seguro, que en cuanto les sea posible y cuando más tranquilos os mostreís vosotros, reconstruirán sus poblaciones y sus fuertes y los tendréis de nuevo incrustados en la tierra de nuestros mayores.

—Hay un pacto sagrado que los obliga a respetar la frontera.

—¡Bah! ¡Bah! Lindo caso hacen ellos de los pactos... ¡Cuando ni siquiera respetan el mandato de su Rey que ha prescrito la guerra defensiva! Violando ese mandato y las estipulaciones del Tratado de Quillén, fué cómo los Salazares, a fuerza de abusos y atropellos sin nombre, aca-

baron por desencadenar la rebelión que yo sostengo todavía y he de sostener mientras haya un mapuche de corazón que me acompañe.

Todo el fervor de Ñanku va a estrellarse, desgraciadamente, contra el imprevisor egoísmo de los grandes y pequeños caciques. Es en vano que evoque las figuras de los caudillos más célebres desde Lautaro y Caupolicán, a Pailamach, Anganamun, Pelentaru, Huenuncura, Lientur, Butapichun y tantos otros más como ha producido el genio guerrero de su raza. Es en vano que les recuerde los más gloriosos episodios de la guerra secular con los conquistadores y les demuestra la seguridad de arrojarles lejos o, si lo prefieren, de exterminarlos sin piedad. Hay instante en que el Toqui, exaltado con sus propias expresiones, llega a increpar a sus huéspedes, echándoles en cara como un delito de alta traición, ese debilitamiento del carácter y esa inclinación a la molicie, reñidos en absoluto con el espíritu de las más puras tradiciones del pueblo araucano.

—Hijo — le replica en cierta ocasión el viejo Millaleo, guerrero ilustre y cacique ya casi centenario, que recuerda aún, con pasmoso vigor la ruina de las siete ciudades, a la que él contribuyó con su esfuerzo personal y el de sus quinientas lanzas — hablas con la elocuencia propia de un gran jefe militar, y dices la verdad. Pero yo tengo que argüirte que será siempre una insensatez de parte nuestra provocar al huinka mientras la inferioridad de las armas nos haga ir al campo de batalla como las reses al degolladero. ¡Ñanku Aleko, hijo de Curivilú! Me pongo de pie para decirte que sólo el día en que nuestra gente aprenda el uso de la pólvora y le sean tan familiares el cañón y el mosquete, como hoy le son la pica y el garrote, podremos, los mapuches buscar la cara al invasor, para gritarle: “Ha llegado al fin tu última hora. ¡Prepárate a morir!”

—¿Y lo creéis imposible? Que no me llame Ñanku-Aleko ni sea hijo de uno de los jefes más bravos entre cuantos han dado guerra al castellano, si no me comprometo a realizar tu pensamiento. ¡Oh, venerable Millaleo, de los cabellos de león y el corazón de volcán, que representas para mí toda la gloria de nuestros más altos capitanes! Yo te declaro que tienes toda la razón; yo convengo en que es preciso equipararse al enemigo por el poder de las ar-

mas, ya que por el valor le sobrepujamos; que, así como el gran Lautaro puso en manos de sus conas el lazo trenzado para derribar al jinete; la adarga de cuero contra picas y espadas y la cachiporra que llegó a inutilizar la caballería, yo, que les he dado el afilado puñal que cada uno lleva al cinto, te juro que he de iniciarlos en el manejo de las armas de fuego. Cañones y cureñas hay de sobra en las fortalezas abandonadas; los mosquetes y arcabuces se los tomaremos al enemigo, y en cuanto a la pólvora misma, es harto fácil fabricarla: el salitre se da espontáneamente en las vegas y mallines; el carbón, lo pisan al andar, nuestros caballos, y el azufre se puede recoger a puñados en las faldas, todavía ardientes, de los volcanes andinos.

Y recordando al otro mestizo, cuyo nombre ha conservado la historia, al famoso polvorista Prieto, rebelado como él y cuya voluntad volvieron los castellanos a ganarse por el halago, Alejo resuelve partir aquella misma tarde en dirección al oriente, donde divisa nevados, aún, a pesar de los ardores estivales, los arrogantes conos del Lonquimay y el Llaima. Por insinuación de Millaleo, se agrega a su escolta Pichunmán, un indio rastreador y baquiaino que conoce, como los de su ruca, todos los rincones de la cordillera. Conoce también el territorio de la banda opuesta, habitado por los puelches y los tehuelches, con cuyos dialectos se ha familiarizado. Es un aventurero, de vista penetrante, de vigorosa retentiva y recursos de ingenio inagotables.

Tiene un perro amaestrado, un quiltro salido no se sabe de donde, pero, puesto sobre el terreno casi tan inteligente como su amo. El lo llama "Colthau", ("Renacuajo") y a fe, que le sienta el nombre, porque el gozquejo, siempre vivaracho parece tener resortes en el rabo. El indio y su perro, busca-idas los dos, son como una sola persona.

—En una de mis andanzas por tierras del norte, hace ya tiempo — dice Pichunmán — pasé por el rehue de Huenquelao y dejé allí un recuerdo en casa del amigo que me hospedó. Ese recuerdo es un ñanku que aguaché de pequeño e iba siempre conmigo. ¿Estará aún allí?

—Está allí, — responde Alejo. — Lo cuidan mis mujeres y es el talismán del rehue. Ahora no lo traje; pero a menudo lo llevo sobre el puño.

El corneta, de suyo afectuoso y apasionado por lo ex-

traordinario, no tarda en ganarse la confianza de Pichunmán y de su perro. Siempre está pidiéndole anécdotas de su vida y, con toda seriedad, como aprendió los toques de ordenanza, quiere perfeccionarse con él en el arte de imitar el lenguaje de los animales. Conoce el de algunos, y no al mal; pero del arte de Pichunmán confiesa que no es más que un aprendiz. Le han dicho — y no duda de que sea verdad — que aquel hombre podría, si quisiera, hacer acudir de una vez, a todas las culebras y sabandijas del monte, con sólo silbar de un modo especialísimo cuyo secreto posee. Entre las admiraciones de Juan Yuyo, el indio vagabundo pasa a ocupar un puesto muy próximo a su Keneral.

Pichunmán, o sea, *Pluma de Cóndor*, asegura a Alejo, jurándole por el amor de sus antepasados, que él ha visitado la *Ciudad de los Césares*, de cuya existencia dudan todavía muchos y que se halla asentada a las orillas de un gran lago y al pie de una altísima montaña. No ha visto Pichunmán ni esperaba ver en su vida nada tan maravilloso. Allí nadie padece porque hay de todo en abundancia. Es de mármol el pavimento de las calles, las casas de alabastro y de cristal, y los templos y palacios hacen resplandecer al sol sus cúpulas de oro puro tachonadas de diamantes. Barcos de casco de plata, gallardos como cisnes, surcan el lago a todas horas dejando al viento tendidas las velas de finísima seda. Allí nadie gobierna, nadie manda ni ejerce justicia. Pero tampoco nadie hace daño a los demás; todo es de todos y cada cual usa de su parte sin que nada venga jamás a perturbar esta milagrosa armonía de la vida en común, digna de los dioses inmortales.

Los conas escuchan embobados, y Yuyito, el primero. Supersticiosos natos, con la imaginación ahita de consejas y visiones, no puede repugnarles un mito como el de la fantástica ciudad a la que se dió existencia real a lo largo de los dos siglos de colonia. En cuanto a Alejo, se limita a oír, sin creer ni negar nada, pareciéndole extraño, eso sí, que Pichunmán no se haya quedado definitivamente dentro de la urbe paradisíaca. Más interés tienen para él las noticias que oye de labios del mismo indio acerca de la misión de cierto «Vudu-Patiru Rokelio» establecida en la frontera del país recorrido por las tribus tehuelches. Alejo no duda de que aquel Vudu-Pati-

ru es su antiguo profesor de primeras letras y doctrina cristiana, su fraternal amigo y primer confidente de las cuitas de su adolescencia.

—¿Podrías tú guiarme hasta esa Misión? ¿Está muy lejos? — pregunta al baquiano.

—Cerca no está, precisamente, pero a ojos cerrados yo sabría llegar, — responde Pichunmán con esa jactancia algo inocente de los de su oficio.

Comienzan a escasear los víveres — el agua, en millares de arroyuelos, está siempre a la mano—y los expedicionarios deciden utilizar sus armas para procurárselos. No es muy frecuente la presencia del hombre por aquellas soledades, y esta circunstancia favorece los propósitos de Alejo y su partida. Toda una mañana, desde el rayar del alba, la dedican a empresas cinegéticas, dispersándose por parejas con la consigna de no alejarse mucho y de juntarse en el mismo sitio antes de la caída de la tarde. Regresan todos, a cual más satisfecho, celebrando con grandes voces y ademanes su fortuna: unos traen perdices y martinetas, otros palomas torcaces y algún pato silvestre; éste alardea de sus quisquinchos, que asará en su propia caparazón, y hay una pareja que llega algo retrasada porque carga a hombros nada menos que el cadáver de un guanaco adulto, tan hermoso que bastaría él solo a la provisión de un festín.

Todos regresan, menos uno, un mocetón llamado Vilucol; su compañero, Curamila, no sabe más sino que lo vio separarse y tomar por la montaña adentro. Mientras se prepara el condumio, Nanku hace resonar la corteta, en insistentes llamamientos, hacia los cuatro puntos cardinales. No responde más que el eco, rebotando de uno en otro cañadón.

Seguido de su perro y mirando fijamente al suelo, parte entonces el rastreador. Ya tiene la pista del perdido. Ya ha reconocido sus huellas entre la multitud allí estampada por tantos pies desnudos o calzados de kelles.

—Yo daré con él, — dice Pichunmán, — y os traeré noticias. ¡Anda, Colthau!

En efecto, antes de anoecer, ya ha vuelto al improvisado campamento. Ha encontrado a Vilucol, muerto, en el fondo de un barranco abrazado al cadáver de un ciervo que seguramente rodó junto con él. El animal tenía aún, clavada en la mitad del pecho, la certera flecha del caza-

dor. El cona, por su parte, presentaba el cráneo abierto, la piel llena de estrías sangrientas y los miembros desarticulados. Después de hacer honores alrededor de un buen fuego, a las piezas cobradas, rociándolas de pulque, Alejo y su gente cumplen su deber para con el camarada caído sepultándolo en el mismo sitio en que lo encontró Pichunmán. Y llenos de una vaga pero invencible superstición, todos están contestes en no aprovechar la carne de aquel bicho que ha ocasionado una muerte.

Descubiertos los grandes yacimientos de azufre que buscaban y fijada convenientemente su ubicación, torna la pequeña caravana hacia el primer boquete que les franquea el paso a la otra banda y sigue siempre hacia el oriente con Pichunmán y su perro a la cabeza.

Como si descendiese de pronto una cortina, todo varía bruscamente a la vista de los viajeros. Empieza a achatarsé la vegetación, y en vez de las esbeltas araucarias y los gigantes robles menudean los árboles achaparrados, los piches, los chacayes, los alpatacos. Cesan también los cerros de faldeos vastos como grandes olas hinchadas y en su lugar se ven serranías y cuchillas de laderas semejantes a acantilados, cañadones laberínticos adelantándose como negros torrentes de sombra hacia las estepas de coineo.

Cuatro o cinco jornadas los separan aun del paraje en que, según sus informes, se halla la Misión: al final de la cuarta, ya casi de noche, se ven detenidos por el caudal de un gran río que el guía reconoce como el Limay. Es ridículo pensar en algún vado como insensato esperar una embarcación cualquiera en aquella comarca desolada y abrupta donde no se percibe más huella que la de la pezuña de los guanacos y donde ni siquiera el humillo azul de toldos o cabañas recuerda la presencia del hombre. Presuntamente desnúdanse; se arroja un indio a la corriente y tras él empujando los caballos, saltan Alejo, Pichunmán, Yuyito y finalmente toda la reche de la escolta con Colthan a la zaga, entre gritos guturales proferidos para azuzar a las bestias y enderezar su rumbo. Esa misma noche arriban a la Misión del Padre Rogelio, la cual no pasa de ser un enorme caserón de barro y vatri que parecería una fortaleza a no presentar en su fachada las dos torres de sus campanarios, rematadas en el signo de la religión cristiana. Hace frío, un frío cortante y duro.

Acuchilla el viento la atezada piel de los guerreros mapuches, aún a través de los cotones apegados al cuerpo, de los ponchos y chañuntracos de apretada lana. Como ha cambiado el paisaje, también cambia el clima a este lado de la cordillera. Esa noche de fines de otoño recuerda a una de los más crudos inviernos araucanos. De pronto, inmensas masas de nubes suben del horizonte, latigueadas por las rachas, y casi en seguida comienza a granizar. Alejo, que ya pensaba pernoctar con su gente a cielo raso tiene que decidirse a demandar hospitalidad al misionero. Basta que se toque discretamente la campana para que se abra el portalón y, previa consulta al Director de la Misión, — que se halla enfermo — se dé inmediato acceso a caballeros y caballos. Y es así como, después de diez años y al través de seiscientas leguas de ríos, bosques y montañas, vuelven a verse y a abrazarse el santo maestro y el inquieto discípulo, el uno catequizando a los salvajes, tratando de ganar nuevas almas para la fe católica, el otro estimulándolos a la rebelión y haciendo entre ellos prosélitos para la causa de la libertad a que ha jurado consagrar su vida.

El Padre Rogelio, a la manera de los buenos soldados, que no dejan el arma sino con el último suspiro, llega ya al término de su existencia, extenuado, aniquilado, pero encendido el pecho en el mismo fuego místico de sus primeros años de apostolado. Está enfermo, definitivamente vencido; la parálisis de los miembros inferiores le retiene a todas horas en el lecho; el aliento vital no persiste más que en el leve ritmo de su corazón (hacia el cual sube la muerte como una helada y sutil marea) en la chispa de fiebre de sus pupilas fatigadas y en la sonrisa seráfica que mariposea entre sus labios.

Con él sí, tiene perfecta explicación aquello de «pobreza franciscana». Su celda no ostenta mayor lujo que la gruta de un anacoreta: una cama de rústica madera, un pequeño anaquel para los libros, un banco que es a la vez mesa de noche: he ahí todo su mobiliario. Preside sus meditaciones y sus sueños una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que cuelga a la pared y frente a su lecho, sobre una pilastra de granito en el que se sostiene una luz nunca extinguida, se va un calvario, prolija obra de talla para cuya ejecución, el artista iluminado que alienta bajo los hábitos del obscuro misionero, ha robado horas al sueño y al reposo.

—¡Alejo! ¡Alejo! ¿Tú aquí? — dice tendiéndole los brazos esqueléticos. — ¡Bendito una vez más Nuestro Señor Todopoderoso que me tenía reservada esta alegría para la hora de mi muerte!

—¿Qué habláis de muerte, Padre Rogelio?—replica el caudillo a tiempo de inclinarse y de estrechar entre sus férreos brazos el cuerpo desfallecido del enfermo. — Confíe vuestra paternidad en la Divina Providencia, que ha guiado mis pasos hasta aquí.

El padre Rogelio mueve negativamente la cabeza como si dijese: todo tiene su término, y el mío está señalado a breve plazo. Advierte después los insólitos atavíos de su antiguo discípulo tan distintos del uniforme del ejército español con que le dejó al ausentarse de La Concepción.

—¿Y qué significa eso, hijo mío? Más parece un indio que un cristiano.

—Cristiano soy y seré siempre, si el Señor lo permite — responde con gravedad Alejo. — Pero no sólo soy mapuche como fué mi padre, sino que soy el Ngen Toqui, el único gran jefe que en estos momentos enarbola el estandarte de la rebelión.

Y como el Padre Rogelio se persignase, invadido de explicable alarma, el caudillo rebelde le refiere el proceso extraño pero simple, de su ruptura con los blancos y de su reversión a la montaña. No se han escapado al misionero muchos de los detalles que ahora le enumera Alejo: no sólo por bondad sino también por espíritu de justicia se inclinó él a la amistad del mozo, a quien veía bien dispuesto y, sin embargo, incomprendido, y peor aún, menospreciado. Deja hablar al caudillo como si escuchase su confesión. Reclinado en las mantas que le sirven de almohadones, con las manos juntas haciendo sobre el pecho como un arco del que pende el rosario, mueve casi imperceptiblemente los labios. Al terminar Alejo su exposición, no puede menos de advertir que las lágrimas corren a raudales por las mejillas demacradas del anciano misionero.

—¿Y tu santa y pobre madre — pregunta al cabo de algunos instantes — qué dice a todo esto?

—Mi madre ya no existe, — responde el mozo, con la voz estrangulada por la emoción que aun perdura en él.

Y completa su relación haciendo conocer a su interlocutor todos los episodios de la guerra hasta el instante en que él, aprovechándose del pánico que dominaba el vecindario, se introdujo a la ciudad medio destruída por el

seísmo y pudo llegar hasta la capilla del Convento de las Trinitarias, donde la piedad de una niña — la ahijada del Corregidor — velaba los restos todavía tibios de doña Isabel de Vivar. Nada sabe el sacerdote. De tantas novedades, ninguna ha llegado hasta su retiro. Torna, pues, a su oración; pero abandonando esta vez el bisbiseo para invitar a Alejo a que le acompañe en alta voz. Arrodíllase el caudillo junto al lecho y va repitiendo, con sincera unción y frase a frase la plegaria ternísima que dedica el Padre Rogelio a la salvación del alma de las víctimas, especie de miserere que de labios del apóstol moribundo parece salir encendido como brasa de oloroso incienso.

Finalmente, con el gran signo de la Cruz:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

Son las mismas fórmulas del ritual, las mismas invocaciones, los mismos ruegos, las mismas alabanzas. Pero en aquella celda humildísima de una remota y desconocida Misión, en el fondo de esas serranías que son como el antepecho de las llanuras patagónicas, en plena noche de tormenta, negra, pavorosa, larga hasta parecer infinita, frente a la efigie de Nuestro Señor Crucificado, se diría que tienen un sentido nuevo y al salir de la boca de esos dos hombres (de esos dos enemigos que se abrazan en un solo culto del corazón y el pensamiento) imploran no sólo por el alma de un mártir muerto en olor de santidad, sino por la suerte de toda esta pobre prole adánica incapaz de sobreponerse a sus instintos primitivos.

—Tienes que prometerme hijo mío, que dejarás las armas.

—No puedo, Padre, prometer eso.

—Te hablo ya con un pie en la sepultura, no como español a quien interesa el triunfo de la causa de los suyos... Ya para mí todos los hombres no son sino criaturas del Señor. Te hablo en nombre de Dios, de amor y de bondad para cuya gloria son insignificantes mis sesenta años de sacrificio a lo largo de la tierra. La guerra es siempre un crimen, Alejo, y no se entra en el Reino de Dios con las armas en la mano.

—No piensan lo mismo los que me persiguen como a fiera después de haberme pisoteado como a un estropajo.

—Habla en ti la soberbia, que es el primero, es decir

es el más terrible de los pecados mortales. Ella perdió a Luzbel, y les abre la puerta a los demás.

—Quizá tengáis razón, pero yo no nací para santo como vos. De ser así, yo vestiría ahora vuestros hábitos, pues ya sabéis cuánto hicieron los castellanos por consagrarme al servicio de la Iglesia, a pesar de su inquina irrefrenable a los mestizos. Quizá tengáis razón, Padre; pero no toda la razón, porque debéis saber que mi pensamiento no se limita a la guerra por la guerra.

—No acabo de entenderte.

—Quiero decir, que no basta a mi ambición devolver daño por daño, sino que, yendo mucho más lejos, sueño con hacer de estas tribus que vosotros calificáis de bárbaras, una grande y poderosa nación... ¿No os entusiasma la ilusión de un nuevo pueblo cristiano surgido como por milagro en esta tierra de los aucas que un siglo de guerra feroz, de malocas y campeadas, de raptos, torturas y degüellos no logra aún someter? ¡Padre Rogelio! Vos que habéis luchado toda una vida por la Cruz y que por ella estáis a punto de rendir vuestro último aliento, ¿me comprendéis, verdad? Yo, hijo de blanca y de mapuche; yo, nacido en la montaña libre pero educado por vosotros, cristiano como vosotros, he de crear con las armas ese pueblo nuevo, yo he de entregarlo a la civilización y a la fe de Jesucristo. Y vos, viviréis Padre Rogelio, para ayudarme en esa obra — continúa el caudillo con exaltación creciente, observando que el anciano se había quedado como en éxtasis. A vos os corresponde coronar dignamente la acción de toda vuestra vida ganando para la santa causa del Señor las quinientas mil almas de mi futuro Imperio.

—Divagas, divagas, hijo mío — dice dulce y resignadamente el Padre Rogelio. — Yo no soy más que una ruina, la sombra de una vida, y no valgo para nada. Me comparo a uno de esos caducos troncos de la selva por los que a cada instante circula menos y con menor vigor la savia a que debieron su sustento.

—¡Padre Rogelio! — le interrumpe en un arranque de desesperación el caudillo. — Por favor, no habléis así... Yo necesito de vos... Buscándoos como la fiera acosada buscaría el manantial donde lavar su herida y aplacar su fiebre, vengo recorriendo leguas y leguas a este y al otro lado de la cordillera... ¡Padre Rogelio! Vos que habéis sido para mí que no conocí otro padre, el padre de mi alma... Tened paciencia unos segundos, y escuchadme.

Y de rodillas junto al lecho, reteniendo entre sus rudos dedos las seráficas manos del religioso moribundo, le vocea, más que confiesa su amor inmenso y ardiente hacia la dama blanca y prócer, esa pasión que nació con su adolescencia y que sólo acabará con su vida...

Viéndolo llorar en silencio, pero siempre ausente como si estuviese oyendo un idioma desconocido, Alejo hace una pausa. El Padre Rogelio lo mira entonces, y una sonrisa más de otro mundo que de éste de bajas y sórdidas miserias ilumina su rostro octogenario.

—No me distraigas, hijo mío, te lo ruego, — dice en voz que vibra apenas como un murmullo apagado. — Eres tú quien debe ayudarme, pero ayudarme a bien morir, no dejándome apartar los dedos de la Cruz salvadora ni los ojos del Señor, cuya misericordia es infinita.

—¿Por qué habláis de morir? Yo no lo quiero. Yo necesito de vos. ¡Padre Rogelio! — grita Alejo, viéndole cerrar los ojos.

—Una sola pena tenía — continúa el enfermo, como si hablase a solas — y era la de no poder morir con las rodillas en tierra, como debí andar siempre... Pero tú, joven y fuerte, tú, a quien tengo derecho de llamar mi hijo; tú, a quien enseñé a amar a Dios y a todas sus criaturas en él, me sostendrás, ¿verdad? Me sostendrás... Levántame, hijo mío... Tómame por debajo de los hombros... Quiero morir... como los cristianos en el circo... ¡Gracias, Señor, gracias con toda mi alma que suspira por volver a tí! Gracias por haberme concedido la de morir arrodillado, y en brazos de un cristiano!

Alejo, como a influjos de una voluntad superior, ha obedecido. El cuerpo desnutrido del moribundo no parece tener peso material y le basta al mozo un leve esfuerzo para levantarlo y sostenerlo hasta conseguir doblarle las rodillas flácidas y ponerlas en contacto con el lecho, duro como el propio suelo. En una última y suprema aspiración de su alma de creyente, alza el fraile los brazos y quiere, con los ojos en el cielo, lanzar el grito de perdón. Pero la voz se le apaga en los primeros estertores de la agonía; cáensele los hombros, dobla sobre la de Alejo la cabeza, y éste ve cómo por instantes va empalideciendo hasta la lividez aquel rostro de asceta y cómo se deseneaja aquella boca que no ha pronunciado sino palabras de ternura y devoción. Entonces recuerda la oración de la hora de agonía que le enseñara él mismo, a quien asiste ahora en las

angustias del último trance, y rompe a recitar con la emoción profunda, única, inconfundible que se siente sólo ante la proximidad de la muerte:

—*Sal de este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te crió; en nombre de Jesucristo, hijo de Dios Vivo, que padeció por tí; en nombre del Espíritu Santo, que en tí se infundió; en nombre de la gloriosa y Santa Virgen María, Madre de Dios...*

Reza mirando al Cristo que desde su calvario, entre dos lanzas, parece darle ánimos con sus brazos abiertos como para enlazar a la humanidad entera y con el gesto de resignación de su hermosa cabeza nazarena. Reza y reza hasta que empieza a sentir que se transmite a su piel el hielo de la muerte que ha invadido el cuerpo ya sin alma del santo misionero. Entonces lo deposita de espaldas sobre el lecho, lo amortaja en sus hábitos y llama a Francisco el mapuche cristianizado que desde la misma Concepción ha venido acompañando al Padre Rogelio y que es su hombre de confianza en la Misión, mayordomo, sacristán, intérprete, vigilante como un gallo, fiel y sumiso como un perro. Deja al pobre entregado a sus demostraciones de dolor y se dispone a recostarse, porque ya le vence la fatiga. De orden del Padre Rogelio, Francisco ha destinado para cuadra del séquito de Alejo un aposento amplio y abrigado que ocupa casi toda un ala del edificio y en cuyo piso se ven aún restos de forraje de la última cosecha. Allí encuentra el Toqui a sus hombres y junto a ellos se tiende a dormir sin despertarlos. No despiertan ellos; pero sí *Colthau*, que viene zalamero a restregarse en sus botas.

Admirable es, dentro de sus humildes proporciones, la organización impuesta a su Casa por el Padre Rogelio. Toda una tribu abandonando sus hábitos nómades, se ha recogido como al abrigo de la Misión Franciscana en un valle estrecho y abrigado, reemplazando sus toldos de pieles por rucas construídas al estilo mapuche, dedicándose con fruto a las labores agrícolas y enviando sus hijos a la escuela y a la iglesia. Cada familia cultiva su predio, que se compone de un huerto y un campo de labranza; la dehesa para el ganado es un bien común y todas las dificultades y litigios los resuelve en primera y última instancia el mismo Padre Rogelio. Es como el feliz ensayo de una evolución de la vida errante y eventual de la raza y la rapiña a la vida sedentaria y cauta de la agricultura. La ranche-

ría, asistida y gobernada por la Misión, prueba en toda su amplitud las ventajas de tenerlo todo a la mano, la semilla en la troj el caballo en los corrales, la oveja en el redil. Y junto con instruir a sus indios en la Santa Doctrina, el infatigable discípulo del Hermano de Asis, ha logrado hacer de algunos de ellos excelentes herreros y carpinteros con su taller y con su fragua, y les ha inculcado el gusto por ciertas artes primitivas como la alfarería, la cestería y el tejido al telar.

Alejo rinde homenaje a la memoria del grande amigo de su alma celebrando su benéfica obra — para todos desconocida — y presidiendo el acto solemne de sus funerales hasta el instante en que, frente al altar mayor de la Capilla, y en medio de la consternación de la indiada que se empeña en ver en el «Patiru Rokelio» un ser sobrenatural, semidivino, queda para siempre sepultado el cuerpo de aquel que, no por más obscuro, ha dejado de ser uno de los más fervientes servidores de su Orden y un gran soldado de Cristo. Después, siguiendo las indicaciones de Pichunmán, envía a éste y a Yujito con un mensaje de amistad y algunos regalos para un gran jefe tehuelche que ha establecido su toldería unas cuarenta leguas en la dirección del sur. Buena precaución es la del baqueano — que prueba con ella conocer a los tehuelches — pues encuentra a éstos en disposición bien poco afecta a recibir visitas. Juan Yuyo especialmente, maldice de ellos en todos los tonos asegurando que son unos perros sarnosos que, después de aceptar los presentes de joyas de plata y artefactos de cuero que se les llevaba, todavía pretendieron arrebatarse la corneta.

—No sería raro que intentasen una maloca a la Misión — dice Pichunmán.

—Pero ¿les dijiste que había muerto el Padre Rogelio?

—Me guardé muy bien de ello. Pero no tardarán en saberlo y se despertará su codicia. Yo creo, mi General, que no hay más que dos caminos: o nos preparamos a resistirles o sin pérdida de tiempo emprendemos el regreso.

—¡Los esperamos! — dice Alejo, sintiendo rebullir en él toda la sangre guerrera de sus antepasados.

Llama a Francisco y le comunica sus temores, haciéndoles ver la necesidad de disponerlo todo en forma tal que la amenaza en caso de cumplirse, no los coja de sorpresa.

—Ponles al corriente del peligro — le dice — y que requieran sus armas, porque es preciso dar una lección a esos

bellacos. Hay que salvar, además, la obra de la Misión que representa diez años de la vida de ese santo varón, a quien acabamos de dar sepultura a la sombra de esta casa. Dile a la gente que acuda aquí, mañana y que yo les enseñaré cómo tendrán que proceder.

Francisco asiente todo con aprobatorios movimientos de cabeza. Alejo habla en seguida a su gente. Sabe que son hombres de guerra, listos para todo, y no se sorprende al verles disponerse a la desigual pelea como si se tratase de un mero simulacro. Y hay razón para estar preocupados, porque el jefe tehuelche, de nombre Butahuin, (1) es reconocido por su crueldad. Su gente, arisca, ruda y de índole taimada y traicionera, se ha especializado en el robo de mujeres y ganados. El hombre de confianza del difunto misionero, promete al Toqui araucano recorrer esa misma noche la ranchería e instar a viejos y mozos a la defensa de su propiedad y de su vida. No se sabe en qué términos les habla; pero es el caso que, de madrugada, al salir a saludar al día, Alejo y los suyos alcanzan a divisar en lontananza la polvareda alzada en el desierto por un millar de fugitivos: los indios de la Misión, presa de increíble pánico, han reunido sigilosamente sus reses mayores y menores y, abandonando casas y enseres, huyen hacia el norte a ponerse con la distancia, a cubierto del peligro. No queda en la Misión más alma viviente que la de Francisco.

—Hay que enderezar hacia el poniente, internarse lo más pronto en los contrafuertes de la cordillera — dice — el rastreador.

—Naturalmente: — apunta Alejo, — de intentar la maloca, los bandidos de Butahuin se irán ciegos tras el rastro de lo prófugos.

Se hacen de algunas provisiones y, después de instar infructuosamente a Francisco a que les acompañe, emprenden la marcha sin separarse mucho de la margen del río, como si buscasen el punto de su nacimiento. Al caer la tarde, divisan desde lo alto de una colina, ideal de quietud y de tersura, tendida como un manto de seda entre un marco de montañas obscuras, la linfa del gran lago Na-

(*) . Gran Gato Montés.

huelhuapi. Pichunmán sugiere que en el fondo de ese lago debe de hallarse la *Ciudad de los Césares*, establecida antaño en sus orillas y, sumergida ahora a causa de alguna crece tan grande, que sólo podría compararse con la de un nuevo diluvio. No es raro, en realidad, que debido a la acción de agentes físicos, como las erupciones volcánicas y los temporales, se produzcan en la región cordillerana grietas y derrumbamientos que, a manera de hábiles decoradores, dan lugar a sorprendentes mutaciones. Pero el indio jura seriamente haber recorrido en tiempos no lejanos, aquellos mismos parajes y puede asegurar que el lago a cuyo borde ha visto la Ciudad Encantada (de la que fué huésped) era apenas un charco, si se le compara con este inmenso mar de aguas dormidas. Se inclina a escuchar y asegura que se sienten toques de campanas, que resuenan en el fondo del lago, y dice que alcanza a divisar las techumbres de las casas y las torres de los templos. Nadie le cree, pero todos se entretienen oyéndole.

Por atrayentes que sean las quimeras de Pichunmán, no puede dejarse de pensar en los medios de bandear aquel lago tan hermoso pero tan extenso. Para construir una balsa capaz de contenerles a todos, fáltanle las herramientas adecuadas, y por otra parte les urge alejarse de la zona peligrosa, evitar, a todo trance, la proximidad de Butahuin y de su horda. Alejo consulta al baquiano y éste responde que no queda otro recurso que girar al norte, volver a atravesar el Limay, bordear el lago por la margen oriental y cargarse incesantemente hacia la cordillera, más allá del Traful y del Caleufo. Al efectuar la conversión ven el horizonte de la pampa enrojecido por el resplandor característico de un incendio.

—¡Los tehuelches han caído sobre la Misión! — exclama Alejo.

—¡No hay duda! — agrega Pichunmán, que desde su misma toltería se han venido siguiéndonos el rastro.

—¡Se acabó la Misión de San Francisco!

En efecto, toda la labor de diez años paciente y piadosa, del santo misionero franciscano, ha caído en una hora bajo la brutalidad desenfrenada de los salvajes, a quienes contuvo hasta entonces, sólo un supersticioso respeto a la persona del Vudu-Patiru. Despechados al no encontrar en la abandonada Misión mujeres ni ganados — el botín favorito de sus correrías — matan de una lanzada

al infeliz Francisco, lo destruyen todo — sementeras, muebles, talleres, altares — y le prenden fuego. Pero sospechando el rumbo que llevan los prófugos, acuerdan iniciar su cacería entre un gran batir de lanzas y un aullar horrible, que apaga el chisporroteo de las llamas, y parten a escape, dejando tras de sí la desolación y el estrago.

—Hay que andar rápidos, rápidos — dice Pichunmán. — Es posible que una partida de estos bandoleros nos descubra el rastro y se venga tras de nosotros.

A todo esto se ha hecho ya de noche. No hace diez minutos que han bandeado el Limay en lo más alto de su curso superior, y se restregan con arena los cuerpos entumecidos por aquella agua frigidísima; cuando, poniendo el oído en tierra les afirma el rastreador que sus presunciones empiezan a cumplirse.

—Vienen, y no son menos de quinientos — dice. — Si no nos damos prisa, nos cogerán como a zorritos nuevos.

—¡A caballo! — grita Alejo.

Y siguiendo en hilera al rastreador que con *Colthau* a los talones, abre la marcha con la seguridad del que nada por casa, toman todos a buen paso, cordillera adentro. La obscuridad es ya profunda. Tropezan a menudo en la madera muerta, atravesada en los senderos, resbalan en los menucos falaces, tienen que pegar la cabeza al cuello de los caballos para no aplastársela contra alguna rama. Pero no apelan a sus repus para hacerse fuego, temerosos de ser avistados desde lejos por los ojos zahoríes de los piratas de la pampa. Ni siquiera hablan en voz alta. El Toqui, que va junto a Pichunmán, le adelanta al oído:

—Si nos siguen el rastro, les sacaremos ventajas, porque tendrán que hacer lo que nosotros: llegar hasta el Nahuelhuapi y volver sobre sus pasos.

—Eso está bien dicho. A lo mejor se aburren y abandonan la pista.

Demasiado optimistas son estas esperanzas. Cuando clarea el día, y se ilumina lentamente el infinito panorama de las estepas, los expedicionarios perciben a lo lejos, amenazantes como una de esas nubes de los trópicos que anuncian tempestad a breve plazo, la polvareda de una cabalgata. Los tehuelches han pasado el río, seguramente que en el mismo paraje que ellos lo cruzaron: no han renunciado pues, a la persecución, y ahora estrechan las dis-

tancias. La pequeña caravana desfila hacia arriba, orillando la ladera izquierda de un cañadón todo de quilas y coligües, que es preciso cercenar a cuchillo para abrirse paso. Obstruída por la curva del lomaje, no ven ya la polvareda que ondea allá abajo, dorada por el sol naciente, ni llega todavía a ellos el rumor inconfundible de un malón o de una cacería: el chivateo de los jinetes, el estruendo de los cascos de sus cabalgaduras, el ruido de las armas y el ladrar de los perros enardecidos por los gritos y la agitación de la carrera.

Al salir del cañadón, desembocan en una vasta meseta, riquísima en las más variadas especies de plantas forrajeras: un campo de invernada que nadie aprovecha, fuera de los guanacos y de las bestias baguales que ya empiezan a abundar. El viento del oeste que entra allí con desenfado, les alborota los ponchos y tiende como cuerdas las crines de los caballos. Es uno de esos "chiflones" de viento encajonado de las cordilleras, helado e implacable que, a la manera de un prisionero en libertad, se vuelve loco y atropella con todo, como si desease zurriagar los espacios. Zumba en las orejas, abate las hierbas y los yuyos y parece ensañarse en las cortaderas secas, cuyas hojas largas y finas como estoques chirrían al rozar sus aserrados bordes.

Alejo y su gente suspiran con satisfacción al observar que acaso han conseguido desorientar a sus perseguidores. Pero les dura poco la confianza. Pichunmán se apea de pronto y vuelve a poner, como los zorzales, el oído en la tierra.

— ¡Los tenemos encima! — exclama. — ¿Oyes, *Colthau*?

Levantando la cabeza y encartuchando las orejas, el quiltro ladra con furia. Apenas vuelve el indio a montar, oyen distintamente el estrépito de la horda en marcha y casi en seguida ven asomar tras ellos las lanzas, luego los brazos y cabezas pintarrajeadas de los jinetes, luego los caballos, y por fin, los perros, toda la masa y el tumulto de una soldadesca salvaje lanzada al asalto de un mísero piquete. Erizantes, horribles, culebrean en el aire sus aullidos de amenaza. Ya sólo unas quinientas brazas los separan de su presa... ¿Para quién puede ser dudoso el final de aquella cacería? Arrollados por el número ¿sucumbirán el Toqui y los hombres de su escolta, incluso su trom-

peta de órdenes y el mismo baquiano con su fiel servidor de cuatro patas?

Yuyito se traga con los ojos a su General que se muere de los labios, sombrío y ceñudo. Nadie habla; todos, espoleando a sus caballos, esperan la palabra del Jefe... *Colthau*, con la cola entre las piernas, husmea indeciso. Se ven así de pronto, en medio de un tupido pajonal tostado por los soles del último verano. Como el viento les da de frente, tienen que avanzar con la cara vuelta al suelo, para evitar el azote de tallos y ramas convertidos en feroces látigos. Y surge entonces, — milagro de la inspiración de un guerrero de cepa — la idea salvadora. ¡El viento le favorece y el fuego será su salvación!

—¡Los repus! ¡Los repus! ¡Quemar! ¡Quemar! — gritó Alejo como si pronunciase un conjuro.

Los conas comprenden. Parán en seco, imitando a su Jefe, y como él, saltan a tierra y echan mano a sus encendedores de madera.

—¡Extenderse! ¡Extenderse! ¡Rápido! ¡Y quemar, quemar!

Acurrucados de distancia en distancia, hasta formar una línea de cincuenta varas, los mapuches manipulan sus pálitos hembras y macho, y no tardan un minuto, en levantarse entre ellos y sus perseguidores, una cortina de fuego: rugidora como el viento que le ha dado vida, la hoguera crece hacia lo alto y se ensancha hacia abajo, en una monstruosa marejada. ¡También los tehuelches comprenden! Saben ya qué clase de enemigo es el fuego cuando lo arrea y azuza ese colosal soplete de las cordilleras, y, en un loco sálvese quien pueda — vuelven grupas y a su vez, recurren a la fuga, mientras a los perseguidos de momentos antes les toca el turno de gritar y de burlarse.

—¡Avavan! ¡Avavan! — claman, de nuevo a caballo y con las lanzas en alto, sin importarles que sus estallidos de triunfo se pierdan en el zumbir y crepitar de las llamas que continúan avanzando, arrollándolo y devorándolo todo.

¡El arbitrio del fuego le ha dado a Alejo resultados mucho mejores que en Tonquén!

—¡Ruge, tigrecito! ¡Mata, mi leoncito amarillo! — grita Juan Yuyo, abrazándose desatentado al cuello de su cabalgadura.

Después, con la venia de Alejo, se lleva a los labios la corneta y toca, toca largo rato y con los bríos de sus mejores tiempos, interrumpiéndose sólo para proferir sarcasmos dirigidos a los indios fugitivos.

—¿No queriendo música, chifnos tehuelches? Ahí tener música. ¿Gustádoles corneta de Juan Yuyo? ¡Escucharla, pues, si pudiendo!

Y sopla con furia, como si creyese que sus pulmones de soldadito mapuche, al hacer vibrar el instrumento, contribuye también a aumentar la magnitud y el estrago del incendio. *Colthau* le hace coro con sus ladridos tremebundos...

Esta cacería del hombre por el fuego es sin duda, más terrible que la otra. Acaso en un terreno llano, en pampa abierta, los indios habrían logrado aventajar a su enemigo, pero, cuesta abajo por aquellas laderas ásperas, sin caminos, ni huellã, erizadas de obstáculos naturales, la prueba tiene que ser fatal para los perseguidos. Jinete o caballo que cae está perdido: ya no aparece más. Sólo un escaso número salva, logrando ganar la pampa y encaminarse a su querencia. Los hombres de Alejo se hartan de contemplar el espectáculo y habiendo uno de ellos disparado con acierto su boleadora a una potranquilla algo desatentada que se pone demasiado a tiro, quieren proceder allí mismo a cocinarla. Pero Pichunmán se opone alegando que puede cambiar de un momento a otro la dirección del viento y entonces si que se lo llevará todo el diablo.

—¡Aún no es bastante castigo para lo que han hecho en la Misión estos canallas! — dice Alejo —, como si hablase a solas, con el pensamiento puesto en aquel hombre excepcional, cuyo sueño eterno han ido a turbar con sus pisadas sacrílegas, las salvajes huestes de Butahuin el malo.

Luego grita: ¡Avante! y se reanuda la marcha en el mismo orden que traían, yendo todos a la zaga del baquiano. Todos sienten ya verdadera impaciencia por estar hollando de nuevo el suelo de los mapus nativos, y ojean con rabia esa gran masa de la cordillera blanca y negra — nieve y granito — que a cada instante les parece más alta e inaccesible,

Jornada sexta

Con tanto ardor renueva Alejo sus actividades, que el verano siguiente le sorprende en la región ante-cordillerana del río Lonquimay y de la infinidad de corrientes de agua que van, hechas torrentes, por el fondo de angostos valles y quebradas de verdura virgen a engrosar, de un lado el caudal del Bio-Bío, y del otro, el del Cautín. Con actividad y tesón más resaltantes, mientras más tibio es el apoyo que se le brinda, como a regañadientes, por los grandes señores del suelo, inicia y prosigue sus trabajos de instalación de una fábrica de pólvora. También está convencido de que este elemento le dará una incontestable superioridad con respecto al enemigo. Ya no tendrá necesidad de echar mano de esas grandes masas de reserva destinadas a imponerse por el número. Aleccionados en el manejo de las armas de fuego, sus hombres, a las órdenes de jefes hábiles y audaces, podrán realizar al fin, esos golpes simultáneos con que siempre soñó y que se le imaginan de inmenso efecto desmoralizador. Despacha, pues, a Alcamán con mensajes para sus lugartenientes, en los cuales les reitera su recomendación de no destruir aquellas armas, sino por el contrario, tratar de conservarlas en las mejores condiciones. Recomiéndales así mismo, que procuren hacerse de ellas, por todos los medios posibles, desde el merodeo al cambalache y al robo.

Contiado en la lealtad e inteligencia de Alcamán, le encarga de una misión más delicada todavía: examinar e informarle sobre el estado militar y moral de las tropas, dejadas bajo el comando de Quintralef y Loncoluán. No

poes motivos tiene para temer que, durante su ausencia, haya ido en aumento el desentusiasmo de la gente por la vida de campaña y raleado, en consecuencia, el personal activo. Y a Juan Yuyo, como su más dócil y sutil instrumento, caballero en su famoso mampato, lo envía a Quilleco, a llevarle noticias a sus mujeres y a conversar con la llalla Papay. Arde en deseos por saber qué novedades se han producido en La Concepción, si ha vuelto la anciana por la ciudad o recibido, por algún conducto, recado o mensaje de importancia. ¿Estará enferma aún doña María Francisca o ha recobrado la salud? ¿Piensa tomar sus votos, como se lo ha dicho, o ya ha renunciado a ello? ¿Hay algo que temer de los movimientos tácticos y estratégicos del tío Canónigo y del sobrino Alférez? ¿Qué es lo que está ocurriendo con el testamento y los bienes de doña Isabel de Vivar?

Días de su vida daría el mozo por tener a estas cuestiones una respuesta satisfactoria. Ya no le basta saber que "ella" recibió en propia mano su mensaje, que lo leyó y que a ellos debe el haber podido, de la noche a la mañana, dejar el lecho de doliente.

Pero ¿cómo obtener de ella una comunicación? ¿Por qué medios arrancarle esa respuesta, que a él se le hace de imperiosa urgencia? Precisamente sus espías de mayor confianza, la Papay y Juan Yuyo, son los que menos pueden pensar en franquearse el paso hasta doña María Francisca... La palabra de esperanza que él suplica desde el fondo de su desesperación, se ha extraviado en el silencio como una paloma en las tinieblas... ¿Cómo una paloma, ha dicho? Esta imagen, al influjo de su obsesión persistente, le hace latir el corazón hasta parecerle que se ahoga. ¿Si él lograra utilizar, como los antiguos guerreros, el instinto maravilloso de las palomas mensajeras? No las hay en el Reino de esa casta; pero las tiernas y amorosas palomitas silvestres, los "conus" que aguachan en sus rucas casi todos los indios ¿no servirían para el caso? Y se le imagina ver llegar de pronto, con rápido y fremitante batir de alas, una bandada de esas dulces tórtolas domésticas trayéndole cada una, un mensaje de la adorable novicia. Llama a Yuyito y le ordena que busque a Pichunmán, a quién explica, en breves palabras, lo que ha discurrido y acaba por preguntarle su opinión.

—No hay en el suelo o en el aire bestia alguna de la que no se pueda sacar algún provecho, — dice sentenciosamente el indio. — Yo le pido a mi Keneral, sólo tres meses de plazo para entregarle una pareja de palomas amaestradas para el fin que se propone.

—¿Tú me respondes del éxito?

—Sí, mi General. Nadie sabe lo infeliz que era este quiltro (se refiere a *Colthau*, que lo escucha atento) y, ahora puede decirse que no le falta más que hablar.

Comprendiendo que se alude a él, el perro, sin dejar de mirar a ambos interlocutores, empieza a dar leves chillidos y a mover nerviosamente la cola.

—Cada uno habla como puede — dice Alejo.

Para poner en práctica la tentativa, sólo les queda aguardar el regreso de Juan Yuyo, quién llega un buen día con la novedad de que el ejército — dividido en dos alas — ha abandonado su campamento y opera actualmente hacia el lado oriental del Nahuelbuta. Alejo, sin decir nada, frunce el ceño.

—¿Y en mi casa? — pregunta después.

—Sin novedad ninguna. Hembras y cachorros como otras tantas glorias. Huenquelao amigándose con sus hijas, está que se derrite por sus nietos, que maman como unas sanguijuelas.

—¿Y la Papay?

—La Papay no se ha atrevido a volver por la ciudad, temerosa de la amenaza del Patiru... Pero han ido allí otras mujeres, con venta de hierbas, verduras y tejidos, y por ellas se sabe que doña María Francisca está como una rosa y tiene la fama de ser, por su belleza, la primera entre todas las hijas de La Concepción. El rehue sigue poblándose — agrega Yuyito con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué lo dices?

—Kuana y Rosario ya son madres, Kuana teniendo mellizos...

Al día siguiente, premunido de todas las informaciones e instrucciones necesarias, parte Pichunmán y su cuadrúpedo *alter ego*, a instalarse en el rehue de Huenquelao, en donde tendrá que consagrarse exclusivamente a dar cima a los propósitos del jefe.

Apenas alcanzado el éxito que con las avecillas se promete, la paciencia portentosa del indio, la anciana deberá volver a su personalidad de vendedora ambulante y, agre-

gando a su chaihue de flores y frutas una jaula con una pareja de palomas, encaminarse a La Concepción. Se ha producido un paréntesis de paz, una como atenuación en las hostilidades de una y otra parte, y no sin razón se estima que la presencia de la vieja india en las calles de la ciudad no ha de suscitar sospechas. Ella se encargará, hábilmente, de apersonarse a doña María Francisca y de poner en sus manos aquellos inocentes bichitos de la montaña que, desde ese instante, tendrán bajo sus alas el destino de un hombre y acaso, el de la guerra toda. Nanku, el Ngen Toqui, se quedará entretanto, trabajando por mejorar en calidad y en cantidad el poderío de su ejército.

Rogando a unos, increpando a otros, halagando a todos con la expectativa de llegar a contrarrestar a aquellos en su única superioridad efectiva, tratando, en fin, de contagiar a jóvenes y viejos, con su propio invulnerable optimismo, consigue el Toqui, de parte de los jefes de rehue, la cooperación de braceros necesarios para la construcción de un edificio vasto y sólido, hecho de piedra y barro; para la extracción y el transporte del azufre y del salitre, y para la fabricación de carbón de madera. Los indios tienen vagas referencias de la forma cómo preparan su pólvora los españoles; conocen — demasiado — los mortíferos efectos de ese endiablado elemento que tiene lo mismo del trueno que del rayo; pero, acaso, por lo mismo, ponen en duda el buen éxito de la tentativa de Alejo, y ante sus idas y venidas, vuelven la cabeza y se cambian sonrisitas de tácita ironía. No es raro entonces que sea grandioso el triunfo de éste con las experiencias en pequeña escala, que realiza ante un concurso numeroso de caciques y mocetones. En su presencia mezcla los ingredientes, ya purificados y prepara un polvorazo, aprovechando para ello el tronco carcomido de un coigüe gigantesco, en cuyo hueco deposita un saquete de medio quintal de esa negra y siniestra harina con la que, según el decir de los mapuches, está amasado el pan de los infiernos.

¡Cuadro digno de ser muchas veces reproducido, aquel que ofrece el mestizo rebelde, iniciando a sus aliados en el secreto preciso de las victorias, hasta entonces obtenidas por el invasor! Un viejo y un niño — Millaleo y Juan Yu-

yo— son los que demuestran mayor impaciencia y nerviosidad y es que ambos, por diversos motivos, se han adelantado a interpretar el pensamiento que absorbe ahora todas las actividades del caudillo. Atacado el tiro, Alejo hace despejar el sitio y sólo cuando ve a todo el mundo colocado a distancia conveniente, prende fuego a la mecha y se aleja de prisa. Casi inmediatamente se deja sentir una formidable explosión, levántase una columna de hormigón, humo y astilla y, en medio de un crujido semejante a la queja de agonía de algún monstruo fantástico, el árbol centenario, trazando un arco gigantesco, tumbase por tierra. La muchedumbre atónita, se mantiene en silencio unos segundos, para romper en seguida en un coro inacabable de estrepitosas aclamaciones. El estruendo de sus gritos de homenaje apaga la algarabía de los pájaros del monte que, sorprendidos en su refugio, se han dado al aire y aletean como enloquecidos por entre la niebla acre y gris de la humareda.

Demasiado comprende el Toqui la importancia de la prueba, que en tan brillantes condiciones acaba de efectuar. Los caciques, entusiasmados ahora, le prodigan las promesas de ayuda, que antes le fué imposible arrancarles. Hasta se alcanzan a tomar la disposiciones necesarias para celebrar un gran parlamento. Robustecido en su oportunismo, Alejo llega a pensar que vuelven para él los hermosos y brillantes días, que siguieron a su reversión a la montaña.

Desgraciadamente, — alternativas propias de toda guerra — no llega el caudillo a recoger el fruto de su perseverante esfuerzo: en la noche de aquel mismo día, recibe a Alcamán quién, de parte de sus cuñados, le comunica la noticia atroz de una campeada hecha sorpresivamente por los huinkas en los dominios de Huenquelao. El viejo ülmen ha tenido apenas tiempo de huir y ocultarse en la montaña con sus mujeres, sus hijos y escaso número de servidores, y el invasor, entretanto, a sabiendas de que se trata del padre político del caudillo mestizo, se ha ensañado en su propiedad, quemándole sus rucas, talándole las sementeras, ya en punto de sazón, y arreando con la casi totalidad de sus ganados. También ha ultimado a mucha gente, sin reparar en sexo ni edad, y hecho numerosos cautivos.

Comprende Alejo que el golpe ha sido dirigido a él y que le ha dado en lo vivo. Hiérvele de coraje la sangre y siente que una oleada de fiebre le colorea las mejillas y pone una chispa mala en sus pupilas. Más aun le hiere, exasperándole, el saber que la campeada feroz ha sido personalmente encabezada por el Gobernador-Almirante y por el propio Corregidor de La Concepción.

—¿Mi gente, Alcamán? — pregunta. — ¿Mis mujeres? ¿Mis hijos?

Alcanzaron a huir. Los que no escaparon — porque no pudieron o no les dió la gana — son las cautivas que retenían en su poder tus cuñados.

—¿Juana y Rosario?

—Tú lo has dicho. Quintralef y Loncoluán creen que ellas han procedido de acuerdo con el enemigo.

—¿Estarán muy indignados?

—Hechos unos quiques. Dicen que querrían tenerlas cerca para atravesarlas de un lanzazo. A ellas y a sus críos.

Después de entrevistarse con el anciano Millaleo, el Toqui decide partir en el acto.

—¿Y mis tropas? — pregunta al mensajero, procurando en vano sobreponerse al coraje y a la ira que le encienden la sangre y hacen trémula la voz en su garganta. ¿Dónde estaban, que de nada sirvieron? ¿Dónde están ahora?

—Estaban muy lejos, mi General. Engañados por falsos informes, Quintralef y Loncoluán se hallaban hacia el Nahuelbuta, organizando una emboscada contra una columna de jinetes que debía pasar con dirección a Angol.

—Y que no pasó naturalmente...

—No, mi General. Tus cuñados culpan a las cautivas, precisamente, porque eran ellas las más interesadas en hacerlos emprender aquella expedición.

—Mujer y serpiente, nunca se sabrá cual de las dos es más astuta, — murmura, a modo de conclusión, Alejo.

Y por no sé qué violenta contraposición de imágenes, recuerda a sus palomas, que Pichunmán deberá estar domesticando y adiestrando y, que tal vez, han desaparecido, víctimas de la campeada, junto con su maestro.

—¿Y qué quieres ahora? — pregunta.

—Recuerdan a mi General su promesa de correr a po-

nerse al frente del ejército, en cuanto se creyese necesario.

—¿Aun no han abandonado su campo de operaciones?

—No, mi General.

De madrugada parte, seguido sólo del werke y de los hombres de confianza, con quienes ha hecho su expedición a la otra banda. Con harto dolor interrumpe en el mejor momento, sus trabajos de creación de la artillería cuyo éxito acaba de asegurar; pero no puede tampoco dejar de convenir en que toda su obra de libertador se halla en trance de fracasar miserablemente y para siempre. Reconcentrado y ceñudo, no habla durante todo el camino, más que las palabras estrictamente necesarias. Pero al ritmo del galope de *Pillán*, que devora las leguas, va trazando su plan de operaciones. En tres jornadas gana la distancia que le separa de su linco, llevando a la vanguardia al werke y al corneta y prefiriendo aprovechar la noche, que con su sombra y su silencio le protegen contra posibles asechanzas.

Apenas percibe, en la lejanía, el campamento araucano, se hace anunciar por un largo y vigoroso toque de corneta, y él y su comitiva, entran en el lepún con la lanza en alto, sobre las cabezas. También al són del bronce le dan la bienvenida y mientras es abrazado por Loncoluán y Quintralef y sus oficiales, se oye en la llanada que cercan árboles seculares, una avavan estentoreo y luego el "Peñi, ca, peñi" coreado por la totalidad del ejército. No escuchaba el úl de guerra desde la partida y se le hace imposible reprimir un escalofrío de emoción. Aun espera realizar algo de provecho con aquellos hombres que no conciben la vida, sino por la guerra y para la libertad.

Debido, por una parte, a desertiones y por otra parte, a las instancias de los ülmenes que alegaban necesitar su gente para los menesteres agrícolas y pecuarios, el ejército araucano ha quedado reducido a un máximo de mil hombres de pelea. Alejo contesta a su saludo de bienvenida con una arenga vibrante. Les pregunta al final si están dispuestos ahora a irse con él y su estandarte a donde los lleve, y ante su unánime respuesta afirmativa, sin darse tiempo para tomar un refrigerio, ordena el avance. Sobre la marcha va haciéndose instruir acerca de lo único que necesita saber por el momento: si se ha cui-

dado bien la caballada y si el estado de las armas corresponde al ánimo de las tropas. Después impone a sus lugartenientes de su pensamiento inmediato, que es elemental y simple: proceder por sorpresa, como el enemigo, y asaltar sucesivamente San Juan Bautista de Purén, Los Infantes de Angol y Nacimiento, cueste lo que cueste y sin dar ni recibir cuartel.

—Entendedlo bien: a nadie se perdona. A excepción de las armas y caballos, hay que acabar con todo. No seguiremos avanzando mientras no hayamos cumplido con nuestro deber hasta lo último. ¡Daño por daño, vida por vida!

Caen, efectivamente, de sorpresa sobre esas plazas que, abandonadas o destruidas años atrás, han vuelto, aunque no en sus primitivas proporciones a ser pobladas y fortificadas, y cuentan con una pequeña guarnición y un corto vecindario. Alejo no es, de suyo, sanguinario. Tiene de la guerra un concepto caballeresco, y así lo ha demostrado a partir del grito de rebelión. Pero ahora le empujan al rigor y a la crueldad la ley de represalias, hija del odio, y la necesidad de renovar y afianzar su prestigio de caudillo invicto ante los ojos de su ejército diez-mado por las deserciones y burlado por las arterias del enemigo. Su avance al norte, sin encontrar a su paso resistencia seria y, como él lo ha proclamado, sin dar tregua ni cuartel, da lugar a un espectáculo como no se ha visto igual desde los días trágicos de la ruina de las siete ciudades. Es aquello como una ola gigantesca, como un río desbordado — sangre, hierro, exterminio — que lo arrasa todo. La aureola de guerrero de su Jefe, su confianza en él, en su valor y su talento militar, comunican a los indios una fuerza que antes les hizo falta y que ahora les induce a competir entre ellos mismos en actos de arrojo y de denuedo. No hacen prisioneros: los matan y degüellan los cadáveres. Y siguen, al toque de clarines y trompetas, multiplicando por la cuenca de los valles su espantable chivateo, seguros de sí mismo y ebrios de sangre y odio, después de dejar las cabezas clavadas en sendas picas a ambas orillas del camino, con este letrero cruel y arrogante: "*Así castiga Ñanku a los cobardes*".

Bien se da cuenta de que todo esto irá en perjuicio de sus aspiraciones al amor de la criolla, que es la su-

prema entre todas las ambiciones de su vida. Sabe bien cuán fina es la sensibilidad de la joven, mimada siempre por bella y por amable, y cuán profundas raíces tiene en su corazón el culto de su patria y de su raza. Adivina Alejo que alguna vez, y a corto plazo, tendrá que contestar a sus reproches. Pero, ¿cómo evitarlo, sin burlar a los suyos y a su causa, sin traicionar la propia misión que se ha impuesto y que aun le permite tener esos mil hombres sobre las armas? Piensa aún en una nueva campaña, esta vez de acuerdo con el implacable Inaquepu, cuya tenacidad feroz parecele ahora perfectamente justificada, cuando le llegan, de la región de Purén, noticias penosas respecto a la salud del viejo Clentaru, agarrotado ya definitivamente en su lecho de valetudinario. El glorioso guerrero del Nahuelbuta envíale sus parabienes ardorosos y le insta a no cejar en su actitud, digna del hijo de guerreros que tuerce sobre su pecho el hacha de Ngen Toqui. "Eres joven, eres fuerte, eres valiente — le dice. — ¡Adelante! Si hemos de sucumbir, no nos queda a los mapuches otro destino que el de caer con las armas en la mano". Alejo, dejando a sus victoriosas huestes bajo el mando directo de sus cuñados, les ordena tomar el camino de Quilleco — en donde no tardará él en reunírseles — y tuerce, con su escolta hacia Purén, rehue al que llega desgraciadamente demasiado tarde para recibir las últimas disposiciones de Clentaru, de cuyos suntuosos funerales toma la dirección y presidencia. Con no poca extrañeza suya, Huentecura y Rehuecau con fútiles pretextos, se han ausentado antes de su arribo. Y con no menor extrañeza, advierte que ha desaparecido de junto a la cabecera del cacique moribundo, el cráneo del desventurado don Martín Oñez de Loyola.

Profundamente abatido encuentra al viejo ülmen. Los años parecen habersele venido de repente encima. Su robusto cuerpo se encorva y de sus negros ojos ha desaparecido la chispa que hasta ha poco los animaba. Hay en su curtido rostro rugoso una expresión feroz cuando se le cuenta cómo se acaba de tomar la represalia.

—Está bien — dice, pero eso a mí no me restituye

mis hombres, ni mis casas, ni mis animales, ni mis siembras.

—Todo lo volverás a tener — le replica Alejo —. No lo dudes.

Y calla, porque en aquel instante se adelantan a él, mimosas como siempre, Millaray y Llanquiray, deseosas no tanto de que las abrace a ellas, como de que acaricie a sus hijos. Alejo las besa con efusión y quiere tomar a las criaturas, una en cada brazo y sopesar con paternal orgullo aquellas carnes que son la flor de su sangre moza entonada por el viento y el sol de la montaña. Pero los cachorrillos, que no le han visto nunca, hacen hoscos visajes y ocultan la desnuda cabeza, chillando, en el cuello de sus madres.

—¡Mapuches puros! — exclama Alejo bromeando. — ¡Ariscos hasta con su padre!

Extiende después una mirada por el contorno y no le es difícil calcular la magnitud de los perjuicios hechos por los invasores. En realidad, nada han dejado en pie. “La guerra siendo la guerra” — como dice Juan Yuyo — y por lo que se refiere a procedimientos bélicos nada tienen que envidiar ni reprochar los blancos a los cobrizos. Arrasaron con todo, y renunciando a perseguir a sus víctimas hasta el escondrijo de la cordillera en que habían corrido a refugiarse, pegaron fuego a la selva. Cuando llega Alejo, aún humea, en una inmensa extensión, aquel roce asesino. El enemigo, satisfecho de su obra, ha vuelto a repasar el Laja y a la sazón, celebra con festines y saraos la triunfal campeada, cuya noticia habrá de provocar a su tiempo muestras de regocijo extraordinario en la propia Capital del Reino; volteo jovial de campanas, misas de gracia, procesiones solemnes, quemazón de piezas de artificio, carreras de sortija y hasta corridas de toros.

Mientras tanto el fuego, acicateado por el viento, continúa su acción devastadora; de pronto la gran tromba ardiente y chisporroteante parece aplacarse, se atenúa el ruido característico de la combustión, se hace menos sofocante el bochorno de fierro que azota los campos... , pero, el soplo de alguna ráfaga venida quién sabe de dónde, se le ve de nuevo crecer, reavivarse, lanzar a lo alto flámulas de oro fulgurante que van a disolverse entre el negro de pez de los pesados nubarrones de humo. Las aves,

las fieras, las bestias silvestres, las reses extraviadas, las inquietas sabandijas, toda la fauna de la montaña continúa huyendo a la desbandada y sin saber a dónde. Huenquelao, el noble y orgulloso cacique, quitándose el trarilonco como para lucir al sol su ya canosa cabellera de viejo león selvático, se obstina en contemplar ese espectáculo que le representa el fracaso irreparable de toda su vida. Bien sabe él que es irrisorio el poder, cuando no se cuenta con los medios para sustentarlo y que la pérdida de su fortuna significa, lisa y llanamente, la de su autoridad.

Como si leyese en el pensamiento del taciturno viejo, el Toqui resuelve no reanudar la campaña sin dejar, siquiera a medias, rehechas las viviendas y restauradas las obras de defensa. Infórmanle que el terrible golpe asestando por el enemigo ha sido posible, sólo merced al auxilio que traidoramente le brindó un cacique vecino, desde antaño envidioso del creciente prestigio que rodea al patriarca mapuche, y sin pérdida de tiempo, dispone una maloca que se realiza en la madrugada (la hora de las malocas) del siguiente día: quinientos hombres, dirigidos por los hijos de Huenquelao, rodean la ruca del felón y repiten en su rehue — con mayor rigor aún, puesto que ultiman al jefe — la obra vandálica de los españoles en la posesión de aquél. Antes del mediodía reaparece la partida, braveando todavía y desafiando a enemigos invisibles, cargada de un cuantioso botín; con trescientas cabezas de ganado mayor e incontable número de ovejas, se inicia la reconstitución de los bienes de Huenquelao. Lo demás — víveres, matras, macuñes, prendas de plata, herramientas — se distribuye entre los participantes del malón. Alejo observa con disimulo la fisonomía de su suegro; pero no logra sorprender en ella la menor expresión de complacencia.

Sólo entonces entra el caudillo a preocuparse por lo que pudiera llamar — con expresión propia de este siglo — los intereses de su corazón. Se deja conducir por Pichunmán junto al rústico palomar que ha instalado en lo alto de un viejo tronco de canelo y que con no poco sacrificio y suerte consiguió librar de la furia destructora del enemigo. Allí tiene su nidal hasta una docena de tórtolas y torcazas, aguachadas primero y luego amaestradas con increíble prolijidad por el indio trashumante. Reciben el

alimento de manos de su maestro y amo, en cuyos hombros se posan descuidadas, atienden a su voz, y éste ha conseguido — por lo menos de algunas — que entiendan cuando se las distingue por sus nombres. Las tórtolas, más pequeñas, de un suave rojizo en su plumaje gris, son de índole más dócil, pero menos inteligentes. Las torcazas, bravías hasta resistirse a la reproducción en cautividad, han acabado por dar, gracias a una paciente selección, mucho mejores resultados. Paulatinamente ha ido el baquiano estimulando y afirmando en ellas el maravilloso instinto de orientación, que en mayor o menor grado poseen todas las palomas. Explota para ello su arraigo a la querencia, su apego a la pareja y hasta su natural voracidad. Primero desde cortas distancias, y desde mayor espacio cada vez, ha ido largando los machos, que partían sin vacilar, en línea recta, de regreso a la casita erigida sobre el poste. Al arribo de Alejo, ya el éxito del amaestrado es completo; ya ha realizado ensayos felices desde la otra banda del Bío-Bío, y sólo espera una ocasión para entregarle el fruto de sus trabajos. El Toqui le da las gracias, conmovido, y sin más retardos hace entrar en juego a la Papay, que no deseaba otra cosa. Con entusiasmo superior al peso de sus largos años toma la vieja a su cargo la parte decisiva de la prueba.

—Y ¿no tienes miedo al Padre Abdullio? — le pregunta Alejo.

—Procuraré que no me vea. Y si me ve ¿qué importa? Como no llevo ninguna carta, pues..., me registrarán en vano.

Como en los cuentos de hadas, en que ella misma es una autoridad, emprende la marcha hacia el Palacio del Rey, llevando a cuestas la carga de los regalos encantados para la Princesa Cautiva...

—¡Ve con Dios, mi llalla! — le dice el Toqui — ¡y que te vaya bien, porque es como si nos fuese bien a todos!

Además de las especies que son el objeto y pretexto ordinario de su comercio — flores, frutas y bulbos silvestres, alhajas de plata, cacharrillos pintados y algunos tejidos de lana — la falsa traffiñ lleva ahora una pareja de hermosísimas torcazas, las mejores alumnas de la flamante escuela del indio Pichunmán: grandes, fuertes, de un gris azulado el sedoso plumaje del lomo y la pechuga;

de esbeltas pero recias patas, de un rojo purpúreo; el cuello de un verde-violeta metálico, tornasolado, finísimo; las pupilas de oro, vivas y redondas como ávidas de ganar horizontes; la cola en abanico y las amplias alas, vencedoras del viento, ribeteadas de negro... Su maestro ha llegado a alcanzar con ellas, al través de ríos, bosques y cañadas, velocidades portentosas.

—Yo te respondo — afirma Pichunmán, — mientras la silueta de la vieja india, con su jaula y su pilhua, se pierde en un recodo del camino — de que si el mensaje sale de La Concepción, el mensaje llegará a tus manos. Salvo que...

—¿Qué?

—Tú sabes. La montaña está llena de aves de rapiña. Para un pirata de los aires, una paloma es un bocado exquisito...

Juan Yuyo, presente a la escena desde el primer momento, sonríe. Y acaso hasta aventurase una salida de las suyas, a no observar la gravedad que ponen en el rostro de su Keneral, el doble pliegue del entrecejo y el fruncimiento de los labios.

Incapaz de someterse a una inacción que le parece suicida, el Toqui despacha un werke a su aliado, el jefe de los pehuenches, proponiéndole una entrevista destinada a combinar un plan de ataque definitivo contra La Concepción. Pero Maqueupu, aprovechando la época propicia, ha transmontado la cordillera y se halla, posiblemente, tratando de marchar sobre Mendoza. Entonces, — ya que no cuenta con las fuerzas para afrontar él solo las responsabilidades de semejante empresa — se propone dedicarse a estorbar, por el sistema de montoneras y guerrillas, los trabajos que S. E. llama de pacificación. Ya no presenta ni acepta batalla campal; pero sus tropas, organizadas en partidas, de cien o más hombres — que operan tan pronto en un sitio como en otro, amagando fuertes, rapiñando ganados, cayendo de improviso sobre grupos de viajeros y convoyes de carretas — llegan a cansar y exasperar a los castellanos. Estos, en verdad, a pesar de su valor, tantas veces probado, no se deciden a desguarnecer las poblaciones y las fortalezas para responder en el campo mismo a esa guerra que es, más que de soldados, de bandidos. Alejo hace recordar ahora al Toqui Lientur, a quien se

llamó *El Duende*, porque parecía poseer el dón de ubicuidad. Sus enemigos temen, y no sin razón, que al quedar las plazas desprovistas de defensa, intente atacar y tomarse a la misma Concepción.

La vida, como es fácil comprenderlo, se hace así imposible para los colonos. La inseguridad de los campos va aumentando su despoblación. Ya nadie quiere — ni puede — residir en sus estancias y en sus fundos. Llevados de su furia bélica —y más que todo de sus instintos de rapiña — los indios, desobedeciendo las instrucciones expresadas de su Generalísimo, han llegado a amagar las Misiones de San José y de Postahué. Escasean los víveres frescos en todos los centros poblados, porque es toda una hazaña su acarreo desde las pocas haciendas, donde se ha alcanzado a cosechar. El comercio está muerto: ni los indios acuden a la feria en las ciudades y villas ni los españoles se atreven a internarse en un territorio recorrido por las montoneras.

Sobreviene el invierno, que es crudísimo y establece como un armisticio involuntario. Ni repiten los españoles sus campeadas, ni las huestes de Alejo vuelven a aparecer al norte del Bío-Bío. S. E. se dirige a Santiago, llamado por una de las eternas intrigas sociales y burocráticas que fueron la peste de las administraciones coloniales.

Lo cual no quiere decir que el caudillo se crea con el derecho ganado a una confianza excesiva. El recela siempre, y, como necesita reanudar cuanto antes sus faenas de polvorista, resuelve afrontar con la mayor premura los trabajos de fortificación del rehue.

Merced a su voluntad siempre en tensión y sus dotes de organizador, piensa dejar, en unos cuantos días, convertido en inexpugnable ciudadela aquél paraje que, aprovechándose de un descuido imperdonable, ha sido arrasado por el ejército enemigo.

Mientras tanto Pichunmán, de la mañana a la noche, otea el horizonte. Observa Alejo sus movimientos, no menos impaciente que él, aunque por otra causa... El indio espera, con el amor propio del inventor y del artista, ver llegar de pronto alguna de las aladas mensajeras. Distingue desde lejos, por detalles como la envergadura o el ritmo del aleteo cualquiera especie de volátil, y a sus discípulas las reconocería, aunque no afectasen más que un punto insignificante en el espacio. Siente su dignidad

comprometida en el ensayo... Yuyito está también preocupado; pero más que a las lejanías, atisba el semblante de su jefe, anheloso de ver aparecer en él la lumbrarada juvenil de una sonrisa.

Por fin, una tarde, a la hora de iniciarse el descanso cotidiano, Pichunmán que conversaba con Alejo y el corneta, se interrumpe de improviso y quedase mirándose fijamente a lo alto en dirección al norte.

—¡Mensaje tenemos, mi Keneral! ¡Lo juro!

Hállanse los tres casi junto al palomar y oyen distintamente el monótono arrullo de los machos, alto y agudo como un acorde de ocarina el de las tórtolas, más bronco y sordo el de las torcazas. El indio continúa mirando hacia arriba, donde se ven revolotear palomas, golondrinas, tordos, y hasta tratando de confundirse entre ellos, algún pájaro rapaz

Una sombra rápida se traza de súbito en el suelo, a modo de fugaz pincelada y los tres ven a la paloma mensajera caer como una flecha sobre la corniza de su palacete de madera.

—¿Mensaje? — dice Alejo con el ansia en la voz y en el gesto.

—¡Mensaje! — grita Pichunmán —. ¡Ya lo decía yo!

Y ávido de contrastar el éxito, bueno o malo, de sus paciente enseñanzas, abalánzase a recibir a aquel cartero alado, que acaso trae envuelto entre su plumaje tornasol el secreto del destino de dos pueblos en lucha. Corre, desolado, al palomar para volver casi en seguida, trayendo consigo la avecilla fatigada todavía, y como trémula, de aquel largo volar. No menos que su corazoncillo palpita el corazón del indio...

—¡Ve, tú, mi Keneral! — grita al caudillo — que seguido de Juan Yuyo, se ha abalanzado a recibirlo.

Y le enseña la paloma, una de cuyas patas, de encendido púrpura blanquea. Es un diminuto papel que allí le han arrollado y que desprendido y desplegado por Alejo, deja leer el siguiente lacónico mensaje:

"Papay aprehendida y procesada por espionaje y brujería. Procuro salvarla.— M. F."

—¡Maldición!

Esta interjección violenta resume la cólera, y el dolor que hacen presa en el ánimo del Toquí, y que barren, como

lo haría una racha con las flores de un jardín, con la alegría y el orgullo que acaba de experimentar.

—Yo debí sospecharlo — dice. — Yo no debí permitir que la Papay volviese por La Concepción. De todos modos, Pichunmán, hay que felicitarte: el triunfo ha sido completo.

—¡Gracias, mi General!, dice el baquiano.

—Préparate ahora a partir inmediatamente. Lleva, si quieres, caballo de repuesto. Vas a ir a Postahué, con una carta mía para el Rector de la Misión, que allí han establecido los jesuitas. De lo que él te responda, depende que regreses aquí o, en conformidad a lo que disponga él, sigas viaje hasta el campamento de los huinkas que, según mis noticias, deben hallarse operando en la actualidad, entre las plazas de Yumbel y Buena Esperanza.

—Muy bien, mi General.

—Escucha. Si atiende a mi súplica, el Padre Vicente tendrá que darte una carta para entregarla personalmente junto con la mía, al Corregidor de La Concepción, Capitán don Martín de Irizar, Jefe de la división del norte. Con La Concepción no hay que contar, pues está allí como Jefe de la plaza, el peor y más feroz de mis enemigos, el viejo chivo del Capitán Zúñiga Arista. Odia a todos los indios, pero especialmente a mí.

Pichunmán se aleja en busca de una cabalgadura y avíos, en tanto que el caudillo se dispone a escribir sus cartas, y Yuyito — que quiere, filialmente, a la Papay — se estruja la imaginación tratando de urdir alguna intriga que le permita arrancar a la anciana de las garras de la prisión y de la muerte. Alejo conoce mucho al Padre Vicente, Rector de la Misión, y recuerda haber atendido en más de una ocasión sus quejas por desmanes y tropelías de los indios. Además, fué ese sacerdote, con el ilustre Padre Rosales, quien intervino en las gestiones de un canje de prisioneros propuesto por los jefes españoles y realizado luego a su entera satisfacción.

El, que cree conocer a los españoles y, entre ellos, a los del tercio de La Concepción, no abriga ninguna duda respecto a la forma cómo ha de resolver el caso don Martín de Irizar, hidalgo y vascongado, todo en una pieza. Pero no consigue estar tranquilo y va en aumento su nerviosidad a medida que las horas pasan, y pasa un día y otro

día, sin que se sepa nada, ni de la suerte de su emisario, secreto, ni del resultado positivo o negativo, de las gestiones encomendadas a su discreción. En estas circunstancias y cuando Alejo no halla qué hacer ni qué pensar, ve una tarde acercársele a Juan Yuyo, saltando de gusto, como un perro que ha vuelto a dar con el amo que creía perdido:

—¡Mi Keneral! Llalla Papay volviendo... ¡Yuyo encontrándola camino!

En efecto, sobre la loma que cierra el paisaje por el lado norte, se ve asomar la silueta de la anciana avanzar, doblada al peso de su chaihue repleto, pero activa e inquieta como siempre. Su rugosa cara, sus ojillos vivaces, sus manos ágiles, todo su cuerpo irradia satisfacción y contento. Nadie, al verla, adivinaría las peripecias de muerte por que acaba de pasar. Y declara, sonriendo, que su expedición no puede haber sido más feliz. Se ha deshecho de todas sus mercancías y trae, en cambio, un sin fin de baratijas codiciadas de los indios. Además, trae informaciones...

—¡Pero, cuenta! ¡Cuenta! — le dice el caudillo interrumpiéndola. — ¿Que te pasó? ¿Cómo es que te apresaron? Y ¿a quién debes estar libre?

—Bien sabes que estaba amenazada desde la otra vez. Al principio anduve con suerte, porque Patiru Abdulio hallábase en el campo. Pero cuando me preparaba a regresar, me divisó en la calle y aquel mismo día me cogieron los corchetes.

—¿Te llevaron a presencia del Capitán Zúñiga?

—¡Viejo tremendo! Gritó, vociferó, dijo pestes de todos los indios, golpeó la mesa con el puño, se tiró los pelos de la barba... Me declaró que quería verse contigo cara a cara y que si pudiera, te comería los hígados.

Ante el buen humor de la anciana, Nanku no puede menos de soltar el trapo. Y nada más espera el impagable corneta para hacer otro tanto.

—Pero ¿cómo te has librado?

—Chiñurita María Francisca. Nada más.

Y relata la india, con lujo de detalles, hasta qué punto se impresionó la joven con la noticia de su prisión y su proceso y cómo desde aquel momento se negó a tomar descanso y se manifestó dispuesta a mover cielo y tierra en

favor suyo. Habló primero a la señora de Irizar, su madre, luego a su confesor, haciéndoles ver la monstruosa ingratitud que significaba semejante conducta para con esa pobre vieja que, con sus hierbas silvestres, había curado a doña Isabel de Vivar y, más tarde, había hecho por ella misma, por María Francisca, lo que médico alguno no pudo hacer. No contenta con esto, visitó a Su Señoría Ilustrísima, el Obispo de la Imperial, al Rector de los jesuitas, Padre Diego de Rosales y se coló, sin miedo, a carraspeos, ni a perillas con polvorazos, en el despacho del mismísimo Jefe de la plaza. Y, finalmente, por si estas gestiones resultasen insuficientes, envió un propio, con una carta a su tutor y padrino, el Capitán de Irizar.

—De modo que, además del delito de espionaje, te imputaban el de brujería.

—Eso me salvó, porque lo primero pudieron haberme lo probado, mientras que lo segundo no tenía más base que el bien que yo había hecho a dos personas de situación, devolviéndoles la salud con la infusión de algunas de mis hierbas.

—¿Quién dispuso, al fin, tu libertad? No sería el Capitán Zúñiga.

—¡Quiá! Ese estaba ya encargando leña para la hoguera en que deberían quemarme... La orden de soltarme llegó del norte, del campamento de los huinkas, firmada por el Corregidor.

—¿No te impusieron condiciones?

—Ninguna, salvo juramento de no volver por La Concepción en lo que me queda de vida.

—¿Y en realidad no volverás?

—¡Psh! Junto con Juan Yuyo...

—¿Qué dices?

—Volviendo Consesión — dice el aludido — cuando m̄apuches tomándola, cuando siendo nuestra.

—Me parecè muy bien — dice el Toqui.

Y dirigiéndose exclusivamente a la vieja nodriza, si-gue interrogándola.

—¿De modo — le dice — que la viste a menudo? ¿Qué hablaste con ella?

—La vi, sí, y hablé con ella varias veces. Está hermosa como nunca... ¡Si la pudieses ver! Se había recluso en el Convento; pero salió de allí, porque la vida de encierro le sentaba mal y estaba desmejorando mucho.

—¿Te recibió sin dificultad el obsequio?

—Se negaba a aceptarlo, aun cuando le dije que las palomas eran de la montaña y que habían sido aguachadas y amaestradas especialmente por ella. Después quiso darme dinero, que me negué a aceptar, naturalmente. Le pedí que me perdonase; pero que una pobre vieja india, como yo, no tenía otro medio de expresar sus agradecimientos por las oraciones que ella dedicaba a la difunta, a quién yo tanto había querido y recordaba. Entonces fué cuando, viéndola emocionarse, le dije que si alguna vez se le ofrecía comunicarse contigo, haciéndote con ello el más feliz de los hombres, no tenía más que atar el mensaje al cuello de alguna de esas aves y soltarla a volar....

—Veo que sabes mucho. ¿Y ella?

—Se calló por largo rato, suspiró, y finalmente, me comunicó que volvería pronto al Convento para no salir ya más.

—¿Sabes una cosa, Papay?

—Tú dirás.

—Que va a ser preciso que al frente del grueso de mi ejército vuelva a ponerle sitio a la ciudad.

—Antes debiste hacerlo. Muchas veces te lo he dicho.

¿Sabes por qué me tomaron los huinkas y parecían dispuestos a darme el portante? Pues, porque los tienes locos con el daño que les haces en represalia de su última campeada. Todo se les vuelve injuriarte y maldecir de ti, y hasta han echado a correr que tú, renegando de tu religión y olvidando lo que debes al Padre Rogelio, que había sido tu maestro, saqueaste y destruiste la Misión que el santo varón tenía establecida en tierras de los tehuelches.

Ante semejante ineptia, el Toqui Ñanku, que bien seguro está de sus sentimientos de cristiano y caballero, se encoge de hombros sonriendo.

—¿Y nada más oíste?

—Que niña María Fransica ha tenido muchos pretendientes.

—La miel atrae a las moscas.

—Entre ellos el lindo don Andrés de la Riva, a quién Dios confunda, lo mismo que a su tío, el Canónigo... Pero ella los ha rechazado a todos.

—¿Lo sabías?

—Lo supongo. Porque de otra manera, no estaría pre-

parándose para hacer sus votos. ¿Y nada más tienes que decirme?

—Que decirte, nada más — responde con cierto misterio la anciana — pero tengo, en cambio, que darte una cosa sumamente importante.

—¿A ver?

Del fondo de su chahúe desbordante de baratijas, la Papay extrae un sobre que se apresura a entregar a su destinatario.

Con nervioso impulso, casi arrancándose, la coge Alejo, la rompe y lee para sí:

“Alejo:

“Con la misma mensajera que me enviaste y que a duras penas he conseguido poner en libertad, te escribo, no para responder a declaraciones, que ya están fuera de lugar, sino para hacer un llamado — el primero y el último — a tus sentimientos de humanidad. El hecho sólo de que lleguen hasta ti estas líneas llevadas por tu antigua servidora, demuestran que no están negados a esos sentimientos los que tú odias y combates, como si no fuese suya la mitad de tu sangre. La presencia de la Papay al lado tuyo te probará que no somos aquí extraños a los movimientos de la gratitud y que hasta somos capaces de ahogar el natural impulso de la represalia.

“No le escribo al Jefe rebelde, que desde hace tres años viene azuzando contra nosotros el odio de los indios. Le escribo a Alejo de Vivar, el hijo de la desgracia de aquella, a quién quise y admiré como lo habría hecho con mi madre, si la hubiese conocido; de aquella santa que en toda su vida, puede decirse, que no tuvo un minuto de paz, ni de dulzura. Le escribo al que fué soldado distinguido de los tercios de La Concepción, y no porque piense que le hagó un honor, sino sólo para preguntarle, si él cree que su actitud y sus procedimientos de guerra son los más adecuados para dar con el camino de mi corazón.

“¿Cómo se atreve a pensar en una española, el hombre que hace lo que has hecho tú al frente de tus hordas en Purén, Angol y Nacimiento? ¿Qué otra cosa que odio se puede sentir por el caudillo que no respeta la vida de las mujeres y de los niños y que profana los cadáveres,

poniendo las cabezas en alto, a la orilla del camino? ¿Cómo puede pretender el amor de una cristiana, quien al proponerse asaltar a La Concepción, lo hace a sabiendas de que falta a su palabra de honor, de que está violando una promesa hecha junto al cuerpo todavía tibio de su santa madre?

No aludo a la destrucción de la Misión de Nahuelhupa — que también te atribuyen — porque me resisto a creerte capaz de semejante atrocidad. Yo sé por doña Isabel, lo que fué para ti el Padre Rogelio, y cómo le has querido.

“¡Alejo! Como ha de ser éste el último mensaje que de mí te llegue, no tengo reparo en confesarte que has sido tú, el único cariño de mi vida, que has sido tú, quién despertó al amor mi corazón; pero que es tuya y sólo tuya, la culpa de que ante la fatalidad de nuestros destinos, yo prefiera desaparecer del mundo y sepultarme en la celda de un convento. Adiós, Alejo, y ojalá me libres de la pena que no quería tu pobre madre para sí; la de verte morir de la muerte afrentosa que deparan los nuestros a los indios rebeldes.

“Adiós, y que el Señor mueva con un rasgo de piedad tu corazón.— MARIA FRANCISCA”.

Sin pronunciar una palabra, Alejo besa el papel y se lo guarda. Le parece imposible tanta felicidad. Despide luego a sus servidores que aun se entretienen en mimar a la mensajera, y se dirige a su ruca.

—Ya os llamaré — les dice. — Estad alerta.

Tiéndese en su cahuito, enciende su quitra y con la carta desplegada sobre el pecho, se entrega a divagar. ¡Ella le ha escrito! No importa que sea para condenarle a muerte, cerrando las puertas a toda posible esperanza. Vive aún, alienta todavía en el mundo; ha pensado en él; confiésale que él ha sido el primero y será el único amor de su vida... ¡Oh! no pasa, pues, de ser un fantasma, nada más que un fantasma, ese rival de que se le ha hablado, ese odioso pisaverde que no contento con estorbarle el paso en su carrera militar, pretende ahora, según el rumor callejero, hacer su esposa a la que él adora como a un ángel! ¡Pero qué injusticia la suya al reprocharle que ha faltado a su palabra de honor, de soldado y caballero! Ha jurado, ciertamente, sobre el puño de su espada, no

atacar a La Concepción; pero doña María Francisca olvida que al arrojarlo ella de su lado, injuriándole, mostrándole, como si fuese Luzbel mismo, la cruz de su rosario, desconociéndole, en fin, su condición de caballero y de soldado, lo ha lanzado al abismo de la desesperación, que hace al hombre irresponsable. ¿Puede hablarse de honor al réprobo que cae fulminado en las tinieblas? No advierte la hermosa y adorable criatura que, de quererlo, Alejo habría podido veinte veces, en el curso de aquella noche inolvidable, tomarla simplemente como presa de guerra, llevársela consigo y hacerla suya, saciarse de amor en su boca virginal, con la complicidad de la montaña entera...

Y puesto que ahora, al borde ya de ese museo de sombras que es el claustro, el corazón se le salta a los puntos de la pluma para confesarle que también lo ama, ya al caudillo no puede importarle lo demás: el Dios de los cristianos, que es su Dios, lo perdonará, sí, lo perdonará, cuando él, logrando dar realización al gran sueño de su juventud, creando al fin el *Imperio de los Aucas*, le arrebatte a la más hermosa de sus siervas espirituales para colocar en sus sienes, en vez de las monjiles tocas de la Orden Trinitaria, la áurea diadema de Emperatriz de un nuevo pueblo católico.

—¡Mi Keneral! — dice a ese punto Juan Yuyo, cuadrándose militarmente a la entrada y con la mano a la altura de la frente.

—¿Qué dices? — le pregunta Nanku, como si despertase de un sueño.

—Pichunmán ha regresado y pide ser recibido por mí Keneral.

—¿Pichunmán? Que pase.

—Ya sé que ha vuelto la Papay, sin novedad, — dice el rastreador, después del cambio de saludos de ordenanza.

Y agrega, pasando a su General un pliego cerrado:

—Esto se me ha dado para ti, de parte del Señor Corregidor.

Después de leerlo, guárdalo el Toqui sin hacer comentario. Es una comunicación, por la cual se hace saber, en forma seca e impersonal, que han sido impartidas las órdenes del caso para que, considerándose la prisionera de

guerra, se conceda libertad a la Papay, indígena de la reducción de Huenquelao, sin otra condición que la de no volver por la ciudad, bajo ningún pretexto. A instancias de Alejo, Pichunmán hace entonces el relato de sus gestiones y se manifiesta satisfecho del trato recibido, especialmente de parte de los padres de la Misión de Postahue.

—Son buena gente — dice el Toqui.

—Pero son huinkas.

—¿Qué tal te encuentras para ir a hacer un trabajo a La Concepción? — pregunta de improviso el jefe al soldado, mirándole fijamente, como si le iluminase una idea repentina.

—Yo haré lo que tú me mandes, como siempre.

—Es preciso meterse en La Concepción de cualquier modo, entregar secretamente un mensaje a la persona que te indique y traerme informaciones completas de la plaza.

Acaba de ver con una claridad nítida la solución de todos sus conflictos. Todo consiste en activar la ofensiva, con más hombres y con nuevos elementos; hay que acosar al enemigo, cansarlo, exasperarlo, gastar su moral y finalmente, ya sellada la alianza con los jefes arribanos, caer de sorpresa, con el grueso de su ejército sobre La Concepción, no para destruirla sino para imponer al vencido las condiciones de paz.

—Ya sé lo que debo hacer — contestó Pichunmán.

—Dímelo.

—Con mi perro y un loro viejo y parlanchin, más viejo que la Papay, que he visto en una ruca; con un kultrun y una pivilca, estamos del otro lado. Haré el payaso por las calles. La gente en La Concepción es como en todas partes. ¿Quién va a pensar nada malo de un pobre diablo de indio musicante y sus dos bichos amaestrados?

—¡Listo, Pichunmán! Lo que es en mañas creo que sólo Juan Yuyo conseguiría aventajarte.

Al día siguiente, de mañana deberá partir el aventurero, seguido de su fiel *Colthau* y llevando a cuestras, además de su loro montañés — consumado poliglota — una nueva pareja de palomas mensajeras. Nadie, ni el propio entrometido corneta de órdenes, logra averiguar a qué ni a dónde marcha ni cuánto tiempo durará su ausencia. ¡Y el werke entretanto, devorando leguas con su paso siempre igual, haciendo resonar sus kelles por sobre la cham-

pa de vegas y mallines, salvando airoosamente atajos, más bien por instinto que por la memoria visual, llevará a La Concepción, entre las frases encendidas de una carta de amor, un ultimátum!

El caudillo empieza por agradecer la libertad y la vida de su buena y leal servidora; pero rechaza con entereza los reproches que se le dirigen y que considera injustos. «No pueden — dice — esperar los castellanos que se les trate con piedad, puesto que saben demasiado bien que la represalia es la ley de guerra elemental. Partió de ellos, no de mí, el asesinato de ancianos, de mujeres y de niños. Que te digan lo que hicieron y lo que habrían hecho, a haber podido, en la posesión de Huenquelao. Si el Gobernador estima que el escarmiento es una arma eficaz y saludable, ¿por qué no he de tener derecho a creer lo mismo y a proceder en consecuencia?

Me acusas de falso — continúa — porque has sabido que olvidando una promesa de honor intento asaltar La Concepción. No sé cómo tienes alma de hacer semejante acusación, tú que en aquella noche memorable, junto a los restos sagrados que velábamos, cruzándome el rostro con las peores injurias que te acudieron a la boca, me echaste de tu lado como lo harías con un perro. Aquella noche me pertenecías: eras mi presa de guerra, y jamás jefe alguno tuvo oportunidad más brillante de volver a los suyos con mejor trofeo ni de hacer mayor daño al enemigo. Estabas defendida por mi corazón y te salvaste.

«¡María Francisca! Ya no es hora de soñar, ni de rogar, ni de amenazar, sino de proceder. Ñanku, el que tú despreciaste; Ñanku, el que tú comparaste con Satanás; Ñanku, el que tú con tus blancas manos virginales quisiste hundir para siempre, sábelo bien es ahora más poderoso que nunca. Son ahora sus aliados casi sus servidores, todos los apo-ülmenes y caciques desde el Maule al Tol-tén; la tierra entera de Arauco está sobre las armas, y el día que yo quiera caerá La Concepción aplastada por una tempestad de lanzas implacables. ¿Pero qué digo lanzas? Como nos apropiamos antes de los caballos, tenemos ahora lo que nos faltó siempre: armas de fuego. Ya no existe la ventaja inmensa que este elemento daba a vuestros guerreros. Cuando pongamos sitio a La Concepción será cuando se estrenen nuestros artilleros y cuando

vean los castellanos que si alguna vez nos vencieron, no fué porque nos faltase corazón.

«Me dices que no le escribes al jefe rebelde, sino a Alejo es decir al mozo que tú conociste como soldado entre los huinkas. Y yo te replico, María Francisca, que sólo por un instante dejo de tener presente lo que has sido y eres siempre para mí, porque necesito que alguien entre los castellanos se dé cuenta de lo que significa la rebelión indígena sostenida por un ejército de cincuenta mil hombres agueridos provistos de armas de fuego. Yo no puedo traicionar a los míos. Pero dejando los intereses de mi causa — y los de mi corazón — al pedirte que enseñes estas líneas a los jefes castellanos, a ver si, dejando ya de mirarme por encima del hombro, se avienen a concertar un armisticio que sería tal vez el primer paso hacia una paz honrosa. Bien sabes que yo no hago la guerra por la guerra. Yo quiero la libertad para los míos, la integridad del suelo heredado de nuestros mayores, como punto de partida de la futura nacionalidad mapuche. Sé tú, pues, mi intermediaria. Sirve a la causa de los tuyos y brinda esta oportunidad única de abrirse camino a mis ambiciones de hombre y de soldado.

«Cítame a donde quieras y acudiré en el acto haciendo honor al honor castellano y a los sentimientos de tu corazón de mujer, sin una sombra de temor o arteria ni traición alguna. Pero si guardas silencio, lo interpretaré como que sigo siendo para ti el individuo que echaste de tu lado como a un ser indigno de estar en tu presencia, y en ese caso activaré las hostilidades, haré un supremo esfuerzo y llegará muy pronto el día en que el Toqui Nanku entre a saco en La Concepción y obtenga por la violencia lo que de otra manera le ha sido rehusado.

«Está en tus manos, en tus adorables manos tu destino y el mío, y acaso el de todo el Reino de Chile y el del futuro Imperio de los Aucas».

Lo primero que hagas será entregar este mensaje ¿verdad? — pregunta Alejo al werke con natural nerviosidad de enamorado.

Sonríe el indio por lo bajo con esa socarronería especialísima que aun suele verse en la expresión de nuestros huasos y responde:

—Eso será lo último.

Y como Alejo abriese los ojos manifestando perpleji-

dad, agrega, ya al trotecillo por el camino de La Concepción:

—Todavía no es tiempo de que mi pescuezo conozca el roce de la sogá... Hasta la vuelta mi General! ¡Anda, Colthau!

Alejo se queda mirándole. A la media luz del crepúsculo, sobre la cinta cenicienta del camino y entre el doble telón verde de los grandes árboles, Pichunmán, con su loro al brazo y su jaula a las espaldas, tocado de chillonas plumas y vestido con pintorescos atavíos, hace la más rara figura.

—¿Qué dices de esto, Juan Yuyo? — pregunta a su corneta que lo mira alternativamente a él y al mensajero, como deseando inquirir.

—Que me da envidia Pichunmán — dice. — ¿Y a qué va a La Concepción?

Pero la pregunta queda sin respuesta.

* * *

Habiendo advertido de parte de su suegro y sus cuñados, una reserva que disimulada al principio, se hace cada vez más ostensible, opta por prescindir de ellos. Ya no les consulta para cosa alguna ni se cree obligado a comunicarles sus propósitos. Hasta piensa ya en abandonar el paraje de Quilleco, para ir a instalarse con sus mujeres, sus hijos y sus servidores al antiguo rehue de su finado padre el cacique Curivilu.

Resuelto a formalizar cuanto antes la proyectada alianza con los caciques arribanos, hasta entonces reacios, corre de nuevo a ponerse al frente de los trabajos de elaboración de pólvora. Hace conducir al sitio de la faena las armas de fuego con que ya cuenta, estropeadas y casi inútiles en su gran mayoría. Acompañanle, con su corneta de órdenes, los mismos diez fieles y probados hombres de pelea que participaron de sus peripecias al otro lado de los Andes. Solo falta a la lista el incansable Alcamán, que cumple su misión más allá del Bío-Bío, en los campos propicios a Inaqueupu.

Los arribanos lo reciben entre palmas, disputándose el honor de auxiliarle con hombres y elementos de trabajo. Aprovechándose de esta magnífica disposición, monta junto a la fábrica una maestranza, algo primitiva, es verdad, pero con la suficiente capacidad para restaurar el variado

aunque viejísimo arsenal captado al enemigo. Los peñiles ascienden así de simples herreros y herradores a mecánicos y armeros.

Pero tener pólvora, armas y cartuchos no es más que la primera parte de la empresa. Hay que enseñar a los indios el manejo de cañones y mosquetes, familiarizarlos con aquellos endiablados artefactos a los que siempre han temido como a una misteriosa fuerza emanada de los brujos. Pacientemente, recordando en sus trabajos a Pichunmán consigue al fin Alejo preparar un centenar de recios mosqueteros y adiestrarlos en los ejercicios de puntería. Juan Yuyo es de los primeros en aprender; pero su endeble físico lo obliga a tirar siempre de mampuesto: no puede con la pesada máquina de muerte. No es el Toqui igualmente feliz con la artillería: cañones, obuses, cureñas y culebrinas han llegado a tal condición de deterioro que se hace imposible sacar de ellos el menor provecho.

No merma por eso el entusiasmo de los nuevos aliados del mestizo. En un gran parlamento que se celebra en el sitio mismo de la fábrica y al que concurren ülmenes y caciques desde parajes que ocuparon las ciudades de Villarrica y de Osorno — a la sazón destruidas — se jura solemnemente poner a las órdenes del Toqui Nanku hasta cuarenta mil hombres de pelea, con los que él, por su parte se compromete a entregarles La Concepción y Valdivia y fijar el río Itata como límite norte del Estado de Arauco.

Traída por Alcamán llega la noticia de que Inaquepu vuelto de la otra banda, ha dado una nueva brillante batida por los campos del Ñuble, del Maule y del Itata, realizando con éxito completo el mismo programa de sus incursiones anteriores: saqueos de estancias, raptos de mujeres, robos de ganados... Mata de un lanzazo al Capitán Sebastián Pavón, en Iñihue. Despachado en su persecución, desde Conuco, el Capitán don Juan Barrera, al frente de un escuadrón de caballería y de los indispensables indios auxiliares, es envuelto y derrotado en toda la línea por el audaz y aguerrido jefe pehuenche, que se retira a sus posesiones cordilleranas llevándose un rico botín y numerosos prisioneros. Inmediatamente piensa Alejo que es llegado su momento y se apresta ya a ponerse en marcha, cuando por informes confidenciales de Pichunmán, que aparece de pronto, sabe que el Gobernador en persona viene al sur en busca suya, deseoso de vengar de una vez por todas las trope-

lías de los indios y resuelto a hacer un último y supremo esfuerzo para capturar vivo o muerto a quien los instiga y dirige.

—¿Sí? — dice Alejo, irónicamente. — Entonces los esperaremos; pero no a brazos cruzados. ¡Lástima grande que no podamos todavía recibirlos a cañonazos!

—¿Todavía no se cuenta con pólvora?

—Sí. Pero no tenemos obuses ni cañones. Los que hemos desenterrado están inútiles.

—Habrá que ganárselos en el campo de batalla — insinúa Pichunmán.

—O ir a buscarlos a La Concepción — replica Alejo con aplomo.

Después pregunta:

—Y cuenta, Pichunmán. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Te costó mucho cumplir la misión? ¿Corriste algún peligro?

—A todo se puede responder del mismo modo: que ni poco ni mucho, — contesta el espía. — La niña estaba otra vez en el Convento y no era cosa fácil verse con ella a solas. Tuve que valerme de ese demonio de negrilla, *La Mocha*, que hace linda pareja con Yuyito. Por ella supe otras cosas...

—¿Cómo por ejemplo?

—Que el Canónigo se había decidido al fin a solicitar del Corregidor la mano de su ahijada para su sobrino el Alférez.

—Sí. ¿Y?...

—Que la niña había dicho nones, fundándose en que ella no podía merecer a un caballero tan cumplido como don Andrés, digno de ser consorte de una princesa real.

—¡Y el tonto se lo habrá creído!

—Las calabazas del Alférez han sido la comidilla de las tertulias este invierno. Dicen que el Tío Toño, el tiritero, tiene preparada a propósito una farsa para estreñarla en honor de S. E. al regreso del campo de operaciones. Parece que el tal don Andrés que no es muy querido...

—¿Por qué lo dices?

—Los chicos habían inventado un refrán que le cantaban a grito herido por las calles, y que decía más o menos:

Calabaza una — da fortuna...
 Calabazas dos — las da Dios...
 Calabazas tres — ¡Don Andrés!

Y apretaban a correr...

Alejo ríe de buena gana, aunque no puede decir que es más feliz que su rival.

—¿Y cómo lograste hacer llegar la carta a su destino? — pregunta luego.

—*La Mocha* se encargó de llevarla, encantada de que la tomaste por persona importante. Pero...

—¿Pero, qué?

—Tuve que regalarle el loro.

—¡Vaya!

—Y como ya no lo necesitaba... Allá se las compongan en casa del Corregidor para hacerlo callar. En *La Concepción* tenía loco a todo el mundo, especialmente cuando le daba por soltar blasfemias en castellano y en mapuche.

—¿De modo que se divirtió contigo la gente?

—Puede decirse que estuve de moda, y nadie pensó en hacerme ningún daño. *Colthau* se portó también como una gran persona. De todas las casas me llamaban para que el perro les hiciese gracias. Y hasta me salvó la vida...

—¿Qué estás diciendo?

Pichunmán cuenta entonces que, a consecuencia de ciertos agasajos excesivos que se le hicieron en una taberna, se quedó dormido en plena calle...

—Ya he visto que te gusta demasiado el pulque, Pichunmán.

—Tengo mala cabeza, mi General, — arguye el indio con esa tendencia tan natural en los viciosos a encontrar atenuantes a su debilidad. — Y además, estoy seguro de que aquella vez le habían puesto algo extraño a la bebida... El caso es que caí por tierra largo a largo y que no supe de mi alma hasta que no desperté, quizá de frío, ya bien entrada la noche. *Colthau*, sentado a mi cabecera, ora gruñendo, ora ladrando, había impedido toda aproximación sospechosa. No me faltaba nada: ni la jaula con la pareja de palomas, ni el loro sabio, ni tu carta, mi General, que no había entregado todavía.

—¡Muy bien. Muy bien, Pichunmán! Tienes un perro que vale por más de un hombre. Pero, ¿no me traes otras noticias de importancia?

—Se sabía en La Concepción que estaba próximo a zarpas de Valparaíso un gran barco procedente del Callao.

—¿Un barco, dices?

—Sí; con tropas, armas, municiones y víveres para el ejército del sur. Más aun, dicen que trae unos sesenta mil pesos oro para pagar a la guarnición los sueldos atrasados.

—¡Pichunmán! — le grita Alejo a su auxiliar, con un tono y un gesto que llaman a éste la atención.

—¡Mande, mi General! — replica cuadrándose militarmente.

—Tienes que volver a partir. Ese barco no debe llegar a La Concepción ¿me entiendes? Los lafquenches de la costa del Maule, que son nuestros aliados, deben hacerlo zozobrar. Corre, Pichunmán; llévala la noticia, y diles que en cuanto lo divisen en el horizonte, aguarden la noche para atraerlo a lo orilla por el procedimiento que ya otras veces han empleado con buen éxito.

—¿Las antorchas encendidas? ¿Las fogatas?

—Exacto. Es lo más probable que la oficialidad del buque sea muy poco experta en los derroteros de estos mares. Procediendo con tino, sobre todo si hay marejada y la noche está obscura, la presa caerá en la trampa.

Pichunmán se aleja esa misma noche a caballo, sin abandonar la compañía de su fidelísimo escudero, tuerce hacia el noroeste, impaciente por tomar parte en la audaz aventura que su Jefe acaba de idear.

—Me iría contigo — le decía éste — pero, como comprendes, no debo moverme de mi centro de operaciones mientras no haya logrado sorprender el objetivo del enemigo. ¡Que te vaya bien, Pichunmán, y a ver si me traes un recuerdo del barco de los huinkas!

—Se hará lo posible, mi General.

*

* * *

Llega el verano y, como ve que no se ha realizado la amenaza de una nueva irrupción de los castellanos, el Toqui — ya de nuevo en el rehue de Quilleco — decide rea-

nudar seriamente la ofensiva. Pórtor Casanate ha atravesado, en realidad, el Bío-Bío, pero ha torcido en seguida hacia el suroeste, prosiguiendo sus trabajos de repoblación. Lleno de optimismo ante la tranquilidad en que ve los campos de la zona adyacente a La Concepción, ha ido desmantelando los fuertes que cubren el acceso a la ciudad y destinado el personal y el material cesantes al servicio de sus planes de penetración.

Más optimista que nunca ahora que se ve, por la calidad del armamento, equiparado al enemigo, Alejo siente cierta impaciencia por asestarle un golpe de sorpresa como sería el asalto a un fuerte o la captura de un destacamento. Pero dos acontecimientos imprevistos, contrariando su voluntad, vienen a favorecer la causa de los colonos: la enfermedad de Huenquelao. — que cae de improviso fulminado por una crisis de reblandecimiento cerebral y la peste de viruelas que se produce en las filas del ejército español.

Acaso esta afirmación parezca extraña, pero no a los que conozcan ciertos aspectos típicos de la mentalidad mapuche: el araucano se resiste a ver en las afecciones graves. — y especialmente en aquellas que escapan a sus rudimentarios conocimientos fisiológicos — fenómenos de orden natural, y se inclina irremediamente a pensar en la intervención de la brujería y de la magia, puesta al servicio de enemigos encubiertos. ¿Qué raro, pues, que el ataque cerebral que tumba al viejo y que no es sino un paso más en el proceso de una senilidad creciente se interprete como un maleficio? ¿Y por qué en la imposición de este maleficio no puede haber participado Alejo? En cuanto a la epidemia variólica, debe recordarse que no hay plaga ni achaque al cual tengan los mapuches más hondo y justificado terror. Carece de armas eficaces contra ella la extraña terapéutica de sus machis y ellos saben bien que no se salva (y eso con el rostro manchado y carcomido) más que una proporción exigua de atacados. Por eso, apenas llega a sus oídos que el nauseabundo flagelo empieza a hacer estragos entre sus enemigos, se dan a evitar con ellos todo contacto y van retirándose cada vez más y con mayor prisa hacia la montaña. Es en vano que Alejo les arguya que se trata de una manifestación de alianza de los dioses tutelares de la raza nativa. . . . Los indios, recordando los horrores de otras siniestras temporadas del mismo mal decla-

ran que prefieren por el momento dejar en manos de sus protectores invisibles la tarea de exterminar al huinka. Está visto que Alejo, más que con los hombres, lucha con la adversidad.

También ¡ay! con la adversidad luchan los colonos. Es en vano que con heroica entereza trate el Gobernador de sobreponerse a sus achaques. Es en vano que se esfuerce en elevar al Virrey del Perú y por su intermedio, S. M. Felipe V, informes optimistas sobre la campaña de pacificación de Arauco... Alguien, indio o blanco, negro o mulato, venido no se sabe de dónde ha traído el virus de la peste y lo ha sembrado entre las filas, de su ejército: el campamento es ya un simple lazareto, y el primer mes de epidemia ha causado más bajas que los tres años transcurridos desde la rebelión del mestizo.

Y como si fuese poco, se produce una de esas tragedias de la guerra que enlutan toda una sociedad y que en los hogares se recuerdan y lloran durante muchos años. Los indios lafquenches, del litoral del Maule, han realizado una hazaña abominable atrayendo por arteria a tierra al bergantín cargado de hombres, armas, viveres y dinero de cuyo arribo se tenía ya aviso por la posta de Santiago. Como tardase el barco en llegar—las tropas están impagas de sus soldadas—se comienza a sospechar de un naufragio, aunque nadie tiene luces respecto al verdadero carácter y al origen del siniestro.

La presencia en la ciudad de algunos indios vestidos con prendas de telas no conocidas en los mercados o comercios de La Concepción y cargados de abalorios y otras zarandajas, sirve a maravilla para aclarar el misterio: interrogados, los individuos dan explicaciones vagas y fingen no darse cuenta de lo que se les pregunta; pero sometidos a tormento, acaban por confesar todo: un werke del Toqui mestizo les llevó la noticia de aquel barco que pasaría pronto frente a la costa de los lafquenches e indicó el plan de apoderarse de él por medio de antorchas y fogatas.

Engañados por las luces, tomándolas por las de una población amiga, los marinos españoles fueron a estrellarse contra los farellones de la costa inhospitalaria, donde la saña de los indígenas, hábiles en toda empresa de rapiña y saqueo, compitió con la furia del viento y el oleaje y remató su obra. Ni un hombre de la dotación del barco, ni un pasajero logró salvar con vida. Ebrios de sangre y guar-

diente los indios coronaron su estruendosa bacanal de triunfo, ultimando hasta a las mujeres y los niños.

—¿Y el dinero? ¿Los caudales de que era portador el barco?

—No sé. Creo que le ha sido enviado, como tributo al Toqui Ñanku.

Al difundirse la noticia en la ciudad, la consternación es inmensa. Muchas de las víctimas estaban emparentadas con algunas de las más conocidas familias de La Concepción, de cuyo hogar venían a ser huéspedes y que por ellos se enlutaban ahora. Pero aunque no tuviesen vínculos de parentesco, son españoles, son cristianos, son hermanos suyos por la sangre y la religión aquellos desgraciados, y hay que sentir el trágico fin de su vida en poder de los salvajes. Sólo tres días dura el juicio sumarísimo que se sigue a los reos y a unos se les cuelga del Arbol de Justicia y a otros se les ata a la boca de un cañón. Además, se condena por bando a toda la población indígena, especialmente a los lafquenches, a la restitución de lo robado, so pena de ser aprehendido y ejecutado en el sitio, todo individuo en cuyo poder se encuentre alguna de esas prendas, aun cuando no haya sido autor ni cómplice del robo.

Alejo conoce estos detalles por Alcamán que, de vuelta de los valles del Maule, pasó por La Concepción y se escurrío ladinamente al ver que la cosa se ponía agria para los forasteros de sangre indígena. El caudillo sonríe complacido escuchándolo. Piensa que con la destrucción de Purén, Angol y Nacimiento, con la devastación de los campos con la maloca del cacique felón, y ahora, con el exterminio de ese barco y todos sus tripulantes y pasajeros, Huenquelao y él — y con ellos toda la raza — están sobradamente vengados de la campeada al rehue de Quilleco. Y piensa, además, que sería digna coronación de esta serie de acciones favorables a su causa una proeza grande, audaz, temeraria, susceptible de realizarse precisamente porque nadie se la imagina realizable: asaltar La Concepción al frente de un cuerpo volante de no más de trescientos hombres, y aprovechándose del espanto del primer momento, introducirse en el Convento de las Trinitarias y apoderarse de la novicia doña María Francisca del Valle, y ganar el campo con la preciosa carga sobre el arzón de la montura.

Jornada séptima

Entre las novedades con que se encontró Alejo a su regreso, debe contarse la presencia entre sus hombres de algunos antiguos yanacones o indios de servicio prófugos de La Concepción. El hecho era corriente y no habría llamado la atención del caudillo, a no ser porque, según relación de sus cuñados, desertaron en legión y en legión se presentaron a pedir que se les admitiese en filas bajo la dirección de uno de ellos — Misqui — a quien reconocían como jefe y estaba destinado a ejercer una influencia fatal en el desenlace de la guerra.

Recibido con satisfacción visible por la indiada rebelde, entró desde luego a tomar parte en las operaciones y pronto se hizo notar, más que por sus condiciones guerreras, por su ensañamiento y su crueldad. A Alejo, no le produce a la primera ojeada, muy buena impresión. Sus ojos y sus pies torcidos le predisponen desfavorablemente. Por algo, además, tienen que haberle puesto el nombre que lleva y que significa "miel". No tiene el despejo ni la rudeza propias del araucano puro: antiguo sirviente de una comunidad religiosa, ha adoptado la voz melosa y los modales afectados que muchos sacerdotes estiman inherentes a su sagrado ministerio. A Yuyito también se le atraganta y, con licencia de su Keneral, llega a decirle, confidencialmente, que él le encuentra al tal Misqui más trazas de sacristán que de oficial de guerra.

—¡Les guardas tirria a los sacristanes — comenta Alejo sonriente —. ¿Es que te escuecen todavía los golpes?

—En otra guerra, oído contar que mapuches entrando sorpresa La Concepción; robándose sacristán... ¡Cómo riendo Yuyo si lo viera, mi Keneral!

La sensibilidad de Alejo, aguzada por la educación y

el roce con la sociedad civilizada, reacciona ásperamente a la vista de aquel individuo tarado cuya corpulencia no se iguala con su voz de falsete y sus ademanes untuosos. Alejo, con su temperamento nervioso-sanguíneo y su impetuoso carácter, es todo lo contrario de aquel hombre a quien, a pesar de sus arreos militares, se tomaría por un mandadero de convento.

—¿Quién es? ¿Qué antecedentes tenéis de él? — pregunta Ñanku a sus cuñados así que logra quedar solo con ellos.

—¿Antecedentes? Los de cualquier yanacona que rompa con sus amos y acude a acogerse bajo las banderas de la rebelión.

—Habéis sido poco prudentes con éste, y ojalá no tenga más tarde que pesaros.

—Es valiente como el que más.

—Sí, lo he visto que no perdona al vencido... También lo sois vosotros, hermanos; pero os sobra confianza. Antes de admitir junto a vosotros al primer recién llegado debéis someterlo a prueba. ¿Qué diríais si a la postre el tal Misqui resultase un espía de los cristianos?

—Eso es demasiado suponer.

—Pero, ¿podéis vosotros probarme lo contrario? A mí el instinto no me engaña, y ese bizco es una mala persona. Tiene los ojos y hasta la voz del traidor: no lo echéis en olvido.

Toda la razón la tiene Ñanku, aunque carezca de pruebas documentales para demostrarlo. Misqui el yanacona odió siempre, por envidia, al champurria Alejo. Teníalo por inferior, ya que él es indio puro, y le amargaba que ese media sangre fuese soldado distinguido, un hombre libre, mientras él se hallaba sujeto a condición servil. Misqui fué el que disparó la flecha contra Ñanku desde los matorrales del Bio-Bío en la tarde de la batalla de Lonquén y el que atestiguó, más tarde, contra el pobre Yuyito preso en la cárcel y sometido a sumario por espionaje, robo y desertión. Ha jurado la pérdida de Alejo, y don Juan de Zúñiga Arista, aburrido de esta guerra a la que no se le ve fin, le ha dejado escapar con un puñado de chusma india bajo la promesa de que volverá llevándole, pagada a precio de oro, la cabeza del caudillo mestizo. Al bravo hidalgo le repugnan estos tratos, pero el taimado Misqui le ha hecho creer que él no procede por un interés venal, sino que cumple el juramento que ha hecho de vengar la muerte de su pariente Huenchullán. Todo esto no es más que

pura y simple fábula, como que el viejo guerrero ajusticiado por Alejo era un fiero moluche auténtico, de la propia tribu de Curivilu, mientras que Misqui, de dudosa casta, carece de antecedentes familiares. Pero para el caso da lo mismo: ya se sabe que, a los ojos del fiero militar que lo ampara y estimula, todo lo que no sea español es una sola despreciable morralla.

*
* *
*

A todo esto, el estado de Huenquelao va agravándose. Falla una vez más la intervención de los médicos indígenas. Vuelto a sus sentidos el anciano ülmen, de espaldas en el lecho, con medio cuerpo totalmente muerto, logra apenas hacerse entender de sus mujeres y sus hijos. No habla ya, sólo tartajea confusamente, siempre para referirse a algo que es, sin duda, como una obsesión de su cerebro ya semi-atrofiado: la ruina de sus intereses a causa de la guerra, la fatalidad traída a la casa por Ñanku y sus proyectos bélicos. Olvida el pobre que la rebelión parte desde el tiempo de los Salazares y que Alejo no ha hecho sino ponerse al frente de un movimiento ya preparado por el propio Huenquelao.

Compara el enfermo su situación con la de los caciques arribanos, todos ricos, todos en tranquila posesión de sus bienes por no haber incurrido en la insensatez de apoyar a ese mozo fanfarrón que les arrastra a ellos, (es decir, a Huenquelao y a su gente) en el fracaso de sus ambiciosos planes. Para balbucir estos reproches no se cuida siquiera de la presencia de las mujeres de Alejo, a las que un tiempo quiso tanto. Ellas intentan, dulcemente, contradecirle; pero la brusca intervención de sus hermanos les sella los labios. El Toqui, aunque nunca lo oyó, no puede menos de advertir la ojeriza del enfermo, pues lo ve agitarse a su sola presencia y sorprende más de una vez algo así como una chispa maligna en el globo de su ojo izquierdo, el único en que conserva vida. Lo curioso es que toda la familia — salvo sus mujeres — parece participar de ese sentimiento insólito de antipatía y recelo. Sus cuñados le esquivan, y con mayor motivo, las mujeres de su suegro y en especial la madre de Millaray y Yanquiray. Esto, en otras circunstancias, no le habría extrañado, pues entre los más inviolables tabús de los mapuches debe recordarse aquel que prohíbe a suegra y yerno toda interlocución.

Misqui procura en vano insinuarse en su ánimo, halagándolo con discretas lisonjas y aludiendo a menudo al respeto y admiración que — a pesar de los odios desatados por la guerra — se siente aún por él entre los huinkas. Pero Alejo, sin saber a punto fijo por qué, recela de él cada vez más y no se le confía. Jamás logra el ex yanacona, ni aún operando sobre la orfandad moral en que vive el Toqui, arrancarle más que frases banales, cuando no réplicas cortantes y casi despectivas. El, por su parte, lo intriga. Empieza por vaciar en los oídos de los antiguos ayudantes de campo del generalísimo todos los chismes traídos de La Concepción a propósito de la inclinación de Alejo hacia doña María Francisca del Valle, flor de la aristocracia colonial. Después se extiende en hiperbólicos elogios para la gracia y la belleza insuperable de la ahijada del Corregidor y, habilidosamente, como llevado de un sentimiento de indulgencia, termina diciendo que son explicables las debilidades de que el Toqui ha dado muestras evidentes. En otra ocasión se avanza a recordar la circunstancia de que Alejo no sea indio puro sino un "champurria", lo cual, si no importa una deshonra para el ejército mapuche, bien pudiera ser fatal, en el momento supremo, para la suerte de sus armas. Además, es cristiano.

Sintiéndose llevados y traídos de un lado a otro por la insistencia machacona del enfermo y por la duplicidad falaz del intrigante, viéndose acá perjudicados en sus intereses por un advenedizo y traicionados allí por un hombre que sólo a medias pertenece a su raza y que les es extraño por la educación y por los gustos, llega el momento en que los mozos entran a aborrecer cordialmente a su cuñado y a desear su perdición. Ciertamente, no descuida Misqui sugerirles que — más que nunca ahora que se halla en trance de muerte el cacique Huenquelao — deben ellos prepararse para disputar a Nanku la jefatura del hogar. Hay que distinguir, ¿verdad? entre la dirección de un ejército en campaña y los derechos a gobernar una familia y un rehue...

Mientras tanto, el Toqui, como si no se diese cuenta de esa conspiración que se urde en torno suyo, sólo piensa en dar realidad a los propósitos que se ha adelantado a insinuar en su carta a doña María Francisca. Deseoso de infundir en los suyos la misma confianza de que disfrutó siempre — y aun cuando sabe que su presencia es más necesaria en otra parte — permanece en el rehue dirigiendo personalmente aquella guerra de poca gloria pero de gran

provecho. Como el bíblico Job después de las desgracias que trabajaron su paciencia, el viejo Huenquelao es ahora más rico y poderoso que antes de la campeada de los españoles. Y, sin embargo, ni él ni sus mujeres, ni sus hijos, modifican su actitud oblicua llena de reticencias y a veces desembozadamente hostil.

El, por su parte, cediendo a un natural impulso de amor propio, se retrae con respecto a ellos. Ha dejado, hace ya mucho tiempo, de entenderse con sus antiguos ayudantes de campo; prescinde de ellos en lo posible y prefiere dejarlos obrar como lev-toquis, con la más amplia libertad de acción. Si no fallase en este punto, su situación sería inmejorable. Si no temiese, por falta de apoyo y cooperación de sus antiguos aliados, quedar en descubierto, ya habría iniciado la ofensiva. Habría convocado a parlamento; lanzado de norte a sur y de este a oeste a todos sus werkes a correr la flecha ensangrentada; y, hecho el recuento de las armas de fuego tomadas hasta el momento al enemigo, y tendría ya su linco entero en pie de guerra como para entrar, antes de veinticuatro horas, en campaña. Los jefes arribanos, encabezados por Millaleo, han ya formado la gran coalición que les permitirá al final poner frente a los huinkas un ejército capaz de batirlos con sus propias armas. ¡Oh, qué triunfo el de llegar a estrechar a la Reina del Andalén en un cinturón de hierro y fuego, y el de obligar a los castellanos a obtener, por la clemencia, lo que ahora consideran como una aberración!... Pero pasa el tiempo tedioso y vacío, sin que nada cambie para el Toqui, ni en sus relaciones con la familia de sus mujeres, ni en el terreno de las operaciones bélicas, y sin que llegue tampoco de La Concepción cierta respuesta que debe necesariamente venir por el camino de los aires...

Entonces es cuando, a impulsos de la desesperación y sin abandonar, por cierto, su grandioso pensamiento político, se lanza a la más audaz de las tentativas en que aventuró su juventud heroica: partir con la celeridad del rayo y el sigilo de la sombra, introducirse en La Concepción, escalar el Convento de las Trinitarias y arrebatarse al frío y al silencio de la vida claustral a aquella en quien sigue adorando con todo el fervor de su alma primitiva. Sin confiarse a nadie; tranquilo, puesto que deja el rehue en condiciones de resistir un asedio no imposible — rodeado de focos disimulados por ramajes, y lleno de huachis en donde sus oficiales pueden fácilmente arrastrar a la muerte al enemigo — cita y reúne a sus diez hombres de

mayor confianza y les ordena, a cada uno, elegir de todo el ejército a los treinta que les parezcan, por su valor y su destreza, los más preparados para una empresa de audacia y de peligro. Así logra — a espaldas de Loncoluán y Quintralef y, sobre todo, de Misqui, que los sigue como el perro al amo — hacerse de un cuerpo insuperable, provisto de todas armas y probado ya, en muchas ocasiones, por sus condiciones guerreras y su adhesión incondicional a su gran jefe.

Organízase la expedición en el más profundo secreto. Los conas aprovechan hasta las horas del sueño de sus camaradas para limpiar y aderezar las armas—van entre ellos cincuenta mosqueteros — y para meter el bastimento en los yafañes. Sin ruido, sin cantos de guerra, sin toques de cornetas ni banderas desplegadas al viento, requieren, en un momento dado, armas, pertrechos, caballos y, al amparo de las sombras, toman campo afuera en demanda de La Concepción.

Es invierno, en pleno mes de agosto; el Toqui y su gente maldicen del temporal del norte, furioso, que hace chasquear la lluvia en sus cuerpos arqueados sobre el cuello del caballo; que cruje y zumba, arriba, en los ramajes y tamborilea allá lejos, en la corriente del gran río que les es preciso atravesar. Un eminente historiador chileno dice que Alejo “pasó sigilosamente el Bío-Bío por Hualqui y dando un rodeo para evitar todo encuentro con las fuerzas españolas, llegó hasta el valle de Palomares, regado por el río de ese nombre, que más abajo toma el de Andalién”.

Va el mestizo en uno de esos momentos únicos en que la desesperación llega al delirio y éste nos hace acometer empresas que seguramente en estado normal nos arredrarían. No se le ocultan las dificultades y peligros de la aventura: no es La Concepción un villorrio desguarnecido; es la ciudad cabecera del Corregimiento y por mucho que se haya brindado a proveer de hombres y elementos bélicos a las plazas que se propone repoblar el Gobernador, siempre habrá de contar con medios de defensa respetables. No es, pues, cosa de que el Toqui, ducho en estos azares, ignore que lleva más las de perder que de ganar.

Acaso sea aquel, señalado por el destino, el último día de su vida... Pero no puede ocultársele también el efecto moral que semejante triunfo producirá entre los suyos, sólo comparable a la exasperación y al desánimo que, por la inversa, devorarían a los corazones castellanos. ¡Cautiva suya la soberbia beldad, presa de guerra por la que no se

acepta rescate, y ganada por él en una maloca a pleno día, con sólo un puñado de valientes!, ¿qué querría decir si no que había llegado el momento de que le tomasen en serio los señores huinkas y se resignasen a pactar con él?

Apenas bandeado el río, recomienda a sus hombres el mayor silencio, diciéndoles que de esto y de su valor ya reconocido depende el éxito total de la jornada.

—Vamos, por fin, a asaltar La Concepción — les dice — y os he elegido a vosotros precisamente porque os considero, entre todos mis oficiales y soldados, los únicos dignos de coronaros de gloria con semejante hazaña. Poned atención. Nos salga bien o mal, desde hoy quedáis consagrados como lo más brillante y aguerrido de mi ejército; desde hoy seréis los favoritos, la lanza y el escudo de vuestro Ngen Toqui. Llevaréis un distintivo que será un signo de superioridad: esta “francisca” o banda de lienzo blanco que llevaréis anudada al brazo izquierdo sobre la cicatriz de una cruz hecha a cuchillo.

Se une la acción a la palabra, es decir, no se reanuda la marcha mientras el último de los hombres no lleve atada al brazo su orgullosa “francisca” y no haya jurado, en voz baja, hacerse matar antes que dar la espalda al enemigo. De allí el nombre de “franciscos” con que en las tradiciones regionales se recordó durante mucho tiempo a los soldados de Alejo.

—Y ahora, adelante — ordena el Toqui —. Toda cautela es poca. No se lance un grito, ni una maldición, ni un juramento, no se haga ruido de armas. Tenemos forzosamente que pasar por las cercanías del fuerte de Chepe, y es imprescindible que no adviertan nuestra presencia. En que no nos sientan, está el secreto del triunfo, ya que tenemos que caer en la ciudad como llovidos del cielo.

¿Han recibido en la guarnición del fuerte algún aviso traidor? ¿Ha sido sólo el fruto de una vigilancia rigurosa? ¡Quién sabe! Pero la proximidad del pequeño ejército araucano, no toma a los españoles de sorpresa y su jefe en persona — nada menos que el acérrimo capitán don Juan de Zúñiga Arista — le sale al través con el propósito y la certidumbre de hacer un castigo ejemplar en “esa piara de indiecillos indecentes mandados por un guacho mestizo de tez de chocolate”. Y, en realidad, no le falta base al optimismo algo juvenil del recio y curtido veterano. ¿No opone él la fuerza de doscientos hombres de guerra superiormente armados a “aquellos trescientos salteadores de caminos, valientes pero indisciplinados y sin un mal mosque-

te para contrarrestar la acción del fuego de su infantería montada?"

Tan grande como la extrañeza de Zúñiga al ver que los indios se disponen a aceptar combate, es la salvaje alegría de Alejo al darse cuenta de qué tiene que habérselas, al fin, de igual a igual, con su irreconciliable enemigo. Ya está perdida la oportunidad de sorprender a La Concepción en lo mejor del sueño — alborea apenas en un cielo que se resiste a despertarse — pero de todo es bastante compensación aquella coyuntura inesperada. Si hay en la tierra una criatura a quien odie de corazón, a quien le pisotearía la sangre, es el capitán Zúñiga...

Ordena, pues, a su ejército desviarse un poco del camino e ir a situarse en lo alto de unas colinas desde donde se domina la planicie. Es en el paraje solitario y agreste, conocido con el nombre de Budeuco, a no más de media hora de La Concepción. ¡Cuántas veces en sus vagabundeos vespertinos divagando con su porvenir, recorrió aquellos mismos sitios, sin imaginarse que eran los predestinados para que él diese su última batalla a los invasores de su suelo y enemigos de su raza! Desde allí, adelantándose a sus hombres que en correcta formación y con la lanza en alto se desparraman en la cima, se desata Alejo en los más procazes insultos espetados a todos los castellanos, pero en especial a aquel "viejo barbas de chivo" a quien va a ensartar como se clava a un pollo para ponerlo al asador. Fuera de sí, recurriendo lo mismo al castellano que al mapuche — como le ocurría en cada acceso de dolor o de ira — los desafía, los provoca con injurias brutales, tratándolos de gallinas que en vez de exponer la pelleja peleando como buenos preferían servirse de sus perros, es decir, de sus indios auxiliares.

— ¡*Kafura payund we futa!* (1) — le grita —. A ver qué va a quedar de ti, viejo chocho, cascarria de los reyes godos!

Después, sin dejar de vociferar y amenazar con el puño, hace, a un toque de corneta, que el ejército en masa le coree con sus gritos y con el son estridente de su variado instrumental.

Aquello es demasiado para un hombre como don Juan de Zúñiga Arista, guerrero de Flandes y de Nápoles, de Méjico y del Perú, que jamás ha sufrido de un enemigo semejante agravio. Seguro de su superioridad, ciego de cora-

(1) ¡Ah, viejo barbas de chivo!

je hasta olvidar que cada indio sabe ya tanto como Alejo mismo en el campo de batalla, carga cuesta arriba con el ansia del exterminio y la ilusión de la victoria. El Toqui los deja cansarse y en el momento oportuno dispone el contraataque: jamás la orden de un jefe se ha visto más maravillosamente ejecutada.

Con limpieza perfecta, como si realizasen un ejercicio de puntería, preparan los indios el tiro, y aguardan la voz de ¡fuego! para disparar la primera andanada. Indescribible en absoluto es la sensación de desconcierto en las filas españolas. Lo están viendo, oyen los estampidos, empiezan las bajas y no aciertan a creerlo.

—¡A la carga! — grita Alejo a su corneta de órdenes.

Y Juan Yuyo, ávido de venganza, a poco revienta los pulmones sobre la boquilla de su instrumento.

No es aquello una carga: es el desborde de un aluvión incontenible, algo que lleva el ímpetu de las fuerzas meteóricas. No pueden resistirlo las filas españolas ya fatigadas del violento repecho y desmoralizadas por la sorpresa. ¡Ya no cuentan los castellanos con la ventaja de sus armas de fuego! Pronto se convierte aquello en un grande y fulminante duelo a muerte, en que, dada la equivalencia de energía y bravura, corresponde el triunfo a la precisión y a la pericia, que son también altas virtudes militares. Lo curioso es que los indios, en la ímpetuosidad del ataque, dejan de emplear los mosquetes como tales mosquetes, prefiriendo manejarlos como porras y mazas, para, con cierto pulso, derribar caballos y caballeros.

Pronunciada la derrota, se inicia la fuga de los defensores del tuerte, perseguidos a lazo, y lanceados sin misericordia. Es la guerra sin cuartel proclamada por Alejo, y realizada con abominable estrictez por sus soldados. Más de sesenta españoles pagan con su vida la vehemencia — fruto de un fanático orgullo — del capitán don Juan de Zúñiga, a quien Alejo ha amenazado a gritos con levantarlo por la garganta en la punta de su lanza. Atrapado de una pierna por su propio caballo que ha caído tumbado de un culatazo, el viejo guerrero se ve imposibilitado lo mismo para huir que para defenderse. Va el indio a ultimarle cuando se interpone Alejo y evita el golpe de gracia. Obliga a sus hombres a auxiliar al maltrecho veterano que se levanta con bríos aunque embadurnado hasta las cejas y ofrece a éste un caballo que acaba de quedar sin jinete. Es imponente el aspecto de aquel veterano que, sobreponiéndose al dolor físico y a la desgracia moral, chispeándole los

ojos, temblándole la barba, se propone a vender cara su vida.

—¡Por fin nos vemos cara a cara y con las armas en la mano! — le grita —. Defiéndete como puedas, viejo miserable, porque aquí voy a hacer que me las pagues todas.

—¡O me las pagarás tú a mí, renegado de tu religión y tu bandera!

—¡En guardia, viejo chivo!

—¡En guardia, guacho inmundo!

¡Terrible lance aquel que no tarda dos minutos en desenlazar y en que entregan sus destinos a la fatalidad de una arma mal o bien manejada los dos jefes de los bandos en lucha, victorioso el uno, el otro derrotado y fugitivo! El viejo capitán, tiene en su contra el efecto moral del desastre horrible que está contemplando y del que se siente responsable, y a pesar de su indomable entereza es vencido — como antaño el gigante Calvunleo — por el primero y más vigoroso puño de lanceador que figuró jamás en cualesquiera de los dos ejércitos en lucha. Al primer encuentro, la lanza de Alejo, con certeza quirúrgica, rompe la gola y penetra bajo la celada de su adversario atravesándole el cuello hasta salir el sangriento regatón por la nuca. Aflojando los brazos, el cuerpo del capitán Zúñiga, desarmado y exánime sale limpiamente de la silla y, al rodar por tierra, hace combarse en un arco profundo el recio coligüe que el Toqui sostiene aún en la diestra. Entre los derrotados que aprovechando aquellos minutos de expectación alcanzan a escapar con vida, cuéntase al ayudante de campo del desgraciado capitán: ¿será necesario nombrar a don Andrés de la Riva y Pasos de Obregón? Cobardemente ha huído el jactancioso, desoyendo los gritos de su jefe. Libra así la pelleja, aunque el honor quede por los suelos, y se venga de aquel hombre terrible que nunca se guardó de dejarlo en descubierto.

—¡Pescadlo vivo! — ordena Alejo a sus conas entusiasmados, impaciente ya por tener a sus pies, vencido, a aquel que tantas veces se declaró su vencedor.

Pero inútilmente corren, ululando, sobre sus rastros algunos jinetes, e inútilmente vuela una nube de flechas sobre la polvareda que levanta el caballo del fugitivo en dirección del fuerte...

Más que entusiasmados, enardecidos, los indios han suspendido momentáneamente la siniestra y vengadora tarea para contemplar una vez más a su glorioso caudillo en uno de sus grandes momentos. La caída del capitán de las fuerzas enemigas les ha arrancado una aclamación deliran-

te y espontáneamente, antes que los inciten los toques de corneta, salta de repente a los labios de los más jóvenes la canción de guerra, que luego entonan todos al unísono, blandiendo las jabalinas y las lanzas:

*¡Peñi, ca peñi!
Acui maydungu.
vachi antu ngnay pingey
pra cahuellun pu anca may,
adquintalu quetral.*

Yuyito, como se puede suponer, está en sus glorias y semejante a un gallo de riña que cacarea su triunfo junto al cuerpo sangriento del rival vencido, da en soplar incansablemente su trompeta. Los indios auxiliares, con la experiencia que ya tienen de ser las víctimas propiciatorias de sus hermanos de raza, que los odian por desleales y serviles, embóscanse despavoridos entre los matorrales y tratan de ganar las murallas de La Concepción. Conforme a la práctica establecida por aquella espantosa guerra a muerte, el Toqui hace decapitar los cadáveres y clavar las cabezas en lanzas y picas para dejarlas expuestas a lo largo del camino. No descuida, por eso, recoger el botín, consistente en armas, caballos, prendas de uniforme y aperos de montar. Los mosquetes, que antes fué costumbre hacer pedazos contra las piedras, pasan esta vez a los lomos de las bestias de carga. Seguro está Alejo de tener que utilizarlos algún día...

¡Qué triunfo! Casi fuera de sí, más feliz que después de cualquiera de sus más brillantes proezas deportivas o bélicas, pregunta Alejo a Juan Yuyo — que ha dejado de tocar la corneta para mirarlo a la cara como a un dios:

—¿Quieres vengarte de tu enemigo el sacristán?

—¡Muriéndome de gusto si pudiendo!

—Es tu hora, Juan Yuyo. Vamos a La Concepción. Primero al Convento, ¿entiendes?, a las Trinitarias, para salir de allí a la persona que tú sabes, y después...

—¿A la Catedral?

—¡A la sacristía! Toca a reunión.

Radiante de gozo, va el indiecillo a poner en práctica la orden, cuando, de entre una nube de polvo, se ve salir a un jinete que remata el caballo junto a ellos.

—¡A la orden, mi General! — dice, llevándose la mano derecha a la altura de la frente.

—¿Qué deseas? Ahórrate preámbulos.

—Me mandan a comunicar a mi General que ha muerto Huenquelao.

—¿De parte de quién vienes?

—De Quintralef y Loncoluán.

—¿Cuándo ha muerto Huenquelao?

—Anoche, sobre obscurecido.

—¿No tienes otra cosa que informarme?

—Mi General — dice entonces el werke, con algo de misterioso en el tono y en el gesto.

—Habla.

—Pronto estará aquí Pichunmán, que viene llegando de la región de los lafquénches, y él sabe lo que te tiene que decir. ¿No manda otra cosa, mi General?

—Agrégate a las filas y espera órdenes.

No tarda mucho, en efecto, en presentarse, seguido de su perro, el indio rastreador. En broma le reprocha Alejo que haya tardado tanto, diciéndole que lo tenía ya por difunto. A lo que contesta el baquiano, también en tono de buen humor, que la culpa no es suya, sino de una guapísima lafquenche que lo ha tenido enredado en sus encantos. Alejo, que conoce a su gente, se sonríe pensando que esos encantos doncellescos no habrán pasado de ser unas cuantas borracheras lloradas y dormidas.

—Te prometí un recuerdo, y aquí tienes — dice el baquiano, pasando a Alejo un paquete cuidadosamente atado.

Se trata nada menos que de una brújula y de un catalejo, instrumentos que no han servido ¡ay! a los desgraciados marinos para impedirles caer en el lazo artero que se les tendía desde tierra.

—Muy bien. No sabes cuánto te lo agradezco. Son dos cosas que siempre deseé tener. De contar con ellos en nuestro viaje a la otra banda, no nos habríamos extraviado. Pero ¿es esto todo lo que habéis sacado?

—¡Quiá! — exclama Pichunmán. —No ha habido, en toda la guerra, presa de tanto rendimiento. Sólo la artillería de bordo, mi General, merecía que se movilizase un ejército.

—¿Habéis tomado piezas, pertrechos, munición?

—¡Todo lo que se pudo! Cañones, cureñas, culebrinas, falconetas, saquitos de pólvora, balas y balines...

—¡Bravo, Pichunmán! ¡Bravo! ¡Estos son hombres!...

Y el Toqui, entusiasmado, abraza paternalmente a su subalterno.

—¿Y dónde está ese tesoro? — pregunta después.

—Lo he dejado en poder y bajo la garantía del cacique

principal, que se guardó también las onzas y los petacones, amén de mucha platería y joyas que escondi por mi cuenta. Como comprendes, transportar todo ese material hasta Quilleco no es tarea para un hombre solo.

—Pues bien, Pichunmán. Habrá que hacer un esfuerzo. Yo te prestaré los hombres necesarios; llevaréis carros y mulas y me traeréis las bocas de fuego con que abatiremos luego los muros de La Concepción.

—Se hará lo que tú ordenes. Ahora...

—¿Qué?

—Te lo digo de parte de la Papay, y se refiere al cargo que te hacen.

—¿Cargo a mí? ¿De quién? ¿Por que?

—Es una imbecilidad, pero hay que decirlo. Los machis han declarado que la muerte de Huenquelao se debe al veneno y las mujeres del difunto y tus cuñados sospechan de ti, presumen que tú andas metido en la causa de aquella enfermedad más poderosa que los médicos.

—¡Ah, canallas! Pero, ¿por qué de mí? ¿Qué gano yo con la muerte del viejo Huenquelao?

—Me ha dicho Papay: dile, ruégale en mi nombre que se venga en seguida, pero que desconfíe de sus parientes y más todavía de Misqui el yanacona.

—¡Maldita sea la hora en que ese perro se metió entre nosotros! Y una vez más tendré que renunciar a asaltar La Concepción...

Antes de ponerse en marcha, Alejo se hace relatar por Pichunman todo lo que sabe con referencia a la espantosa intriga en que pretenden envolverle. Dos machis, mujer y hombre, han tenido a su cargo la atención del enfermo y agotado en él todos los tratamientos propios de su arte de curar. Brebajes frío y calientes, irrigaciones intestinales, baños de vapor, sangrías, todo lo han ensayado sin conseguir que se produzca en aquel gastado organismo de valedudinario el más leve síntoma de reacción. La machi, que era la decano del gremio y que gozaba de un prestigio profesional sin límites, aseguró con aires de profunda convicción que el paciente estaba envenenado y lo demostró haciendo quemar una porción de sangre que se le acababa de extraer. Se resolvió incontinenti, como único medio posible de contrarrestar los fatales efectos del "vuñapue" realizar un "machitun" con todo el aparato que el ritual impone.

De orden de la machi, que a partir de aquel instante quedó como investida de poderes absolutos, trajéronse has-

ta el aposento del enfermo ramas de laurel y de canelo, ollas, cántaros y jarros de greda. También se trajo un corderillo, destinado, como se comprende, a ser la inocente víctima de un sacrificio de sangre. Pronto la habitación se hizo estrecha para contener a los oficiantes, a toda la parentela del cacique y a sus relaciones de amistad, deseosas de no perder un detalle de la imponente ceremonia. El único que, inmóvil y rígido en su lecho, parecía ajeno e indiferente a todo, era precisamente el mismo a quien se trataba de devolver la salud. Le bastó a la machi una ojeada circular para advertir que todo estaba dispuesto y cada cual en su sitio y se apresuró a dar comienzo al acto encendiendo su gran quitra de piedra llena de tabaco y otras hierbas odoríferas y aspirándola a grandes bocanadas para sahumar a derecha e izquierda, primero las ramas de canelo dispuestas como un arbolillo de Navidad, luego el lecho del paciente y, por último, el corro de mujeres que deberían acompañar con sus canturrias los ademanes de la oficiante principal. En efecto, rompieron éstas en una tonada larga y triste como un lamento, al son de los tambores tocados a la sordina. Los hombres, entretanto, sentados en segundo término, permanecían taciturnos y melancólicos, como abrumados por el pensamiento de la muerte. Por tres veces repitió la machi el sahumero y luego, haciendo cesar la música, se acercó solemnemente al enfermo y sin quitarse la quitra de la boca lo dejó como envuelto en la espesa humareda del tabaco. Después ordenó que se reanudase el canto, tomó al cordero que estaba ahí atado de pies y manos y con sorprendente habilidad le hundió el cuchillo en el pecho y le extrajo el corazón todavía palpitante. Colgó la roja entraña clavándola en un gancho aguzado del canelo y se dió también a sahumarla, interrumpiendo esta operación sólo para pegar a ella los labios y sorber la sangre que goteaba.

Andando sucesivamente de atrás hacia adelante y de adelante atrás en dirección de los cuatro puntos cardinales, dió luego en arrojar humo y más humo hasta llenar la habitación, mientras las visitantes acentuaban el tono lastimero de su lamentable canturreo y las esposas e hijas del enfermo se entregaban a ruidosas manifestaciones de dolor. Llevando en alto la sangrante víscera, aproximóse nuevamente la machi al ya casi exánime Huenquelao, y descubriéndole el pecho, le puso encima, precisamente sobre el sitio del corazón, el de la víctima. Hizo en seguida un simulacro de intervención quirúrgica como si rompiese

a cuchillo las carnes para hacer ver los órganos internos afectados por tósigo. Fingió, que para curarlos, los sorbía y simuló finalmente la sutura de la piel. Acercábase a esto el momento culminante de la ceremonia: el del diagnóstico, que es inapelable, y que la operadora emite, como una pitonisa, apenas aplacados los espasmos de una crisis epileptiforme.

Una mano invisible hizo arder, entre el follaje del canelo sagrado, granos de incienso y de otras resinas olorosas. Una bruma gris llenó el aposento como una fría polvareda de ceniza. Y se vió a la machi, al compás de los golpes de su kutrun — que tan pronto subía muy alto sobre su cabeza como pasaba bajo sus piernas casi al ras del piso — bailar, brincar, hacer flexiones y contorsiones hasta rodar por tierra, desorbitados los ojos, desgredado el pelo, espumajante la boca y la garganta desgarrada en un hipo silbante. (Neikurehuen). Como el de un pez recién sacado del agua, el cuerpo de la hechicera saltaba retorciéndose y temblando, para volver a caer y desprenderse nuevamente del suelo, que parecía rechazarlo. Poco a poco fuese sosegando; su fisonomía y su actitud perdieron gran parte de la expresión de horror que les daba carácter; su respiración se hizo normal; cerró los ojos y se dispuso a hablar.

—Hay por medio — dijo — con una voz tenue, como si transmitiese un mensaje venido muy lejos — un enemigo poderoso... Es un "vuñapuetun". Con artes de brujería — contra los cuales llega a estrellarse a veces el poder de los machis — le ha sido suministrado al ülmen un veneno misterioso extraído de una planta que no es de este país... El veneno ha ido disuelto en la bebida y ha tenido efecto a un tiempo en el corazón y en la cabeza...

Interrumpido el coro vocal e instrumental, había ahora dentro de la ruca un silencio casi fúnebre. Hasta los deudos habían dado tregua a su llanto y alaridos para devorarse más que oír, las palabras de la machi estimadas por todos como las de una sentencia inapelable. El viejo Huenquelao escuchaba, tal vez, pero sin comprender. En cambio, sus hijos, cabizbajos hasta entonces como el resto de los hombres que presenciaban el acto, alzaron con un gesto violento la cabeza y adelantaron hasta junto al árbol sagrado.

—¡Decid quién es ese enemigo poderoso! — le rogó imperativamente Quintralef.

—¡Sí, decidlo! — insistió Loncoluán.

—El nombre, no... No puedo señalarlo... No sale... No lo sé...

—¡El veneno, entonces! ¡El veneno!

—Nada más puedo decir que lo que he dicho... El veneno ha sido traído de lejos..., de más allá de la montaña...

—¿Y qué fin se perseguía con matar a nuestro padre?

—A nadie le faltan enemigos... Unas veces están lejos, los conocemos apenas; otras veces viven junto a nosotros...

En ese instante el paciente, que seguía inmóvil y de espaldas, dejó escapar un suspiro profundo que se convirtió en un estertor prolongado y, finalmente, en un mugido triste como el de la res que llevan al degolladero. Cuando, con un alarido crispante, acudieron junto a él sus mujeres, el viejo patriarca ya no existía; sus ojos se habían entornado y de su boca abierta salía por la comisura de los labios, un hilo de baba espesa que bajaba hasta el cuello. Se estremeció la ruca al griterio horripalante de las mujeres a las que había sido imposible hacer callar y que se tiraban los cabellos y se arañaban la frente y las mejillas hasta hacerse sangre.

—¡Chac, ema! ¡Chac, ema! (1).

—¡Se fué nuestro padre! — clamaban. ¡Se hundió el sol en el mar! ¡Ya no le veremos más! ¡Ya nunca más! ¡Y era tan bueno! ¡El padre de ricos y pobres! ¡Malditos sean los que lo mataron!

Sus alaridos se oían desde lejos y atraían por instantes mayor afluencia de curiosos a la buta-ruca. Sobrios en la exteriorización de su pesar, y sin abandonar su actividad severa y retraída, los hijos del difunto se aprestaban a proceder a las exequias.

*
* *

—De modo — dice el Toqui — que mientras yo conseguía para nuestras armas uno de los triunfos más hermosos, vosotros os entreteniais en conspirar contra mí.

—Nadie ha conspirado. La machi habló de un enemigo poderoso que ha traído de tierras extrañas el veneno destinado a quitar la vida a nuestro padre.

(1) ¡Ay, padre! ¡Ay, padre!

—Y no es nuestra la culpa si la gente recuerda que ni tú lo querías, ni él dejó nunca de recelar de ti.

—Pero, ¿es posible que seais vosotros tan estúpidos como la plebe? ¡Voto a todos los demonios del infierno! ¿Qué gano yo con la muerte de Huenquelao? ¿En qué me estorbaba vivo, y en qué me beneficia muerto? ¿Heredarlo? ¡Pero si lo poco que hay se lo he dado yo mismo a restitución de lo que le arrebató el enemigo!

Herido por la brutal sospecha, exasperado ante el hermetismo de aquella mentalidad que se le muestra incapaz de reaccionar contra la fe en los machis, en sus manipulaciones mágicas y en sus fallos de oráculo, piensa en castigar a la falsaria — de cuyos labios ha salido esa serpiente inmunda que se le enroscaba en el cuerpo — pero se arrepiente en seguida, seguro de que con ello no habrá otra cosa que labrar su propia ruina. Es indudable que, con sus reticencias y sus necias palabras, la hechicera ha querido referirse a él. Pero, ¿por qué? ¿Qué móvil lleva? ¿Ha deseado sólo halagar el sentimiento de las mujeres y los hijos de su suegro, ya inclinados en contra suya, o alguien le ha inducido a dar un paso tan grave y tan comprometido?

Están él y sus cuñados en su ruca, sin testigos. Al regresar del campo de batalla, él se negó a acudir a la de su suegro, imponiendo previamente a los muchachos esa conferencia entre hombres solos, indispensable para dejar en claro una cuestión tan enojosa y, según su criterio, tan absurda.

—Yo no quiero nada de lo vuestro — agrega aún—, sólo aspiro a tener lo que he tenido siempre: el mando del ejército. Lo de Huenquelao es tuyo, Quintralef, que eres el mayor, y tuyo Loncoluan, que le sigues. ¿Alguna vez me habéis sorprendido codiciando vuestros bienes? ¡Si la más grande pena de mi vida es la de no haber podido aún retribuir a Huenquelao los gastos que la ha demandado el sostenimiento de la guerra! ¿Queréis todavía una prueba de desinterés? Yo partiré esta noche con un puñado de bravos, no os importa dónde, y antes de dos días volveré trayéndoos un botín superior a cuanto hemos hasta la fecha recogido... ¿Os parece bien?

—Por mi parte, aceptado.

—Por la mía, también.

—Sólo os impondré una condición.

—Dila.

—Que se marche Misqui, antes que yo haga en él la justicia que merece.

—Ya se ha ido.

Ante este dato que ignoraba, no puede Alejo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¿Que se ha ido?

—Se ha marchado, convencido de que tú no lo estimas.

—Ni cuenta con tu confianza.

—Ha hecho bien. Se ha librado de que lo mande ahorcar. Decidme: ¿anoche ha estado aquí con vosotros? No me ocultéis nada... Necesito saberlo.

—¿Anoche? No.

—Tenía que hacer, qué sé yo dónde?...

—¿Veis? Ese miserable es el que ha avisado al fuerte que yo marchaba sobre La Concepción. ¿Veis? Misqui no es más que un miserable intrigante. Nadie sino él ha sembrado entre nosotros la cizaña. ¡Qué se yo lo que os ha dicho de mí!

—Nada, que no sea la verdad.

—¿A ver?

—Que tú estás enamorado de una huinka.

Dominándose para no venderse, el Toqui replica:

—¿Hay algún mapuche que no desee tener, entre sus mujeres, una blanca? A vosotros mismos, ¿os disgustaría volver a poseer vuestra cautivas? ¿O pretendéis desconocer que el mejor trofeo para el guerrero de raza es la mujer del enemigo?

—En eso tienes razón.

—¡Ah!, en eso tengo razón... — exclama Alejo triunfante—. ¡Cómo que hay lev-toquis, ayudantes míos, que abandonan subprepticiamente el campamento y sus tropas, en pleno período de hostilidades, para irse a dormir con sus cautivas blancas al amparo de la tibia ruca!

Ante una indirecta tan directa, los mozos, que suponían a su cuñado completamente ajeno a sus nocturnas escapadas, se miran a la cara, entre corridos e indignados.

—Nos tienes puesto espía — dice uno.

—Será ese deslenguado de Juan Yuyo — agrega el otro.

—Estáis equivocado: os he visto yo. Por eso, al regre-

sar, me encontrasteis de nuevo al frente del campamento cuya guarda había confiado a vuestro espíritu militar. Bien comprendéis que merecíais un castigo, y no será porque os quiero mal por lo que preferí disimular vuestra falta. Y bien, ¿qué otro reproche tenéis que hacerme?

—Que sólo esperas ser correspondido por la dama blanca para abandonarnos de nuevo a nuestra suerte.

—¿Eso os ha dicho ese bellaco? Pero, ¿en qué se funda?

—Tú no eres nuestro más que a medias.

—Eres hijo de cristiana, y tienes su religión.

—¿Hay un indio puro que, guardadas las proporciones, haya hecho más daño a los cristianos? ¿Hay alguien a quien ellos teman y aborrezcan más? ¡Dudáis del “cham-purria” como ellos menospreciaban al “mestizo!”

—¿Y a qué obedece esa orden de que se conserven los mosquetes y cañones del enemigo?

—Si de nada nos sirven a nosotros, claro es que estarás comprometido a devolverlos.

—¡Ah, imbéciles, vosotros, que habéis creído semejante paparrucha, e hijo de mala madre el que os la hizo creer! — exclama Nanku, ya impotente para sobreponerse a la furia que, inflamándole la sangre, se le desborda por los ojos—. ¿De modo, continuó, que según vosotros, yo os ordenaba recoger y conservar las armas de fuego para favorecer con ellas al enemigo? Sois mis cuñados y tendré que perdonaros, pero me dan ganas de apalearos como a perros, cuando os veo más estúpidos que el último de los cuñavales del rehue. ¿Pudisteis creer que mientras no me veíais, me ocupaba en hacer os traición? Pero, ¿no sabéis, insensatos, lo que he hecho? ¿No os he dicho ya que he logrado, allá en tierras arribanas, implantar una fábrica de pólvora y que, gracias a ella, contamos ahora con el único elemento que nos faltaba para superar al enemigo? Gracias a ello, cincuenta caciques más se han decidido a formar parte de la alianza y eso significa que muy pronto tendremos treinta o cuarenta mil hombres más en pie de guerra. Gracias a ello, acabamos de infligir al enemigo la derrota más vergonzosa que pudieron temer las armas castellanas: éramos trescientos por uno y otro lado, ¡y los hemos hecho trizas! ¡Me causaríais ira, por desgraciados, si no me viese forzado a sentir lástima y pena! ¡Y

todo por un yanacona intrigante que más parece un "hueye" que un soldado!

Va a ganar la salida cuando, advirtiéndolo que se le olvida algo de importancia, se vuelve hacia sus cuñados y les dice:

—¡Ah! Y si en algo estimáis el pellejo de ese tuerto ridículo, que no sepa yo que continúa entre las filas de los nuestros, porque le tendrá que pesar. ¡Ya sabéis que no tengo el genio dulce ni la mano floja!

Dicho esto sale en derechura de la ruca de Huenquelao. Allí sin preocuparse por el murmullo sofocado que responde a su saludo, se está largo rato a los pies de la tarima en donde se ha depositado el cadáver, ora, medita, se arrodilla, hace el signo de la cruz, se incorpora de nuevo, y abandona, con una inclinación de cabeza, el aposento.

De allí se dirige al campamento a revisar su tropa. Necesita saber si los soldados han recibido el trato que merecen los vencedores de Budeuco y si los caballos, puestos en buen campo, se hallan en condiciones de lanzarse de nuevo a la campaña. Encuentra a Pichunmán y a Yuyito, rodeados por un corro de atentas cabezas, compitiendo en la tarea de entretener a los conas con el relato de sus peripecias en la otra banda. Al acercarse el Toqui, el corneta, de pie en medio del grupo de soldados, les describe con grandes gestos, como si pintara, la construcción de la fábrica de pólvora y la prueba magnífica brindada por su **Keneral** a los caciques arribanos.

Alejo se dirige después a su ruca, donde ya, con la merienda lista, le esperan sus mujeres y donde se entretiene en discutir con ellas el nombre que habrá de ponerse a las criaturas. Y aquella misma noche, al frente de un escuadrón formado por cincuenta de sus más intrépidos "franciscos" abandona el rehue. ¿A dónde va? ¿Cómo va a componérselas para cumplir su compromiso de honor? Avanza casi en línea recta al suroeste hasta cortar el camino que, por el valle central, lleva de La Concepción a la antigua plaza fuerte de los Infantes de Angol, tantas veces sitiada, asaltada, destruida y vuelta a levantar. De cuando en cuando, por gala (pues conoce aquellos parajes, según la frase usual, como las palmas de sus manos) consulta la brújula a la luz fugitiva del repu y goza considerando que la aguja, semejante a una flecha, señala la dirección de

la gran capital de los colonos, y que, desviándose a la izquierda, a menos de una jornada de caballo, se caería en una ciudad situada junto al mar, y con un convento, en una de cuyas celdas vive y suspira, como las niñas robadas por los imbunches de los cuentos de su vieja nodriza, la beldad de sus sueños, la que será suya alguna vez, quiéranlo o no lo quieran, el odio y la soberbia del huinka. La noche no es de luna, pero sí tranquila y despejada. A campo raso y en los claros del bosque, es fácil orientarse a la discreta claridad de las estrellas. El rastreador, que va a la vanguardia con los ojos clavados en tierra, mientras *Colthau* olfatea los rastros, para de improviso su caballo y dice, con entonación segura:

—Por aquí van. Y no hacen muchas horas que han pasado.

Se refiere a las fuerzas del ejército español, que desde tiempo atrás, excursiona por las comarcas que se extienden a un lado y otro del Nahuelbuta, en empresas de recolonización.

Nanku, reuniendo a su gente le da entonces a conocer su pensamiento: hay que sorprender el sueño del enemigo, pero no para ofrecerle batalla — ya que es muy superior en número — sino para robarle, a ser posible, toda la caballada.

—¡Silencio! — grita con imperioso además, advirtiendo el entusiasmo con que los conas reciben sus palabras.

Despacha en seguida al rastreador, quien, en cumplimiento de su comisión, regresa a las dos horas con todas las informaciones necesarias. Entonces el Toqui hace desmontar a los jinetes y proceder a calzar los caballos con unos trozos de tela amarrados en torno a los nudillos. Prohíbe fumar y conversar, y para distinguirse entre las sombras, dado el caso de que se produzca un entrevero, debe bastarles la "francisca" que cada hombre lleva atada al brazo izquierdo.

Vadeando el Bío-Bío, el Bureo, luego numerosos arroyos y riachuelos (muchos de ellos innominados todavía), vadeando finalmente el Renaico y el Malleco, quédales franco el paso a los Infantes de Angol, en cuyas ruinas ha dispuesto el Almirante hacer descansar su gente aquella misma noche. La consigna es — siempre dentro del mayor silencio — interponerse entre el campamento de los

castellanos y su caballada, que pasta en los potreros de los extramuros, y arrearla en masa y al galope hacia la montaña, camino de Quilleco, antes que los perros guardianes y a su turno los centinelas, alcancen a dar la alarma. Es tal el sigilo con que avanza, paso a paso, la partida, que llega el momento en que el Toqui se ve obligado a quitarse y guardar los adornos de plata de sus atavíos, porque su tintineo se hace escandaloso.

Casi sin derramamiento de sangre — sin más bajas que las de algún indio de servicio al que hay que imponer silencio de una cuchillada — logran los conas dar estricto cumplimiento a los planes de su jefe. Cuando a los ladridos furiosos de los perros y a los clamorosos gritos de los yanacónas se despiertan los castellanos, ya los merodeadores se han distanciado tanto, que ni siquiera aplicando el oído a la tierra, se consigue percibir el ruido característico de un arreo de ganado ni el desatado chivateo con que Alejo y los suyos celebran el éxito triunfal de la aventura.

El Toqui cumple su compromiso, pero no son igualmente leales sus cuñados. El les entrega cuatrocientos caballos de guerra arrebatados en plena campaña al enemigo; ellos, en cambio, sugestionados siempre por Miski (que, en realidad, se ha marchado sólo a medias), creen de su deber constatar el diagnóstico de la machi, recurriendo a los servicios de un "cupove" o cirujano especialista en autopsias, quien declara después de examinar, con aire de suficiencia doctoral, el corazón, el hígado y los riñones del cadáver, que el dictamen de su ilustre colega no admite duda y que el veneno, causa precisa de la muerte de Huenquelao, ha sido extraído de una planta que sólo existe en la otra banda de la cordillera. Por consejo del intrigante yanacóna, reciben afablemente al caudillo, lo felicitan por su hazaña y agradécenle — al parecer sinceramente — el regalo digno de un rey, que les hace. A la Papay, sin embargo, no logran engañarla y su vigilancia, siempre alerta, impide que emponzoñen, como pretenden hacerlo, las bebidas que las mujeres de Alejo han preparado para recibirlo.

*

* *

La noticia de la derrota de Budeuco, llevada a La Concepción por los propios fugitivos, produce una sensación

de miedo cercano al pánico. Ya no vuelven a tomarse en broma los rumores que circulaban acerca de los progresos bélicos del enemigo. Y acaba con los últimos restos de optimismo al saber que los indios (cosa que se tuvo siempre por inverosímil) han empleado armas de fuego. El futuro ataque a La Concepción por las fuerzas indígenas, será, pues, mucho peor que cuantos han sufrido desde los tiempos de Lautaro.

Las imaginaciones se echan a volar. Se conjetura, lo que será capaz de hacer Alejo si es verdad que cuenta no sólo con un ejército aguerrido muy superior en calidad y número al que logró formar en un comienzo, sino con ese elemento mortífero que, lejos ya de temer, los salvajes han aprendido a manejar.

En reunión inmediata provocada por el Corregidor, se acuerda dar cuenta al Gobernador de los graves sucesos recién ocurridos y de la peligrosa situación que se ha creado a la plaza y aún al Reino, y se le despacha al efecto un chasqui con un pliego de informaciones secretas. Conociendo ya por experiencia, que el sistema de sorpresas es el favorito del Toqui chileno, los vecinos de La Concepción esperan por momentos ver las crestas de los cerros circundantes erizadas de obuses y cañones que apuntan hacia la ciudad. Tampoco se descuida avisar a Chillán, Yumbel, Buena Esperanza y otras plazas fuertes, a fin de que estén apercebidas, pues es lo más probable que el mestizo obre en combinación y de acuerdo con su aliado el temible caudillo de los pehuenches, Inaqueupu.

Doña María Francisca, sin acabar de decidirse por la vida conventual (para la que, en realidad, no siente vocación) ha vuelto a casa de su padrino el Corregidor. Está, pues, en el mismo centro a donde convergen y de donde salen impresiones, avisos, informaciones, hipótesis, llevadas y traídas por hombres de guerra y funcionarios públicos. No puede ella menos de observar el ceño adusto del señor de Irizar, ordinariamente tan afable y bondadoso dentro de su empaque de hidalgo vascongado. Se dijera que todo el mundo presiente una tragedia. Ve orar y llorar, a hurtadillas para no ocasionar alarmas, a la digna esposa del Corregidor, siempre enfermiza y siempre temerosa de las calamidades de la guerra.

Resuelve entonces consultar el caso con su director

espiritual, ser sincera con él, no dejar en la sombra de la reserva ni un rasgo de los sentimientos que han acercado su corazón al del gran jefe de la rebelión indígena y exponerle su propósito — digno de ella y de la causa de España — de provocar con Alejo una inteligencia que acaso sería benéfica para todos. Cree la noble y ardiente criolla que es llegado el momento de realizar una tentativa suprema. El padre Abdulio, rogándola que sosiegue su espíritu, la escucha con calma y luego con creciente interés, como si temiese de pronto llegar a sorprender un móvil oculto en las palabras de su penitente. Sin duda le satisface el tono de profunda sinceridad que las anima, pues, sonriendo levemente y manifestándose, en líneas generales, de acuerdo con ella, se adelanta a preguntarle si cree conocer bastante al acérrimo enemigo de los castellanos y si no le parece más prudente esperar que él mismo dé el primer paso...

—Lo ha dado ya. Leed.

Y al decir esto doña María Francisca pone en manos del padre Abdulio la carta que, por intermedio de la negrilla, ha recibido del caudillo rebelde y que hasta ese instante ha leído sólo ella.

—¿No le has escrito tú?

—Sí, padre: las cartas que os he hecho precisamente leer.

El sacerdote lee y no se cuida de ocultar su complacencia. Es así como aquella noche, en presencia de la joven que pone en favor de su intento ese fervor cordial, casi delirante, que ha hecho las heroínas y los mártires, queda resuelto que conteste a Alejo en sentido afirmativo, citándole a una reunión confidencial en las casas de la Misión de Postahue. Por encima de las pasiones desatadas, de los odios de raza, de los enconos bélicos, de los mutuos rencores y aun de las suspicacias propias de una guerra a muerte como aquélla, flota en toda su celeste pureza el amor, que encadena dos almas, dos vidas, encarnación vibrante de dos pueblos y dos mundos que se chocan: salvando con sus alas de ángel la marejada de sangre que baja de la selva a las ciudades y vuelve de las ciudades a la selva, aquel sentimiento, a la sombra luminosa de la cruz del Gólgota, trata de confundir en un haz las banderas

enemigas y lanzar su ¡vade retro! a la faz del odio y de la muerte.



Hácese ya la noche en la montaña cuando Alejo, que fuma su quitra a la puerta de su buta-ruca, ve acercársele a la anciana india. A tiempo que le pasa un papelito finamente plegado, la Papay le dice al oído, con sigilo confidencial:

—Ha llegado este mensaje.

—¿Por los aires?

—Sí, una de las palomas acaba de caer en su casucha. La he registrado, y ahí tienes.

Márchase en seguida, como si temiese ser espiada entre las sombras, y el Toqui se mete en su vivienda. Allí, a la luz de un candil de aceite (su ruca y la de Huenquelao son las únicas que gastan semejante lujo) tendido en su cahuito, se dispone a leer. Los dedos, a pesar suyo le tiemblan, y le cuesta no poco esfuerzo desdoblar el diminuto billete, que dice así, en la fina y limpia letra española que usaron — cuando se les enseñaba a algo más que a rezar — nuestras abuelas de otros siglos:

“Alejo: Los jefes castellanos ñi quieren oír hablar de avenimiento a ningún precio, como no sea el de la cabeza del caudillo rebelde. Pero yo creo — y cree lo mismo el padre Abdulio, mi director espiritual — que ya es tiempo de pensar en poner término a los horrores de una guerra que se está prolongando demasiado.

“De acuerdo, pues, con él, y en su compañía, me dirigiré a la Misión de los RR. PP. Jesuítas en Postahue, donde te esperamos mañana por la noche.

“Demasiado comprendes lo que hay de insólito en el paso que doy. También yo lo comprendo y de ello deducirás si son o no sinceros mis deseos de que haya paz en esta tierra que tú, cristiano en guerra contra los cristianos, estás ensangrentando.

“Lléguese o no a alguna conclusión en nuestra entrevista, debes saber desde luego que será la última, porque yo no he de moverme de Postahue sino para venir a ocu-

par mi celda en las Trinitarias. De otro modo, ni yo habría intentado darte esta cita, que tiene tan poco de profano, ni en caso de intentarla me habría sido consentido.

“Puedes venir solo y desarmado, en la seguridad de que ni en tu propia casa te hallarás más a cubierto de peligro. Responde de tu vida con la suya propia, DOÑA MARÍA FRANCISCA DEL VALLE”.

—¡Bendita! ¡Bendita seas! — exclama el Toqui, llevándose a los labios, más que para besar, para estrujar la carta de la bien amada.

Empieza a verse claro en su horizonte. No ha sido infructuosa su tenacidad. Tantos años de luchas, de angustias, de descorazonamientos, de ardores siempre renovados, teniendo que vencer no sólo al enemigo secular, sino los prejuicios, los celos y la indolencia de su propia gente, vienen al fin a culminar en esto: en que volverá a verla, a tenerla cerca, a escuchar su voz, a dejarse encantar por la dulzura mágica de sus oscuros ojos de criolla... ¿Cuánto durará aquello? ¿Un día, algunas horas, siquiera algunos minutos? ¡Qué importa! Es lo mismo. Seguramente, ella no tiene atribuciones para pactar, no pasará de ser una emisaria, acaso un instrumento... ¿Cómo? ¡No, no! Eso, jamás... Un alma de virgen cristiana como la suya no puede prestarse a desempeñar tan vil papel... Y luego, si así fuese, si doña María Francisca, cediendo al influjo de pérfidas exortaciones, acude y lo cita a Postahue, como cebo de una trampa innoble, ¡qué más da morir ahora que mañana!, si le es dado, desde el potro del tormento, en el último instante de agonía, pensar que son sus divinas manos las que han firmado su sentencia de muerte!

Decide, pues, ausentarse con el alba del siguiente día, sin más escolta que la de los diez jinetes escogidos que le han acompañado en su expedición a la otra banda de la cordillera. Acampará en la ribera sur del río Guaqui, en el punto en que sus aguas entran el Bío-Bío, precisamente frente al sitio en que antes estuvo el fuerte llamado del *Arbol de la Santa Cruz*, y que ocupa ahora la Misión de Postahue; llegada la noche dejará a sus hombres vivaqueando alrededor del fuego y al abrigo de sus toldos de campaña, y con el agua al pecho del caballo, atravesará el Guaqui, para ir a golpear las puertas de la casa de los je-

suitas, tal como se lo insinuó doña María Francisca, es decir, "solo y sin armas".

*
* *

Semejante confianza es explicable, y le hace honor. Procede, en cambio, como un niño, al no contraespíar a Misqui, a quien él mismo se apresuró a señalar como un peligro. ¡Y tanto! El yanacona es su sombra mala y acabará por derribarlo. Día y noche vive entregado, con los cinco sentidos, a la tarea de descubrir o adivinar sus pensamientos. El fué quien llevó al fuerte de Chepe aviso del avance de Alejo sobre La Concepción, y él es quien, ahora, impuesto de que el caudillo irá a pernoctar en las inmediaciones de Postahue, llama aparte a Quintralef y Loncoluán para volver a hablarles de la necesidad de prevenir los acontecimientos...

En realidad, las relaciones entre Alejo y sus cuñados han llegado a un grado de tensión insostenible. Mañosamente trabajados por el yanacona, los mozos muéstranse más y más resentidos por el desaire que para ellos significa el no haberles hecho participar en la última intentona contra La Concepción. Pero eso no sería nada si no se acentuase en su ánimo la convicción de que Nanku no es ajeno a las maniobras hechicéres que ocasionaron la enfermedad y la muerte del viejo cacique: más aun, creen, ya sugestionados del todo, que él es el único instigador del crimen y que el objetivo que persigue es adueñarse de sus tierras y sus animales sucediéndole en su calidad de "lonco", o cabeza de rehue.

Con tal astucia y perseverancia se maneja el Misqui, que los mozos llegan al fin a convenir en que su única defensa consiste en deshacerse de su cuñado. Su permanencia en el rehue los anula, su autoridad los aplasta, su prestigio los humilla. Y el yanacona no descansa hasta conseguir de sus confidentes la aprobación del plan que les propone: hacer ir hasta el campamento de Postahue a Millaray y Yanquiray con sus pequeños hijos — será fácil simular un llamado — introducirlos en el toldo de Alejo, cuando éste se halle en conferencia con los padres de la

Misión, y recomendarles que lo esperen con más agasajos, si posible fuere, que los de costumbre.

—Todo lo demás es cuenta mia, mis queridos lev-toquis. Y os juro que quedaréis satisfechos. Misqui, entre todos sus defectos, tiene una cosa buena, y es que nunca ha faltado a su palabra.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Ir de visita a casa de vuestras hermanas y decirles que Alejo las necesita en Postahue, y que deben partir sin pérdida de tiempo. Les ayudarán a preparar el viaje, y tú, Quintralef, te harás con un ponsón, el más fuerte y agudo que encuentres, de los que usan ellas para ceñirse la iquilla.

Algo extrañadas, pero pasivamente, como que están acostumbradas a obedecer, siempre a obedecer, Millaray y Yanquiray, con sus hijos a la espalda, en el copulhue, y acompañadas de algunos mocetones, toman a caballo el camino del campamento. La llalla las despide cariñosamente. Dos o tres perros siguen husmeando el suelo, la pequeña caravana. La luna, blanca, magnífica, emerge de entre los árboles en el raso azul del cielo sin brumas, y en aquel apartado rincón de la montaña, su luz de plata cae como una fantástica mortaja encima del huampu en que reposan, y aun reposarán por muchos días los restos del patriarca de la tribu: Huenquelao.

Jornada octava

—Buenas noches tengan vuestas Paternidades — dice Alejo llevándose la mano al trarilonco, y con una leve y respetuosa inclinación de cabeza.

—Buenas te de Dios — contestan en voz baja el padre Vicente, Rector de la Misión, y el padre Abdulio, abandonando, para ir a recibirlo, los amplios sillones "fraileros" en que estaban sentados no lejos de la chimenea y a breve distancia el uno del otro. Con el segundo se cambian una sonrisa de antiguos conocidos.

—Asiento — agrega el padre Vicente, aprovechando la oportunidad para agradecerle de viva voz la presteza con que atendió a sus quejas contra las tropelías de los indios.

Es la primera vez que Alejo franquea las puertas de la Misión de Postahue. Muchas veces, en sus correrías, ha atravesado la comarca, y es verdad que en más de una ocasión se vió obligado a reprimir severamente los intentos de asalto realizados, parcialmente, a esa casa de religiosos como a otras congéneres, por gente de su ejército. El es sinceramente cristiano y no ataca a los colonos por su religión sino por su crueldad y su codicia. De una ojeada recorre el interior del vasto y silencioso aposento en que acaba de ser introducido, y en el que debió llamarle la atención, más que otro objeto alguno, una imagen tallada de Nuestro Señor Crucificado, muy semejante a la que viera, tiempo atrás, en la celda de moribundo del buen padre Rogelio.

El Toqui se acerca al calvario, que alumbran como a aleteos de luz dos grandes candelabros de hierro, se inclina hasta poner los labios sobre los pies del Cristo, se persigna

con devoción y sólo entonces pasa a ocupar el asiento que le han ofrecido. Bajo la cota de cuero, no tocada hasta entonces por la punta de ninguna lanza, le tiembla el corazón, como el de un niño al que han prometido un espectáculo maravilloso. Látenle los oídos sólo de aguzarlos para escuchar el chirrido de la puerta en cuyo marco habrá de asomar la que sigue teniendo por la más adorable criatura de la tierra.

Hay una pausa, que al visitante le parece de siglos. Un reloj de pared canta las ocho, y a cada campanada responde un latido de aquel bravío corazón montañés, jamás cansado de sufrir, de amar y de esperar... Aparece por fin doña María Francisca, vestida ya con los hábitos de novicia de la Orden Trinitaria, y Alejo ha de hacer esfuerzos extraordinarios para no traicionar su causa y la de los suyos, revelando la emoción que le mantiene con los sentidos suspensos en presencia de la bien amada. Vivamente se pone en pie y osa avanzar algunos pasos... En aquel instante, de no estar atados a un compromiso de honor, los castellanos podrían apuñalar al gran jefe de los rebeldes sin que éste intentase defenderse.

—Alejo — empieza ella a decir — ya he resuelto definitivamente profesar, cumpliendo el voto que tú mismo oíste. Pero no quiero ingresar en el estado religioso sin pedirte perdón por las ofensas que te inferí en un sitio y ocasión que debieron haber sellado mis labios. Yo estaba fuera de mí.

—¿Cómo he de perdonarte, si nunca me sentí ofendido? — replica el Toqui, aproximándose a ella y bajando el tono de la voz, como para que sus palabras lleguen sólo a sus oídos—. Tú no puedes ofenderme, María Francisca. Y bien sabes por qué.

—Gracias — dice ella, tendiéndole la mano, que él estrecha conmovido.

—Las gracias te doy yo por la gloria de volver a verte.

—Y tampoco — prosigue ella — quiero apartarme del mundo sin tentar un último y supremo esfuerzo por los míos, es decir, por la paz de esta tierra y la seguridad de sus hogares.

—Si no estimase en lo que vale una actitud que tanto

te honra, ¿crees que estaría aquí, como tú lo has querido, solo y desarmado?

—Pues bien, Alejo, ya que a pesar de todo lo que nos separa estamos de acuerdo en este punto fundamental, ¿qué es lo que exigirías para suspender las hostilidades? Pero, siéntate. Hazme el favor.

—Gracias — responde.

Y volviendo a ocupar su sillón, a la derecha de doña María Francisca y casi frente a los jesuitas, que hasta ese instante se han limitado a escuchar el diálogo, sin participar en él, Alejo adelanta esta advertencia.

—Comprendo que no debo molestaros demasiado, y voy a ser breve y preciso.

Lo que comprende es que ha sonado para él una de esas horas decisivas en la existencia de los héroes, y que de su respuesta es verosímil que dependa su porvenir y el de los suyos. Es aquel un cuadro interesante y nada vulgar. En la amplia sala, austeramente adornada, presidida por la imagen del Crucificado, no se oye más ruido que el del rítmico golpe del reloj, centinela inmóvil, que muestra al fondo su blanca esfera numerada y el del alegre chisporroteo de los troncos en la chimenea que arde en la pared frontera. La temperatura es agradable. En los rostros, lejos de transparecer el fastidio o la adustez, des- punta un albor de benevolencia y simpatía. A quien presenciase de pronto aquella escena, desarrollada en el retiro de una misión jesuítica, en medio de las soledades y la sombra de una noche invernal, en el corazón de la frontera de Arauco, le sería difícil adivinar lo que aquel mozo de varonil apostura, que en sus rasgos fisonómicos y en su vestimenta extraña revela el mestizaje de su sangre y de su vida, espera de aquellos sacerdotes y de esa hermosa y pálida criatura vestida de blanco, en cuyo pecho radia ya la cruz roja y azul de la Hermandad Trinitaria.

Sobreponiéndose a su emoción, Alejo, con acento en el que no sería difícil observar un leve temblor, y sin dirigirse en exclusivo a ninguno de sus interlocutores, empieza por decir:

—Yo pido (y pongo por testigo de mis palabras al Dios que murió por la paz y bienaventuranza de los hombres) que se retiren al norte del Bío-Bío todas las tropas castellanas que actualmente operan en territorio arau-

cano, y que sea esto como el primer paso hacia el cumplimiento de los pactos acordados en el Parlamento de Quillén.

—Pero, ¿esos pactos están vigentes? — pregunta con tono de insospechable sinceridad, el padre Abdulio.

—Me extraña esa pregunta en vuestros labios — dice el Toqui, más triste que ofendido—. Bien sabéis que lo están y que no es culpa nuestra si han llegado a convertirse en letra muerta. Pido — continúa — que se fije, ya no el Bío-Bío, sino el Itata, como límite norte de los dominios araucanos y que se despueblen La Concepción y Valdivia: entendedlo bien, que se despueblen, no que se destruyan.

Alejo hace una pausa. Los dos sacerdotes se miran al fondo de los ojos, sin abandonar su expresión afable y deferente. Habla entonces doña María Francisca y pregunta:

—¿Nada más? ¿Esas, son, en absoluto, todas tus condiciones?

—Todas, sí, todas, bien entendido que ellas implican el reconocimiento del Estado de Arauco como nación libre y soberana (1).

—¿Y tú, en cambio, qué ofreces?

—Yo ofrezco a perpetuidad al Rey de las Españas y a sus legítimos representantes en el Nuevo Mundo, una alianza ofensiva y defensiva con el nuevo Estado, que he de regir bajo el nombre de Imperio de los Aucas. Y ofrezco, además, a sus sacerdotes, el gobierno espiritual de mi futuro Imperio, empezando por la conversión de trescientas mil almas, ahora gentiles, que abandonarán sus bárbaras creencias para adorar a Dios Nuestro Señor, como hijos de su Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, a la que pertenecerán por los siglos de los siglos.

A estas palabras se han puesto en pie los jesuitas, incapaces, a pesar de su dominio de sí mismos, de disimular la impresión profunda que acaba de sacudir sus almas de misioneros de la Religión. Ambos se acercan al Toqui y le miran a los ojos con expresión inquisitoria.

(1) El ensueño frustrado de Alejo tiene realización al fin después de más de dos siglos de incesante batallar, en 1793, año en que por medio de un nuevo gran parlamento celebrado en Negrete se reconoció por los españoles la independencia de Araucanía y su condición de estado soberano.

—No duden vuestras Paternidades—, les dice él, adivinando el rumbo de sus pensamientos—. En estos instantes —agrega, levantándose también—, puede decirse que todo Arauco es un solo inmenso ejército sumiso y dócil al mandato de una sola voluntad: la de su Ngen Toqui. Decid, pues, vosotros mismos, vosotros que recorréis los mares y las tierras conquistando una para la fe católica, si merece o no tomarse en cuenta la proposición que os hago. ¡La Cruz de Cristo ayudará al Ngen Toqui cristiano, como antaño a los emperadores paganos y a los caudillos bárbaros, a civilizar a su pueblo y a ganar para la causa de la Iglesia tierras que de otro modo seguirá la guerra ensombreciendo y enlodando de sangre!

—Yo no puedo responderte, ni afirmativa ni negativamente — dice doña María Francisca—. No pueden llegar a tanto mis atribuciones. Pero yo te prometo que esta misma noche partirá un propio a La Concepción, llevando, escritas en un pliego todas tus condiciones, tomadas a la letra.

—Gracias, María Francisca. Es demasiado lo que haces.

—No tienes por qué darme, Alejo. Ambos sacrificamos, por un sentimiento superior, algo de nuestro orgullo... ¡Qué el Altísimo nos lo tome en cuenta cuando llegue la hora!

—¿Quiere decir, entonces, que debo retirarme? — pregunta Alejo, observando que se hace nuevamente el silencio.

—No, que me retire yo — le contesta doña María Francisca.

Y mirándolo a los ojos con una expresión indefinible, que el enamorado caudillo interpreta como si fuese de reproche, envuelta en una vaga claridad de ternura, le tiende la mano.

El desearía besarla para sentir, por el espacio de un segundo bajo sus labios sedientos la impresión de tersura de aquella piel incomparable. Pero no se atreve. Y se limita a oprimir entre sus dedos de hierro aquellos otros, finos y delicados, que ya no habrán de acariciar sino las cuentas del rosario, los brazos de la Cruz o las vestiduras de las imágenes sagradas. La sigue con la mirada, conteniendo apenas el impulso de llamarla.

—Alejo — le dice bondadosamente el Padre Vicente, sacándolo de su embeleso—, ¿me permites una palabra?

—Las que guste, vuestra Paternidad.

—Pero, sentémonos, conversemos con sosiego.

—Escucho — dice Alejo, ocupando un sillón frente a los jesuitas.

—Habéis puesto condiciones demasiado duras, y eso va a imposibilitar un avenimiento que, por lo que veo, nos conviene a todos.

—¿Por ejemplo?

—La entrega de La Concepción. ¿No os parece lo mismo, Padre Abdulio?

—Es la verdad. Y pienso igual, por lo que se refiere a límites. Yo creo, si se me permite avanzar una opinión, que eso sería fácil resolverlo: queden el Bío-Bío y su afluente, el Laja, como frontera septentrional de vuestro Imperio de los Aucas, en vez de fijar vuestra capital en La Concepción, ¿por qué no fundáis una ciudad, una nueva y hermosa ciudad cristiana, que podría llamarse, por ejemplo...

—¡Nuke Isabel! ¡Santa Isabel! — interrumpe el caudillo, brillándole los ojos de entusiasmo—. Con lo cual honraría al mismo tiempo la memoria de mi pobre madre...

—Y la de la más grande de las Reinas que ha tenido España—agrega el Padre Vicente.

Ganado por la efusiva cordialidad de los hijos de San Ignacio — que, en realidad, no pueden menospreciar la coyuntura valiosísima que se ofrece a su labor de catequización — el caudillo pide ser escuchado en confesión. Y sólo entonces les es dado a los Padres advertir que hay, en el camino de la reconciliación que todos desean, algo difícilmente reducible: el amor de Alejo hacia doña María Francisca y la resolución — ya hecha pública por la joven criolla — de vestir los hábitos de la Orden Trinitaria.

—¿Y por qué no lo dijisteis antes? — le pregunta el Padre Vicente.

—No creí que fuese el caso de imponerlo como estipulación en un pacto político... ¿No os parece lo mismo?

—Sí—, agrega el Padre Abdulio — se trata de algo tan íntimo, tan privativo, que sólo de una persona tenéis que esperar respuesta.

—Lo sé — dice el Toqui — y esa persona no puede ser sino doña María Francisca del Valle.

Se hace una pausa. Alejo comprende que no es cosa de prolongar demasiado la velada y que debe ya ir pensando en despedirse. Pero si se lo permitiesen le parece que se quedaría hasta la madrugada en aquel aposento que se le imagina consagrado por la sola presencia de la más bella y más amada de las mujeres de la tierra.

—Entre las ciudades destruídas cuando la ruina grande — dice el Padre Vicente — cuéntase una que estuvo emplazada no lejos de aquí.

—¿Santa Cruz de Coya?

—Exacto. Sabréis que la fundó, en honor de su mujer, el Gobernador Loyola, sobrino de nuestro glorioso Padre San Ignacio.

—Pero ya no quedan de esa ciudad ni los vestigios — agrega el Padre Abdulio.

—Muchas veces he pasado con mis huestes, a galope, por sobre la sombra de Santa Cruz de Goya—dice el Toqui.

—Casi allí mismo estuvo Monterrey, también desaparecida, donde fundó y dirigió su Misión el Padre Luis de Valdivia.

—Pues bien, ¿por qué no podría levantarse vuestra futura capital de ese mismo paraje?

—La verdad es que se halla al sur del Bío-Bío...

—Tenéis razón — afirma Alejo—. Santa Isabel, capital del Imperio de los Aucás, reemplazará a la Santa Cruz de Coya.

Y agrega, hablando pausadamente con cierto tono triste que conmueve a sus interlocutores:

—Puesto que la ocasión se presenta, no he de marcharme sin hablar a vuestras Paternidades de mis intereses, ya que para realizar tan vastos planes será menester contar con medios. Mi pobre madre me habló — en su última carta — de haber hecho testamento en favor mío. Ella era rica, quizá la más rica de toda su familia. ¿Nada habéis oído hablar de ello en La Concepción, Padre Abdulio?

—Sí; tengo realmente, algunas referencias. Los parientes de la finada doña Isabel han interpuesto acción judicial encaminada a anular el testamento, fundándose...

—¿En mi calidad de hijo natural? — pregunta, no sin cierta ironía, el visitante.

—No, eso no. Fundándose en que tú has sido puesto fuera de la ley, y no puedes, en consecuencia, heredar.

—No estoy fuerte en achaques leguleyos como lo estoy en los de guerra. Pero se me ocurre que eso que decís que dicen, no se ve del todo claro. De todos modos, solemnemente, a la faz de Nuestro Señor Crucificado — oídme bien — os manifiesto lo siguiente: yo os cedo, desde luego, para los santos fines de vuestra Compañía, la mitad de los bienes que me corresponden en conformidad al testamento de mi madre, si vosotros, con vuestras legítimas in-

fluencias, conseguís que se respete la voluntad de la muerta.

Imitando a Alejo, que para jurar por el signo de la Cruz se ha puesto de pie, los dos sacerdotes se han incorporado también. Por la segunda vez se les impone la generosidad de corazón de aquel hombre con el que, bajo la sugestión de la leyenda vulgar tienen que confesar que no siempre fueron justos.

—El Padre Abdulio llevará a la ciudad vuestra proposición — dice el Padre Vicente—. A mí no me cabe sino agradecer con toda mi alma tan piadoso ofrecimiento.

—Yo os prometo hablar de ello, cuanto antes sea posible, al Padre Rector. Pero, ¿sabéis vos mismo a cuánto asciende, *grosso modo*, vuestro patrimonio?

—Hay propiedades rústicas y urbanas. Una estancia de costa y un fundo de cordillera, ambas con minas de oro y yacimientos de hulla. Hay casas y solares en La Concepción y en San Bartolomé de Chillán. Y hay joyas, alhajas, vajilla, y no sé qué sumas de dinero sonante. Calculad que mi madre era hija única y que heredó de sus progenitores... Los de Vivar y los de Castro eran encomenderos.

—No lo tomes a desconfianza, Alejo — agrega afablemente—. Pero tiene tal importancia, sobre todo política, el acuerdo a que acabamos de llegar, que me parece indispensable dejarlo establecido por escrito. En guerra estamos y mortales somos. ¿Tendrías tú algún inconveniente?

—No, ninguno.

—Hacedme el favor, Padre Abdulio. Voy a permitirme dictaros.

El aludido acerca recado de escribir, prepara la pluma y durante algunos instantes, en el vasto y silencioso aposento, no se oye más que la voz sacerdotal del Padre Vicente, al compás de sus lentas pisadas, y el rasgueo de la de ganso hábilmente manejada por el Padre Abdulio, diestro, tanto en el escritorio como en el púlpito. Aquel pliego, en el que se resume admirablemente todo lo tratado en la reunión y se deja claramente estampada la voluntad del caudillo de hacer una donación de parte de sus bienes a la Compañía de Jesús, es leído luego por éste sin precipitación. Como si pusiese su primera firma imperial, escribe al pie, junto a los nombres de los dos sacerdotes: ALEJO DE VIVAR. No es un misterio para él la influencia de los hijos de San Ignacio en el seno de la sociedad y los hogares, y no le falta razón para confiar en ellos como en sus más poderosos auxiliares.

Ellos, mientras tanto, sin decirselo sino fugazmente

con los ojos, piensan que no es una vana quimera la que ha forjado la ambición de Alejo; que éste, así como tiene corazón y talento, podría presumir de noble, poderoso y rico no habría en realidad tacha que oponerle. A despecho de su media sangre indígena, él tendría derecho, si quisiese, a mirar por encima del hombro al propio don Juan de Zúñiga, que blasona de su ascendencia real, puesto que está probado que el primero de los de Vivar que pasó a Chile, compañero de Valdivia y su Escribano Público, era un gajo del árbol ilustre de los Díaz de Vivar, y no era menor ni menos auténtica la ranciedad de la prosapia de los Castro. Alejo I, Emperador del Arauco cristiano, y doña María Francisca, Emperatriz, constituirían un florón más, y no el menos brillante, de la gloriosa corona de la Compañía. Y sonrían los jesuitas, recordando la otra magnífica Misión, la del Paraguay, que ha llevado a millares de almas gentiles la luz del Evangelio, que ha significado para la Iglesia un honor y una conquista, y que ha acrecentado, sobre todo, la herencia espiritual y material de San Ignacio de Loyola, bienaventurado por los siglos de los siglos.

—Descuidad, Alejo—le dice el Padre Abdulio, sin abandonar el tono uncioso y la actitud benevolente—. Dios hace y deshace del destino de los hombres, y necio es el que pretende penetrar sus medios y sus fines. Confiar en nosotros es confiar en él.

—Creo — insinúa el Padre Vicente—, que hay algo providencial en todo esto.

Minutos después, de pie junto a su caballo que mantiene Juan Yuyo por la brida. Ñanku se dispone a montar para volver a bandear el río. Pero le cuesta decidirse. Contempla a su frente la gran masa negra de la casa de la Misión con sus dos vastos pisos y sus pesadas torres cuadrangulares. Sueña — ilusión de enamorado — en ver brillar una luz pequeña, y viva, y ardiente como su esperanza, en mitad de la noche espolvoreada de estrellas. De todas esas ventanas, ¿cuál será la suya? ¿No le hará siquiera la distinción de salir a mirarlo por última vez, como una sombra moviéndose entre sombras? Del estuche cosido a la montura extrae el catalejo, regalo de Pichunman, y lo enristra como un arma...

—¿No has visto nada. Yuyito? ¿Nada te ha llamado la atención?—pregunta al corneta.

—De rato en rato, brillando luz en ventana, arriba..., ¿ve? ¿ve, mi Keneral?

Surge, en efecto, una claridad en lo alto, se recorta en

el fondo negro del muro como un rectángulo de oro y traza una banda luminosa por sobre la húmeda fronda de los matorrales.

— ¡Es ella, Yuyo! ¡Es ella! — exclama el Toqui al ver destacarse en la ventana, toda de blanco, delicada y frágil como una visión de pintura primitiva, el busto de doña María Francisca.

Sin imaginarse que se la observa desde el fondo de la sombra, la joven permanece aparentemente tranquila, apoyados los gentiles brazos en el alféizar y paseando la mirada por el cielo profundo y por la montaña de Nanku, refugio de los hombres que se obstinan en seguir siendo libres. El Toqui clava en lo alto la visual del antejo y percibe, en el círculo luminoso de la lente, como si la tuviese a pocos pasos, la adorable cabeza de la criolla; sus ojos, fuentes de luz dormida a la sombra de las pestañas; su boca entreabierta que aspira el encanto de la noche; su cuello, de tersura ideal, que velan púdicamente las randas de encaje finísimo; la curva del pecho, que se levanta como la de la onda en la marea... No atina el mozo a preguntarse si quiera a sí mismo qué pensará ella en esos instantes, si lo recordará, si repetirá su nombre. Es feliz: para serlo le basta estar mirándola como nadie en el mundo puede hacerlo, y se pasaría así toda la vida. ¡Oh, si aquella visión, regalo sólo de sus ojos, no se desvaneciese nunca!

— ¡Toca! ¡Toca! — dice de pronto a su corneta.

Juan Yuyo obedece. Y no vuelve a cerrarse la ventana sin que se dejen oír, trémulos, vibrantes, cálidos, los sonidos de una retreta que durante unos minutos está agregándose amorosamente al concierto monótono del río y los follajes, bajo las estrellas que tembletean en lo alto, entre un loco galopar de nubes desgarradas.

— ¡Yuyo!

— ¿Mi Keneral?

— ¿Eres capaz de volver con un mensaje mío, escalar esos muros y tirarlo por esa ventana?

— ¡Yo dando hasta la vida por mi Keneral!

— ¡Entonces, pecho al agua!

Métense en la corriente y mientras avanzan, entre el zangoloteo de las espumas, va Alejo redactando in mente las líneas de que deberá su corneta ser portador y en las

que—, no como condición sino como súplica—, expresa su aspiración a la mano de doña María Francisca.

*
*
*

¿Cuál no será la sorpresa de Alejo al encontrarse en su tienda de campaña con Millaray y Yanquiray que le aguardan? Han encendido fuego en el que vahean algunos tuestos, y ahora se adelantan a ofrecerle de comer y de beber. Alejo se apresura a despachar a su corneta y luego, con aire, visiblemente preocupado interroga a sus mujeres sobre qué es lo que las ha inducido a abandonar la ruca. Algo grave tiene que ser, pues allí ve a sus pequeños, dormidos apaciblemente, y allí ve también, indiferente a todo en su apostura heráldica, al ñanku de blanca pechuga y ojos de carbunco.

—¡Alejo! — le dice Millaray—. Tú no sabes lo terrible que es estar oyendo todo el día las acusaciones que te hacen.

—¿Siempre con la misma?

—Nuestros hermanos aseguran a gritos que tú has envenenado a Padre Huenquelao...

—¡Imbéciles!

—¡Y juran que el crimen no quedará sin castigo!

—Nuestra propia madre nos ha insultado.

—Dicen que eres un parricida y que nosotros somos tus cómplices.

—No nos quedaba más que echarnos a cuestras a nuestros hijos, coger el ñanku que nos atrae la protección de los espíritus...

—Cubrirnos con unas mantas y correr a tu lado.

—Sírvete, amor.

Mientras habla Yanquiray ha ido llenando vasos de la aromática bebida que se calienta a la lumbre.

—Gracias — dijo Alejo—. Hace friecillo, me he mojado en el río y unos tragos de caliente me sentarán muy bien. Pero servíos también vosotras.

Alejo está contento—¿cómo no estarlo?—y no tiene reparo en repetir los brindis. Aquella especie de ponche, hecho a base de los más ricos y sabrosos frutos de la selva es realmente delicioso. Enciende su quitra y se recuesta en su nenantu. Siéntese feliz el Ngen Toqui de la indiada rebelde, mimado, como siempre, por sus cariñosas mujeres, velando, entre sorbos, el inocente sueño de sus hijos; feliz porque el desarrollo de los acontecimientos del todo favorable a él,

le pone a un paso del éxito definitivo, en la mejor posición frente al enemigo, feliz a pesar de las estúpidas intrigas de su parentela empeñada, con increíble obsecación, en sindicarlo como asesino del cacique...

—Un trago más — dice — para pasar las penas... — Pero — agrega, mientras recibe el ihue de manos de Yanquiray — decidme ¿cómo supisteis el sitio dónde me encontraríais? ¡Decidlo! — exige, viendo que ambas mujeres, mirándose a las caras como temerosas de disgustarlo, permanecen en silencio.

—Nos lo dijeron nuestros hermanos — confiesa Millaray.

—¿Encargándonos que te reservásemos sus nombres — agrega Yanquiray.

—Pero si vuestros hermanos no tienen por qué haber sabido a dónde yo venía.

—Pues lo sabían ambos.

—Nos dijeron aún más: que seguramente te sorprenderíamos en compañía de una dama huinka.

—¡Ah, canallas!... — exclama el Toqui.

Aprieta instintivamente los puños y sin que medie de parte de él impulso volitivo alguno, sin darse cuenta del porqué, la imagen de Misqui pasa de pronto por su mente. Vuelve a ver al yanacona intrigante y artero, siguiéndole los pasos, trabajando en contra suya el ánimo torpe, y suspicaz de sus cuñados, valientes mocetones, bravos hombres de guerra, pero nada más. Habrá que proceder radicalmente. Ya esto es intolerable.

—En fin — piensa — ésta es una noche demasiado linda para que sea permitido estropearla con malos pensamientos...

Y sigue de tertulia con sus mujeres, bebiendo, fumando, recordando anécdotas, insinuando planes militares y políticos; divagando, como un buen padre, con el porvenir de sus párvulos... Les habla de la alianza ya concertada con la gente del sur, que significa la posibilidad a breve plazo de un nuevo formidable ejército, más aguerrido y poderoso que el anterior, y en consecuencia, mediante la cooperación de los pehuenches, la caída inevitable de La Concepción... y acaso, el avance inmediato sobre la misma Santiago del Nuevo Extremo, siguiendo los gloriosos rastros de Lautaro el Grande. Y recordando el pasaje en que don Alonso pinta la idílica noche, víspera de la última

batalla y de la muerte del caballero heroico, Alejo, recita:

¿Quién al pueblo araucano ha restaurado,
 en su reputación que se perdía,
 pues el soberbio cuello no domado,
 al doméstico yugo sometía?
 Yo soy quién de los hombres le ha quitado
 el español dominio y tiranía;
 mi nombre sólo basta en esta tierra,
 sin levantar la espada, a hacer la guerra.

Ellas lo escuchan, pendientes de sus labios, mientras le sirven y vuelven a servirle. Pocas veces lo han visto tan comunicativo, con tanto deseo de expandirse.

—Dime, Alejo — le dice Yanquiray, animada también.
 —¿Es verdad que esos instrumentos que llevas son malditos?

—¿Cuáles?

—Esos que están allí — dice, indicando una caja cubierta por una carpeta coloreada sobre la que se ven el catalejo y la brújula.

—¿Malditos? Y, ¿por qué? ¿Quién os lo ha dicho?

—Nuestros hermanos. Aseguran que hay calcus también entre los huinkas, y que esas son cosa de hechicería.

—Que sirven para producir la muerte de lejos y a voluntad.

Ñanku se echaría a morir riendo si no fuese por el temor de despertar a las criaturas. Lejos de ofenderlo, excita su hilaridad tanta ignorancia. Toma la brújula, la pone sobre la palma de su mano extendida y — venciendo, no sin esfuerzo, la repugnancia de sus mujeres a acercarse a aquel aparato misterioso, — trata de enseñarles el porqué de la oscilación de la aguja y su tendencia irrefrenable a marcar la dirección del norte. Ellas se esfuerzan, a su vez por comprender, deseosas de complacerle; pero bien pronto se da cuenta Alejo de que, cuanto más les hable, más afirmará en sus mentes la idea de que hay algo de infernal en todo aquello.

Millaray y Yanquiray seguirán pensando que esos son maleficios de los brujos huinkas. Escuchan a Alejo, clavándole en los ojos los suyos, mansos, tiernos y cariñosos, pero incomprensivos y perplejos. No han entendido nada y continuarán sintiendo un pueril recelo hacia esos obje-

tos que en mala hora aprendió Alejo a manejar y se le ocurrió llevar hasta su casa.

Como le molestan algo sus arreos de guerra, se desciñe el trarilonco, se quita el coselete de cuero, el trarihue, los zumeles, y con la misma tranquilidad con que solía hacerlo en las noches de su ruca, en el rehue, se santigua, musita una breve oración y dice, juntándole ya los párpados el sueño:

—Voy a dormirme. Hasta mañana.

Cierra los ojos, sonriendo; porque ve con la imaginación a Yuyito — mensajero ideal — ingeniándose para escalar los muros de la Misión y hacer llegar su carta hasta la alcoba de doña María Francisca. Así, sonriendo, duérmese por fin, pero, ¡ay!, para no volver a despertar.

En la alta noche, reptando desde los bosques como una serpiente, colándose por entre las quinchas, alguien se introduce en la tienda de campaña del Ngen Toqui. Duerme él, y duermen sus mujeres, cada una al lado de su cachorrillo, con el sueño profundo que sólo dan el organismo fatigado y la secreta paz del espíritu. Yuyo, lanzado en azarosa aventura, no ha regresado aún. Los perros encargados de la ronda nocturna no despiertan esta vez, porque —ellos sí — han sido envenenados ex profeso.

Sólo veía el ñanku, erguido sobre su rama de canelo en un rincón del dormitorio, inmóvil en su heráldica actitud. Resalta su blanca pechuga y brillan sus ojos redondos al resplandor del fogón que aún no se extingue, y el asesino, a pesar de su resolución de matar, no puede impedir un estremecimiento. Por toda arma empuña un ponson de plata, tosco, pero agudo, que le han facilitado sus cómplices aquella misma tarde; sin vacilar se dirige Misqui al lecho del Toqui y, con infernal certeza, con pulso digno de ser empleado en una proeza y no en un crimen, le atraviesa el corazón de parte a parte. La víctima tiene una sola convulsión, escápasele el aliento en un suspiro estertoroso, y luego queda inmóvil, ya exánime, como si continuase dormido. Por la cuenta que le tiene, el instigador y autor de aquel horrendo fratricidio, cuida de dejar el arma clavada dentro de la herida... Al pasar, con rápido movimiento de ratero avezado, coge el catalejo y la brújula que fueron por tantos días objeto de su feroz codicia, y vuelve a salir por el mismo hueco de las quinchas que le ha servido para entrar. Ya le persigue, como a Caín, el remordimiento de su crimen, y siente que como dos rayos le

quemar las espaldas las pupilas rojas y ardientes del ñanku tutelar.

¡Qué tremenda la sorpresa, a la mañana siguiente para todo el campamento ver salir de la tienda del generalísimo a Millaray y Yanquiray con sus pequeños en brazos, los cabellos y los vestidos en desorden denunciando a gritos el asesinato de su esposo, y dejando de clamar y lamentarse sólo para demandar justicia! Al principio no las entienden bien y hasta suponen que se han vuelto locas. Pero el corneta — que ya está en pie desde temprano y que sólo aguardaba ser llamado para acudir junto a su jefe—, se echa a correr hasta la tienda de Alejo, introducése en ella y vuelve a salir para vocear a lo que le dan los pulmones:

—Es verdad. ¡Nuestro Ngen Toqui ya no existe! ¡Muerde a los asesinos!

Corren a su vez los soldados, ya alarmados, entre el plañir incesante de las dolientes y el lloriqueo de sus críos, y allí se encuentran con Juan Yuyo, sombrío y silencioso junto al lecho en que yace el cadáver de su general. De espaldas, en la posición en que quedó al dormirse, con los fornidos brazos en descanso a lo largo del cuerpo cubierto a medias por los cobertores, revuelto el pelo sobre el arco orgulloso de la frente, entreabierta la boca voluntariosa, vítreos e inmóviles aquellos ojos verdes que supieron dominar a hombres y a mujeres, contéplanlo sobrecogidos los conas y se resisten a creerlo sin vida. Un hilo de púrpura ha subido desde la rota fuente del corazón hasta la boca y resbalado por la comisura de los labios hasta el cuello... No hay otro indicio de violencia. Pero sobre su pecho— amplio y recio pecho de caudillo—, junto a la tetta izquierda, se ve la oblonga cabeza del ponsón de plata que ha servido a los alevosos asesinos para acabar, de un golpe, con aquella existencia tutelar y con la causa de la rebelión mapuche.

Alcamán el werke es el primero en hablar.

—No podíamos haber recibido un golpe más terrible— dice—. Si se lo debemos a los huinkas, nos han acertado en el testuz.

—¿Los huinkas? No, Alcamán. Anoche ha estado dos horas dentro de la casa de los Padres, en Postahue v. con fiado en la palabra de honor dada por el enemigo, no llevaba ni un mal cuchillo para defenderse. Hemos andado solos en la obscuridad y soledad de los caminos, sin que

hayamos encontrado a alma viviente. Creedme: de poder hacerlo, los huinkas lo habrían tomado prisionero para conducirlo vivo a La Concepción y darse el impagable placer de aplicarle el tormento y suspenderlo de la horca, o atarlo a la boca de un cañón.

—¿Entonces?

—¿Cómo queréis que yo lo sepa? Lo que puedo decir es que, sin pérdida de tiempo, hay que avisarles a Quintralef y Loncoluán.

Como si lo citasen por medio de un conjuro, se ven aparecer en este instante a la entrada de la tienda los recién nombrados. Los soldados, dóciles a la disciplina, adoptan la actitud conveniente. Llevándose la diestra a la altura del trarilonco.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que hacéis aquí?

—Ya lo ves — dice Alcamán—. Ya no tenemos Toqui.

—¿Qué? ¿Qué es lo que dices?

—Lo que habéis oído.

Ambos hermanos se acercan al cadáver y se inclinan ante él como si necesitasen cerciorarse de que Misqui ha cumplido efectivamente su espantosa promesa.

—¿Y Millaray? — pregunta Loncoluán.

—¿Y Yancuiray? — repite Quintralef, como un eco.

—Han huído. con sus hijos, desesperadas de dolor.

—O de remordimiento.

—¿Creéis?...

—Celosas estaban, y no sin razón, las pobres. Siguiéndole a él se marcharon ayer tarde acá; pues sabían que Alejo debía entrevistarse en la Misión con la dama blanca a quien amaba...

—Habrán bebido... Habrán reñido...

—¡No, no! — exclama impetuosamente Juan Yuyo—. ¡No las culnéis a ellas! ¡Sería una iniquidad!

—Mirad — dice Loncoluán, señalando el instrumento de muerte aún clavado en el pecho del muerto—. Este ponsón es de una de ellas.

—Por lo demás — arguye Quintralef—, seamos razonables. No se justifica, pero se explica el arrebato de nuestras hermanas si se piensa que tienen corazón, como mujeres, y que Alejo las hacía objeto de un desprecio inmerecido.

—Yo no creeré jamás que ellas lo han muerto — afirma el corneta, categóricamente.

—Ni yo — corrobora Alcamán.

—Contra la muerte no hay remedio—dice Loncoluán.—
Aún no se lleva al eltun el cadáver de nuestro padre; su pillay está aún a las puertas de la buta-ruca. El rehue y el linco están sin mando, y es preciso proceder sin aturdirse. Ve tú, Alcamán, al norte y lleva la noticia a Inaqueupu; tú, Juan Yuyo, vuelve al rehue y, dásela a la Papay. Y vosotros, conas, preparaos a trasladar allí los restos de nuestro jefe.

—¿Al rehue de Quilleco? Perdonad vosotros que mandáis ahora, pero creo mi deber recordaros que mi general expresó siempre su voluntad de ser enterrado junto al Nucucutun, en las que fueron tierras de su difunto padre.

—Pues, allí los llevaremos.

*
* * *

—Hija mía — le dice el Padre Abdulio—, tus santos y nobles esfuerzos por la paz de esta tierra, tu hermosísima y edificante actitud, ya no tienen objeto.

—¿Qué decís? Explicaos, Padre, por favor.

—Te he dicho siempre que es temeridad peligrosa tratar de analizar los designios de la Providencia. Pobres criaturas, a nosotros no nos cabe más que resignarnos. Jamás ha estado tan a punto como anoche ver surgir para la causa de la corona y de la iglesia en esta tierra una solución más bella y más grandiosa. Desgraciadamente...

—Pero decid, ¿qué pasa? ¿Alejo se ha arrepentido del paso que dió? ¿Prefiere seguir en guerra y vuelve a amenazarnos?

—Alejo, hija mía, ya no existe.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Algún golpe traidor de parte de los nuestros? ¡Padre Abdulio! ¡Eso sería horrible!...

—No, puedo asegurarte que no. Sólo que el jefe de los rebeldes ha sido asesinado misteriosamente anoche en su propia tienda de campaña.

—Pero, ¿por quién? ¿Por qué? ¡Dios mío!...

—Eso nadie lo sabe, sino los asesinos, todavía. Culpan a sus mujeres, cuyos celos salvajes habría exasperado el caudillo.

—Y ellas, ¿dónde están? ¿Qué hacen? ¿Qué dicen? ¿Niegan o confiesan?

—Niegan y han corrido a refugiarse a esta casa, con

sus pequeños. Habrá que bautizarlos y llevarlos a La Concepción. La guerra ha terminado.

—Y también ha terminado, Padre, mi tarea.

—Creo lo mismo.

Abandona el Padre la sala y corre la criolla a su aposento. Habituada a dominarse, nada, sino la súbita palidez del rostro, ha revelado su dolor, más terrible y aplastante, mientras menos libertad tiene para desahogarse. Está sola y cae de bruces, sollozando, sobre el lecho. Las lágrimas brotan al fin en un raudal incontenible, que empapa la almohada.

—¡Se acabó! Ya se acabó todo... — se le oye balbucir.

Sí, se acaba, abatido, deshecho por la fatalidad, su sueño de amor de los veinte años. Ahora sí, ya no por falso orgullo, sino por renunciación definitiva, se enclaustrará para siempre. Más que nunca es honda su contrición y más que nunca sincera su resignación ante los designios del Altísimo. Si lo ha ofendido, pagará la ofensa con el dolor de toda su vida y con la consagración del alma entera a la devoción y a la piedad dentro de los hábitos humildes de la religión trinitaria.

Llorando aún, ahogando los sollozos, la encuentra la grave dueña que viene a participarle — llena de belicoso júbilo—, la noticia de la muerte del caudillo rebelde más temido y más odiado por los castellanos. Mírala ella a los ojos y tal debe ser la expresión de su fisonomía. (en la que no fuera difícil descubrir la lucha de los sentimientos como en las nubes que descarga un solo minuto de tempestad) que la pobre señora deja caer los brazos y sofoca en los labios la serie de exclamaciones que ya tenía preparadas.

Doña María Francisca, sin pronunciar una palabra, lento y leve el paso, severo y recogido el continente, toma desde sobre la mesa de noche un cofrecillo; lo abre sin prisa, extrae de él unas cartas y se entrega a leerlas, una a una, interrumpiéndose de cuando en cuando, para suspirar y sollozar. Luego las va quemando, una tras otra, en la flama de la bujía... Pero, ¿por qué vacila en hacer el mismo auto de fe con esos dos papeles que se obstina en releer sintiéndolos crujir entre sus dedos trémulos? Uno es el último mensaje del amador infortunado— el que, con riesgo de su vida, ha logrado Yuyito deslizar, en la alba noche, por entre los batientes de su ventana y que ha

hecho llegar hasta la cabecera de su lecho la suprema expresión de amor y la esperanza del gran Toqui chileno. ¿Y el otro? El otro mensaje, breve, brevisimo, de una sola palabra es la respuesta que ella alcanzó a escribir, pero que el destino detuvo antes de que se echase a volar. No dice más que ¡Espera! Seis letras entre dos signos, seis letras que jamás han podido tener tan íntimo sentido ni trascendencia tan profunda. Se decide por fin a sacrificarlos, y hay una expresión de fiebre en la mirada con que observa el temblor de la flamula fugaz y, luego el volatijear leve del papel quemado...

Cúbrese luego con su manto, requiere el rosario y sale de la alcoba para dirigirse a la capilla. Va a orar, con todo el fervor de su alma creyente, y no hay necesidad de mencionar a aquél por cuya salvación eterna impetrará a su Dios.



Es una escena emocionante, con notas de ingenuidad tierna y pinceladas de trágica grandeza, la de la llegada de la vieja Papay. Y son terribles, erizantes las demostraciones de dolor, de ira, de ternura y de ansias vindicatorias a que se entrega en contacto con aquel cuerpo helado que alentó el alma inmensa de su hijo Nanku.

—¿Crees tú, Papay, que hayan podido matarlo estas mujeres? — ha preguntado Yuyito, al darle la noticia, allá en el rehue.

—¡Cómo he de creer semejante aberración! — protesta la anciana—. ¡Pobres Millaray y Yanquiray, que no hicieron otra cosa que adorarlo, y que nadie sabe el destino que les espera a ellas y a sus hijos!

—¿Sospechas tú quiénes son los asesinos?

—No lo sospecho. Lo sé.

—Pues bien, Papay. Yo no sé si los conas van a aceptar o no la versión que se ha dado de este crimen infame. Sólo sé que no lo creemos ni tú, ni yo, ni Alcamán. Como no lo creerá tampoco Pichunman cuando regrese de la costa del Maule. Somos, pues, cuatro a vengar la sangre de nuestro grande y querido jefe: a tí, por mujer y por anciana, te eximimos; pero nosotros — óyelo bien, Papay, y seca las lágrimas de tu justa pena, no descansaremos mientras

la sangre de los criminales no caiga sobre el mismo suelo que ellos han manchado con la de tu hijo.

—Gracias, Juan Yuyo — exclama conmovida hasta las lágrimas la india—. Sé que lo quisiste y sé que eres valiente. Y dime, ¿Millaray y Yanquiray estarán en seguridad?

—Completamente, tanto ellas como sus hijos. Con decirnos que se ha hecho cargo de ellas doña María Francisca...

—¡Bendita sea una y mil veces!

Luego, con prolijidad maternal, sobreponiéndose a un dolor como aquél que, por instantes, se dijera que va a arrancarle el corazón del pecho, procede a la tarea de bañar, perfumar y vestir el cuerpo de su hijo. Sólo Juan Yuyo la acompaña y ayuda. Acaso, entre la bruma nostálgica de su pena, recuerda la anciana aquellos días, ya tan lejanos, en que, antes de amamantarlo, cuidaba de cambiar a su hijo los pañales para hacerlo dormir. Pocas veces, quizá nunca, se ha presentado Alejo con tanto aderezo en el tocado ni tanto lujo de indumento. Si no por la sangre son ellos, por el afecto, los que más cerca han estado de él en sus mejores años, y es justo que a ellos en exclusivo pertenezca el honor de prepararlo para el gran viaje sin retorno. La Papay le peina curiosamente los cabellos que caen en ondeante melena, alrededor del cuello y se los ciñe con el bruñido trarilonco orlado de plata. Yuyito, por su parte, cuida de cruzarle sobre el pecho la banda escarlata en cuyo centro radia como un sol el ñanku bordado de oro, y de colocarle al cuello el toqui o hacha de piedra, insignia del mando y prueba de capacidad militar. Ella enciende luego maderas y resinas olorosas, y Juan Yuyo, que ha olvidado completamente las prácticas de la liturgia mapuche, no tiene más remedio que arrodillarse y murmurar sus oraciones cristianas. En otra ocasión, al quedarse solo en medio del camino, mientras la tierra temblaba, el pánico le hizo reconciliarse con los ejercicios espirituales de la religión católica. Ahora no es el miedo, sino el dolor de la orfandad que representa la pérdida, del que más que su jefe es para él su protector, su padre, su Dios, lo que le hace caer de hinojos en el suelo y dejar escapar estropeada en su media lengua, la plegaria de los cristianos a la Virgen:

—*Dió te salve, María,— llena ere de crasia,— el Chiñor contigo...*

La Papay, entretanto, terminada su piadosa faena, llora silenciosamente. Lloro como el cielo de la montaña,

del que cae una llovizna lenta y fría, más entristecedora que un aguacero y que una granizada. Lloro, como los árboles de la selva, de los que gotea el agua con un leve ritmo de latido. Lloro, como los arroyos que resbalan cuesta abajo, entre matojos y nilkiles, murmurando su oración. Lloro, como el chucao agorero en el fondo de los bosques, o como las hualas plañideras desde las espadañas. Lloro, en fin, como las campanas de la Misión, cuyos sones quejumbrosos llegan, en las alas del viento, desde el otro lado del río, doblando por el alma del que, siendo caudillo de los gentiles, murió como cristiano horas después de haber pedido confesión.

Junto con Yuyito y la Papay ha llegado mucha gente, soldado y paisanos, procedente del rehue. Tal ha sido la aglomeración de curiosos, que se ha hecho indispensable colocar dos centinelas armados a la entrada de la tienda de Alejo. Al arribo de la anciana y del corneta ya estaba en el campamento el señor Misqui, que venía — declaraba —, de muy lejos y a quien produjo tanto dolor como sorpresa al imponerse del trágico fin del último gran caudillo de los araucanos. Se le ve en constantes conciliábulos con los cuñados de Alejo, estudiando y resolviendo todas las cuestiones de orden civil y militar ocasionados por el deceso de Huenquelao y de su yerno. No tardan en saber que las mujeres del caudillo han huído a refugiarse entre los huinkas, y como tal determinación favorece a maravilla sus planes, se guardan muy bien de estorbarla. Que se marchen, que se marchen lejos, es lo que hace falta. Ojalá se cristianicen. Así, no sólo no habrá que pensar en darles la parte que les corresponde de los bienes paternos, sino que quedará para ellos todo el peculio en buena lid ganado por Alejo mismo...

—No diréis que no soy hombre que, cuando quiero, sé hacer mis cosas bien, — les dice Misqui, con su sonrisa de mico, falsa y adúlona.

Juan Yuyo apera rápidamente al caballo y se dispone a partir. Pero inquieto al no divisar por parte alguna a Yanquiray ni a Millaray, se da a la tarea de buscarlas. Nadie las ha visto ni saben qué dirección han tomado. Por fin, con ayuda de Alcamán, da con las huellas de sus plantas descalzas en la tierra húmeda... Las sigue pacientemente, sin apartar los ojos del suelo donde va viendo, uno al lado de otro, los dos pares de pies en fuga por la

montaña adentro. No son infructuosas, afortunadamente, sus pesquisas. La montaña virgen ha dificultado el paso a las fugitivas y así el buen muchacho consigue darles alcance. Con sus hijos a cuestras huyen, huyen, sin saber por qué, sin saber a dónde, sintiéndose incapaces de seguir allí donde ha quedado, de espaldas, inmóvil y con los ojos abiertos, el cuerpo sin vida del mejor y más querido de los hombres. Huyen, huyen, sin mirar atrás, como si tratarasen de engañar el dolor que les acompaña como la sombra de su alma...

Como pueden, llorando, sollozando, interrumpiéndose para desahogar la crisis nerviosa que les atraganta la voz, cuentan a Yuyito, siempre con las mismas palabras, lo único que saben: que al ir a despertar a Alejo lo encontraron rígido y con un ponsón clavado en la mitad del pecho. Pero no menos hondo que su dolor, es para las muchachas la ira y la vergüenza que hace presa en sus corazones cuando, saben, que se las señala como autoras de la muerte del Ngen Toqui. La leyenda — con cuyo origen no atinan—, dice que lo que las ha inducido al crimen, son los celos, muy justificados, y el afán de vengarse de los malos tratos de que les hacía víctima el difunto.

Rotundamente niegan ellas tales extremos. Motivos de celos no les dió nunca su marido— que hubiera tenido derecho, por lo demás, a llevar a su casa más mujeres—, y nunca tuvo para ellas y para sus hijos sino frases de cariño y de ternura. Juan Yuyo, entonces, rompiendo bruscamente su consigna de discreción y de reserva, les dice que él se dejará cortar la cabeza si los asesinos no son los propios hijos de Huenquelao en complicidad con ese "huedachi" del yanacona Misqui. Ellos son también los que se han apresurado a sindicar a sus hermanas, bien sabrán por qué. Es tal la desesperación de las pobres muchachas que Yuyito llega por momentos a tener miedo de que aplasten a sus hijos contra las piedras o cometan otra locura semejante.

—Nos lo matan a él — dicen—, que era para nosotros todo, y como si fuese poco, nos culpan del crimen a nosotras.

Están fuera de sí, desatentadas, como locas. Hablan de Alejo como si pudiese oírlas, como si todo no pasase de una broma suya... Después le toman todo el peso a la tragedia y vuelven a llorar, y a gritar y a protestar de su inocencia apelando al testimonio de todos los altos espí-

ritus y poniendo por fianza la salud y la vida de sus hijos.

—Debéis calmaros, hacer valor, porque tendréis que defenderos — les aconseja Yuyito.

Pero ellas parecen no escucharle. Y, de pronto, sin que él logre impedirlo, salen escapadas en dirección del río, que se ve descender, sonoro y fervoroso, a la derecha. Adivinándoles el pensamiento, el corneta suelta su caballo y se abalanza en pos de ellas. Les da alcance a tiempo, e invocando el amor y la protección que deben a sus pequeños hijos (herederos de la sangre y de la gloria de su padre, al que tendrán que vengar) las disuade de sus tentativas de suicidio y las convence de que deben irse a buscar refugio entre los cristianos, mostrándoles al efecto la casa de la Misión que se alza hospitalaria al otro lado del río.

—El rehue es ahora de vuestros hermanos — les dice hablando siempre en mapuche—, y, salvando con vida, nunca os libraréis de que os señalen con el dedo. Con el pretexto de castigaros, no os entregarán siquiera lo que os pertenece. Idos más bien, a La Concepción; decidles a los castellanos que se debe a vosotras la muerte del temido Toqui Ñanku; confirmad la calumnia, y os festejarán, y os brindarán techo y alimento para vosotras y para vuestros hijos. Yo os acompañaré hasta la Misión de Postahue, donde seguramente los padres os darán asilo.

Pasivamente obedecen ellas. El fiel corneta de órdenes del difunto caudillo las conduce en efecto a la Misión de los jesuitas; informa en pocas palabras, lo que ocurre en el campamento de los indios y pide, como gracia especial, que se le deje hablar con la “Chifurita”.

—¿Qué quieres de ella? — le pregunta el Padre Vicente.

—Quiero pedirle que proteja a dos desgraciadas y a sus hijos — contesta el corneta—. Las pobres mujeres de mi Keneral no quieren quedarse entre los indios, piden ser cristianas y que se las deje vivir entre cristianos...

—Y tú también, ¿lo eres, acaso?

—Sí, Padre, por la gracia de Dios— contesta Yuyo, recordando lejanas lecciones de catecismo sinodal.

No hay dificultad en recoger a Millaray y Yanquiray. Doña María Francisca se encargará de hacerlas llevar más tarde a La Concepción. La joven criolla no sabe la terrible noticia de labios del indiecillo, sino de los de su propio confesor.

Poco después de mediodía preséntase en el campamento, seguidos de unos cuantos indios conversos, los padres Vicente y Abdulio. Recibenlos Quintralef y Loncoluán, y los visitantes hácenles saber que el motivo que les lleva a entrevistarse con ellos es el deber que, en su calidad de sacerdotes católicos les cabe cumplir para con un hombre que, como Alejo de Vivar, dió siempre tan claras muestras de ser buen cristiano.

—No os falta razón. Decid en qué podremos servirlos.

—¿Os opondrías a que hiciésemos al difunto las honras fúnebres que le son debidas en la capilla de nuestra Misión?

—Yo no veo inconveniente para ello — dice Loncoluan—. Sólo que...

—Decid.

—Sólo que, interpretando los deseos expresados muchas veces en vida por nuestro deudo, no va a ser posible que os cedamos su cuerpo para sepultarlo en vuestra iglesia.

—¿Por qué no?

—Muy agradecidos, os llevaremos los restos hasta el interior de vuestro templo; pero una vez terminada la ceremonia, los transportaremos a las márgenes del Laja, al paraje en que Alejo vió la primera luz y donde, según su voluntad, debe ser enterrado.

No es todo lo que los RR. PP. pensaban obtener. Pero no serían jesuitas de verdad si no aparentasen conformarse con la parte que de buen grado se les ha concedido. Vuelven, pues, a la Misión y proceden a arreglar, con toda la suntuosidad posible, el interior de la capilla. Su diligencia infatigable atenaceada acaso por el afán secreto de retribuir a Alejo su grandioso pensamiento de convertir a la fe católica a la futura gran nación con que soñaba, permite que ya aquella noche alcancen los restos del caudillo, colocados en artística urna a ser velados cristianamente, entre velones y cirios benditos, frente al altar mayor donde se oficiará la misa y ante la mirada misericordiosa del Señor y de su Santísima Madre.

—¡Qué vida! Ayer a la madre, hoy, al hijo... Será ese el destino que me deparó la Providencia — piensa, resignada, ante los designios del Altísimo, la piadosa joven, mientras, secundada por sus servidores, ultima los detalles de atavío de la capilla ardiente.

Jamás ha ofrecido ni volverá a ofrecer el Santuario

de la Misión de Postahue un aspecto tan deslumbrador. No ha hecho su entrada oficial la primavera pero el jardín de la casa de los jesuitas, brinda, como el de un príncipe de leyenda, su tesoro de flores invernales; rosas de todos los matices, lirios, juncos, violetas..., y entre éstas, las predilectas de doña María Francisca: las diminutas trinitarias. Y, como si fuese poco, los indios conversos del personal de la Misión, traen de los campos, en grandes brazadas que vienen goteando como si llorasen, los rojos y blancos copihues, los chilcos de escarlata y amatista, los notros en sus vivos ramilletes de púrpura, los chapicos de oro, las flores del chequén con su apariencia y fragancia de azahares nupciales...

La joven ha orado frente al catafalco hasta altas horas de la noche y, si se ha decidido a recogerse a su alcoba, ha sido sólo obedeciendo a las reiteradas instancias de su Director Espiritual. Por intercesión suya, Juan Yuyo — que ya se echó de la casa —, ha conseguido, por gracia muy especial, que se deje a su cargo el manejo de las campanas, que durante largas horas voltean, a su impulso maestro, derramándola la atmósfera desolada, hasta muy lejos, una queja que no sale tanto de los bronces como de su propio corazón. Doble él, tristemente, lúgubremente, en el alto del campanario, porque sabe que abajo, en torno al cuerpo yacente de su Jefe inmortal, se repite el trisagio por la salvación del alma del difunto.

A las exequias, que son ofrecidas por el Padre Vicente y con pláticas del Padre Abdulio, asiste toda la población indígena ya catequizada que vive a la sombra de la Misión, labrando la tierra, criando ganado o ejerciendo oficios manuales. Y asisten a caballo y armas al brazo, montando la guardia en torno de la puerta mayor de la capilla, imponentes en su aporte y su mutismo estatuarios — con excepción de Pichunmán y de algún otro que anda lejos en cumplimiento de actos del servicio —, los diez hombres que acompañaron al difunto al otro lado de la cordillera y compartieron con él los riesgos y la gloria de sus últimas proezas militares.

Ellos son los que, en hombros, han venido a dejarlo hasta dentro del templo de los cristianos y los que habrán

de llevárselo, primero, al rehue de Quilleco y luego al paraje bajo cuya tierra, que lo vió nacer, quedará descansando para siempre.

Acude también, ansiosa de rendir su tributo de lágrimas a su grande y glorioso hijo, la anciana llalla Papay, a quien se ve permanecer todo el tiempo de la ceremonia, inmóvil y de rodillas con los ojos clavados en el catafalco, como si, a través de la madera de la urna recubierta de flores y de follaje, se imaginara contemplar a Ñanku, bravo entre los bravos, hermoso entre los hermosos, soñando aún en el porvenir de Arauco y de su raza y ostentando todavía, sobre la bordada franja púrpura que le cubre el pecho, la cabeza del alfiler de plata que le ha atravesado el corazón. Y en un rincón, mudas de estupor las pobres, ante el espectáculo para ellas feérico del ritual de la misa de difuntos — el vestuario deslumbrador de sacerdotes y de acólitos, la profusión de luces y de flores, los humos olorosos de los incensarios, las voces de los oficiantes y el canto llano del órgano, como un sollozo inmenso venido desde el coro —, concurren a la función Millaray y Yanguiray, las dulces y dolientes hijas de la selva. ¡Quién hay que sea capaz de adivinar el temblor de sus pensamientos embrionarios! Acaso lo único que a imaginarse lleguen es que de Ñanku, del ser querido por quien conocieron la gloria y el dolor de ser madres, ya no existe más que ese cuerpo inerte encerrado en el ataúd y que el alma flota y vuela por encima del olor de las flores y el brillo de las luces, más allá de los sonos del órgano, del canto de los sacerdotes y de la queja de las campanas que continúan su toque funeral... para ir a derramarse en la selva grande y sombría que lo vió nacer, en la montaña libre y salvaje que le dió asilo, le prestó armas y soldados y le brindó con el amor de sus mujeres.

Aquel mismo día, sin mayor ceremonia, se las hace ingresar a la comunidad, bautizándoselas conjuntamente con sus hijos. Y, aprovechando la bonanza del tiempo (ha cesado de llover y no hace frío) doña María Francisca y sus servidoras toman el camino de La Concepción. La digna viuda de Carulla se permite insinuar sus temores por la inseguridad de los campos.

¿Quién puede responder de la actitud de los indios ahora que Alejo ya no existe? El Padre Abdulio, que las acompaña con un numeroso séquito de indios de servicio, dice murmurando:

—A dos millas de aquí nos espera un destacamento de ciento cincuenta jinetes.

El mismo camino toman, pero por el Bío Bío abajo, en una lancha, que gobierna Juan Yuyo; las inconsolables Millaray y Yanquiray con sus criaturas. Es temprano aún, un pálido sol de agosto dora las neblina enredadas en los follajes, y a aquella misma hora los conas de la escolta de Alejo, colocando cuidadosamente sobre una parihuela hecha de ramas el cuerpo de su difunto jefe, se disponen a trasladarlo al rehue de Quilleco. Por irrisoria coincidencia, llegó allí a la sazón el indio Pichunman con los cañones de grueso y pequeño calibre que, de orden del Ngen Toqui, ha ido a recoger de entre las tribus de la costa del Maule...

Remando con habilidad y vigor, Juan Yuyo puede por la tarde dejar a las mujeres en la ribera derecha del Bío-Bío, sobre la ruta misma de La Concepción. Ni un sólo instante han dejado de llorar. Cantando este episodio en un romance que se hace bastante popular, un poeta indígena expresa que ha hecho crecer con sus lágrimas el caudal del Bío-Bío.

Muerto el caudillo, lleno de extraños y curiosos su casa, fugitivas sus mujeres, ausente Juan Yuyo, el baquiano, que es demasiado listo para aceptar sin reservas la leyenda del parricidio que corre ya de boca en boca, se ha guardado muy bien de espontanearse con nadie. Pero al día siguiente cuando vuelve a ver al corneta, lo llama aparte, habla a solas con él unos instantes y, seguidos de Colthau, parten juntos en demanda del campamento recién abandonado. Allí, poniéndose a gatas y mostrándole entre ciento los rastros característicos de unos pies torcidos que van de la tienda de Alejo a cierto paraje sospechoso del bosque le pregunta:

—¿Conoces quién es éste?

—Sí — responde, Juan Yuyo.

—Entonces, ¿sabes quién es el asesino?

—Desde el primer momento. Lo terrible es que la culpa sea mía, Pichunman, porque Misqui se metió en el toldo cuando yo estaba lejos.

—¿Y qué hacías tú? ¿A dónde te habías ido?

—Cumplía una comisión de mi general. Pero ya había regresado, y como lo encontré durmiendo, me fui también a descansar... Roncaba, pues, como un imbécil, y yo, ¡por mi madre te lo digo!; debí estar vigilando.

—¿Y los perros?

—Los habían envenenado.

—¡Y ahora culpan a las pobres mujeres!...

—¡Canallas! Pero locos están si creen que esto va a quedar así!

—¿Juras vengarlo?

—¡Con toda mi vida!

—Yo también lo juro.

Se estrechan la mano y regresan a Quilleco. Todo el rehue hierve entretanto de una inquietud extraña. Un viento de tragedia agita las ramas del canelo sagrado. Lloran con largos alaridos, las mujeres. Unas al viejo Ulmen, jefe y patriarca de la posesión, caído — dicen —, bajo la acción traicionera del veneno suministrado por los brujos; otras al bravo incomparable caudillo que ha renovado, después de un siglo, las gloriosas proezas de los padres de la raza en lucha desesperada contra el invasor.

Tanto a Huenquileo como a Ñanku hácenseles suntuosas funerales y un entierro digno, por su ceremonial, de los más grandes capitanes de Arauco. Al primero se le sepulta en el eltun del rehue, y al segundo, recordando las expresiones con que en más de una ocasión ha exteriorizado su voluntad, se le lleva a los antiguos dominios de Carivilu, en la ribera sur y no lejos de los saltos del legendario Nuvucutun. Los conjurados — hay que decirlo —, desearían hacer pública afrenta de la conducta de Alejo, cargar a su memoria el doble baldón de traidor y de asesino y abandonar sus despojos a las aves de rapiña; pero tienen que desistir a pesar suyo ante la actitud de la reche que, agrupada

frente a la buta-roca donde se le ha erigido el "pillay" o catafalco, sigue lamentando su muerte; en el ánimo público, el caudillo mestizo disfruta del mismo prestigio que le precedió en los campos de batalla. Gran parte han contribuido a esto la anciana Papay, Juan Yuyo, y finalmente Pichunmán, el aventurero, que no quiere alejarse — incapaz de echar raíces en ningún paraje —, sin hacer antes cumplida justicia al último gran jefe militar de los mapuches.

La noticia de la muerte de Ñanku a mano de sus propias mujeres se dispersa bien pronto hacia los cuatro vientos, y la sensación que produce — tan justificada como general —, apaga y deja en la penumbra de un discreto segundo término todo lo referente a la defunción de Huenquelao. Hasta de remotos rehues acuden ülmenes con su escolta de mocetones, y se ve entre ellos figurar, erguido aún en su manso y dócil mancarrón al viejo e ilustre Millaleo. Acude también de los primeros, el gran jefe pehuenche Inaqueupu, al frente de quinientas lanzas escogidas. Y como es de tradición en toda gran solemnidad mapuche, no faltan músicos y poetas, deseosos de poner su arte a contribución en homenaje al héroe caído. De tres mil almas es el cortejo que encabezado por una banda de pífanos y tambores enlutados, toma el camino de los saltos del Laja a la zaga del huampo (féretro) que contiene los restos del gran Toqui mestizo y que ha sido puesto sobre un carro de guerra arrastrado por tres parejas de hermosas mulas mendocinas.

Detrás del carro destácanse, en sus grandes y fogosos caballos, Quintralef y Loncoluan y entre ambos aparece Misqui, haciendo de oficial abanderado, con el estandarte en alto. Se ven después, graves, solemnes, taciturnas, con Millaleo e Inaqueupu a la cabeza en filas de a cuatro, las comisiones representativas de los rehues aliados, con sus banderas enlutadas. Inmediatamente sigue Juan Yuyo llevando del cabestro a Pillán, el famoso retinto del caudillo — su colaborador en tantas magníficas hazañas —, enlazado con toda su lujosa platería, y junto al corneta, marcha Pichunman portando al brazo el ñanku tutelar.

Pisándoseles la sombra avanzan, capitaneados por Alcamán y el resto de los expedicionarios a la banda oriental,

los trescientos "franciscos" luciendo como ellos, con orgullo, entre todas sus armas, el traricün de lienzo que les ciñe el brazo, símbolo de su bravura y de su adhesión al caudillo invencible, sólo vencido por la muerte. Avanzan en segulda dirigidos por sus oficiales, las tropas del ejército regular, fuerte de mil hombres, y cierran la marcha, como siempre, con la plebe anónima de los cuñivales, las mujeres inconsolables y los niños que toman aquello como una diversión cualquiera.

Tres días tiene de duración la ceremonia, terminada cada tarde con un cahuiñ semejante a las bodas de Camachó. En el programa, alternanse con los actos de equitación y simulacros de combate, los que podrían llamarse artísticos y literarios ejecutados en honor y frente al túmulo del prócer difunto. Los mocetones desfilan y vuelven a desfilar a escape saludándolo al paso, con las lanzas en alto, como si presentasen armas.

—*¡Admuge, huecuve!* — gritan en tono amenazante.

De pronto, Juan Yuyo, por propia iniciativa, deseoso de dar la mayor solemnidad a aquel acto que presencia con la muerte en el alma, emboca la trompeta y ataca las primeras notas del canto de guerra. De inmediato los soldados todos — automatismo de la disciplina — se alinean dando frente al sepulcro que es ya como una pirámide de flores, y clavada en tierra la lanza formidable, llenan la vastedad de la montaña con el rumor de oleaje de aquel himno secular, ya casi perdido, que ha hecho revivir para ellos y para todo Arauco el entusiasmo del caudillo:

...*¡Peñi, ca peñi!*
Acui may dungu...

Apagado el eco de las voces varoniles entre el incesante hipar y sollozar de las mujeres que, encabezadas por la Papay, lamentan en coro junto al tronco de un canelo rasgándose las vestiduras o arañándose las mejillas y el pecho, adelanta hacia el túmulo un trovador e improvisa, canturreándola al más rancio estilo de la tierra, una elegía a la memoria de Ngen Toqui sepultado recientemente. Es-

te ùl que se conserva aún con el nombre de *Canto del Gran Jefe*, dice entre otras cosas:

*Lleva sobre su cuerpo
su gran manta laboreada.
Parece el sol que está saliendo
su trarilonco de oro
en torno de su frente...
En la altanera cabeza,
como el león,
todavía tiene fuerza...*

....Y un hueupive u orador profesional (sabido es que la oratoria ha sido y sigue siendo el arte favorito entre los araucanos), pronuncia una oración fúnebre que hace estremecerse a la concurrencia en un solo escalofrío de emoción. He aquí algunos fragmentos, debidos a la tradición no siempre fiel:

Te saludamos, ¡oh, gran jefe rebelde! con la mano puesta en el corazón.

Los hombres como tú no se deben morir, pero tampoco se les debe llorar.

¡Oh, gran Nanku, pichón de águila y paloma, flameante enseña de guerra entre las más altas y gloriosas enseñas!

Tu nombre será eterno en la memoria de la raza mapuche, como es eterno ese sol que asoma cada día en el oriente y avanza como una rueda de luz por encima de nuestras cabezas.

Todos los héroes tienen, como tú lo tuviste, un trance de culminación; si viven, es que los respeta la muerte; si mueren, es que se los arrebató la gloria.

Tu brazo era de hierro, y tu lanza la primera lanza de todos los ejércitos del mundo.

Nadie cabalgaba como tú.

Cuando montabas en Pillán y tomabas al galope el campo, las nubes se detenían a contemplarte.

Se refundían en tus venas las dos sangres enemigas.

Tu rostro tenía la belleza delicada de una dama cautiva, y dentro de tu pecho hervía como la lava de un volcán, todo el heroísmo de los grandes capitanes de otros siglos.

Eras la reencarnación de Caupolicán y de Lautaro.

Cachorro de león, y tu zarpa se había hecho temer más allá de la montaña.

A nadie ha temido el huinka tanto como a ti.

Porque eras generoso y tierno con tus leales, pero celoso con el honor de tu bandera, e implacable con los enemigos de tu pueblo.

Refiere en seguida, con extraordinaria prolijidad, la vida militar de Alejo, enumerando y describiendo los magníficos hechos con que supo ilustrarla, y redondea su oración con un crescendo que lleva casi al delirio el fervor de los oyentes.

Un toque de corneta impone silencio y pasa a ocupar la tribuna junto al pillay el caudillo de los pehuenches, Inaquepu, leal y eficaz aliado del difunto. No en vano, al ponerse ese nombre, se le ha comparado con el pedernal. Alto, membrudo, atezado, el antiguo cacique maquehuano podría servir brillantemente de modelo para una escultura que representase a la raza. Admiró siempre a Alejo, sin envidiarle, y secundó sus planes maravillosamente desplegando tanta sagacidad como valor y pertinacia.

Después de dejar constancia de estos antecedentes y de poner en evidencia la perfecta armonía con que siempre procedieron, el Toqui difunto como jefe de los mapuches y él como caudillo de los pehuenches, entra de lleno a pronunciar su oración.

Ha muerto — dice — y entra a descansar bajo tierra el último gran jefe de la raza mapuche.

Ha muerto su organismo, para que su espíritu vuele a la región del trueno y los volcanes donde vivirá en comunión con los dioses y los héroes.

Pero no ha muerto, no, ni morirá jamás el sentimiento de la Patria que él supo sorprender y hacer revivir en el corazón de los mapuches, ni ha muerto la esperanza de reivindicación a cuyo servicio puso toda su inteligencia y todo su valor.

Al pie de su tumba, labrada en el mismo sitio donde vió la luz, juremos, ¡oh, hermanos!, no abatir las banderas ni guardar las armas.

Y cuando sintamos que el desfallecimiento nos invade, inspirémonos en el recuerdo del que aquí hemos venido a despedir y sentiremos que nuestro corazón rejuvenece como si en cada uno de sus pujantes latidos clamase por la libertad y la justicia.

Se oye un largo trueno de aplausos y vitores, al que responde el son de las bocinas que saludan a su General.

Finalmente, se adelanta hasta tocar el túbulo con sus dedos sarmentosos el anciano Millaleo. Espontáneamente, por instintivo movimiento de respeto a la majestad de la apostura, a la jerarquía de la edad y del mérito, la muchedumbre se aquieta y calla. Y habla el viejo y venerable cacique sureño, temblándole la voz tanto como los miembros agarrotados por senil esclerosis, chispeándole fugazmente los ojos, que fueron en otro tiempo, de zahareño aguilucho, desgrenada la cenicienta melena leonina bajo la presión del trarilonco, para pedir perdón porque no puede dejar de llorar ante aquella tumba que ha abierto en mala hora la negra mano del crimen.

—¡Perdón, ¡oh, ülmenes! — dice —. Perdón, ¡oh, conas! si llora el más viejo y agotado de vuestros amigos y jefes de otro tiempo.

También lloran, cuando llegan a viejos, los pehuenes, y sus lágrimas de resina perfuman la montaña.

No lloro la muerte de un guerrero ilustre que en plena juventud se ha ganado la inmortalidad.

Lloro la esperanza de libertad y de grandeza que él nos hizo concebir y que ha caído con él bajo un mismo golpe asesino.

Lloro la última ilusión de nuestra raza acosada en su montaña como el león por la jauría.

Lloro la paz honrosa que él buscaba en el fragor de los combates y que no brillará ya bajo nuestro cielo mientras no vuelva a nacer en nuestros mapus un hombre como él, dotado del genio de un verdadero caudillo militar y político.

¡Adiós, Nanku-Alejo! Y que el viento siga repitiendo

tu nombre eternamente en la montaña libre al sacudir las ramas del cancelo sagrado.

¡Adiós!

Se le ve llorar, en efecto, entre las aclamaciones del auditorio, y sus lágrimas descienden por los surcos de su arrugado semblante barbilampiño, mientras con paso trémulo, bajo su ñerkemakuñ de hermosísimas grecas, se dirige hacia el escuadrón formado por sus mocetones, que le ayudarán a ponerse otra vez sobre el caballo.

En la tarde del último día, y conforme a todas las reglas del ritual, se sacrifica a *Pillán*. Su carne es ofrecida a la gente principal y sus despojos — crines, huesos, piel — son distribuidos, a manera de reliquias, entre los “franciscos”, quienes, como los predilectos de Ñanku, juran sobre ellas seguir más que nunca fieles a la memoria del caudillo.

Misqui que, como se habrá visto, es un político de raza — de esos que no reparan jamás en los medios que puedan servir a su ambición — ha representado maravillosamente su papel. Nadie, al verle y al oírle, concibiría que ha sido el *Deus ex-maquina* de aquella tragedia abominable. Como si fuese poco — compensación, acaso, del esfuerzo de simulación que le ha sido preciso sostener durante la larga e inacabable ceremonia — idea y resuelve la celebración de un coyau o parlamento de jefes. Quintralef y Lonresistencia. Misqui desea, en apariencia, conocer la opinión de los ülmenes sobre la situación creada, pero, en realidad, lo que procura es ganar entre ellos prestigio y ascendencia. Una vez votada la continuación del estado de guerra, nadie podrá estorbar su acceso al mando supremo, ya que su más alta aspiración es ostentar al pecho el hacha de piedra que supieron honrar los Lautaro, los Caupolicán y los Alejo.

Pero los caciques y sus reches dan ya visibles muestras de fatiga, y aplazando el cumplimiento del propósito para ocasión más propicia, hacen tocar a reunión y, después de despedirse con ensordecedores avavanes, echando al aire los trarilóncos y entrechocando las lanzas, toman hacia los cuatro puntos cardinales en demanda de sus rehues respectivos. Bien pronto no se ve junto al sepulcro recién abierto más que a la llalla Papay, a Juan Yuyo y a Pichunmán;

el rastreador. La anciana, poniendo a contribución la flora montañesa, ha renovado mañana y tarde las ofrendas; el corneta (aunque no ha optado aún entre el catolicismo de los patirus y las "herejías" de los bárbaros) le coloca a la cabecera una cruz hecha a cuchillo por él mismo; y Pichunman aprovecha lindamente esta obra de arte para dejar en ella como en una percha el aguilucho.

—¡Tú serás el guardián de esta sepultura! — le dice, burla burlando, el rastreador.

—El y yo — agrega con sinceridad la Papay.

—¿Cómo? ¿No te vienes con nosotros?

—No; mi sitio está aquí, velando el último sueño de mi hijo.

—¿No volverás ya nunca al rehue de Huenquelao?

—¿Y para qué? Asco siento en el corazón por los asesinatos.

Y más y más exaltada — como suele ocurrir — con sus propias palabras, la Papay va levantando el tono de la voz y desahogándose en apóstrofes violentos que, por instantes, restallan como sentencias de profeta. No maldice a su pueblo ni a su raza; pero le augura días terribles, años de esclavitud y humillación "por haberse derramado sangre inocente sin que nadie fuese capaz de alzar el grito de protesta ni el brazo vengador".

—¡Pobre de ti, Arauco! — dice, dirigiéndose a la mávida de sus mayores — ¡Pobre de ti, que ya no tendrás más para tu defensa y tu grandeza el corazón del hombre que todo te lo había entregado! ¡Pobre de ti!... ¡Pobre de ti!... ¡Pobre de ti!...

Su ronco acento de pitonisa en trance degenera en un gemido gutural. De rodillas, mesándose los cabellos que han emblanquecido en unas horas, la anciana hunde el rugoso rostro entre las flores que tapizan el sepulcro.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Oyeme... Levántate... ¿No me escuchas? Soy yo, tu Papay. ¡Yo, que me quedaré contigo para siempre!

Es inútil pretender que desista de su empeño. Está resuelta a permanecer junto a la tumba del Toqui hasta

el fin de su vida, que no divisa muy lejano. "Para mi sed — dice hay demasiada agua en los arroyos; para mi hambre, sobra con los frutos de la montaña. ¿Qué falta hago en otra parte?"

Despídense de ella los hombres y siéntense pronto perplejos con respecto al rumbo que deberán tomar.

—¿Volvemos al rehue? — pregunta Yuyito, que siente ansias de ser iniciado por Pichunmán en su vida de azares y aventuras.

—Sí, volvemos. Está bien que la Papay se quede, porque ya no tiene fuerzas. Pero nosotros... no somos hombres, ni mapuches, ni "franciscos"; si no vengamos la muerte de nuestro glorioso General.

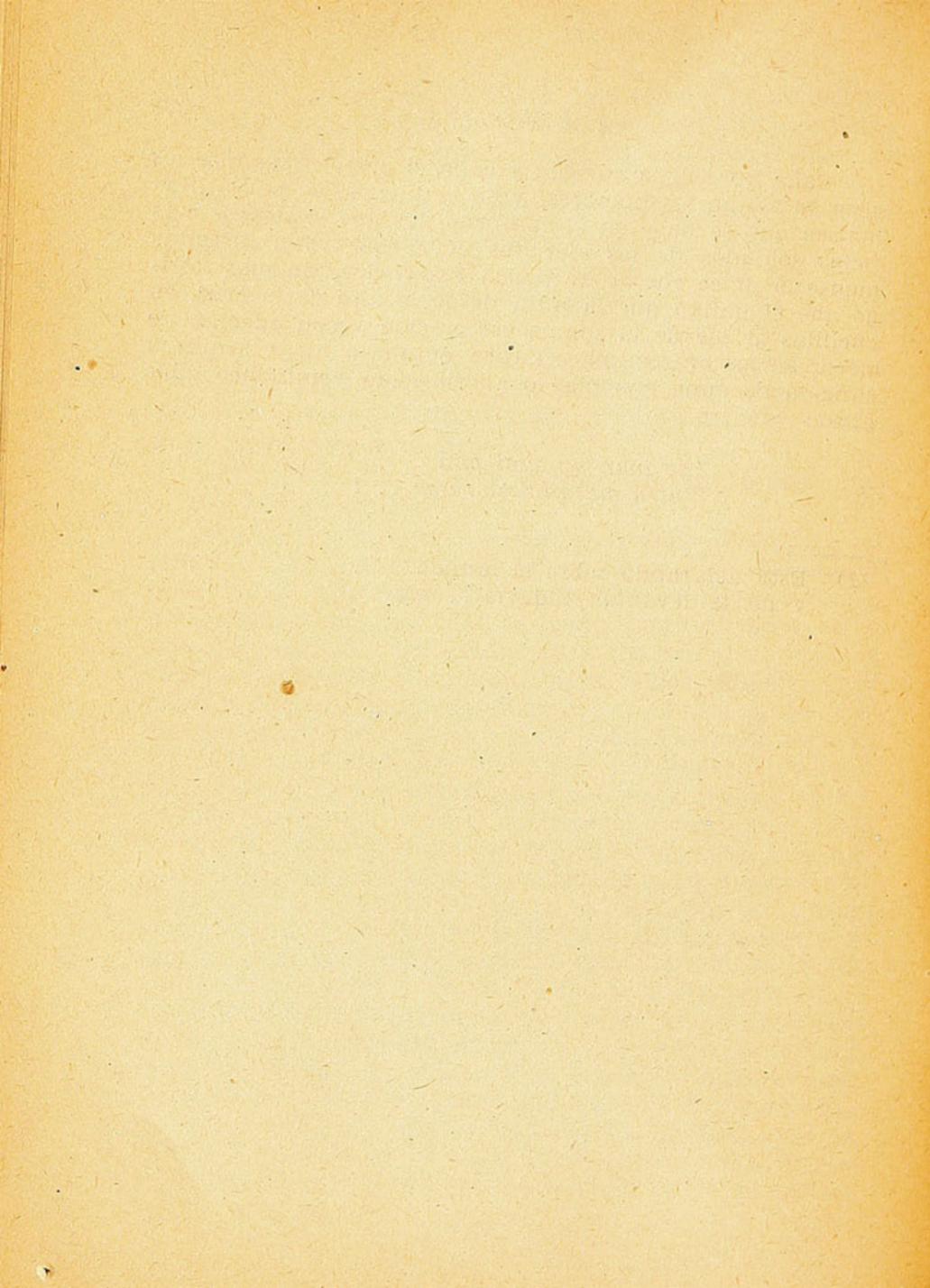
—Tienes razón, — dice Yuyito, en tono sentencioso. — ¡Ya lo creo que sí!

Montan; pero antes de partir, emboca el corneta su instrumento e improvisa en honor de su jefe, dormido a pocos pasos, una como serenata a bronce solo, un toque, o más bien dicho, una serie de toques largos, ligados, escalonados, a ratos de un sabor bélico con reminiscencias de retreta cuartelaria, a ratos líricos, trémulos, desgarradores como sollozos de tenor desesperado... Aquella queja inacabable que tiembla en los vientos como buscando asilo en la acústica del valle dominado por el bordoneo orquestal de la cascada, es no sólo el adiós del sentimiento a un ser querido y admirado, sino el adiós de la esperanza al ideal de libertad y de grandeza moral, que él perseguía y que queda sepultado también, y condenado a su sueño centenario bajo cuatro palmas de tierra, en un rincón de la montaña. Hácese de noche; sobre la línea del horizonte se ve asomar, vestida como de primera comunión, la curva pálida de la creciente; y en la soledad y el sosiego que han sucedido al tumulto de momentos antes, en medio de las sombras que ennegrecen matorrales y bosques, se le va el alma al indiecillo en el son de la corneta: vásele el alma y él la siente subir, vibrando, hasta más allá de las estrellas. *Colthau*, angustiado hasta el infinito por aquel alarido penetrante que sube al cielo, no puede soportar más y, clavando los ojos en lo alto, rompe a aullar desoladoramente.

Calla por fin la corneta y calla el perro; apáganse los ecos, se alejan los hombres; y en el silencio de pausa dramática que se hace en el contorno, los dos últimos y más fieles soldados de los ejércitos del Toqui, oyen distintamente la dulce voz de la abuela Papay que, sin más testigo que el ñanku que la mira desde lo alto de la cruz, en cuclillas al pie de la tumba enflorcionada y con ademán de mecer en los brazos una criatura, entona a Alejo la misma canción de cuna con que lo adormeciera veinticinco años atrás:

*Epe ivun no sani pun
Wutra metu laime rume... 1*

-
- (1) Está aclarando sobre el mundo
y no te levantas todavía... etc.



Epílogo

Es un claro y radioso día de fiesta en la devota y apacible ciudad de La Concepción del Nuevo Extremo. Ya han transcurrido cerca de cuatro años desde la noche infausta del último terremoto con salida de mar, fenómeno que llegó a interpretarse como el comienzo de "el fin del mundo". Ya se han olvidado de aquellas aflicciones los vecinos. Se gastó el anecdotario relativo al caso y nadie piensa, ni por broma, en la posibilidad de otra catástrofe. La población, como el ave mitológica (tantas veces citadas en sus sermones por el elocuente Padre Abdulio, S. J.) ha resucitado en el mismo sitio que ocupaba, es decir, en la ribera sur de la amplia y abrigada bahía que antes llevó su nombre, frente a la Quiriquina, al pie del Morro, que fué para ella baluarte y atalaya, no lejos del amodorrado Andalién, — el río de las isletas y lagunas y de los lindos pero insulsos pececillos rojos. — y a la sombra espiritual de la Virgen de Guadalupe.

La Concepción se ha ataviado, como lo haría una novia. Flamean banderas en los principales edificios; un barco que está desde la víspera en el surgidero, luce la policromía de un empavesado de honor; en todos los templos la devoción y prolijidad de las creyentes, ha logrado, con flores y colgaduras, efectos de ornamentación que son verdaderas obras de arte. Y en el Palacio de Gobierno, como en el del Cabildo, remozado, restaurado, libre de los deterioros sacrílegos de las sacudidas que lo descascaron, se ve flamante el escudo otorgado a la muy noble y muy leal ciudad por la liberalidad de S. M. el Emperador Carlos I de España y V de Alemania: un águila negra en campo de oro sobre su cabeza, a sus pies una luna de

plata, y a sus lados cuatro estrellas de oro y dos ramos de azucenas en campos de azul.

Es día de fiesta de la Iglesia, día de oración y de descanso. Pero se está, además, en las postrimerías de la primavera — 8 de diciembre — y hace un tiempo que, sin exagerar, podría clasificarse de glorioso. Se fueron los fríos, los vientos, los temporales, las neblinas. Hay un loco charlotear de pájaros en todos los aleros, conciertos aéreos a voces solas en todas las plazas y avenidas y en los jardines, se ve por lo menos, tanta variedad de flores, como las que, en estupendas brazadas, traen las indias al mercado.

Cabrillea el mar, juega en las jarcias una brisilla cargada de horizontes y, sentados en las rocas o invadiendo la arboladura de los barcos, peleándose entre graznidos la posesión de un pez o de un molusco, todo un ejército de voraces volátiles merodea en la bahía, desde la mañana hasta la noche. Los lobos, como colegiales en asueto, se entregaban a las más audaces pruebas del deporte acuático. El cielo está siempre limpio, de un azul bruñido, y las nubes que llegan a verse, una vez u otra, son tan blancas y tan leves, que bastaría el aliento de un niño para echarlas a volar como vilanos. En los cerros chilla al sol la cal de las fachadas y el trapecio tendido en las maromas, toma un aire triunfal de empavesado...

Para colmo de holgorio y alegría, hace ya tiempo que parece definitivamente alcanzada la pacificación. Así lo afirma por lo menos, en tono convencido, el propio señor Corregidor, dando tertulia, desde el mirador del Palacio de Gobierno, a un grupo de marinos, de la dotación del barco al ancla de la bahía. Y agrega, que no se observa en la indiada un solo síntoma de malestar y que se han repoblado las ciudades y restablecido los fuertes, en pleno territorio de la Araucanía, sin que los antiguos señores del suelo, tan altivos siempre, se hayan permitido protestar, ni siquiera manifestarse sorprendidos.

—Y pues no molestan — dice — no se les molesta. Se cumple así lo que les profetizaba su último temible Jefe — el Mestizo Alejo — cuando, para arrancarles a su egoísta indolencia, les señalaba los peligros de una tregua no impuesta, sino tolerada por nosotros.

Los marinos visitan por primera vez La Concepción.

Vienen ahora del Callao, y recuerdan que allí se les habló de ese mestizo, cuyas andanzas dejaban no poco estropeada la reputación militar del Gobernador del Reino.

—¿Lo conocisteis vos? — pregunta uno.

—¡Y tanto! Ese individuo — criado desde pequeño entre nosotros y hecho Toqui, con el nombre de Nanku, por los indios — estaba dotado del verdadero genio del hombre de guerra. ¡Cosa curiosa! En la primera batalla que nos dió, la de Molino del Ciego, a las puertas mismas de la ciudad, y que costó la vida al veterano Capitán Gallegos, empleó Alejo el mismo recurso de que no hace mucho, según noticias recibidas por Su Excelencia, ha echado mano el propio Mariscal Vizconde de Túrena, vencedor de Las Dunas, en Dunkerque...

—¿Cómo así?

—Sin perjuicio de seguir atacando de frente a nuestras fuerzas, el mestizo destacó sigilosamente parte de sus tropas, a fin de que nos tomasen por la retaguardia, movimiento que, por desgracia para nosotros, tuvo un éxito completo. Y de la tenacidad de Alejo, de su previsión genial, bastará a daros idea saber que llegó a fabricar pólvora y enseñar a sus hombres el manejo de las armas de fuego.

—¿Es posible?

—¡Y tan posible! Así quedó demostrado en forma fatal para las armas castellanas, en el combate de Budeuco, a un paso de aquí... Sea como fuere, fué aquella su última batalla y su última victoria. El temible caudillo de los araucanos mató allí, de un lanzazo en la garganta, a su irreconciliable enemigo, el Capitán don Juan de Zúñiga Arista, que había salido a cruzarle el paso desde las fortalezas de Chepe.

Acababa de cumplir los veinticinco años cuando succumbió a manos de sus mujeres celosas, quienes, mientras dormía, le atravesaron el corazón con uno de esos grandes alfileres de plata, llamados tupos o ponsones con que ellas se prenden el manto sobre el pecho. Estas infelices, refugiadas entre los cristianos, a fin de escapar a la ira de los bárbaros — que las habrían descuartizado — han sido convertidas al catolicismo por piadosos padres de la Compañía de Jesús y, en la actualidad, ambas — madres, respectivamente, de un varón y de una hembra — prestan ser-

vicios en el "Asilo de Huérfanos de la Guerra" fundado por mi ahijada y pupila, doña María Francisca del Valle, como anexo al Convento de la Santísima Trinidad.

Olvidaba contaros que un tal Misqui, un antiguo yanacona, sucedió a Alejo en el mando; pero no hizo nada de provecho. Las fuerzas de nuestro ejército, dirigidas por el que habla y por el Capitán don Jerónimo de Molina, a quien vais a conocer dentro de poco y podrá atestiguaros mis palabras, lo sorprendieron una noche en su propio campamento de las orillas del Laja y le infligieron una derrota de tal magnitud, que los indios se dispersaron y apaciguaron hasta hoy. La matanza fué horrible. En honor de la verdad, debe decirse que nos favoreció inmensamente la actitud de los «franciscos», regimiento predilecto del difunto Alejo, los más leales y adictos de sus soldados, que desde los primeros momentos se pusieron de parte nuestra y atacaron a sus antiguos compañeros con encarnizamiento feroz.

—Es curioso.

—Sí; pero explicable. Parece fuera de toda duda que la muerte de Alejo no fué, sino el fruto de una conspiración tenebrosa, a la que no habían sido ajenos dos hermanos de las mujeres del caudillo, ni sus antiguos aliados Huentecura y Rehuecau, de la comarca de Purén, resentidos con él o envidiosos de su fortuna, y caídos todos en la batalla a que me vengo refiriendo. Porque debo advertiros que Misqui, que nos retenía una cautiva blanca, se había introducido en las tropas de Alejo, de acuerdo con nosotros y a nuestro servicio. Una vez muerto el Toqui, su natural ambicioso le hizo pensar en sucederle, y de nuestro instrumento pasó ser nuestro enemigo.

—¿Era, pues, un espía?

—Y dos veces traidor. Lo curioso es que en su defensa y por salvar la vida, el yanacona haya alegado el mérito de haber cumplido su promesa de matar al jefe de la rebelión.

—¿Qué decís?

—Es un asunto un poco obscuro. Parece que efectivamente, Misqui se había comprometido con el Capitán Zúñiga, a cambio de su manumisión y acaso, de alguna gruesa dádiva, a dar muerte al caudillo de los araucanos. Sea

como sea, el caso es que, muerto Alejo, él se terció el hacha de Toqui... Que haya cumplido su palabra, o que sea veraz la versión que circula, acaso nunca se sepa a ciencia cierta. A lo mejor, él ha sido el instigador, y ejecutoras las mujeres. Indicio es, y no poco significativo, que se hayan encontrado en su poder dos prendas que acostumbraba usar Alejo y que pertenecieron a un barco capturado y hundido por los indios en las costas del Maule.

—Esto está interesante...

—Eran una brújula y un catalejo... Este.

Y el Capitán de Irizar entrega a uno de sus interlocutores el instrumento óptico con que ha estado observando el horizonte. Después agrega:

—La brújula, que era una obra artística, la conserva, como recuerdo, Su Excelencia, el Almirante Porter Casanate.

—Por lo que contáis de Alejo — dice uno, — veo que lejos de ser un hombre vulgar, era lo que se llama un caudillo.

—¿Alejo? Me place que lo hayáis así comprendido. Os digo que hacía honor a la sangre de héroes que corría por sus venas: por la línea materna, descendía nada menos que del Cid Campeador, y en cuanto a su padre, cacique de las riberas del Laja, fué en su tiempo uno de los jefes más respetados y temidos por su tenacidad y su bravura. Es una lástima, realmente, que demasiado tarde hayamos venido a darnos cuenta de lo que perdíamos con la deserción del bastardo, cuyos arrestos no deben extrañarnos a los que conocemos la vida y proezas de un don Juan de Austria y de tantos otros gloriosos hijos del amor.

Y con nobleza propia de su carácter, casi en los términos afectuosos en que lo haría un padre, relata don Martín de Irizar a sus oyentes la historia triste y heroica del Mestizo Alejo, no sin hacer especial hincapié en aquellos episodios que pudieran tomarse como demostración de su anteriores afirmaciones. Y termina:

—Heredó de su madre una fortuna, pues doña Isabel de Vivar, que lo amó siempre con ternura, le legó la casi totalidad de sus bienes. Por su parte, Alejo, que tenía, como ya os he dicho, vastos planes políticos, había hecho una especie de testamento en favor de la Compañía de

Jesús, la que, a la muerte del caudillo, tuvo que trabarse en un largo y engorroso pleito con la parentela de doña Isabel. Os hago gracia de pormenores, que bien podéis imaginároslo. Básteos saber que una transacción vino a arreglarlo todo satisfactoriamente. Sin perjuicio de los legados para obras pías, la herencia, dividida en tres partes, distribuyóse así equitativamente entre las Cajas Reales — siempre anémicas, como sabéis — los parientes consanguíneos de la difunta, y la Compañía de Jesús.

—No es el primer caso, al parecer, de un desertor que se hace célebre...

—En efecto. Son muchos los indios, mestizos, negros, mulatos y aún españoles, (no invento ni exagero) que desertan de nuestras filas para echarse al monte. Y algunos ¡vive Dios! no es insignificante lo que han dado que hacer... Mañana, precisamente — no hoy, por ser el día de Nuestra Señora — se ahorcará en esta misma plaza a un individuo de esa clase.

—¿Mañana habrá aquí un ajusticiamiento?

—Ya está el reo en capilla. Esto y la toma de hábitos de mi ahijada, doña María Francisca del Valle en el claustro de las Trinitarias, son los dos grandes acontecimientos de La Concepción.

—¡Suerte la nuestra de llegar a tiempo!

—...amén de la solemne procesión de esta tarde.

—Perdonad, señor Corregidor; pero ¿acaso el delito de deserción está entre vosotros sancionado con la última pena?

—Ciertamente que no. Pero es que si supiéseis de quién se trata, a buen seguro no hariais la pregunta. Sabed que el reo a quien se colgará mañana (y que, dicho sea de paso, es un indiecillo que no cuenta arriba de quince años) es el más ladino y redomado de los pícaros del Reino: desertor, ladronzuelo, traidor, espía y, sobre todo, tan intrigante y enredador, que apostaría mi cabeza que Satanás va a rechazarlo por temor a que le haga inhabitables los infiernos.

Celebran la salida los oyentes y, aproximándose en ese punto al corro el Alcalde de Ciudad, el Capitán Molina, el Padre Rosales y otros magnates, la conversación queda cortada. Se produce un ceremonioso cambio de saludos y luego, invitados por el Corregidor, dirígense todos a la igle-

sia de los Jesuitas, puestos de moda a la sazón por los sermones del R. P. Abdulio, S. J. Se sabe que el incomparable orador sagrado, ídolo del beaterio pencon, ha elegido como tema de inspiración, por esta vez, a propósito de la resolución de doña María Francisca, "el alma de la mujer y las dulzuras de la vida monástica".

Con tantas novedades en tan corto espacio, no es raro que se entusiasme y eche alborotado a la calle, el vecindario todo. Es nada menos que la Augusta Patrona de la ciudad la que saldrá en imagen, sobre unas andas regiamente adornadas, a recorrer las calles del uno al otro templo, sirviéndole como de escolta, las efigies de muchos santos varones de la Iglesia, entre cánticos místicos, flores que lueven desde los balcones, velas que arden y chorrean ardientes lágrimas de cera, incensarios que se baten, campanillas que reclaman unción y feligreses que se rompen el pecho. Es nada menos que doña María Francisca del Valle, de noble y preclaro tronco familiar, bella como una princesa de leyenda y, en todo el esplendor de su floreciente juventud, la que va a profesar en la Orden de las Descalzas Trinitarias y a separarse para siempre del mundo y de sus torpes vanidades, con el nombre, dos veces dulce, dos veces piadoso, de Sor María de la Inmaculada Concepción. Y es nada menos que Yuyito, el ex campanero de la Catedral, el pequeño corneta que se jugó tantas veces la vida por salvar la de su jefe, el que va a morir, condenado inapelablemente, por contumacia comprobada en los delitos de deserción, robo, perjurio, traición y espionaje.

Va a morir en la horca y, sin embargo, ha sido él quién, en complicidad con Pichunmán, indicó una noche a Yanamilla, indio auxiliar del ejército del Capitán Molina, dónde estaba el campamento de Misqui y cómo era fácil, aprovechando el estruendo de los saltos de agua, sorprenderlo y destrozarlo; es a él, por consiguiente, a quién deben los colonos el periodo de paz, grata y fecunda que se hallan disfrutando. Pero ¿va a morir efectivamente? Entre tantos corazones que, a pesar de todo, le tienen simpatía y lástima, ¿no habrá uno capaz de interceder por él? ¿Tan dura es la ley que cerrará los ojos ante la tierna edad del reo y ante el servicio imponderable que, sea por lo que fuese, ha prestado a la causa de los españoles?

Son los argumentos con que a su favor alega la novicia ante su tutor y padrino, en los momentos mismos en

que se despide de los suyos para abrazar, ya definitivamente, el estado religioso. La linda criolla aparece aún más linda con sus tocas monjiles y el hábito blanco de la Orden, y la gracia divina de que ya su alma está inundada, da a su rostro pálido (en donde brilla, con extraño fuego místico, el fanal de los oscuros ojos) la transparencia liliál que sólo se ve en las carnes de vírgenes de algunos pintores primitivos.

—Padre mío: — le dice — decís que me amáis, que me habéis amado siempre, igual que a vuestras propias hijas ¿y me negáis la gracia de esa vida, en un día como éste? ¡Oh! no me dejéis con este pensamiento de muerte cuando entro en el servicio de Nuestro Señor! Cuando, sobreponiéndome a todo lo que pudiera halagarme más allá de las paredes del claustro, me siento como deslumbrada por el misterio sublime de la Santísima Trinidad, vos, que sois tan bueno y tan piadoso ¿no pensáis que será horrible para mí oír desde mi celda, el son de las campanas que doblen por el alma de un ajusticiado?

—Es sentencia de los tribunales militares, hija mía, y sólo el Gobernador del Reino podría aplazar su cumplimiento. Pero S. E. está en Santiago...

—¡Hombres! ¡Hombres! Nunca recuerdan que Nuestra Señor ordenó perdonar setenta y siete veces siete...

—El era Dios.

—Y nosotros sus criaturas, hechas a su imagen y semejanza. Pero hay un poder que está muy por encima de todos los hombres: el Corazón de Jesús y de su Santísima Madre. De ellos me haré oír. Desde el instante en que reciba mis votos pasaré en oración de rodillas, sin comer, ni beber, ni dormir, mientras suenen las campanas agoreras de muerte... Decidlo así, yo os lo suplico, al confesor del reo, para que le infunda esa confianza... Tengo fe en que la Santa Virgen ha de escuchar mi ruego... Nada hay imposible para Ella, sentada como está a la diestra de Dios Padre Todopoderoso...

Mientras se intercede así por él y se impetra, por salvarlo, el auxilio del Poder Divino, tampoco Yuyito permanece ocioso. Sabe que ahora le será imposible fugarse y ha renunciado a toda tentativa en tal sentido. En cambio,

con sus cuentos que parecen historias y sus historias que parecen cuentos, tiene encantados a los individuos del personal de la prisión, especialmente al Alcaide, que va a menudo a visitarlo o lo hace acudir, cuando está solo, a la sala de su despacho. La verdad es que, — muerto su ídolo, el Toqui Ñanku, y muertos también los asesinos de aquél — no le tiene el indiecillo grande apego a esta vida miserable y está resuelto a despedirse de ella como quien se quita una ropa demasiado usada. Pero le gustaría hacerles a los huinkas una última jugarreta, y en eso es en lo que su imaginación se ha puesto a trabajar.

Después de la sorpresa del Laja que acabó, como por aplastamiento, con todo el ejército mapuche y que costó la vida a los dos hijos de Huenquelao con más de setecientos de los suyos, Misqui logró huir; pero él y Pichunmán, secundados eficazmente por *Colthau*, lo persiguieron sin descanso hasta ponerlo en manos de los españoles, quienes lo llevaron prisionero a la plaza de Yumbel. Yuyito quiso darse aún el sádico placer de verlo morir. Y a pesar de las instancias de Pichunmán, que procuró inútilmente disuadirlo, metióse clandestinamente en la villa y figuró de los primeros en la muchedumbre de curiosos arremolinados en torno al cadalso... Su rencor lo denunció. Los blancos acabaron por fijar su atención en ese hueñi forastero que asistía al acto del ajusticiamiento del yanacona, como lo haría a una función preparada en honor suyo. Alguien, un antiguo soldado de La Concepción, creyó reconocerlo y, en el momento en que Yuyito, viendo al traidor hacer la cabriola definitiva en la alto de la florca, se entregaba a desatinadas muestras de entusiasmo, le echaron mano y le pusieron a la sombra. El ex trompeta de órdenes de Alejo, se había metido pues, en la boca del lobo y tendría que pagar cara su osadía.

Pero no se contaba con la huésped, que era la inventiva inagotable del hueñi. Ahora Yuyito es el dueño de la situación dentro de los muros de la cárcel. Suggestionado por sus afirmaciones, que tienen todo el color de la realidad, el Alcalde se ha tragado la leyenda de los inmensos tesoros que dejó escondido el malogrado Toqui mestizo, y cuya ubicación en un paraje casi inaccesible de

la montaña andina, es un secreto que sólo el preso podría revelar. Mezclando mentiras con verdades, el hueñi, tan verboso como imaginativo relata las malocas y saqueos en estancias, fortalezas y villorrios; se refiere al testamento que — como es sabido — hizo en favor de su hijo rebelde, doña Isabel de Vivar y que representa por sí solo una inmensa fortuna, de la que se ha dispuesto (para algo hay leyes y togados) entre la parentela y los jesuitas: alude al viaje a la otra banda de la cordillera donde el "Patiru Rokelio", al morir puso en manos del caudillo veinte cargas de piezas de oro y plata labrada, y recuerda que sólo el naufragio del barco hecho zozobrar por los lafquenches le correspondieron a aquél como tributo, cien mil pesos en moneda acuñada y cincuenta mil en mercancías de las más valiosas...

Al terminarse el sumario el hombre dudaría antes de la luz del sol que de la efectividad de esos tesoros, consistentes, según el indiecillo, en dinero efectivo, en todas las prendas de metal, pedrería, joyas, piezas de vajilla, telas finas y hasta custodias y cálices que recogió el último gran caudillo de los mapuches en sus correrías a ambos lados de la cordillera.

A indicación suya, Yuyito, dibuja un tosco croquis que podría acaso guiarlo hasta el punto preciso del valioso "entierro" pero cada día, y hasta dos veces al día confiesa haberse equivocado y borra, y tira otra línea, y rectifica y vuelve a rectificar hasta que concluyen ambos, en que lo más seguro y lo más práctico sería salvarle la existencia al reo. ¿Quién mejor que el mismo Yuyito — piensa el hombre — podría pronunciar el "sésamo, ábrate", que lo convertiría de modesto carcelero en el más grande de las potentados del Reino? Le obliga a jurarle por todos los santos que guardará el secreto, que no lo traicionará por ninguna razón ni circunstancia y, de acuerdo con el procesado, discurre asociar a la empresa nada menos que al verdugo, cuya cooperación es de todo punto indispensable. El verdugo, que es un hombre pobre y que está cansado de su oficio, (tiene hijos y nadie quiere juntarse con ellos) pisa también la trampa, y he aquí cómo la audacia, que suele darse la mano con la as-

tucia, va a servir al indiecillo para sacar provecho a la coila más grande que inventó en su vida.

*
* *

Es pura, es ingenua la intención de la novicia. La joven no quiere, porque le parece horrendo, tener que pensar en que se construye un patíbulo mientras ella se apresta a profesar. Al fin es un desposorio — según el simbolo eclesiástico — el que celebra en espíritu con el Hijo de Dios. Y ¿quién puede desear ver lágrimas y sangre u oír hablar de lástimas y miserias el día en que, vestida de blanco y entre flores y cánticos, se dirige al altar?

Pero en realidad, para no callar nada, hay que decir que no es eso solamente lo que la induce a interesarse por la vida del reo que ahora está en capilla. ¿No pasa como una sombra entre los recuerdos de su adolescencia la visión de una noche en el campamento del ejército indio y de una cabalgata de ex prisioneros que se hizo menos dura, gracias a la charla pintoresca de un hueñi que se apegó a la comitiva? ¿Por qué ronda con tanta insistencia en torno suyo la imagen de un monaguillo descalzo, que se atrevió a hablarla en la penumbra de la nave desierta, al terminar ella una oración? Ese indiecillo que, para escarmiento de espías y traidores, se ha resuelto ahorcar ¿no es el mismo que llevó una carta y una joya con destino al caudillo de los indios rebeldes? ¡Todo está muerto ya! Todo eso pertenece al pasado, a una edad que terminó para siempre con los devaneos de su primera juventud. Doña Isabel de Vivar..., Alejo... ¡Pensar que ha estado tres años soñando, con el alma encantada, en lo imposible! ¡Amor! Amor de niña, acaso, inmaterial, todo ilusión... ¿Por qué no le habló Alejo antes de romper el lazo que le ataba a los hermanos de raza de su madre? ¿Y por qué lo rechazó aquella noche única, trágica para el mundo y para su corazón, cuando estuvo en manos de su crueldad o de su locura el destino del caudillo?

Ya no vale recordar, ni le es permitido añorar, por bellas y diáfanas que sean, esas visiones que acaso puedan ensombrecer los hábitos benditos que vestirá esta tarde y seguirá vistiendo hasta el fin de su vida. A fuerza de voluntad, de ayuno y de oración, ha llegado el desiderá-

tum de esas batallas entre el deber y el sentimiento: a mirar aquel pudoroso idilio como un sueño lejano, o más bien, como una historieta ajena, cuyos personajes le fuesen familiares. Ni es tampoco el caso de recordar ahora a su tenaz, cuanto desafortunado adorador, el Alférez don Andrés de la Riva, a quién, después de su tristísima actitud en la batalla de Budeuco, se le hizo imposible la vida en La Concepción. Ella nunca le tuvo simpatía, pero, a partir de entonces, pensaba en él con verdadera repugnancia. Oportunamente para él, murió el Canónigo don Beltrán y le dejó propiedades y talegas, bien saneadas, como de Canónigo. Y don Andrés, rico, además de buen mozo, pidió y obtuvo su traslado a la guarnición de Santiago.

—Allá estará mejor, de maestro de ceremonias en tertulias y saraos — piensa la novicia. — ¡Qué Dios le dé buena suerte!

Descontado el Alférez, no quedan, de todos aquellos personajes, más que ella — que va a sumergirse en el retiro de la vida claustral — y aquel indio infeliz, mártir de su causa, a quien ya se tiene listo para el atroz espectáculo de una ejecución en el Arbol de Justicia... ¡Justicia! Quién, después de Dios, Juez de Jueces, tiene derecho a proceder en nombre suyo...

—¡No! ¡No! Ella arrancará esa víctima de las garras de la crueldad humana. La Santísima Virgen la oirá. Ella está viendo que su sierva — demasiado humilde — sólo confía en Ella y en su corazón, que gotea aún, después de tantos siglos, la sangre de los siete puñales que le fueron clavados en el Gólgota. A Ella no puede soñar con engañarla, porque Ella sabe cuánto y cómo llegó a amar, y no ignora qué intensa y qué profunda es su vocación de hoy. Cumplirá, pues, su promesa y será oída. Pondrá en tierra las rodillas y ya no volverá a levantarse hasta que no cesen definitivamente los kirieleisones de los bronces, movidos a compasión por el alma de aquél, que supo como ninguno hacerlos resonar. Quiere — sin soberbia — celebrar su iniciación en la vida de piedad y disciplina que ha de ser la suya en lo sucesivo, con un sacrificio que lleve envuelta una esperanza...

—¡Hermana María Francisca! ¡Hermana! Ya es hora...

Este llamado hecho a la puerta de su celda por un coro de voces plateadas, la arranca súbitamente a sus evocaciones y sus sueños. Las hermanas la besan, la abrazan, como infundiéndole valor, y la llevan, casi en peso, al Presbiterio, en donde la esperan el señor Obispo de la Diócesis, que ha de consagrar sus votos, y la Rvda. Madre Superiora y su Director Espiritual, el Padre Abdulio. Allí también estarán esperándola para despedirla, sus padrinos, que tanto la han mimado; las personas de su relación, que son las más floridas de la sociedad pencona; sus compañeras de la Cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, que aparecerán de gala, la digna viuda de Carulla, la negrilla esclava y, finalmente, el ejército infantil de sus protegidos del Asilo Santa Isabel de Huérfanos de la Guerra. Al pasar por los corredores de un patio hecho jardín, ha entrevisto los arriates cubiertos de trinitarias, que han sido sus flores favoritas, ha aspirado en el viento fragante todo el aire de la primavera, y ha oído un canto de pájaro, y el gorgear del agua de una fuente y, ha visto arriba, un retazo de cielo azul sin una nube. El revolotar de unas palomas le ha hecho recordar las suyas, las lindas e inteligentes mensajeras que le obsequió el indio Pichunmán y las que soltó un día para que se volviesen a la selva nativa.

Peor todo ha pasado en un instante y de nuevo, ante los altares, envueltos como en torrentes de flores sobre los que flotan las imágenes sagradas, oyendo los acordes del órgano que ella misma ha tocado tantas veces y que ahora hará rebotar sobre su cabeza los *¡Ave María, gratia plena!* excitada por el humo del incienso y el trémulo batir de las campanillas, entre el coro de las Hermanas Trinitarias y el Beaterío de la Guadalupe, vuelve a sentir, en lo hondo de la conciencia y del corazón, que Dios le dará la fortaleza necesaria para cumplir la regla de la Orden y la misión que representan esos hábitos blancos y esa cruz roja y azul sobre el pecho: cuidar a los enfermos, asistir a los pobres, luchar contra todas las miserias del mundo; redimir a los esclavos: no sólo a aquellos que gimen entre los infieles y los bárbaros, sino también aquellos otros, más desventurados, que, presas del demonio, ríen en medio de la iniquidad y chapalean en el fango.

Como en el éxtasis de un ensueño místico, la novicia doña María Francisca del Valle pasa a ser la Madre María Francisca de la Inmaculada Concepción.

*
* *

Ya está todo preparado para el acto de justicia, ordenado por las más altas autoridades del Reino. Ya ha sido alzado en plena Plaza Mayor, el negro tabladillo de la muerte y en medio de él, se destaca la siniestra cruzeta de la horca, también negra. Rígida y grave, una compañía de infantería monta la guardia a pocos pasos del patíbulo y contiene a la inquieta masa de la plebe, ávida siempre de este linaje de espectáculos. Ya traen al reo arrastrando las faldas de la negra mortaja que le queda larguísima, con las manos amarradas tras, la cabeza rapada, y alrededor del cuello, un trozo de soga de esparto, que a manera de cabestro, va a dar a las manos del verdugo. Al pecho y a la espalda lleva carteles con los letreros infamantes. a su lado izquierdo marcha el pregonero, cuyo oficio es ir gritando, de trecho en trecho, cuáles son los delitos que lo han hecho merecedor de la última pena; a su derecha, el escribano y dos alguaciles enlutados, con trazas y color de cuervos; tras el grupo, tres guardias de servicio de la prisión, y a la zaga, la resaca anónima del populacho, viejas, borrachines, granujas sin sombrero y hasta sin calzones. No falta entre ellos el cobardón metido a gracioso, que pretenda hacer reír a costa del condenado.

—¡A ver si te salvas ahora con una mentirilla, campanero! ¿Por qué no tocas la corneta? ¡Quizás te oyese el guacho Alejo desde los infiernos!

Como marcha con la vista en el suelo, no ve distintamente a nadie. Pero de pronto escucha que le sueltan al oído, bajo como un murmullo, el grito de aliento con que entran en batalla los mapuches. —¡Arriba, mocetones — y, mirando de reojo, advierte a Pichunmán y a su quiltro *Colthau* que le contemplan con lástima y cariño. Siente

el reo un irresistible ímpetu de revelar a su camarada, en un guiño fugaz, que todo aquello no es más que una farsa trágica y que no debe afligirse... Pero hay muchos ojos hostiles que se clavan en él, y opta por seguir simulando la congoja propia del que va camino de la horca. Pichunmán le sigue con la vista, convencido de que aquellos son los últimos instantes de vida de Juan Yuyo. Otros ojos también le siguen y acompañan, y él los ha visto al pasar: son unos ojos grandes, triste y dulces que blanquean en el fondo de una carita de hollín... La Mocha, con sus trapitos de cristiana y su loro charlatán a cuestas, ha venido a despedir a su amigo, el rapazuelo indio en su viaje forzoso para el otro mundo.

Ya asciende el reo, penosamente la escalera que lo llevará hasta la plataforma, en donde oirá su última confesión el fraile dominico, que acaba de subir también y que con un crucifijo en la diestra, lo exhorta evangélicamente a la resignación. El reo, pálido, cabizbajo, parece escuchar con atención profunda.

—Es de cristianos, hijo mío, no desconfiar jamás de la misericordia del Altísimo. Hav alguien, una alma angelical, que, desde hace veinticuatro horas está rogando por tu vida a la Santísima Virgen... No olvides que así como es infinita la misericordia, es infinito el poder de la Divina Providencia. Menos que el espacio de un segundo le basta para revelar su voluntad...

El reo siente que por dentro le retoza la risa; pero besa compungido los pies del Crucificado, y el sacerdote se retira para dar paso al escribano y a los alguaciles, negras polillas del papel sellado. Se deja oír un largo y fúnebre toque de tambor, y luego el agente de la toga, desenfundando ceremoniosamente un legajo, da lectura a la sentencia. Su voz de curial, redicha y engolada, hace exasperante la espera. No pocos son los que tienen que reprimir sus deseos de gritarle: "¡Basta! ¡Basta!", como a un actor malo o a un orador que da la lata.

"Por cuanto... — sigue la matraca — resultando... Por tanto... Se condena al dicho Juan Huenul, indígena cristianizado, llamado Juan Yuyo, a la pena ordinaria de la horca, la que será ejecutada por mano de verdu-

gos..." Después de la lectura, no queda sobre el tabladillo más que el reo con su confesor y el ejecutor material de la sentencia. Con un movimiento expedito, el funcionario de la muerte le coloca el negro capuchón, envolviéndole por entero la cabeza; la cuerda como una serpiente, le constriñe el cuello; chillando con un son de queja, más humana que los hombres mismos, la roldana gira... el hueñi queda por menos de un instante suspendido. Es menos de un instante. La cuerda, tensa, se corta junto al nudo corredizo y el cuerpo del condenado cae pesadamente, como un fardo, y permanece inmóvil en el sitio.

—¡Milagro! ¡Milagro! — exclama enardecida, fuera de sí, la muchedumbre, recordando el rumor que ha circulado con insistencia en la ciudad y según, el cual, Sor María de la Concepción, la nueva Madre Trinitaria, se halla desde la víspera, en oración no interrumpida. — ¡Milagro! ¡Milagro! ¡La Santa Virgen lo ha salvado! — repite el coro de todas las bocas, mientras, en ademán de gratitud, centenares de brazos se dirigen al cielo, lleno de luz del mediodía, donde más de un alucinado cree percibir las flotantes vestiduras de la Madre de Dios.

—¡Milagro, sí, y potente, de la intercesión de nuestra Madre Amantísima! — exclama el sacerdote, en alto el crucifijo y dominando a su auditorio desde la plataforma del patíbulo. —¡Ella ha oído el ruego del alma pura, del alma angelical de una niña que desde ayer se cuenta entre las esposas del Señor! ¡De rodillas, de rodillas, mis amadas hermanas, mis queridos hermanos! Aun la iniquidad del mundo no seca el manantial de la Bondad Divina... ¡De rodillas, de rodillas!

Ya toda la multitud se ha prosternado. Los ojos del fraile arden de fiebre mística, su voz vibrante alcanza tonalidades de emoción insospechadas, su gesto es el del iluminado que da paso a las visiones de su mundo interior. Vuelve de repente al pie de la horca, inclínase ante el reo, lo descubre, le desata las manos, lo levanta. Este que lo ha oído todo cae también de hinojos.

—¡Gracias, Chiñor! ¡Gracias, Chiñor! — es todo lo que salta a sus labios, mientras el sacerdote se muestra con las manos juntas, en el éxtasis de una prez a lo al-

to, y hombres y mujeres; allá abajo, se golpean el pecho o, en una crisis de fácil histerismo, se dan a llorar y sollozar.

—¡Gracias, Chiñor! ¡Gracias, Chiñor!... — sigue clamando el reo.

Y nada más puede decir, no porque su garganta haya conocido el roce siniestro de la cuerda en la inminencia del último trance, sino porque, bajo la inspiración de Pichunmán, la muchedumbre ha invadido el tabladillo y él se siente de improviso estrujado, besuqueado, alzado en hombros y paseado en triunfo por las calles, como se haría con un héroe.

F I N

LIBRARY
OF THE
BIBLIOTHEQUE
NATIONALE

“EL MESTIZO ALEJO”

ANTE LA CRITICA CHILENA

Angel Cruchaga, en «La Opinión»:

«La tarea de novelar acontecimientos históricos es a veces ingrata. El público no se penetra del esfuerzo realizado por un escritor que da vida a un hecho obscurecido en el pretérito.

«Victor Domingo Silva, con su «Mestizo Alejo», ha logrado que asistamos a la época de la Conquista, armoniosa de leyendas y de hazañas, en las que eran actores los invictos aborígenes y los briosos castellanos que surcaban el mar en busca del renombre y del oro.

«La figura del mestizo Alejo, hijo de un cacique y de una noble dama española, emerge en esta novela en una varonil actitud de héroe: la sangre bulle en él tumultuosa; es el toqui señalado por la raza auca para oponerse al ibero que codicia la tierra magnífica de los antepasados.

«Silva se ha sumergido en las selvas de la fantasía y, con amenidad e inspiración, ha resucitado escenas caballerescas, creando personajes que viven en ese ambiente del siglo XVII, propicio al valor indomable y a la leyenda inverosímil.

«El mestizo Alejo es un nuevo retoño de Caupolicán. Sueña en el día en que los «butalmapus» indígenas sean abandonados por el español y en que puedan los aborígenes, libres del extranjero, cruzar ríos y vencer montañas bajo los ojos fulgurantes de Pillán».

Colombo, en «Zig-Zag»:

«No pudo, verdaderamente, escoger V. D. Silva un héroe histórico de tan curiosa y cautivante personalidad como Alejo de Vivar para escribir en torno de su vida una novela de las que a él y a nuestro público les agradan: novela intensa, hecha a base de una aleación de amores y aventuras.

«Es preciso seguirle—y se le sigue embelesado—para conocer en todas sus colosales proporciones, aquella lucha más de mundos que de pueblos, en la que habían de vencer, sólo después de trescientos años de heroísmo, los que usaban coraza sobre los que iban desnudos».

Norberto Pinilla, en «Revista de Educación»:

«Victor Domingo Silva ha sacado de la historia—ciencia documental y filosófica—el asunto de su libro. Ha elevado el dato frío al rango de simbólico; ha elegido los elementos característicos para dibujar con hábil mano los personajes de su obra.

«Es tan apasionante la leyenda del mestizo, que el lector no deja el texto sino hasta que ha volteado la última hoja. Hacerse leer con el edonismo que produce Victor Domingo Silva es, en verdad, un triunfo».

LIBRARY
BIBLIOTECA
BIBLIOTECA

SECC. CHILENA

OBRAS DE APASIONANTE INTERES!!!

«DARIO DE REGOYOS» (Historia de una rebel- día), por Rodrigo Soriano. Edición de lujo con numerosos grabados inéditos.	\$ 8.—
«LOS ESTADOS UNIDOS», por Pedro F. Vicuña.	10.—
«CRIMEN Y CASTIGO», por Fedor Dostoiewski. (Más de 500 páginas)	12.—
«RUSIA AL DESNUDO», por Panait Istrati.	12.—
«LLUVIA», por Somerset Maugham.	5.—
«BAJO EL CIELO DE ORIENTE», por Panait Is- trati.	5.—
«TRES INMENSAS NOVELAS», por Vicente Hui- dobro y Hans Arp.	4.—
«EL BESO NEGRO», por Clara Goll.	5.—
«ANECDOTARIO DIPLOMATICO», por Gustavo Sotolongo (Primer Secretario de la Legación de Cuba en Chile).	6.—

Así como éstas, hay otras de todos los temas, para todos los gustos y perfectamente bien presentadas.

De venta en todas las casas del ramo, en las librerías UNIVERSO de todo el país y en

EDITORIAL ZIG-ZAG

CASILLA 84-D. — SANTIAGO DE CHILE.

Atendemos pedidos contra reembolso.



Precio: \$ 7.00